

An impressionistic painting of a bay. The sky is a mix of yellow, orange, and blue. The water is a mix of blue, green, and yellow. A small boat with two figures is in the lower center. A bright orange sun is on the right side.

Boris Kórnev

BAHÍA
DE LA PROVIDENCIA

Boris Kórnev

BAHÍA ○ DE LA PROVIDENCIA

Relatos



San Petersburgo
“Istoricheskaya illustratsiya”
2017

Kórnev, B. Bahía de la Providencia: Relatos / Borís Kórnev; Trad. del ruso al español por I. Bógdan. — SPb.: Istoricheskaya illustratsiya, 2017. — 224 p.

ISBN 978-5-89566-182-6

© B. Kórnev, 2017

© I. Bógdan, traducción, 2017

© “Istoricheskaya illustratsiya”, 2017

Índice

Escritores de San Petersburgo comentan las novelas de Borís Kórnev	4
Una victoria para todos	19
Juez y, a su vez, verdugo	68
Tentativa de corregir los errores	80
Bahía de la Providencia	88
Encuentro inesperado	104
Una taza de té	123
Instrucciones cómo organizar tareas de secretarios	133
El mar anaranjado	149
Simplemente María	161
Las últimas gotas de lluvia	192
Cuando todos están en casa	209
Capítulo primero	216

¡Confíemos a la Providencia!

Me gustaría comenzar mi reseña dedicada a la colección de relatos “Bahía de la Providencia” de Borís Kórnev con la historia más inusual en el libro —una historia llamada “Cuando todos están en casa”; inusual, en todo caso, para este libro, y también para el mundo de la literatura en general. Hay pocos libros protagonizados por las mascotas, salvo fábulas o historias alegóricas de estilo Esopo. Todos nosotros —¡amantes de los perros!— sabemos que el intelecto de un perro es igual a la mente humana de un niño de tres, cuatro o incluso cinco años de edad. Por lo tanto, si hay historias escritas en nombre de los niños pequeños, ¿por qué no mostrar la vista del mundo de un perro? Un novelista genuino siempre siente interés en meterse en la piel de alguien más; ver la vida a través de ojos de otra persona. El deseo puede tomar esta forma, ¿por qué no?

Basta de digresiones líricas, volvamos al sentido mismo de la historia. Su personaje sin nombre —un perrito de buenos modales— nos habla de un giro inesperado en su vida: su dueño trajo a casa un perrito desobediente y maleducado. Cualquiera que conozca a los animales podría confirmar que tal evento es una prueba seria para la mascota. Nuevos compañeros de casa necesitan un rato de tiempo bastante largo para aceptarse mutuamente, construir una jerarquía de las relaciones y aprender a vivir de una manera nueva. ¡No es cierto que todo salga bien al final! En realidad, la historia “Cuando todos están en casa” es exactamente sobre eso —como acostumbrarse a la nueva situación, encajar en un viraje del destino, entretener un diálogo difícil con la Providencia —nunca está claro quien va a decir la última palabra.

Providencia parece el concepto teológico, pero a raras veces se menciona por los creyentes. La palabra es más bien una reminiscencia de novelas favoritas desde la infancia de

Jules Verne, Mayne Reid, etc. Las frases de estos libros te sueñan en la cabeza como una campana. “¡El barco se dirige a las rocas! —El capitán gritó con voz sonora—. ¡No hay esperanza de salvación, debemos confiarnos a Providencia!” Sí, Jules Verne amaba recordar Providencia a tontas y a locas. Es por eso que nuestra memoria guarda la palabra Providencia en el mismo lugar donde se almacenan los monzones y los vientos alisios, rocas, arrecifes, tormentas, astrolabios, sextantes y demás aparatos de aventuras. Así que cuando ves la bahía de la Providencia en el mapa, no tienes ninguna duda de que en un lugar así los personajes de los libros populares se sientan como en casa, donde hay un montón de tornados, décimas olas, tiburones, ballenas, arrecifes traicioneros e islas inhabitadas.

Sin embargo, los adultos tenemos nuestras propias aventuras, y necesitamos un nuevo Jules Verne para describirlas adecuadamente. Me temo que muchos, muchos de nosotros nos hemos encontrado en una situación en la que involuntariamente recordamos la frase notable: ¡Tenemos que confiarnos a la Providencia!

Esta frase suena de manera explícita o implícita en cada uno de los cuentos de la “Bahía de la Providencia”. En los libros de viejos autores la providencia generalmente favorece a los héroes, sacándolos de las situaciones más desesperadas en el último momento. ¿Qué podemos ver en el libro del autor contemporáneo? La primera novela corta “Una victoria para todos...” representa acontecimientos de la Gran Guerra Patria. Dos adolescentes se están tomando a Alemania en contra de su voluntad. En el camino, para evitar la esclavitud de invasores, se unen al Ejército Ruso de Liberación armada por la Alemania Nazi. En la primera oportunidad los chicos corren a través de la línea del frente de sus tropas. Uno de ellos es asesinado en un tiroteo; el segundo se captura como un traidor ...

Hay una historia “Tentativa de corregir los errores”. Cuatro niños por la noche subieron a la sala de profesores para robar un cuaderno de su clase. En el momento más crucial de la «operación» se oyeron pasos en el corredor y el maestro de

manualidades entró en la habitación. Aprovechando la oscuridad, dos muchachos lograron saltar por la ventana sobre las ramas de un árbol que crece en las inmediaciones, y los demás se escondieron en un armario. El primero de los “criminales” descendió con éxito a la tierra, pero el segundo quedó atrapado en una rama y colgado a gran altura, con el riesgo de caerse. Sin pensarlo por mucho tiempo, el viejo maestro se precipitó en su ayuda ...

“El mar anaranjado” narra sobre el comienzo de la guerra en Abjasia. Soldados georgianos irrumpieron en Sujumi, y la violencia sádica y cruel hacia la población civil comienza. Una mujer embarazada, tratando de escapar de los asesinos, junto con otros refugiados rusos, se sube a una barcaza llena de mandarinas en el puerto. La embarcación está dejando el muelle justo cuando la artillería georgiana abre fuego contra ella ... “Simplemente María” es una historia sobre una chica que se fue al extranjero para conseguir un trabajo digno con un sueldo decente en Europa sino en contra de su voluntad, se encontró en un prostíbulo clandestino en Amsterdam. Después de unas semanas de infierno, decidió escapar ... La guerra afgana estalla (“Instrucciones cómo organizar tareas de secretarios”). El asesor de la URSS y su ayudante están bajo fuego ...

Como puede ver, la rendición confiada a la Providencia no sería superflua por demás héroes de Kórnev. En cada historia, hay una pausa narrativa, momento de equilibrio inestable, en que el péndulo de destino se eleva a su punto más alto, y nadie sabe donde se detiene.

Borís Kórnev es un especialista en el ámbito de la economía y la gestión de crisis, autor de numerosas publicaciones, que ha estudiado a fondo ese estado extraño, cuando el destino le dirige su pregunta, y cada uno debe dar (a veces de inmediato) una respuesta plausible. En tales casos, el mundo exterior se reúne cara a cara, y su propia vida se enfrenta de repente mostrando quién es el jefe. Parece que cada cual cree su ruta y pueda manejar de sus altos y bajos, pero su vida de

forma inesperada no le obedece. Un peligro mortal se convierte en giro impredecible de la fortuna, y otras cosas bastante opuestas en su significado pueden cambiar el carácter de los acontecimientos. Supongamos que el amor inesperado altera los sucesos y requiere cambios, genera reacciones, determina actividades.

De lo contrario, también puede conducir a la muerte. Esto es de lo que se trata en la historia "Las últimas gotas de lluvia". La Providencia dio amor a Anton y Katya. Jugaron con este maravilloso regalo para un rato, pero luego ... Luego decidieron que era demasiado caro, demasiado derrochador, podría cambiar drásticamente su estilo de vida normal. ¿Sería mejor elegir un camino recto en lugar de negociar un giro brusco? Como resultado de la actitud cautelosa frente a la vida, Él muere físicamente, y Ella, se puede decir, pierde su destino y la individualidad ... Puede superar la Providencia, puede confiarse a la Providencia, pero no se puede ocultar o alejarse de ella.

En muchos sentidos, vemos una situación similar en la historia "Capítulo primero". Cada novelista sabe que inicio de una nueva novela es similar a un nuevo giro en la biografía. Si tomamos el libro en serio, la vida se cambia, y la vida no sólo del autor. Por supuesto, si el escritor es capaz de aceptar el reto. El personaje principal de "Capítulo primero" no pudo hacerlo y se fue. Es la última historia del libro, lo que no es casual. Tal recurso literario no fue elegido al azar.

Vamos a hablar de cómo las historias de "Bahía de la Providencia" se entrelazan. La primera y más obvia «unión» de tramas es un ciclo de historias "Tentativa de corregir los errores", "Bahía de la Providencia", "Encuentro inesperado", "Una taza de té", "Instrucciones cómo organizar tareas de secretarios". Como cuestión de hecho, este ciclo con los mismos héroes puede ser llamado una novela corta.

El autor no olvida sus cuatro adolescentes, ladrones desventurados de un boletín del profesor, traza sus destinos aún más en la edad adulta y prepara sus reuniones accidentales —encuentros "providenciales" fatales. Lo curioso es que

dos muchachos, que lograron —no se sabe si es buena o mala suerte— salir de la sala de profesores, serían parias sociales, ellos como que saltan fuera del sistema soviético, como si de una ventana de la escuela; uno se vuelve un bandido, otro se convierte en disidente. Se reúnen en una colonia penal, como en matemáticas, dos menos tocan y forman un plus, regresan entre sí a la vida y dan uno al otro la esperanza para el futuro. Los otros dos muchachos, que no habían logrado salir de la sala de profesores, no salen del sistema, incorporando a su apretado, aparentemente inquebrantable, base; uno llega a ser un científico polar (después de eso, un funcionario del partido), el segundo se convierte en un agente de la KGB. También se reúnen —en Afganistán, juntos miran la muerte de frente, se mantienen vivos, pero ... Este final feliz por alguna razón no parece muy tranquilizador, como es el caso de los dos primeros caracteres. Tenemos la impresión de que a pesar de las matemáticas, plus por el plus se da aquí un cero, si no es un resultado negativo, el encuentro providencial terminó en nada. La contraposición de los dos pares no parece al lector a ser deliberada o intencional: Borís Kórnev está lejos de la artificialidad y la afectación, su narrativa parece documental, excluyendo cualquier libertades conceptuales. Pero los conceptos nacen de la estricta adhesión al realismo; de hecho, la realidad que nos rodea es extremadamente rica en significados ocultos.

El centro lógico del ciclo (y el libro en general) es la historia “Bahía de la Providencia”. Tomada por separado, es sólo un ensayo conciso, expertamente escrito sobre la labor de los científicos polares soviéticos. En el contexto de la colección parece que es epicentro de todas las narrativas, una especie de ojo del ciclón. Bahía de la Providencia de un concepto geográfico se convierte en casi una esencia mística.

Todo el mundo sabe, el Ártico es una “cocina de tiempo” para todo el planeta, Kórnev lo considera una “cocina de destino” por sus héroes, donde los torbellinos providenciales vienen a la existencia brotando de todas las historias de la colección. Este es el caos del que nacen todas las cosas. La

heladas, el frío, la nieve constituyen fondo dominante para la mayoría de las historias. Un episodio en los bosques de diciembre (“Una victoria para todos”) viene a la mente, cuando dos muchachos están tratando de escapar; el cuento “juez y, a su vez, verdugo” tiene lugar en el invierno de 1942 a 1943; “Una taza de té” — también en invierno; “Tentativa de corregir los errores” pasa en una noche fría de marzo. El invierno está presente en la historia “Cuando todos están en casa”, se adivina en un paisaje de taiga “Encuentro inesperado”, en cumbre fría de Mont Blanc (“Las últimas gotas de lluvia”) ... El calor de Abjasia (“El mar anaranjado”) y Kandahar (“Instrucciones cómo organizar tareas de secretarios”) subraya el frío polar reinante en el libro. La helada de la “Bahía de la Providencia”, la “cocina de destino”, se respira en cada una de sus páginas. Un gurú moderno aconsejó a sus seguidores, “El frío también puede ser cálido; sólo tienen que ser capaz de tomar el calor fuera de él.” Borís Kórnev parece aplicar esta paradoja en la vida.

El último relato de la colección se llama “Capítulo primero”. Más aún, las palabras “Capítulo primero” son las últimas palabras del libro. El personaje principal, un desafortunado escritor, es incapaz de hacer frente a los caprichos de la inspiración y muere en su escritorio, después de haber escrito en una hoja de papel sólo estas palabras sacramentales. Toda su vida pasó como un prólogo y la trama del primer capítulo es desconocida; no podemos entender el mensaje póstumo de destino. Pero aquí, en la vida real, llamamos la redención de la muerte inminente un segundo cumpleaños, es decir, otro primer capítulo de nuestra vida. Cada nuevo giro del destino, cualquier regalo de la Providencia, sin importar cuán muchos de ellos han habido antes, abre el primer capítulo de nuestro destino: todo se escribe de nuevo, todo comienza de nuevo.

Vladímir Alekseyev

Rueda de Samsara en las extensiones de Rusia

La trama de la novela de Borís Kórnev “Una victoria para todos...” cabe en pocas palabras — durante la Gran Guerra Patria una aldea rusa está ocupada por los alemanes. Tres jóvenes —Petya, Vasili y su hermana Zinaida— están tratando de encontrar una manera de sobrevivir. Pronto se llevan a Zinaida a Alemania para hacer trabajos forzados. Los chicos quieren tropezarse con los guerrilleros, pero no pueden y los policías atrapan a los muchachos, —y aquí está— se encuentran en un vagón de Ostarbeiters. Temiendo morir de hambre y con el fin de unirse a las tropas soviéticas, se inscriben al Ejército de Liberación Ruso del general Vlasov (es por eso que sus soldados y seguidores se llaman Vlasovtsy), supervisado por los nazis. Cuando la oportunidad de escapar surge, los muchachos corren, pero Petya es asesinado y Vasili se marcan como un traidor. Él es enviado a un campo de detención. Después de la guerra Vasili y Zinaida se encuentran y, a pesar de todo lo que ha pasado, tratan de adaptarse a su nueva vida... Eso es todo.

Como siempre, el corto relato no puede transmitir las cosas más importantes. Desde el párrafo anterior es posible entender que el novelista de nuevo (por enésima vez en los últimos años) hace que el lector consiga horrorizado con la injusticia reinante “bajo el régimen de Stalin”, y siente pena por los traidores —“Ellos estaban luchando contra el totalitarismo”; “No se puede tratar a todas las personas de la misma”, y así sucesivamente. Un campo soviético, la vida de posguerra no demasiado cómoda — todo esto ahora es visto como la literatura de ayer. Hoy en día, para asegurar una reacción favorable del lector “cansado de la democracia”, el escritor debe alabar tanto la era soviética y el mismo Stalin. De ahí que la historia de “Una victoria para todos...” va en contra de las expectativas del lector. ¿De verdad? O quizás Borís Kórnev no es “pro” y no es “contra”, ¿tal vez habla de cosas diferentes y su historia es algo diferente? Vamos a echarle un vistazo más detallado.

Hubo momentos en que todo el pueblo soviético, como un solo hombre, con pasión anhelaban la liberación de las cadenas del socialismo, querían vivir en una sociedad de libre empresa, democracia y libertad. Al mismo tiempo, cada uno de nosotros —soñadores mal educados— estaba convencido de que en la Rusia capitalista cada ciudadano iba a ser un Rothschild o bien un propietario de una villa, un yate y un par de «Mercedes» con seguridad. La gente adivinaba que la democracia no hace de cada cual presidente del país pero creía sin duda que ciudadanos pueden influir por lo menos a las autoridades locales. Fue una gran sorpresa para muchos que en una sociedad donde hay ricos, necesariamente hay pobres y que los sacos de dinero son escasos en comparación con la cantidad de pobres, por lo que es muy poco probable enriquecerse por un día.

Y luego, no sin cierto chirrido preliminar, nuestros sueños se concentran en otra época —el socialismo desarrollado y el socialismo de Stalin. En la actualidad, todo el mundo sigue diciendo que era una sociedad de verdadera prosperidad, la verdadera justicia, la fraternidad y camaradería. Hubo, por supuesto, un aparato de represión, pero el número de sus víctimas es exagerada significativamente por la propaganda actual, y si había víctimas, eran culpables de su triste suerte ellos mismos: les sirvió bien! Seguramente si nuevo Stalin viene, entonces ¿por qué habríamos de estar en el otro lado de la alambrada? Simplemente no va a suceder porque ... porque ... ¡porque nunca va a suceder! Incluso si no hablar del alambre de púas, más que hablar de nuestros problemas civiles y legales triviales —¿cómo pueden tener algo en común con nosotros, trabajadores honestos, dedicados al estado? ¡Nunca puede suceder! ¡Esta vez no habrá sorpresas!

Sin embargo, la principal función del destino es sorprendente. En realidad no importa qué sistema político es: el socialismo desarrollado, liberalismo triunfante o monarquismo quizá tradicional, —el destino no le presta atención a esas cosas. Su rueda todavía se da la vuelta por los espacios abiertos

de la URSS, baches de la Federación Rusa o cualesquiera de otras carreteras, — ¡ay de aquel que mete en su camino! A pesar de que por lo general hay un buen montón de gente que lo hace — héroes, idiotas o ineptos descuidados (estos últimos constituyen una mayoría). Esto es lo que la historia de Borís Kórnev en realidad demuestra. ¿Quién es su protagonista? ¿Petya? ¿Vasili? ¿Zinaida? ¡De ningún modo! Ellos son sólo los elementos consumibles para la Historia. El personaje principal es el Destino. Al igual que en la tragedia antigua. ¿Los chicos soviéticos Petya y Vasili soñaron de derrocar el odiado yugo de Stalin, o de entrar en Moscú en las filas del Ejército de Liberación glorioso confirmando el reino de la libertad? Nada de eso. Tanto Petya como Vasili soñaban con las cosas igual que todos los niños soviéticos de la época de guerra. Estaban verdaderamente ansiosos de llegar hasta el frente; ellos hicieron muchos esfuerzos para esto, pero todo fue en vano, todo contra ellos — los policías-gorilas, los nazis, el tren de la muerte horrible, lleno de Ostarbeiters. Delante de ellos — la perspectiva de la muerte en la suciedad y el frío, la esclavitud sin esperanza bajo el dominio de la llamada raza superior. Los chicos son muy buenos, unico, lo que quieren es sobrevivir; quieren unirse al Ejército Rojo con el fin de luchar contra los fascistas...

Para hacer eso, se unen al Ejército de Liberación Ruso y sin único disparo, tratan de cruzar la línea del frente. Esta ilusión defraudó a mucha gente. Se cree que el ejército de Vlasov consistía solamente de maliciosas personas antisoviéticas por herencia, los kulaks y la burguesía, los combatientes ideológicos... ¡Poco probable! La parte principal del ejército fue personas indiferentes, no les importaba qué uniforme habían de respetar y sólo se preocupaban por su comida. La gran parte de Vlasovtsy fue constituida por las personas que decidieron tomar un tiempo de espera. Pensaron, "Yo no quiero morir. Me voy a comer, dormir y recuperar en el campo alemán y luego vuelvo a los nuestros" (Si usted no cree esto, yo tengo los datos estadísticos).

Los personajes de la tragedia clásica morían luchando contra su destino. Así que hizo Petya... Él no logró cruzar la línea de frente... Kórnev no es un griego antiguo, él sólo escribe una sencilla (por los estándares del siglo XX) historia de la vida de los rusos ordinarios.

No son muchos que lograron regresar. Aquellos que lo hicieron, no estaban contentos. Vasili y Petya encontraban entre aquellos. Los chicos salieron de debajo de la pluma de Kórnev como gente muy agradable, encantadora, incluso heroica. ¡No es una broma! En su pueblo natal, ocupado por los alemanes, tratan de encontrar guerrilleros, escapan de los policías e incluso en el tren fatal no se deprimen y no se dan por vencidos — ellos buscan una oportunidad por una venganza. Así que huyen del ejército nazi y cruzan la línea del frente...

Esto es lo esencial en el heroísmo ruso — cada lector tiene que admitir que Kórnev sigue hábilmente la tradición de Tolstoi (y en general de la literatura rusa): que retrata de manera convincente el heroísmo sin pose ni frases, es decir, el heroísmo en sí. Los héroes parecidos a los principales personajes de la novela ganaron la guerra, rompieron la espalda de la bestia fascista, — los mismos pero más afortunados que no llamaron la atención del Destino. Como el gran Esquilo, Sófocles y Eurípides enseñan, incluso titanes no hacen frente al Destino. ¡Vaya, los propios dioses son incapaces de hacerlo! Curiosamente, los protagonistas están sintiendo claramente la mirada del Destino, ellos ven que a pesar de sus esfuerzos, algo no está bien, por lo que tratan de entender lo que les está sucediendo, Petya pronuncia, “¡Las cosas buenas, no acontecen tan fácil! A la par de lo bueno, sin falta alguna maldad se aferra.” Esta frase se convierte en la clave de la historia; se repite varias veces en diferentes circunstancias.

Sin embargo, es curioso que todas las cosas buenas en la historia de Kórnev son creadas por los mismos personajes, cosas buenas salen de sus almas, y las cosas desagradables vienen desde el exterior — el Destino se les da, como un naturalista que pone un obstáculo entre una hormiga y su hormiguero.

Los protagonistas apenados de la antigua tragedia mueren luchando contra su destino. Así pereció Petya —él no logró cruzar la línea de frente... Kórnev no es un griego antiguo disfrazado, él sólo escribe una sencilla (para los estándares del siglo XX) historia de la vida de la gente rusa ordinaria. Pero en la vida real sucede muy a menudo, cuando alguien atropellado por la rueda del destino sigue vivo —otro tipo de batalla comienza— una batalla por sí mismo; uno tiene que reaprender a ir por su pie. Esto es de lo que trata la segunda parte de la historia. Vasili, que se quedó con vida, se encontró en el campamento como un Vlasovets, aprende a caminar de nuevo, más aun su hermana Zinaida, deshonrada y pisoteada, hace todo lo posible para salir del lío, a pesar de que fue molida por el molino de Destino. Ellos sufren pérdidas y heridas desagradables, pero continúan avanzando! Zinaida dice a su hermano: “¡Pero qué dices, Vasili! ¡Quítate eso de la cabeza! Lo único que nuestros hombres no pueden vencer es el alcoholismo... Todo lo demás, son pequeñeces, todo se resuelve.”

Para superar todos sus problemas —lo que uno debe tener es un alma fuerte... Este tipo de heroísmo no provoca “la envidia de los jóvenes”, pero hoy en día estamos en necesidad de grandes personajes. La analogía a la novela de Kórnev es la famosa “Historia de un hombre verdadero” por Borís Polevoy. En general, se narra de un hombre despiadadamente aplastado por el destino indiferente, quien logró subir de nuevo sobre sus pies (¡literalmente!). Sin embargo la diferencia es que si el piloto Maresiev tenía las piernas fracturadas, el suelo mismo estaba desmembrado bajo pies de Vasili y Zinaida. Si el piloto encontró la fuerza para volver a rastras a la línea del frente —al campamento de los Héroes, Vasili y Zinaida tuvieron que regresar a las filas de la gente común... Su regreso es mucho más difícil por extraño que parezca.

De hecho, la historia no es larga —ya hemos relatado todo a lo que queríamos prestar atención. Necesitamos que el lector reflexione sobre una cosa más, hay un protagonista más en la novela, muy importante que podría ser considerado demasia-

do literario, inventado y amanerado. Se trata de un soldado alemán, llamado Günter, un ex-alumno de la botánica. El joven no es un antifascista, pero él no se aferra al nazismo tampoco. Ostarbeiter Zinaida trabaja en la casa de sus padres en Leipzig (el estudiante incluso se enamora de criada rusa). Más tarde Günter, como prisionero de guerra, está arrojado en el mismo campo soviético donde Vasili se encuentra. “¡Qué casualidad!” No, no lo es. El escritor que profesa los principios de realismo tiene que describir sólo el mundo visible como debería ser en la literatura realista. Mientras tanto, el mundo invisible, a su vez, requiere ser demostrado —ninguno de nosotros es extraño a su influencia. El realista genuino puede detectar el volar de los ángeles, pero no todos los escritores se atreven a introducirlo en sus libros. Así es como el lector llega a tener Platón Karataev de Tolstoi (“Guerra y paz”), Sonia Marmeládova de Dostoievski (“Crimen y castigo”) o Lukeria de Turguéniev (“Las reliquias vivas”). Parece que la narración realista no rompa pero al mismo tiempo ellos no son criaturas terrenales, sino ángeles descritos en el lenguaje de Esopo. Günter es uno de ellos. Un lector sensible y compasivo no cree en la vitalidad de los personajes de no haber un ángel enmascarado a su lado: a veces se siente la necesidad de la ayuda divina. Me gustaría citar a propósito las líneas poéticas de Viacheslav Khodasevich:

*Y desde las alturas frías
tira una sola pluma para mí,
déjalo caer como un pequeño copo de nieve
sobre mi pecho ardiente...*

Günter otorga tanto Zinaida como Vasili con esas plumas y el frescor angélico les da fuerza para vivir en el calor del siglo XX.

Me gustaría terminar con el primer episodio de la novela. Los hombres y las mujeres vestidos de fiesta celebran el 30o aniversario de la Victoria en un jardín en el centro de la pequeña ciudad litoraleña, entre ellos Zinaida y Vasili. Se oye un mismo disco musical, y cada uno de los comensales repiten para sí mismo las palabras de la conocida canción: “Y significa, que

necesitamos una sola victoria, una sola para todos, sin importar el precio a pagar”. Habiendo comido y bebido, los hombres se levantan y lentamente salen de la mesa para ir a fumar. Después se toman una copita de vodka más, y ... de pronto los tres juntos comienzan a pegar al cuarto —a Vasili. Eso se parece a un ritual alocado: pegan en serio, con puñetazos directamente en la cara. Ellos pegan “con lágrimas en sus ojos”, pegan a Vasili como a un enemigo, “ex-Vlasovets”. Sólo sienten de él que es otro, ajeno, no normal. De hecho, después de haber sido atropellado por la rueda de Samsara, Vasili sobrevivió y regresó de nuevo a la vida. Crean que no volvería a ser “normal” y “ordinario” como ellos.

Aleksei Bakulin

Escritores de San Petersburgo comentan las novelas de Borís Kórnev

Todos argumentos de Borís Kórnev no sólo tienen una base real, sino que vienen estudiados a fondo, lo que es especialmente raro en la literatura moderna. Uno puede sentir de inmediato que el material fue investigado mucho más profundo de lo que se revela en el libro. Las 150 páginas de la novela “El cuarteto real” están llenos de vida rica y emocionante de cuatro compañeros de clase —un funcionario del partido, un disidente, un bandido y un hombre de la KGB. La vida —de cuatro formas diferentes— ha pasado volando tan rápido como en la realidad. De hecho, el libro es muy real.

Aleksei Akhmatov

Las páginas de “Tándem” se recuerdan un mal viento de perestroika —la época grande (¿o miserable?). En primer lugar, me gustaría decir que su grandeza mortal ha sido expresada muy bien en la novela de Kórnev. No sólo el “espíritu del tiem-

po" ha sido capturado (¡lo sentimos tan vívidamente!) sino que todo el panorama está representada, otro autor escribiría dos grandes volúmenes. Aquí hay sólo unas doscientas páginas y nadie se queja del estilo lapidario, la brevedad innecesaria. Es preciso y conciso.

La acción revolotea con gracia a través de los años y el espacio, y capta la puesta del sol de los Soviets, la perestroika y más aún; de Rusia se transfiere a Francia, Holanda e incluso a Brasil... El lector visita Abjasia en sus días más sangrientos, barrios bohemios de Amsterdam y los pasillos del poder.

Aleksei Bakulin

Borís Kórnev, el autor de "Daltónico", representa la visión del mundo del protagonista, un oficial del Ejército Rojo, muestra al lector todas las contradicciones de la vida en tiempos de guerra, donde actos cobardes y heroicos se mezclan entre sí.

Borís Kórnev está tratando de comprender, entender las razones de colaboración con el enemigo en las aldeas ocupadas, y causas de la lucha guerrillera. ¿Por qué centenares y miles de prisioneros de guerra fueron declarados enemigos públicos? y, de hecho, ¿por qué no creían en la ayuda del ejército? La novela está dedicada a la generación del padre del autor. La belleza de la historia se basa en una trama interesante y la exactitud de la composición. ¡El libro es tan talentoso!

Vladimir Yershov

En el centro de la historia "El cuarteto real" Borís Kórnev se coloca el destino de cuatro amigos de la escuela. El autor no juega un papel de un observador externo. Él se mezcla con ellos, así que nos consigue una sensación de su participación directa, como si él habla con nosotros desde las páginas del libro. Los personajes que saltan de la pluma del escritor, son coloridos y prominentes, sus destinos se tocan nuestras almas muy profundamente. La gama de colores de talento del autor se enriquece con las impresiones indelebles escolares — primeros altibajos, primeras ilusiones y expectativas, el primer

amor... Resulta fácil decir algo inteligente y honesto —una gran cantidad se ha dicho y escrito; es muy difícil hacer que la verdad penetre el alma del lector —eso no es dado a cada autor. La historia de B. Kórnev no deja indiferente al lector.

Margarita Bozhenkova

En “Daltónico” B. Kórnev no sólo pretende describir los días duros de 1941 —invasión y retirada, él trata de explorar en primer lugar lo que pasa en el alma de Astakhov (27 años de edad) cuando él cae prisionero, o ve la traición y cobardía... El autor logra a revelar la naturaleza de su protagonista de “adentro”, para explicar la evolución de su mentalidad.

Yury Tuysk

Borís Kórnev sumerge al lector en una seria reflexión desde las primeras páginas. Sus personajes no son observadores pasivos. Son valientes, inteligentes; bendicen al lector con su energía y el amor a la verdad.

Alexander Gostomyslov

Una Victoria Para Todos

En el centro de la pequeña ciudad litoraleña, un reproductor sonoramente transmitía música, la cual era reproducida a su vez por las paredes de los nuevos edificios de cinco pisos que generaban una especie de eco. Esa diversidad de sonidos, con cierto retraso, se reflejaba en los lindes más distantes. Aquí, en las orillas del golfo, hay una vieja casa de madera; entre los abedules no muy grandes que comenzaban a reverdecer, había una mesa ya servida. En el medio de la misma había botellas con vodka Stolichnaya y limonada. Al costado de la mesa había una bandeja con ensalada rusa y un plato grande de carne en gelatina. Allí mismo, en platillos separados había lonjas finas de tocino, dientes de ajo, arenque de barril, cortado en trocitos y rociado con aceite, además recubierto con rodajitas de cebolla. En torno de la mesa estaban sentadas siete personas.

Cada año, el 9 de mayo —el día de la Victoria, los hombres y las mujeres vestidos de fiesta, se reunían para celebrar esa importante fecha. También ese día estaban reunidos los familiares para saborear platos deliciosos, tomar tragos, brindar cada uno a su manera. Celebran el 30º aniversario de la Victoria, una fecha que posiblemente, les generaba la alegría más grande de sus vidas. A esos brindis, se sumaba un brindis por Yuri Gagarin... Todos consideraban que él también se lo merecía. En la casa, un gramófono reproducía reiteradamente un mismo disco musical, y cada uno de

los comensales repetía para sí mismo las palabras de la conocida canción: “Y significa, que necesitamos una sola victoria, una sola para todos, sin importar el precio a pagar”.

En las solapas de tres personas sentadas a la mesa se lucían espléndidas medallas, incluso una Orden al mérito. El hombre que lucía la Orden al mérito era el mayor de todos los presentes, la mitad de su rostro tenía un color marrón lleno de arrugas, parecido a un lunar, tenía un ojo dañado que casi no veía. El era un conductor de tanques. Dos veces soportó incendios en su máquina, cayó varias veces bajo el hielo con su tanque, destruyó dos tanques hitlerianos denominados Tigres y finalmente llegó hasta Praga.

El otro veterano regresó de la guerra en 1942 con muletas y sin un pie. Al oeste de la ciudad Viazma el avión con paracaidistas fue tiroteado por el enemigo y se incendió, pero los paracaidistas lograron aterrizar ilesos. En cambio el piloto del avión se vio obligado a descender directamente sobre la trinchera con soldados alemanes. Como no le quedaba otro recurso, el piloto lanzó hacia abajo sus granadas...

El tercero también participó en los combates, pero ya casi al final de la guerra. A él le tocó la función de guardia marina, exploraba con rastras el golfo de Finlandia. Este combatiente tenía las solapas llenas de diversas distinciones, pero sin falta lucía también la medalla “Por la Victoria sobre Alemania”.

Después de haber comido y bebido, los hombres se levantaron y lentamente salieron de la mesa para ir a fumar. Las mujeres levantaron las vajillas usadas y pusieron en la mesa otras, apropiadas para el té: colocaron en la mesa un samovar para servir agua caliente, y, directamente sacadas del horno, sirvieron doraditas empanadas rellenas con huevo y repollo. Por tradición todos sabían con antelación que en tres empanadas

había un bombón de chocolate. Al que le tocara una empanadita con bombón, significaba tener suerte. Los hombres de pie se toman una copita de vodka más..., pero de pronto los tres juntos comienzan a pegar al cuarto. Eso se parecía a un ritual alocado: pegaban en serio, con puñetazos directamente en la cara. Ellos pegaban, pero con lágrimas en sus ojos...

1.

En mayo de 1941 Vasili cumplió doce años. Finalizaba el año lectivo. El, faltando a las últimas clases de la escuela, con Petya su compañero de grado, se escapaban a la costa del río Pliusa. Ambos siempre andaban con moretones, despeinados, con pantalones rotos y chaquetas abrigadas de raros colores. Lanzaban al agua sus cañas de pescar y se quedaban allí en la canoa hasta altas horas de la noche, espantando de sí los mosquitos, y ensimismados miraban los corchos de pescar, hechos artesanalmente por ellos mismos, que flotaban sobre la superficie del agua que se asemejaba a un espejo. Después, atravesando un avellanal se subían a la alta costa arenosa para mirar desde allí su aldea, el riachuelo tortuoso y el bosque de un color azul oscuro. Miraban y se imaginaban que cuando fueran ya grandes, los dos volarían al Polo Norte y después de muchos años, sin falta regresarían a estos lugares con las casas que parecían de juguete, con techos grises de tablillas descoloridas. Petya, como de costumbre, a distancia trataría de encontrar su casa, luego la casa de Vasili, después los dos discutirían: detrás de qué franja del bosque pasaba el ferrocarril, detrás de qué edificio se encontraba la estación...

Hacia la noche el sol se ocultaba detrás del bosque, el cielo en el horizonte se iba cubriendo por un fresco colorido de tono herrumbroso y en las cercanías del bosque joven de coníferas comenzaban a brillar luces

rojizas, similares a los destellos de la fogata que se iba apagando... A esas horas los muchachos regresaban habitualmente a sus casas.

Los padres de Vasili fallecieron hacía tres años. En el comienzo de la primavera, durante la creciente de agua ellos quisieron pasar a la ribera opuesta del riachuelo, pero la canoa se volcó y la corriente del agua turbulenta se los llevó. Los encontraron al cabo de un mes. Petya no vio nunca a su padre, de la madre él se quejaba, porque lo había traído a la aldea cuando tenía siete años a la casa de su abuela y lo dejó para siempre. Ella se fue a Leníngrado donde tenía formado una nueva familia. Vasili por lo menos no estaba solo, pues tenía tres hermanas. Una se llamaba Caterina, la otra Alexandra, ya eran adultas, todavía a finales de los años treinta se habían casado y se radicaron en el pueblo Luga donde ingresaron en un colegio de contaduría. Su hermana Zinaida, que era cinco años mayor que Vasili, se quedó en la aldea y para él cumplía la función de madre. Así continuaban viviendo en una vieja casa de los padres, los dos atendían los quehaceres domésticos, trabajaban la huerta, recolectaban las frutas silvestres, los hongos, toda clase de hierbas, los secaban y entregaban para venta a la cooperativa de consumo.

En la escuela a Vasili lo consideraban un muchachito inteligente, pero testarudo y poco obediente. Cuando cumplió doce años ya tenía una estatura de un metro setenta y por esa razón parecía ser mayor de la edad que tenía. Todos decían que él era copia de su hermana Zinaida. Tenía ojos grandes y oscuros como ella, pero los de Zinaida reflejaban una mirada suave y cálida, en cambio los ojos redondos y bien oscuros de Vasili, como si fueran carboncitos, siempre brillaban con chispitas picaronas. Petya era totalmente distinto, tenía ojos celestes y cabellera rubia, de chico crecía como un niño tranquilo y complaciente, sólo que de altura no se destacaba mucho.

Pero pronto comenzó la guerra. Al segundo día, del centro distrital, a la aldea llegaron los militares. A todos quienes por su edad correspondían ser movilizados, los formaron en el patio del club, y el joven comandante en chaqueta con las presillas de color carmesí y con una medalla en el pecho, pronunció un breve discurso. Cuando lo hacía, movía con el puño impulsivamente como si amenazara al enemigo y, para mayor convicción, sacó una pistola negra grande de su funda. Después hizo uso de la palabra un anciano barbudo, herrero de la aldea, quien todavía en el año 1915 había combatido contra los alemanes. Las personas que vinieron a despedir a los jóvenes movilizados estaban agrupadas con rostros tristes y serios. Cuando los hombres se acomodaron en los bancos en la carrocería del camión, todas las mujeres se largaron a llorar al unísono. Los chicos varones durante el miting estaban parados a la par de los jóvenes movilizados y después, en medio de la polvareda que se levantó en el camino, corrieron descalzos detrás del camión, hasta que éste llegó a ocultarse tras una curva.

Ese mismo día, habiendo analizado detalladamente como correspondía la situación, Vasili y Petya resolvieron que, cuando la patria estaba en peligro, ellos no debían quedarse con las manos cruzadas en su casa. Cada uno se llevó un pedazo de pan, una cebolla, en un trapito pusieron un poco de sal, todo eso lo metieron bajo la solapa de su chaqueta y se largaron al frente de batallas. Al cabo de dos días los milicianos los descubrieron en el tren y los trajeron a su aldea, por suerte la estación del ferrocarril se encontraba cerca.

Después de ese caso, Zinaida largo tiempo retaba a su hermano. No obstante, transcurrida una semana, los dos chicos de nuevo se escaparon. Pero otra vez fueron agarrados. Zinaida volvió a retarle, lloraba y trataba de convencer a su hermano para que no cometa esas locuras

y se quede para ayudarle a ella y a su país allí, en la aldea, trabajando en la granja colectiva. Vasili, sintiéndose culpable, agachó la cabeza y la miraba de reojo, comprendiendo que la disgustaba, aunque en el alma se alegraba. ¡No faltaba más! Esta vez ellos lograron ir mucho más lejos. Pero muy pronto el frente de batallas les llegó a la región. Los alemanes aparecieron en la aldea campesina. El nuevo poder implantaba su régimen: designaba a burgomistros, a starostas —jefes de aldeas, a los policías; impartían sus ordenanzas, fusilamientos, etc... Si algo ocurría en la aldea que no estaba permitido, por ejemplo, si alguien llegaba del bosque para aprovisionarse, o algún desconocido incendiaba o hacía explotar algo, o mataban a los soldados alemanes, de inmediato imponían un castigo cruel. Pero, sin embargo, los propios alemanes no se ocupaban de esos castigos, sino que los policías reclutados por ellos entre la población local, básicamente se encargaban de eso.

Los dos muchachos volvieron a sus emprendimientos. Ya que no era posible luchar en el frente de batallas, entonces consideraban que por lo menos ¡había que incendiar algo! Por ejemplo, incendiar el viejo club con la bandera fascista colocada en el techo o el tablero con los anuncios cerca del pozo de agua, donde se explicaba en cuáles de los casos sobrevendría el fusilamiento, y en cuales otros sobrevendría el maltrato. Pero ni una, ni la otra cosa a los chicos no les resultó. La primera vez en lugar de gasolina, encontraron solamente gasóleo, que no se encendía fácil, se gastaron todos los fósforos y no pasó nada. La segunda vez Petya se quedó dormido. ¡Y gracias a Dios! Porque por ese tipo de cosas, sin averiguar quién era el culpable, los verdugos quemaban toda la aldea junto con sus habitantes.

En la primavera del año 1942, se llevaron a Zinaida a Alemania para hacer trabajos forzados. Como Vasili se quedó solo y para que no se eche a perder, la abuela de Petya lo llevó a vivir con ellos. Después de ese hecho,

en el transcurso de año y medio en la aldea no aconteció nada nuevo. La gente entre sí hablaba de triunfos en las batallas en las cercanías de Moscú y en los combates de Stalingrado, pero para los habitantes de su aldea no había cambiado nada. Solamente a Petya lo agarraron los policías y lo castigaron con látigo por el hecho de que sin el permiso del starosta caminaba por el bosque. Después de eso su abuela a duras penas le curó. Vasili era más pícaro y no caía en desgracia. Muchos de los hombres, de los que se habían quedado en la aldea, se fueron a prestar servicios como policías. A ellos les daban una ración de alimentos, un sueldo de 30 marcos de ocupación mensuales. Por una denuncia sobre actividades de los guerrilleros, les prometían pagar cien rublos más. Pero en las cercanías no había guerrilleros y tampoco informaciones sobre los mismos.

“Los ayudantes voluntarios” del nuevo poder obligaban a los habitantes de la aldea a trabajar en la estación del ferrocarril, a limpiar las vías, a cortar los arbustos y matorrales a lo largo del camino, con frecuencia les robaban todo tipo de aves y animales para llevarlos a la aldea vecina donde estaban asentados los alemanes. A la abuela de Petya cada semana le tocaba llevar a dicha aldea, una canasta con patatas, cebollas y zanahorias. Además, en general, la gente podía salir de su aldea únicamente con el permiso del starosta, ¿tenía ella o no ese permiso escrito?, no se sabía... Pero una vez la abuela se fue y no regresó. Los muchachos la esperaban largo tiempo, después se pusieron a buscarla, incluso le preguntaron al starosta. Éste no les respondió nada, aunque probablemente lo sabía, pero hizo un gesto con la mano como eludiendo la respuesta. Los chicos, arriesgando con la posibilidad de caer atrapados, iban ocultándose detrás de los arbustos a la aldea donde estaban instalados los alemanes; caminaban a lo largo del camino con la esperanza de ver si podían saber algo de la abuela,

pero en definitiva no lograron enterarse de nada. Entonces dedujeron que los alemanes la habrían matado. Probablemente, le preguntaron si tenía el permiso, y ya que no lo tenía, la habrían fusilado.

Después del fallido intento de encontrar a la abuela, los muchachitos, agotados, entraron en la casa vacía de Petya. Allí permanecían sentados, pensando en nuevos planes para encontrar a los guerrilleros y, además, en cómo se podía conseguir algo para comer.

En el otoño de 1943 se difundió una noticia muy alentadora: a los fascistas les asestaron golpes contundentes en la región de Kursk y, después, los estaban expulsando de todas partes. Petya con cierta incredulidad movía la cabeza y repetía las palabras siguientes: “Oyeme, Vasili, ¿sabes qué pienso yo?, ¡Las cosas buenas no acontecen tan fácil! A la par de lo bueno, sin falta alguna maldad se aferra”. ¡Lo dijo como si lo supiera! Los policías de nuevo comenzaron a formalizar listas de los habitantes de las aldeas. Al centro distrital llegaron los estonianos, a todos les quedó en claro que de nuevo comenzarán a llevarse a la gente de las aldeas a Alemania para trabajar. Muchos de los habitantes locales, habiendo cargado todo lo que podían llevarse, huyeron al bosque. Pensaban que, a pesar del invierno que se avecinaba, sería mejor estar en el bosque con la hoguera encendida, que vivir en tierra extranjera.

El duo inseparable, Vasili y Petya, solían ir muchas veces a las granjas baldías y sabían que allí en invierno era imposible sobrevivir, todos los cobertizos ya hacía mucho habían sido destruidos, las tablas se pudrieron, además el humo de las fogatas sin falta lo detectarían los alemanes o sus lacayos, los policías locales. Pero quedarse, también era una tontería. Por esa razón, sin esperar que los policías los metan en un galpón cerrado, los chicos se escaparon al otro lado del riachuelo, lo más lejos posible de la aldea. Los oficiales de las “SS”

habrán resuelto que a los habitantes aldeanos se los llevaron los guerrilleros. Siendo así, cómo correspondía en esos casos según sus reglamentos, quemarían las casas en la aldea.

Al comienzo de noviembre todavía no habían caído las hojas amarillentas de los árboles, sin embargo la nieve inclinó hasta la tierra los arbolitos chicos de serbales. Casi toda una semana predominaba el frío que llegaba a quince grados bajo cero, incluso el río Pliusa se cubrió de hielo. En un clima sin vientos, el humo sobre los techos de las casas que quedaron enteras parecía como si se adhiriera a las chimeneas y como chorros blancos se estiraba al encuentro del cielo oscuro con las estrellas no tintineantes y la enorme luna redonda. Esa luna, como un proyector, iluminaba con luz pareja el bosque cubierto de nieve, también la silenciada aldea y la fina capa de los copos de nieve que se extendía por encima de las cenizas.

Toda una semana Vasili y Petya deambulaban por la profunda nieve. Hambrientos y temblorosos por el frío, con botas de fieltro rotas, ellos salieron por fin a las vías del ferrocarril, mucho tiempo caminaban a lo largo de las vías hasta que se encontraron con una aldea desconocida. Llamaron a la puerta de la primera casa que vieron y comenzaron a pedir comida. Aquí todas sus caminatas terminaron. Los policías atraparon a los muchachos y los encerraron en el zócano de la escuela local.

Al día siguiente, a ellos y a todos los jóvenes que quedaban los llevaron a la estación del ferrocarril vecina. Por encima de la multitud de personas agrupadas en un solo lugar, se subían las columnas de vapor. Rodeados de vigilantes con perros, ellos estaban parados allí en el frío dos largas horas, esperaban algo. De pronto se oyó una orden y, sin anunciar nada, a todos los metieron en dos viejos vagones de carga, cerraron las puertas poniéndoles candados, después el tren comenzó a desplazarse. El sonoro ladrido continuo de los perros ovejeros, de a poco se iba

silenciando, solamente las ruedas de los vagones golpeteaban en forma ruidosa en las uniones de rieles comprimidos por el frío. El golpeteo metálico se reflejaba con dolor en las cabezas de los muchachos, como si fuese que marcaban los instantes de la niñez que ya se alejaba.

2.

En el interior del vagón el frío era tan intenso como el de afuera. Por cierto que, al cabo de un par de horas, la respiración de la gente atenuó un poco ese frío. Los muchachitos se acomodaron en un rincón oscuro. Petya cubrió con su cuerpo a Vasili, y éste con un hierro herrumbrado que levantó allí mismo del suelo, comenzó a escarbar en la tabla del piso la cabeza de un clavo mal clavado. Durante cinco horas, sustituyéndose uno al otro, escarbaban la tabla lastimándose las palmas de sus manos hasta sangrar. Un clavo grande afloró unos tres centímetros. ¡Si hubiera con qué sacarlo! Luego se podría levantar una tabla y, con su ayuda, otra más. ¡Eso daría la posibilidad de salir en un instante por debajo del piso y asunto terminado!

Durante las paradas, los vigilantes revisaban el tren de todos los costados, golpeteaban las ruedas y las paredes con mazos de madera. Por la mañana entraron al vagón dos alemanes con abrigos largos y con ametralladoras, con ellos venía un hombre delgado con abrigo negro y con ribetes de varios colores en la manga. No se sabía si era ruso o no, no se podía entender. Miraron a todos. Por lo visto buscaban a alguien. Pero no lo encontraron. No dieron ni agua, ni comida, salieron, cerraron las puertas y el tren de nuevo se puso en marcha. Durante las últimas tres horas, tal vez debido al fuerte traqueteo, el clavo volvió a su lugar inicial y apenas si se lo veía afuera de la tabla. Los muchachitos estaban desesperados por la sed que tenían y, además, sentían una espantosa hambre.

Detrás de la rejilla de las ventanas se veía pasar los árboles, los postes de electricidad, después aparecieron edificios grises de muchos pisos, chimeneas de fábricas, estaciones y cartelitos blancos con letras extranjeras. En sentido contrario a gran velocidad se desplazaban convoyes de vagones cargados con cañones y tanques cubiertos con lona. El cielo gradualmente se ponía oscuro, sobrevenía la penumbra del tercer día. Ya viajaron lejos, seguramente, más de mil kilómetros. De pronto se oyó una explosión. La locomotora largó un prolongado silbato, el vagón recibió un golpe muy fuerte que hizo chirriar los amortiguadores. En las puertas abiertas, junto con el aire congelado de la noche y el oloriento humo del convoy que quemaba, con fuerza irrumpió un sonoro ladrido de perros y entrecortadas órdenes de los alemanes. Todos comenzaron a saltar del tren, la gente aún no había logrado levantarse de la tierra se largó a manotear la nieve, mezclada con tierra negra desparrramada por la explosión, y se la tragaba saciando con ella la sed que tenía. Los vigilantes estaban parados en frente de cada vagón y mandaban al torrente humano hacia afuera de las vías del ferrocarril. Por delante del convoy de vagones, se veían boquetes negros en el suelo, traviesas levantadas en diversas direcciones y rieles todos retorcidos y dañados. Alguien comentó que ese territorio era de Polonia.

La columna de gente se extendió como un kilómetro. ¡Allí había todo tipo de gente! Había personas jóvenes, como Petya y Vasili, prisioneros de guerra, policías de vigilancia de Estonia, heridos alemanes del tren estallado. A éstos, por separado de la columna principal, los llevaban los guardianes y enfermeros vestidos con chaquetas blancas. Unas diez personas, pensando que los alemanes se ocupaban de los suyos, decidieron escapar... Pero allí no más fueron ametrallados. Parecía que alguien invisible y omnipresente estaba observan-

do desde lo alto de un árbol, del techo de una casa o, quizás, desde la altura de una nube, vigilaba el orden y de inmediato corregía lo que no estaba correcto en el riguroso mecanismo alemán de distribución de las corrientes humanas.

Llegaron cuatro camiones cubiertos con lona impermeable, los alemanes cargaron a los suyos heridos y se fueron. Pero al gentío de civiles y de prisioneros de guerra los hicieron caminar unos tres días más, sin suministrarles ni agua ni comida. La gente tragaba solamente la nieve. Si alguien se caía, allí mismo le hincaban con la bayoneta. No gastaban balas, se veía que las economizaban. Después, mientras esperaban el tren, a toda esa gente la tenían agrupada cerca de la estación en un galpón grande y viejo con el techo agujereado. Por todas partes estaba lleno de basura y malos olores, cerca de allí sobre la tierra fría estaban tiradas las personas heridas semivivas, las cuales ya no podían levantarse, y otras ya muertas. A éstas les levantaban las manos para recibir por ellas una ración de pan. Como alimento les daban una turbia mezcla líquida caliente, con una porción pequeña de patatas, las que directamente de la bolsa las volcaban a un recipiente grande, no sólo con la cáscara, sino también con tierra. Todo eso, la gente se comía usando latas de conservas vacías, o sus gorros, y si no, directamente haciendo puñadas con las manos.

Petya, quien de la abuela había aprendido consejos racionales, con frecuencia muy oportunamente repetía algunas sugerencias inteligentes: “Mejor no comer ese bodrio —le decía a su amigo—, porque si no, es muy posible que la diarrea te vacíe el vientre, y en ese caso, con seguridad seremos candidatos a morir. Mi abuela siempre echaba la sopa ya fermentada. Esa sopa ni el perro la comía. ¡Es así la cosa! Vamos a economizar el pan. ¿Me escuchas, Vasili?”

Vasili miraba en dirección al rincón más distante del galpón. Allí había mujeres agrupadas. Algunas de ellas, llorando, con cariño mostraban una a la otra unos pequeños envoltorios y de inmediato los guardaban bajo la solapa de su abrigo o chaquetas de algodón. “¿Qué será lo que tienen?” —pensó Vasili, pero en aquel momento no alcanzó a enterarse. Llegó el sucesivo tren y se llevó a la nueva partida de prisioneros junto con Vasili y Petya.

Las plataformas abiertas del tren con las barandillas altas estaban repletísimas de gente. Allí el cuerpo de un ser humano no podía ni siquiera moverse. Entre las personas vivas que estaban paradas, las había incluso aquellas que recién acababan de morir... Los dos muchachos estaban juntos, economizando sus fuerzas, no conversaban. Todos estaban plagados de piojos. Mientras el tren se desplazaba y hacía barquinazos de un costado al otro, no se sentía la existencia de los piojos, pero cuando ni bien el tren se detenía en algún callejón sin salida para dejar pasar al que iba en sentido contrario, el escozor se volvía insoportable.

Tal situación continuó tres días. Al cuarto día, por la mañana el frío se acentuaba, ante los ojos de Vasili todo se puso turbio... para él no estaba ni Petya, ni prisioneros, ni alemanes, ni estonianos con ametralladoras por los costados del vagón... Ante sus ojos como si estuviera el joven teniente que vino a la aldea para llevarse a los movilizados; se dirigió directamente a Vasili y estirando su mano-con la pistola gritaba un largo rato, como tratando de demostrarle algo. Luego, de pronto se inclinó hacia él y en voz baja, lentamente, pronunció: “Conmigo, al ataque...”. El teniente una vez más sacudió con la mano, de nuevo gritó algo, y su medalla chocó directamente contra la hebilla del cinturón.

Vasili se estremeció. “¡Conmigo, al ataque!” —repitió lentamente para sí mismo. Pero, ¿por qué precisamente ahora esas palabras han sido oídas con tal precisión? Aquella vez, en junio de 1941, él no le había prestado

atención a esas palabras. “¿Por qué no corrí detras de aquel teniente?” —ese pensamiento confuso, enredado como si fuese telaraña, envolvía su mente y arrastraba hacia la realidad. “Suponiendo, que yo con el arma en la mano arremeto directamente contra el fuego de ametralladora, caigo al suelo y espero que pase el tiroteo... ¿Pero, entonces, es un acto de cobardía? ¿Efectivamente es cobardía! —se respondía a si mismo Vasili—. De seguro que durante la batalla nadie actúa de esa manera. Sería una vergüenza. Pero aquí... Aquí es todo diferente. Aquí todo está planeado de otra manera.” —Vasili trataba como podía de convencer a sí mismo. “Es que tú no eres ningún combatiente, estás sin arma, sin ropa de abrigo, hambriento, nadie te ayudará y... El ansiaba que le dieran de comer cuanto antes, que terminara por lo menos la guerra... No importaba cómo... No importaba, no importaba...” Vasili de nuevo sintió un estremecimiento. “¿Quién dijo eso?”. A su alrededor, con los ojos cerrados y balanceándose al ritmo de los golpes de las ruedas, estaban paradas las gentes. Sus cejas, sus pestañas, y espesas barbas sin afeitar, estaban cubiertas por una blanca escarcha, y prácticamente no se veía el vapor de la respiración. “¿Yo mismo lo dije? ¿Seguramente sólo lo he pensado?, O, ¿quizás, también lo estoy diciendo en voz alta?!”

Vasili de repente recordó que durante los últimos diez días ni una sola vez no pensó en Zinaida, en los familiares y que, en general, ya no le importaba nada. Con tal de que finalice lo más pronto posible ese interminable viaje.

El milagro le apareció en forma de un hombre delgado con quepi en la cabeza, con un abrigo negro con ribetes de colores en la manga. En la parada sucesiva, a los prisioneros civiles y militares que se quedaron vivos —los cuales durante la última semana se convirtieron en maniqués blancos e inmóviles con ropa cubierta de nieve y costra de hielo—, el comando alemán les ofreció una ración de comida y ropa interior limpia.

3.

Detrás de la plataforma, en el edificio de la estación de trenes se leía el nombre de la ciudad: Lublin. Los soldados prácticamente arrebatában a los civiles de la densa masa de cuerpos casi congelados y los llevaban no se sabía adónde. Se llevaron casi la mitad, pero nadie ya no regresó. Le llegó el turno a Vasili. Sus pies estaban casi congelados, hinchados y no le obedecían para nada. De repente apareció un dolor agudo en el bajo vientre que no le dejaba tranquilo y le obligaba a agacharse. ¡Pero quedarse, significaría seguir el viaje vaya a saber a dónde! ¡No! Pasara lo que pasara. El susurró algo al amigo y solo se volcó del vagón a la plataforma. Se paró a cuatro patas. En un instante a su lado apareció también Petya. Muy debilitado, sin poder doblar las rodillas, él se desplazaba a duras penas alrededor de Vasili, hasta que un vigilante, empujándole con la ametralladora en la espalda, por la fuerza los obligó a ponerse de pie. Tres alemanes agarraron a los muchachos de las manos y los arrastraron hacia un costado. “Bueno, ahora nos fusilarán por inservibles,” —le pasó por la mente de Vasili ese pensamiento. De pronto los soldados se detuvieron y luego se retiraron dejando a los muchachos ante el hombre con abrigo y quepi. “No, me parece que el del vagón era otro,” —dudó Petya.

—¿Cuántos años tienes? —fue lo primero que el hombre preguntó con desconfianza, mirándole a Petya de arriba hacia abajo y empujándole con el dedo en el pecho.

—Nosotros tenemos dieciséis años —adelantándose a su amigo mintió Vasili, poniéndose erguido y demostrando todo su porte: los talones juntos, las puntas de los pies separados y los brazos en posición de firme.

Petya hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Su mirada se detuvo fija en el abrigo de buen paño negro del hombre que estaba enfrente de él, pero no podía separarla de los botones brillosos. En su mente, vaya a saber

por qué, le surgió la idea: “Seguramente, esos botones estaban lustrados con polvo dentífrico”. Después levantó su vista en el alemán, demostrando con todo su aspecto su resignación y fidelidad, como si fuese un idiota, inclinó su cabeza y se sonrió a plena boca.

—Elijan muchachos: quieren ir al campamento de la muerte o al Ejército de Liberación Ruso —el tipo alto mostró con la mano el distintivo en su manga y con voz ronca, con el acostumbrado lenguaje trabalenguas agregó: —Si desean prestar servicio a la causa justa, decidan ahora mismo. De lo contrario, mañana se irán a pie al campamento de la muerte. El Maidanek (Plaza de la muerte) está aquí muy cerca —él movió a desgano la cabeza en dirección a unas chimeneas que emanaban humo negro y que se veían en los límites de la ciudad, después de lo cual se dirigió a otros prisioneros.

Vasili no sabía qué significaba “campamento de la muerte”, pero sí se daba cuenta que allí mataban. Tampoco sabía qué significaba el “ejército de liberación”, pero intuía que, con seguridad, no era un ejército ruso, alguna villanía inventada por los alemanes. “Al campamento siempre llegaremos a tiempo —razonaba por dentro Vasili—, pero ir a luchar al frente es exactamente lo que nos hace falta. Estando allí, ya veríamos la posibilidad de borrarnos de alguna manera.

—Tenemos que aceptarlo. ¿No es cierto, Petya?. ¿Combatiremos? —Vasili con picardía miró a su amigo.

—Sí, estoy de acuerdo, para morir siempre habrá tiempo, además, no tenemos motivos... —le dijo Petya, haciéndole el juego. Todo el tiempo él se agachaba para no impresionar ser tan chiquillo y, a su vez, se friccionaba los pies con las manos para estimular la circulación de la sangre que se acumuló en los mismos—. Quizás nos darán de comer, también alguna ropita...

El hombre con abrigo de nuevo se dirigió a los muchachos, empujó a Vasili en dirección de la puerta de una barraca y gritó con brusquedad:

—¡Hacia allí!

Los amigos, encorvados y apoyándose ya en el pie izquierdo, ya en el derecho, entraron en la barraca. Allí a toda potencia funcionaban los calefactores de hierro fundido y hacía calor. Por primera vez en los diez días sintieron calor. Detrás de una larga mesa construida de tablas sin cepillar estaban sentadas dos personas en uniforme —que no se entendía si era uniforme alemán—, pero con hombreras sin “trencitas”. Ellos preguntaban y anotaban todo lo que les decían los muchachos, es decir, su nombre y apellido, fecha de nacimiento, dónde vivían, dónde estaban los padres, si no tenían familiares comunistas y muchas otras cosas más. Después les hicieron firmar un papel, una especie de solicitud para el ingreso voluntario al Ejército Ruso de Liberación.

—¿Y qué? ¡Aunque sea un día, pero será nuestro! —hablaban entre sí los prisioneros de guerra que aceptaron vestir el uniforme alemán. —Sea como sea, pero tendremos tres cigarrillos por día y la mezcla tipo sopa más espesa—. Con el fin de que las familias de los “desaparecidos sin noticias” continuaran recibiendo su ración, los que cayeron en la prisión se hacían registrar con apellidos ajenos y lugar de residencia inventado.

Después de la explosión en el ferrocarril todos los prisioneros se entremezclaron, también los muchachos se ingeniaron usar un nombre y apellido inventado y, para que los aceptaran al ejército y los destinaran al frente, le sumaron años a la edad real.

A todos los que reunieron en la barraca, unas cincuenta personas, los formaron en fila y los mandaron fuera del cerco. Allí ellos se desvistieron, los pusieron en fila a lo largo de la pared y durante largo tiempo los bañaron con chorros de agua que usaban de la bomba de incendios. El agua fría expedía un fuerte olor a cloro que hacía arder los ojos, pero por lo menos lavaron toda la mugre que se les había adherido al cuerpo y también los ojos.

Además, el dolor en el bajo vientre calmó un poco. Después repartieron ropa limpia y botas. Vasili se puso los calzones y el uniforme con el águila aplastada en el lado derecho del pecho y con un distintivo colorido en la manga izquierda. En la mente le surgió el pensamiento: “Resultó una inmundicia, me imaginaba otra cosa... Además, ni se lo podía arrancar”—. Vasili tocó el distintivo con la mano y miró a Petya. Este daba vueltas en el lugar, procuraba ver de todos los lados su nueva vestimenta exageradamente larga: “¿No habrá otros distintivos y águilas que después se podrían cortar rápidamente?”

Al día siguiente los llevaron en camiones a la plaza de la alcaldía de la ciudad. Allí estaban formadas en dos filas gente similar a ellos, vestidas en capas militares como las de ellos y con distintivos en la manga. Prestaban juramento de fidelidad al fñhrer. Todos repetían en coro: “Yo, como hijo fiel de mi Patria, habiendo ingresado voluntariamente en las filas de combatientes de las Fuerzas militares de los pueblos de Rusia, juro ante mis compatriotas por el bienestar de mi pueblo, bajo el comando principal del general Vlášov, luchar contra el bolchevismo hasta la última gota de sangre...”. Después, cada uno se acercaba a la mesa, tomaba una lapicera, y luego de mojarla en el tintero, firmaba el texto del juramento. “Aunque estamos en el extranjero, pero la lapicera y el tintero son idénticos a los de nuestra escuela” —se le vino el recuerdo a Vasili, luego en una hoja de papel con la lista de apellidos y firmas, puso su firma un tanto torcida, casi igual a la de la hoja donde decía “Por voluntad propia”. Además, en lugar de poner un punto, quería perforar con la lapicera el papel, pero al final no lo hizo.

Los amigos no perdían tiempo en vano cuando se trataba de entrenamientos de tiros y en la preparación militar... Ellos detenidamente, según les parecía, analizaron todos los posibles acontecimientos futuros. ¿A dónde los transportarán? ¿Cuándo? ¿Cómo orga-

nizarán la huída? ¿Qué le dirán a los suyos? En esencia, todo su plan se resumía en que huirían cuando se presentara la primera posibilidad. ¿Qué significaba el juramento ante los alemanes y la firma en el documento? Los muchachos de eso ni pensaban. Es que ellos no traicionarían el juramento nuestro, sino el alemán. Incluso los apellidos eran otros.... Sin embargo, algo le preocupaba a Vasili. No le dejaba tranquilo un sentimiento repugnante. A veces, por dentro, sonaban las palabras: "Sin embargo, de todas maneras, aceptaríamos incorporarnos a ese ejército con tal de no sufrir el espantoso frío en el vagón..." Ese maldito pensamiento Vasili trataba de espantarlo de su mente, pero le volvía una y otra vez a la cabeza: "Qué bravada... ¡Al ataque! ¡Siganme!... ¡Eres un cobarde, Vasili! Como quieras nombrarte. Igual, eres un cobarde, cobarde y más que cobarde..." En tales instantes Petya miraba a su amigo de una manera especial, como si escuchara sus pensamientos, dudaba en algo y preguntaba a su amigo de manera inhabitual, con los ojos celestes muy serios, preguntaba sobre lo más importante, sobre lo más sagrado: "¿Nos resultará?...".

En diciembre una compañía de soldados de Vlávov mandaron a Bielorrusia, dónde el Ejército Rojo avanzaba en dirección de las ciudades de Vitebsk y Polotsk. Ocuparon una posición de defensa. Durante un largo tiempo cavaban trincheras en la tierra congelada, después, mojados por el sudor, imperceptibles en la nieve por las capas blancas de camuflaje, permanecían sentados en el fondo de las trincheras esperando la orden de atacar. Por delante había un bosquecito raleado, detrás del mismo estaban los nuestros. "Resultaba, entonces, que aquí y allí estaban los soldados rusos...", pensó Vasili, y después de pronto se inclinó hacia Petya y susurrando expresó: "¡Diablos, las distinciones no se podrá cortar! No es posible quitarse la capa de camuflaje..."

—Fíjate lo que tengo —Petya alcanzó debajo de la capa de camuflaje un cuello de uniforme y, con orgullo dio vuelta del revés. Allí brillaba un banderín pintado con esmalte rojo con una estrella en el medio y con grandes letras la abreviatura KIM de la Internacional Comunista. Antes de la guerra lo había encontrado cuando fueron a la ciudad con la abuela.

Al cielo voló un cohete de color verde, los soldados de Vlázov con desgano salieron de la trinchera y en fila lentamente marcharon hacia adelante. Cerca de allí, en dirección donde se encontraban los rusos, disparaba una ametralladora. Los dos muchachos se retrasaron un poco, y cuando los demás ya se iban al ataque, ellos fulminaron a los ametralladoristas, después corrieron para alcanzar a los demás. Lo que hacía falta era desviarse un poco hacia la izquierda, correr unos cien metros, no más. Allí detrás del bosquecillo, a través de un campito, se veía sobre la nieve la tierra recién cavada. Corrían en zigzag, tratando de evitar las balas de los dos lados. ¡Al fin llegaron al bosquecillo! Por detrás de nuevo se oía la ráfaga de ametralladora. Petya cayó de nariz en la nieve. Vasili también, es que era imposible correr bajo la ráfaga de la ametralladora. El llamó a Petya, pero éste seguía inmovilizado con el rostro hacia abajo y sin movimientos. Vasili se acercó a su amigo, con dificultad le dio vuelta de espalda y puso su cabeza sobre el lugar del corazón. ¡Todo silencio! Comenzó a buscar vestigios de balas, y solamente cuando miró los ojos vidriosos de Petya, comprendió. La circunstancia no dejaba tiempo para reflexiones. “¿Arrastrarlo o dejarlo allí? ¿Arrastrar o qué hacer?”—Vasili tardó un par de segundos, después le cerró los ojos a su amigo —habiendo recordado cómo lo hacían las personas mayores. Después arrastrándose se alejó a un costado olvidándose del distintivo en su solapa.

Al cabo de un minuto Vasili, franqueando un parapeto de tierra negra, resultó dar “con los suyos”.

A su alrededor todos se parecían a él, con capas blancas, tenían ametralladoras, retiraban a los heridos, gritaban y se insultaban. En el alma de Vasili sobrevino una sensación de calidez, el placer le recorría por todo el cuerpo, incluso le agarró el sueño. Al principio nadie le prestó atención, pero después que el ataque de las tropas de Vlášov fuera rechazado, se le acercaron dos personas, lo miraron detenidamente, y el que era mayor, con un envión con la culata le dio un golpe en la cabeza. Vasili perdió el conocimiento.

De su cabeza ya hace mucho se corrió la capucha blanca y debajo de la misma se veía el gorro negro con orejeras con un águila en lugar de una estrella roja. La conversación con los llamados “suyos” fue breve. Los oficiales de seguridad especial no escuchaban cómo dos muchachos, Vasili y Petya, huyeron del ejército de Vlášov. “¡Tú, siendo un atorrante infantil resultas ser muy pícaro, según veo yo!”—concluyó el teniente, parecido a aquel comandante que vino a la aldea al principio de la guerra. Igual de joven y con una medalla en la solapa. Pero en lugar de presilla color carmesí, tenía hombreras de un vivo color azul. El anotaba detalladamente en su cuaderno y a su vez repetía en voz alta todo lo que escribía, como si leyera por sílabas: “...antes que otros agentes de Vlášov penetró en la trinchera que ocupan los combatientes de la división militar № 4527/23, y fue detenido por los soldados del ejército rojo”.

A Vasili lo trasladaron a la retaguardia, a un campamento de control y filtración. Allí había soldados del ejército rojo vestidos sólo con guerreras, también cosacos con abrigada vestimenta típica de Kubañ, tipos con uniformes negros de policía, varios personajes con uniformes de las “SS” alemana con las presillas arrancadas... Todos dormían directamente sobre la nieve.

¡Por lo que luchamos, con ello tropezamos! —con enfado susurró para sí Vasili. Después de todo lo que le tocó

ver en la sección especial y aquí en el campamento, comprendió de pronto que si no fuera por la edad, lo fusilarían sin pensar. —Por lo menos le creyeron que todavía no había cumplido quince años... El chico incluso logró pensar lo siguiente: “¡Qué lástima, Petya, no tenemos suerte. Resulta, otra vez todo en vano. ¡De nuevo a la retaguardia!”

Pero esta era totalmente otra retaguardia. En la oficina de la prisión a Vasili le pusieron ante sus narices un papel: “¡Fírmalo!” El le echó un vistazo: “Por resolución del comando militar..., en base a los artículos del código penal de la República Federativa Socialista Soviética de Rusia..., por el plazo de 25 años y al destierro permanente...” La hoja de papel de cigarrillos temblaba en las manos de Vasili mientras leía las letras apenas perceptibles con la sentencia. La tinta en la cinta de la máquina de escribir ya hace mucho se había secado, además estaba gastada hasta tener agujeritos, por eso en muchas partes, en lugar de letras, el fino papel estaba perforado por los signos metálicos. Las lágrimas le corrían de los ojos y molestaban ver bien todo el texto. Por segunda vez durante la última semana Vasili firmaba un documento. Por segunda vez en toda su vida. Pero esta vez firmaba con el apellido verdadero. Como afirmando: ¡Me doy por enterado!

4.

Antes de la guerra a Zinaida, la hermana de Vasili, la consideraban como la muchacha más hermosa en la aldea. Tenía ella pretendientes a montones. Cuando llegaron los alemanes, ella no se asomaba fuera y permanecía en la casa, ocultándose. Cuando deportaban a Alemania, ella envolvió su cabeza con un pañuelo sucio. Durante el viaje de una semana en el vagón se acumuló una inimaginable hediondez, en todas partes estaba desparramado heno sucio. Dos baldes de excrementos cayeron y daban vuela de un lado al otro en el charco de orina, salpicando a los que

estaban más cerca. El viento fresco entraba solamente por la ventanita con rejilla en la parte superior de la pared, pero eso no era suficiente. Por primera vez le tocó salir del vagón solamente en la misma Alemania, en la ciudad de Leipzig. Las muchachas estaban paradas a lo largo de la pared, juntas unas a las otras, hambrientas, sucias y harapientas. En una palabra: esclavas. Al salir del vagón, con lo ojos agrandados miraban a su alrededor. En-torno todo estaba limpio, las casas pintadas con diversos colores, las iglesias inhabituales, tocaba la orquesta, los trombones lucían brillosos. Mientras trasladaban la columna de gente desde el vagón a la barraca, los soldados con uniformes negros separaban a las muchachas jóvenes para trabajar como sirvientas en las casas de los alemanes ricos. Zinaida resultó entre ese contingente. Su hermosura de todo modo sobresalía a la vista. ¡No se la podía ocultar!

A la mañana siguiente, desinfectada, bañada, peinada y vestida con ropa limpia, Zinaida fue presentada a los nuevos patrones. A partir de ese momento ella comenzó a trabajar como “sirvienta” prisionera incluida en la lista de prisioneros del campamento de concentración núm. 153/45 en los suburbios de Leipzig, pero comisionada a una familia alemana. El jefe de la familia era ingeniero de construcción, un hombre mayor bien formado y educado, tenía una mujer joven, un chico de dos años y un hijo del ingeniero del primer matrimonio, quien era un estudiante. Todos de modales cultos, amables, no gritaban y la casa era limpia y ordenada. Zinaida tenía su propia habitación, una cama con mesita de luz, un gran espejo y dos frazadas. Ella aprendió rápido a entender las ordenanzas, e inesperadamente para sí misma, recordaba las frases largas en alemán y las pronunciaba de modo correcto y sin acento. Entre muchos vestidos y delantales, destinados para el personal de servicios, ella elegía, como le parecía, los modelos más simpáticos y con los coloridos más amenos para la vista.

Sus dueños lo notaron. Le comenzaron a prestarle confianza. Ella servía la mesa, hacía compras para la casa en la ciudad, incluso también atendía al niño. En resumidas cuentas, ¡eso sirvió para elevarle el mérito!

El hijo mayor del ingeniero, alto y esbelto, con aspecto intelectual, además, incluso daba muestras de haberse enamorado de la empleada doméstica rusa, con frecuencia entraba en su habitación, le ayudaba con el idioma alemán, incluso él mismo aprendía el ruso. Cada vez que llegaba, le traía una flor. Una vez, una ramita con flores de “mimosa”, otras, lilas, iris y otras más, cuyas denominaciones ni recuerdo, por tener nombres poco conocidos. Cuando besó a Zinaida, ella se echó a llorar, pero esas lágrimas hacían que sus ojos oscuros se convirtieran mas hermosos aún.

En su tiempo libre Zinaida se sentaba a la mesa y con una lapicera escribía con tinta las cartas para su hermano Vasili y sus hermanas. Cada semana les escribía y siempre agregaba algo en alemán. Contaba como vivía en el extranjero, qué trabajos hacía y comentaba lo bueno que era el hijo de su patrón. Cada vez que preparaba una carta, colocaba en el sobre su propia foto. En una aparecía con un vestido nuevo, en otra, con abrigo y carterita luciendo un gorrito en la cabeza de manera que no le cubría el peinado. Se acumuló todo un paquete con sobres. Zinaida los juntaba atándolos con una cintita. Parecía como un diario personal. Lo malo era que ella contaba de sí misma, pero no sabía nada de sus familiares. ¿Cómo estarían? ¿Cómo Vasili se las arreglaba solito en la aldea?. El tontito, con seguridad, de nuevo se habrá ido a combatir contra los fascistas.

Sin embargo, el tiempo pasaba. En otoño del año 1943, reclutaron para la guerra al hijo mayor de su patrón. Lo llevaron del cuarto curso de la Universidad. Antes de la partida hacia el Frente Oriental, el padre y el hijo conversaron mucho tiempo y en voz alta. El jefe de familia,

como si tratando de convencerlo, con insistencia explicaba algo al hijo. De qué hablaban, Zinaida no alcanzó a entender. Ella entendía algunas frases separadas: "Hitler y los nacifascistas iniciaron la guerra... Eso será la muerte de Alemania..." Después hablaron de la familia, del deber, de la Patria... Pero Zinaida, habiendo vivido en Alemania un solo año, comprendía que en Alemania ya sólo esas palabras serían suficientes para que los interlocutores fuesen a parar a un campamento de prisioneros.

Después de transcurridos tres meses, llegó una información de que el hijo del ingeniero desapareció sin saberse adónde. Cuando el padre leía esa noticia oficial, su esposa estaba sentada en el sillón y lloraba sin parar teniendo en las manos un pañuelo blanco con el cual se secaba las lágrimas. Zinaida estaba de pie a su lado y también lloraba. El pequeño hijito del dueño de la casa, por el susto se le pegó rodeando con sus manitas las rodillas de ella...

En la víspera del Año Nuevo 1945, para la Navidad, los patrones le regalaron a Zinaida un nuevo abrigo de paño, una chaquetilla de piel de ardilla, un gorrito adornado con la misma piel, además, también le regalaron unas botas de cuero de color marrón con tacones. ¡Con todo eso, ni más ni menos, se la veía como una alemana! Ya hablaba, leía e incluso escribía en alemán libremente. ¡He aquí un extraordinario talento! En tres años Zinaida pasó a ser casi como un "miembro de la familia" para ese hogar alemán.

En una oportunidad, en primavera, el ingeniero invitó a Zinaida pasar al despacho para conversar con él, algo muy inhabitual para un patrón y una empleada. El le propuso a Zinaida ir con la familia de él a occidente, a Lotaringia, lugar de su nacimiento. El incluso le explicó las razones. "Porque la guerra pronto finalizará, el fascismo por fin será derrotado, y vivir después, de todos modos, será mejor más distante del ejército ruso, con sus comisarios... Yo sé lo que digo. Yo trabajé en su país, en Rusia,

en 1935..." El jefe de familia de tanto en tanto insertaba en la conversación en alemán palabras en ruso, como si con ello deseara conquistar su confianza. Zinaida ya se había acostumbrado al hecho de que no todo entendía de lo que en la casa se conversaba. Tampoco había mucho para entender, ya que estaba todo claro, sin palabras. Pero en esta situación era necesario convencerla. Y las inserciones de boca del alemán de palabras rusas no muy exactas, argumentos no le sumaba. Las palabras vertidas, por el contrario, solamente agudizaban la situación y generaban el rechazo de Zinaida, le hacían volver los recuerdos de su aldea, recuerdos de su hermano y hermanas... Además, esas palabras le obligaban a recordar otra cosa. Sobre el sentimiento que le inculcaban desde la infancia: "Abandonar a su país o incluso pensar en eso, ya significaba un delito, tan terrible como el espionaje o el sabotaje..."

Zinaida se quedó sola en la casa grande y vacía.

En el primer día, cuando ni bien llegaron los rusos a la ciudad, a ella la consideraron alemana, comenzaron a preguntarle dónde se encontraba la familia, dónde estaban los hombres; buscaban uniformes militares en el armario. Pero cuando ella les habló en ruso, funcionó el instinto. "¡Resulta, bestia miserable, que sabes también hablar en ruso! ¡Espía!", —al comienzo a Zinaida le pegaron y después le arrastraron a la cama. Sus lágrimas, sus gritos, su idioma ruso, y todas las palabras obscenas que ella conocía, no los detenían. Es que a ellos les motivaba no tanto el erotismo, cuanto la venganza. Por más que ella trataba de aparecer como rusa, la sentencia de los soldados cortaba como navaja: "¡Mujeres rusas como ésta no existen!"

En el comando militar soviético comenzaron las verificaciones y los interminables interrogatorios. Por ese filtraje pasaban todos: los prisioneros sobrevivientes de los campamentos de concentración, trabajadores cautivos, personas internadas, los ex-soldados de Vlázov, refugiados y emigrados de los países del Báltico, de Ucrania occi-

dental. Pero, como faltaban traductores, Zinaida les vino muy bien. A ella la incorporaron al plantel de la administración militar. Ella presenciaba en los interrogatorios, traducía, anotaba los interrogantes y las respuestas. Cualquier cantidad de historias humanas ella pudo ver en los tres años de postguerra. Había también personas con situaciones muy similares a la suya. Casi a todos enviaban a campamentos de filtración. Dejaban en libertad de inmediato sólo en un caso: si alguien podía confirmar que la persona trabajaba aquí con los alemanes y que luchaba contra el fascismo junto con los alemanes y comunistas en las actividades de conspiración... En general, hasta que se averiguaba todo, pasaban dos años. Allí mismo, en Leipzig, en el año 1947, supuestamente en mérito por su trabajo en el comando militar administrativo, a Zinaida la admitieron en las filas del Komsomol.

En aquel momento muchos tenían serias dudas: “¿Volver a la patria o no?” Pues no estaba claro qué pasaría con ellos. Es que si habías trabajado para el enemigo, significaba que tú mismo ya eras “¡enemigo del pueblo!” Pero este tipo de reflexiones preocupaban más a aquéllos, quienes resultaron en manos de las tropas estadounidenses o inglesas. Pero para los que estaban en la zona rusa, ese tipo de razonamientos surgía raras veces. A Zinaida le solían surgir en el fondo de su alma esas ideas preocupantes, pero de inmediato desaparecían. Cuando al principio de la guerra por primera vez ella fue a parar en el centro mismo de Alemania, la propia frase: “la ciudad está llena de alemanes” impresionaba espantosamente. Pero después se acostumbró. Y ahora la rodeaban rostros familiares: ¡considera que ya estás en tu casa! Desde el comienzo todo estaba claro para ella. ¡Regresar cuanto antes a su casa! A su aldea natal.

Después de haber trabajado durante tres años en la Comandancia, Zinaida recibió el Certificado del Ministerio de Seguridad del Estado que confirmaba que ella, a pesar

de haber pasado por el “campamento de internación”, era una “persona de confianza”. Ella regresó a Leningrado. Vestía ropa alemana —además, ni siquiera tenía otra— pero esa ropa la hacía inhabitual y a muchos los ponía en guardia. Caminaba por la ciudad una hermosa muchacha, todos quienes la veían, se daban vuelta para mirarla, lo cual parecía darle la razón a los de Leipzig cuando afirmaban: “¡Mujeres rusas como ésta no existen!”

Las hermanas Caterina y Alexandra todavía en el año 1944, enseguida después que retiraron el bloqueo de Leningrado, retornaron de la evacuación, y en 1947 fueron recomendadas para trabajar en el Centro de Informaciones del distrito de la ciudad de Primorsk, la ex finlandesa Koivisto. Adonde muy pronto se fueron también sus esposos, primero Dmitri, esposo de Caterina, después, Gleb, esposo de Alexandra. Gleb fue tanquista, trabajaba de soldador con equipos a gas en una planta industrial, única en la ciudad. Todos los días iba al trabajo a las siete de la mañana y retornaba a las 19 horas, muy cansado. Tardaba una hora de viaje para llegar a su casa. Algunas veces traía del trabajo un balde o una bomba de agua de acero inoxidable, contruidos en la planta. Allí había mucho metal inoxidable. De ese metal los trabajadores se hacían taburetes, baldes para preparar productos en salmuera, manijillas para las puertas y cuchillos. También todas las tumbas en el cementerio local brillaban con ese metal. En los domingos Gleb, cuando se sentaba a la mesa, siempre le gustaba tomar tragos y con tristeza recordaba los años anteriores a la guerra, cuando él estaba en la gloria, era un tractorista reconocido, premiado en reconocimiento con un diploma firmado por Kalinin, Presidente de Presidium del Consejo Supremo de la Unión Soviética...

El marido de Caterina todavía en 1942 fue dado de baja del ejército por invalidez, retornó a vivir con su esposa, habiéndola encontrado en la evacuación. El no tra-

bajaba, la mayor parte del tiempo permanecía en casa y le gustaba tomar vodka. En cierta ocasión en un sanatorio, después de unos quince años de finalizada la guerra, un médico le sugirió que, en lugar de beber desmedidamente el vodka, era mucho más beneficioso tomar un buen vino seco. Era más saludable. ¡Encontró el médico a quién sugerir esa idea! Resultó que él se tomaba el vino a litros por vez. Ya no quería recordar los divertimientos juveniles, tampoco las desenfrenadas peleas después de los bailes en el club de la aldea. Cuando en 1964 a la familia la trasladaron al primer edificio de cinco pisos —con gas y calefacción en la ciudad, durante semanas enteras no salía del apartamento.

A Zinaida le dieron una habitación en una casa de madera de un piso en los suburbios de la ciudad Primorsk cerca de Vyborg en la costa del Golfo de Finlandia. En torno había galponcitos contruidos con tablas descoloridas sin pintar y, además, varias barracas semicaídas que fueron heredadas de los finlandeses. Ella comenzó a enseñar el idioma alemán en la escuela local. Ella era joven y hermosa, imposible no prestarle atención. Durante todo un mes le seguía con insistencia un muchacho bien visto, de nombre Nikolay, con patillas largas y una cabellera que sobresalida de su gorro de marinero, él era oficial mayor en una lancha pesquera. Toda la gente de la circunscripción lo conocía. Tipos como él no dejaban pasar de largo a ninguna falda femenina. Zinaida trataba de eludirlo, a ella le gustaba un vicedirector de escuela, maestro de matemáticas. Este era ya bastante mayor y muy atento y amable. En cambio al oficial mayor le gustaban mucho las juergas y también le gustaba mucho la bebida, además era unos cinco años menor que Zinaida.

Cierta vez, después de un festín con motivo del inicio de la navegación, Nikolay con insolencia y descaro invadió la vivienda de Zinaida, la volcó sobre la cama y la violó. Zinaida quedó embarazada y no halló otra salida

que la de formalizar el matrimonio con Nikolay por temor a que ese hecho no se hiciera público: ya sin ello era vista “no como todos”.

A Nikolay muy raras veces se le podía encontrar en la casa. Pero cuando regresaba, se prendía a la bebida. En cada caso como éstos, el matrimonio caía en el regañamiento y discusiones, con motivos y sin motivos. Cuando veía las fotos de ella con gorrito y sonriente, traídos de Alemania, de inmediato comenzaban los gritos y reproches, rompía las fotos en pedacitos, quizás de celos por aquella vida de su esposa. Con frecuencia en esos días incluso pegaba a su esposa.

Cuando llegó el tiempo para dar a luz, se aclaró que el feto estaba sin vida y que ella jamás podría tener hijos.

5.

Los condenados del campamento siberiano se enteraron de la finalización de la guerra después de cierto tiempo, más o menos luego de un mes. Esa información la ocultaban. Debería ser porque no querían compartir con ellos la alegría. Es que anunciar eso ante una fila formada de prisioneros era totalmente otra cosa que decir después de un combate frente al Reichstag. ¿Qué, después de comunicarles habría que estrechar a cada uno en un abrazo y besarlos? Además, los prisioneros eran muy diferentes: había prisioneros de guerra alemanes, nacionalistas ucranianos, combatientes extremistas, que cometieron delitos durante la guerra o la ocupación, del ejército del general Vlasov, policías, etc. Estaban aquellos que ya cumplieron su plazo de diez años de prisión, militares e ingenieros, investigadores y curas, contadores y estudiantes... A estos últimos los denominaban “políticos” y los trasladaban por etapas de un campamento a otro para que no se acostumbraran unos a los otros. ¡Una mezcla compuesta por “espías”, “saboteadores” y “par-

tidarios de Trotski y Zinóviev” podía llegar a explotar! También merodeaban en torno toda clase de ladrones y verdaderos bandidos, y ¡pruebe entender quién es quién! Todas esas cosas en uno mismo estaban tan entremezcladas, que era difícil discernirlas...

Cada uno a su manera aceptaba la noticia de la victoria en la guerra. Había quienes no reaccionaban de ninguna manera. Entendían que, siendo vencidos los alemanes, significaba exactamente que habría que permanecer todavía por mucho tiempo en la prisión. Con diferencia de que ahora, para que se ventilen lo más pronto posible las ilusiones inservibles, por milésima vez, saliendo de la fila formada, habrá que pronunciar mucho más fuerte y más nítidamente: “Prisionero de nombre tal, artículo de prisión número tal, plazo de condena, tantos años”. Tal vez eso provocaba en alguno de ellos una emoción en su interior, bajo la casaca del abrigo, cerca del corazón, pero muy levemente, como si esa victoria ocurriera no aquí, sino en alguna parte de Corea o China, y que la misma de ningún modo estaba vinculada con ellos, ni por el tiempo, ni por el territorio, ni por el espíritu. Algunos se alegraban por la victoria sinceramente, otros comenzaban a esperar la amnistía. Los policías y los soldados de Vlášov, aquellos que fueron verdugos, se enfadaban: en su momento apostamos a los alemanes, pero al final perdimos. Estos no abandonaban la posibilidad de vengar de alguna manera a los “alemanes”, entre los cuales también figuraban los extremistas-nacionalistas y agentes de los países bálticos.

Siendo recluido en una zona nueva, en la región de Komi, detrás de los Urales, o en Kolyma, Vasili se fijaba en los rostros tratando de detectar con pesar a alguien como él —en realidad no un soldado del general Vlášov, condenado por un delito “sin culpa ni pena”. Vasili trataba de no recordar su infancia y su pasado. Esas reflexiones martirizantes no llevaban a nada bueno, no terminaban con cosas positivas. Pero cuando en la penumbra se apagaban

todos los colores, él no tenía adónde escapar de sus martirizantes reflexiones. El miedo le obligaba a vivir con los recuerdos, asignándoles un carácter de heroísmo ficticio. En su consciente se le enredó toda su vida, a veces se sentía ofendido por ser así, débil, estaba preso sin saber por qué, y no podía como otros, casi con orgullo y en forma atrevida denominarse soldado del “General Vlásov”.

Después de todo eso, siempre llegaba la mañana, gris, triste y olvidada. En estos casos el futuro se le presentaba como un espantoso caleydoscopio de una penosa tristeza, de esperanzas no materializadas y de expectativas por lo desconocido.

“¡Escaparme! Recoger hongos, pescar muchos pescados, encender una fogata, construir una choza”, —como un niño soñaba Vasili—. “¿Por qué no? Yo puedo... Pero, ¿para qué?” Y de nuevo le cautivaba un sólo pensamiento: ¡Huir! Escapar al bosque, meterse en las espesuras donde no le pudieran encontrar. Ir al Norte, quizás... El permanecía acostado con su ropa de prisionero en la tarima de dormir descubierta que parecía estar pulida con esmeril, pero también impregnada con suciedad y sangre de miles de prisioneros. Sobre el campamento se agrupaban y se desplazaban lentamente las nubes cargadas de lluvia, que de un instante a otro podían descargar su agua. Como si fuese el destino, esas nubes presionaban sobre cada uno de los que vivían allí, despertando en él la apatía total, o la disposición de actuar. La primera destruía la esperanza, y la disposición de actuar destruía la apatía. Dependía de uno mismo qué es lo que triunfaría.

“De todos modos había que esperar el verano” —decidió Vasili.

En verano del año 1947 todos se reanimaron un poco. El sol con rapidez devolvía las fuerzas. En cierta ocasión, en julio, el jefe eligió a diez personas y las mandó acompañadas por vigilantes a un nuevo objetivo en el bosque, distante más o menos veinte kilómetros. Allí había una

especie de galpón o vieja casa semidestruida, la cual de inmediato cercaron con alambre de púas. En esa casa instalaron a los prisioneros: presos políticos, delincuentes, soldados de Vlávov y un prisionero de guerra alemán. La vigilancia estaba instalada allí cerca en una carpa. En un pino alto fijaron dos proyectores que estaban conectados a un motor a diesel. En un bosque espeso, vaya a saber para qué, era necesario cavar doscientos pozos de dos por dos metros y con profundidad también de dos metros. El calor era insoportable. Del calor y de los mosquitos marrones que abundaban en todas partes era imposible ocultarse. ¡Pero, de todos modos, eso era mejor que el campamento! Como solía decir Petya: “Pero sin falta cerca de allí alguna porquería se aferrará”. Los malignos chupasangre, seguramente, para eso vivían allí, para quitarle a todo lo viviente la energía que les regalaba el sol. Las ampollas provocadas por las picaduras cubrían el rostro, el cuello y las orejas. Las frotaban hasta sangrar con las manos sucias, después todo el cuerpo se cubría con abscesos. Los mosquitos, habiéndose saturado con la sangre, se debilitaban y caían al suelo o en los platos con la mezcla líquida de comida. Algunos presos despectivamente separaban esos mosquitos con la cuchara. Otros, sin prestarle atención, absorbían el agua caliente con la cebolla cocida y las hojas ralas de repollo junto con la espesa papilla marrón.

La vigilancia permitía al turno de tarde dejar los pozos sin terminar y allí cerca comenzar a cavar nuevos, a fin de que en horas de calor insoportable entrar en pozos sin terminar y, a la sombra de sus paredes, sacar la tierra. Ésta removida era insoportablemente pesadísima. Otras veces los presos se sentaban en el fondo y escarvaban con el pico para saber qué había abajo : “¿Qué habrá más abajo, cuándo comienza la tierra normal?”. Desde arriba era todo caliza y más caliza, con la pala era imposible levantar. A las 16 horas, la vigilancia llevaba a todos al riachuelo a tomar agua. Entraban al riachuelo con la ropa y como

caballos tomaban agua, la cual bajo el sol árido se volvía tibia y no saciaba la sed. Mientras no veían a vigilantes, alguno que otro se ingeniaba meterse al agua con la cabeza hasta cerca del fondo y allí bien abajo tomaba agua más fresca. Pero si el vigilante no veía al prisionero, de inmediato empezaba a tirotear con la carabina al agua: por intento de escaparse.

Cavaron todos esos doscientos pozos, los llenaron con mezcla de concreto con cemento y en la parte superior de cada pozo, para los futuros postes, construyeron una especie de encofrados de la misma medida, entre ellos a la altura de dos metros tendieron tablas que servían de camino para las carretillas. La mezcla del hormigón la preparaban los rateros, los presos políticos estaban parados cerca de los pozos y tiraban piedras en la mezcla líquida que volcaban de las carretillas, los restantes transportaban las carretillas sobre las tablas de 40 mm de espesor que fueron colocadas por encima de los encofrados. Dichas tablas no estaban clavadas, sino que estaban colocadas una sobre la otra, pero debido al peso del prisionero junto con la carretilla, las tablas se doblaban y se separaban, y los presos se caían directamente sobre las piedras que estaban desparramadas en todas partes. Del costado no se veía, debido al bosque de postes de hormigón de dos metros, si el preso se cayó o todavía llevaba su carretilla pesadísima de madera por la serpentina del camino construido con tablas. Todos se caían varias veces en el día, sin embargo las tablas no había con que reforzar, los clavos se usaban bajo estricto control. Vasili también tenía el cuerpo y el rostro con moretones, las palmas de las manos las tenía vendadas muy fuerte con trapos, pero los músculos de las manos estaban tan estirados de manera que ya no podían sujetar incluso la cuchara. Durante dos meses ante sus ojos veía sólo la espantosa caliza roja, como si fuese empapada con sangre, y la masa gris de la mezcla del hormigón que se balanceaba.

El alma de Vasili se aliviaba únicamente al final del turno, cuando todos ya, habiéndose echado en el heno, comenzaban a roncar. A través del ronquido apenas si se escuchaba el débil vibrar del follaje de la arboleda de álamos. Vasili se levantaba, luego se acercaba a un agujero grande en la pared y se deleitaba, cómo el follaje cambiaba su colorido bajo los rayos de los poderosos reflectores. En un instante, el color oscuro y casi invisible se transformaba en color blanco, con un tono brillante y plateado. Como si allí, detrás del cerco de alambrado de púas, el mundo restante estaba iluminado y llamativamente tintineaba en la noche.

“Precisamente aquí es necesario huir —resolvió Vasili—, la vigilancia se compone de cinco personas, esconderse será fácil, llegó el tiempo oportuno...”

Ese día todo el tiempo delante de él se vislumbraba un alemán delgado con la carretilla, por detrás iba un robusto ex-soldado de Vlášov. De repente el alemán se perdió de vista. “¡Ahí tienes la sorpresa!”, con disgusto casi gritó Vasili. ¡Resultaba, que él se había preparado, todo había calculado, pero ese tipo de pronto se le adelantó! El tipo delgado y largo, encogido de manera innatural, estaba tirado en el suelo entre las piedras, la carretilla se había caído muy cerca de sus pies, y los labios, en el rostro ensangrentado, algo susurraban. Vasili oyó decir : “Ayúdame”. Vasili también quería caer de esa manera del camino por donde pasaban las carretillas, quería esconderse detrás de un montón de piedras y más tarde escapar al bosque por entre pozos y postes. El alemán le arruinó el plan. Si eran dos los desaparecidos, ya sería mucho, los descubrirían enseguida.

Vasili detuvo su carretilla, saltó al suelo y remolcó al alemán hasta un barril con agua para la mezcla de hormigón que se encontraba cerca de un galpón. Se le acercó un guardián, Vasili hizo una señal con su mano como diciéndole que era cosa corriente, arrancó un pedazo de la

camisa limpia del alemán y le vendó la cabeza. El golpe le pareció serio, era posible una conmoción cerebral, pero no salió mucha sangre. El alemán quedó acostado en el suelo cerca del barril, a los demás por la tarde los llevaron al río a descargar a mano, es decir, con palas, una barcaza con cemento. Regresaron por la mañana del otro día, todos estaban blancos, con suficiente cemento aspirado que les alcanzaría para el resto de sus vidas. Vasili tosía sin parar, temía que en su interior algo se podrá pegar con el cemento aspirado, se le adherirá y se endurecerá como los postes del encofrado. Tenía mucho sueño, pero por la gran tensión, no podía dormirse.

El alemán se recuperó, renqueando vino a ver a su salvador para expresarle su agradecimiento. Hablaba bastante bien en ruso. Despacio él sacó una hierba verde que tenía guardada detrás de una tabla de la pared, luego sacó otra cosa más envuelta en un trapo y todo eso le pasó a Vasili.

—Es rábano silvestre y miel. Envuelve en la hoja y másticalo, no te enfermarás...

—¿De dónde la sacaste? —se sorprendió Vasili.

—El rábano silvestre lo encontré en la costa —solememente pronunció el alemán—, lo cavé con las manos y lo planté detrás del galpón, ya en otoño se podrá comer la raíz. Claro está, que si llegamos a vivir hasta ese entonces... Pero será necesario regar de tanto en tanto.

—¿Y ésto que es? —preguntó Vasili, arrancando con sus dientes un trocito de una masa viscosa de color marrón oscuro. El sabor era astringente con una suave acidez, pero el extraordinario aroma de tilo, dejaba sentir un poco el olor a humo. El producto extraordinario calmó un poquito la ininterrumpida tos de Vasili.

—Miel. La encontré aquí cerca, en un hueco. Te mostraré—, el alemán de pronto se puso muy serio, como si fuera que no había nada más importante en la vida, agregó:— Allí hay más, pero no hay que llevarse toda la

miel, es necesario dejarle a las abejas un poco, para que tengan para el invierno.

Para la hora de levantarse quedaban dos horas. El alemán hablaba sin parar de su persona. Contaba que era un estudiante de botánica, que no había logrado terminar sus estudios porque lo reclutaron en 1943 y de inmediato lo mandaron al Frente Oriental. Primero lo destinaron a la división de intendencia de abastecimiento de productos, después su división fue rodeada, muchos murieron, pero él con un pañuelo blanco se rindió como prisionero.

—Es mejor estar aquí en el campamento de prisioneros de guerra que en el frente matando a la gente pacífica —decía el estudiante. El vio muy bien cómo los oficiales del comando de las “SS” obligaban a los soldados rasos a hacerlo. —Los nacistas son una gran desgracia para Alemania—. Era evidente que el alemán se alegraba por haber podido, por fin, contar todo lo que sentía, que por fin encontró a la persona que le ayudó, que lo escuchó con atención y que probablemente le comprendía.

Por su parte Vasili lo escuchaba y todo el tiempo masticaba la mezcla de rábano silvestre y miel. Esperaba oír la expresión habitual para los prisioneros alemanes: “Hitler Kaput”, pero no llegó a oírla. Sobre sus peripecias Vasili no podía hablar, tampoco quería. “Nadie me creía y este alemán menos aún me creería” —concluyó Vasili. De pronto el alemán tomó del brazo a Vasili, le miró directamente a los ojos y en forma muy tranquila y con convicción le preguntó:

—A ti, ¿quién te reclutó para la guerra? Seguramente tú mismo querías ir al frente de guerra. ¿No es así?—. Vasili afirmativamente movió con la cabeza.— Tú quisiste ir al frente de guerra y al final caíste. No interesaba, que fue por el uniforme que tengo,— el alemán se tocó con el dedo el pecho donde quedaban huellas del emblema del águila que le fue quitado—. Para mí resultó todo lo contrario... Ni tú querías la guerra, ni yo tampoco,

sin embargo ahora estamos aquí juntos en este galpón. Tú has demostrado una actitud hacia mí como a un ser humano. Yo ni siquiera podía pensar que eres así, siempre me miraba con odio. Pero resultó distinto...

—El ruso no puede estar enojado largo tiempo.

—Sí, mi padre me lo decía. El conocía a los rusos y siempre estaba en contra de esta guerra—. De pronto el alemán calló y apretó los dientes, movió con la cabeza como si se imaginara algo grave. —¿Qué habrá pasado con él? Si no fuese por mi padre, quizás no me hubiera hecho prisionero. ¡Había una propaganda... espantosa! ¡Tú tampoco deberías haber creído en todo eso! —El estudiante de nuevo indicó el lugar donde se destacaba una mancha oscura en el uniforme descolorido, como los que usaban las tropas del general Vlášov.— Cuando yo me iba, mi padre me repitió las palabras del filósofo de la antigua Roma: “Erradicar el miedo del alma y diseminar las tinieblas, no deberían ni los rayos del sol ni el resplandor de la luz del día, sino la naturaleza misma con su presencia y su sistema interno...”

Estas últimas palabras Vasili no las entendió, pero de todos modos en el alma algo se le estremeció en aquel entonces. Lo extraño era comprender si el alemán escuchó de alguien sobre ese personaje insociable de Vlášov o era tan perspicaz. Vasili quedó sinceramente asombrado por sus palabras, de inmediato tomó confianza hacia ese muchacho y después, como una esponja, absorbía todo lo que él le decía. Precisamente esa misma noche en el corazón de Vasili se despertó cierto sentimiento desconocido. No, no era convicción, sino lo más probable, una tranquilidad inexplicable. Era como si él entrara en un puerto tranquilo, un asilo maravilloso para el alma martirizada, y aquí en el bosque todo resultaba ser una caricia para su mirada, y parecía que esa caricia no lo cansaría nunca. Era idéntica a los momentos cuando estaba con Petya en la alta orilla del río Pliusa... “¡Qué cosa extraña! —pensó Vasili—,

un poquito de agua tranquila y la luz del sol poniente: las cosas más simples, más comunes, pero al mismo tiempo, las más valiosas que nivelaron a todos...”

—No vale la pena intentar la huida —el alemán interrumpió las reflexiones de Vasili—, uno solo de la plena taiga siberiana no podrá salir y mucho menos con un calzado tan roto. Mañana déjame tu calzado, te los repararé—. Después de una breve pausa, agregó: —Tú repites constantemente: “Libertad, libertad...” Lo principal es sentirte libre, lo demás, ¡es una tontería!. Como suelen decir en tu país, todo se remuele.

—“Sentirte libre, estando detrás del alambrado de púas...” —en voz alta repitió Vasili—. ¿Cómo puede ser eso? No de inmediato, pero muy pronto, incluso esa misma mañana le pareció que había entendido.

Después de un recuento matinal, a los presos los llevaron a trabajar en los pozos. Las ropas endurecidas por el sudor y el cemento dolorosamente raspaban el cuerpo y molestaban dormiquear en el trayecto. Entre la fila desapareja de los prisioneros con ropa blanca por el cemento, el alemán se destacaba con su uniforme verde oscuro. El caminaba y, sin mirar delante de sus pies, se deleitaba con la naturaleza, por momentos levantaba la cabeza y miraba el cielo celeste dando la impresión de que el día anterior no se había caído sobre las piedras y que él no se encontraba en el campamento y que, en general, no se sentía prisionero. Por lo visto, esa mañana él se sentía alegre: en los alrededores libremente susurraban los árboles, el rocío brillaba de tanto en tanto sobre la hierba, se percibía el aroma y la frescura matinal y en todas partes se apreciaba el aire embriagador: ¡Respira hasta no poder más! Allí cerca estaba su huerto al lado del galpón techado. Las plantas se marchitaron un poco bajo el sol matinal. El estudiante, como si estuviese embrujado, sacó de su bolsillo un jarrito y a pasos tranquilos se dirigió hacia el barril con agua...

Se oyó un disparo. El alemán se detuvo, giró su mirada en dirección del guardián, mirándole muy sorprendido, pero en un instante más se cayó de espaldas al suelo. Como si detrás de él alguien lo golpeará muy fuerte con un palo por los pies. Los presos reaccionaron, se detuvieron, tres de ellos trataron de acercarse al muchacho que estaba caído en el costado del camino, comenzaron a mover con las manos, a gritar con insultos contra el guardián. De todas maneras diez personas no era un centenar. Estaban juntos durante un mes y se familiarizaron. No importaba que el caído era alemán. Al principio a muchos se les ocurría golpearlo o darle un fuerte empujón en forma disimulada.

Vasili fue el primero que intentó acercarse al alemán, pero inmediatamente se oyó un chasquido que produce el cerrojo al montar el arma, y se detuvo quedando fijo en el lugar. El alemán estaba acostado al igual que ayer, con las manos tiradas a los costados, sus largos pies doblados de modo no natural. La venda ensangrentada en la frente se corrió, aplastando sus cabellos rubios, y los ojos abiertos ampliamente miraban hacia arriba. En ellos se reflejaba el cielo matinal y la sincera sorpresa no logró todavía apagar la alegría refulgente. Al costado de las plantas, con sus anchas hojas un tanto marchitas, estaba tirado su jarrito de aluminio.

6.

Un año después, en 1948, a todos los prisioneros de guerra alemanes los repatriaron. Pero antes Vasili, con sus diecinueve años de edad, se perfilaban veinte años de campamentos y todavía un año más. Pero ahora él se sentía aliviado, ahora podrá superar, logrará vencer, sobrevivirá. Estaba seguro de sí mismo. Le apareció un cierto fundamento, o algo así, que lo sostendría en las horas, días, meses y años difíciles.

“Pueda que todo así está estructurado —refleccionaba el muchacho con la experiencia de un viejo.— Sin haber probado la amargura de la vida y sin dejarse vencer en determinada ocasión, es imposible creer en sus propias fuerzas”. Ahora Vasili actuaba de una manera distinta en relación a muchas cosas. Muchos hechos le quedaron claros, pero, lo más importante, era que él comprendía y se sentía a sí mismo y su vivificante unidad con la naturaleza. Solía ocurrir que con enternecimiento miraba incluso el vapor que se levantaba sobre los montículos de tierra virgen —calentados por el sol naciente— cavada a lo largo del cerco de alambre de púas, allí donde todo estaba libre, y más precisamente, donde estaba el suelo natal... Ahora comprendió qué guardaban las mujeres llorando cuando iban por el camino a Polonia. El comprendió: era su tierra natal.

En el año 1953 falleció Stalin, después al campamento siberiano llegaba una infinidad de comisiones, las que citaban todos los días de cuarenta a cincuenta personas condenadas. La conversación duraba no más de cinco minutos y siempre finalizaba con una misma cosa: “Usted cometió un delito, pero ahora el gobierno soviético le concede la amnistía y lo deja en libertad”. La palabra “rehabilitación” los amnistiados ni siquiera la conocían.

Después de la amnistía Vasili se quedó en la región de Magadán. ¡Es que el destierro eterno nadie lo abolió! El trabajaba donde encontraba trabajo, estudiaba en la escuela primaria, después finalizó la escuela nocturna de enseñanza media. En 1957 se abolió también el destierro.

“¡Por fin! ¡Estoy libre! ¡Puedo viajar adónde quiero, puedo hacer lo que quiero! Ahora puedo incluso buscar a mis familiares”.

Precisamente ahora, cuando todos los problemas quedaron atrás, cuando parecía que era posible tranquilizarse, sin embargo en el alma algo le comenzó a preocupar, y los nuevos interrogantes inquietantes de ninguna ma-

nera lo dejaban en paz: “¿Quién soy ahora? ¿Cómo vivir entre los familiares? ¿A qué dedicarme?”.

En la memoria cada tanto resurgía la imagen de la hermana Zinaida, adulta y seria como una maestra. En la mente también estaba Petya con sus razonamientos inteligentes... ¡De ninguna manera era posible olvidar sus ojos celestes! Con esa estricta inmovilidad incidían dolorosamente sobre los nervios. “¡Pero ¿cómo hubiera actuado él si aquella vez habríamos podido llegar hasta los nuestros?”. Petya por nada de la vida habría aceptado que en algo él tuviera la culpa. “¡Yo sí, que lo conozco! ¡Aceptaría o no, daba lo mismo! ¡Lo importante era el hecho de qué pensaban de ti los demás! ¿Quienes?”

La memoria de nuevo lo retornó al campamento siberiano, al año 1947, a la conversación con el alemán, el cual en la última noche de su vida le regaló una hoja verde de rábano silvestre y miel, además sus francas revelaciones... “Todo lo que acontece contigo, solamente te fortalece” —convencido afirmaba el estudiante.— No lo digo yo, así lo afirmaba nuestro filósofo. Créeme —el alemán miró a Vasili y, como disculpándose, en voz baja pronunció: —¡No te ofendas con la Patria! Ahora le es muy difícil. Tanto para tu Patria, como también para la mía. Ella no puede mirarle a cada uno en el corazón—. Lo dijo y se sonrió, seguramente pensó: —¿Comprenderá esto el muchachito? —Pero en aquel entonces él mismo tenía tres años más que Vasili.— Yo diré lo principal. No es tan importante lo que tú pudiste hacer de bueno, sino lo más importante es tener conciencia de qué es lo que quieres y a qué aspiras. Y que nadie jamás lo sepa. Quizás te podrán considerar un enemigo. Tal vez en toda la vida no podrás demostrar nada a nadie...”

En aquella noche de las revelaciones con el condenado alemán, Vasili se acordó por primera vez en los cuatro años, cómo antes de la guerra Petya y él permanecían parados sobre la alta barranca, felices y libres, se deleita-

ban con la belleza del atardecer, del río y la aldea natal e imaginaban muchas cosas sobre el futuro... Después recordó la polvareda detrás del camión que se iba al frente. Esa polvareda incluso la sintió en sus dientes... Recordó también el vagón con el clavo herrumbrado y las palmas ensangrentadas de sus manos... y ese diabólico águila en el pecho del uniforme.

Después de transcurridos diez años, todas esas reflexiones para Vasili ya no eran suficientes. El ansiaba ser útil para la gente, quería ser objeto de buenos elogios y deseaba el calor espiritual de un ser querido. ¿Y quién era el familiar más cercano y querido? ¡Naturalmente, esa persona era Zinaida! Estaba convencido que era necesario contarle todo a ella, además consideraba que había que visitar sin falta la aldea natal y subirse a la orilla alta del río Pliusa...

Al cabo de un año Vasili encontró a sus familiares. Zinaida le hizo llegar una invitación y después él fue a visitarla. La ciudad no era simple, había una planta industrial muy importante, lo que significaba una zona cerrada, pero las autoridades locales le destinaron una habitación en una casona con horno-calefactor típico, medio derrumbada, situada en un pueblito obrero, próximo a la ciudad, y le dieron el permiso de residencia. Todo lo que pudo Vasili lo reparó y además se abasteció de leñas para el invierno. Debido a datos negativos de su pasado, a la planta industrial no lo admitieron. Encontró trabajo como fogonero en un internado para niños inválidos. Realizaba jornadas de 24 horas, con descanso de tres jornadas seguidas. Los primeros tiempos vivía con Zinaida y Nikolay. Pero cuando se pasó a su vivienda, con frecuencia se iba al bosque, con una lancha llegaba a los islotes y largo tiempo deambulaba por allí, buscando árboles ahuecados con colmenas de abejas silvestres. Al final Vasili encontró una colmena, después construyó varias cajas para los enjambres y las colocó en un claro del bosque. A los dos

años Vasili ya suministraba miel por intermedio de cooperativas de consumo, ganaba buenas sumas de dinero, con lo cual podía vivir olgadamente. Después compró muchos materiales de todo tipo, tales como: cuero, gomas, fieltro, hilos fuertes y organizó un taller de reparación de calzados. Los reparaba para todos los conocidos. En el pueblito todos sabían que Vasili, el zapatero, curaba con miel silvestre todas las enfermedades, que siempre estaba dispuesto a prestar ayuda y dar buenos consejos. Él se transformó en una especie de sabio-curandero, en fin, en la ciudad ya era una persona necesaria y sabia. En aquel entonces él tenía tan sólo treinta años.

Vasili vivía en forma bastante cerrada, no iba a ninguna parte, solía ir al almacén de productos comestibles o tiendas donde podía adquirir ropas. Ocurría que llegaba al almacén de comestibles, sin decir nada, mostraba con el dedo una barra de pan, pagaba, la agarraba y se iba. Se parecía a un extranjero. Hasta ese entonces no se había casado. Pero cuando entraba a su colmenar, se transformaba por completo. Solía caminar entre los colmenares, sacar algo de la colmena, volvía a colocar de vuelta en el lugar y todo el tiempo conversaba y conversaba sin parar, es decir, conversaba con las abejas: a un colmenar elogiaba, a otro regañaba, pero de un modo ameno... Por otra parte, Vasili sabía escuchar a la gente. Si alguien llegaba a su casa a comprarle miel o simplemente para conversar, o para contarle algunos de sus problemas, después se retiraba como reanimado, seguro, con la sensación de que de pronto se le sumaron ánimos y alegría.

Al segundo año después de la llegada de Vasili, los familiares por primera vez se reunieron para celebrar el aniversario del 9 de mayo. Casi al final de la comilona, los hombres se levantaron de la mesa y se acercaron a la costa del golfo. Nikolay un tanto agitado, en forma poco natural se sonrió, sacó de su bolsillo una pequeña botellita de vodka, luego de otro bolsillo sacó tres copitas de vidrio

húmedas con adheridos vestigios de tabaco. El preguntó: "¿Brindaremos por los nuestros?". Los cuñados se dieron vuelta uno hacia el otro, Vasili se quedó un poco a un lado. Gleb y Dmitri miraron a Vasili y, como si sintieran timidez, bajaron la vista, pero al instante volvieron a mirar al familiar. En sus rostros se leyeron sentimientos contradictorios. ¿Acaso serían destellos de cólera? , ¿O sería porque brillaron las lágrimas en sus ojos y con una película transparente apagaban todas sus emociones?

Nikolay, sin haber bebido vodka de su copita, de forma inesperada le dio un golpe fuerte en el pecho a Vasili, después se distanció hacia atrás, como si sospechara recibir una trompada en respuesta, hizo movimientos con sus manos y gritó: "¡Por los nuestros!" El instinto funcionó en un instante. Los cuñados tiraron las copas con vodka no bebida y cada uno como podía, con las manos, con los pies, con muletas, también se pusieron a pegar a Vasili.

Daba la impresión que Vasili se lo esperaba, incluso ni se sorprendió. Comprendía por qué le pegaban, aunque aquí presenciaba no solamente el "odio hacia todos los soldados de Vlášov", sino que había algo más, algo personal, que se originó en los años de posguerra o algo así... Comprendía por qué en los ojos de Gleb y Dmitri aparecieron lágrimas. Y por qué esas lágrimas eran diferentes. El sabía que Nikolay en lo sucesivo será el primero en iniciar lo mismo, para demostrar que él puede pegar más fuerte que todos los demás. También porque no estuvo ni una sola vez en el frente, también por el hecho de que Zinaida amaba con pasión a su hermano, además, también porque a Vasili, el zapatero, la gente le conocía y lo respetaba. Y aunque esos cuñados eran sus familiares, sin embargo, en el pasado nada unía a Vasili con ellos, excepto la misma guerra...

Transcurrida una semana después de aquel día, Vasili y Zinaida decidieron visitar la aldea natal. Aunque parecía que ésta se encontraba muy cerca, todo el día se pa-

saron viajando, primero en tren, después en un autobús y luego en automóvil que iba de paso. Al fin llegaron hacia la noche. En la aldea no quedaban casas enteras, pero en el matorral espeso del serbal encontraron su propia sauna al estilo ruso que se conservó casi intacta, allí se quedaron para pernoctar. A la mañana siguiente, antes de salir caminando a través del bosque en dirección de la estación de trenes, se quedaron parados cerca de la casa de rollizos que estaba carbonizada, visitaron la tumba de los padres, después se elevaron a una barranca alta y desde allí se pusieron mirar durante largo rato lo que había quedado de su aldea natal...

El cauce del río estaba recargado con la corriente rápida de agua primaveral. La misma se lanzaba hacia abajo y parecía que nadie podría detenerla. La superficie del agua reflejaba el sol inmóvil y las nubes blancas que lentamente se desplazaban. Al parecer, algún pescado saltó del agua, aspiró un poco de aire y de nuevo volvió a la profundidad. Sólo después, de ese lugar, amachando el brillo del sol, en distintas direcciones corrieron las olas apenas perceptibles. Con facilidad desviaban los juncos y las piedras, esas olas se dispersaban en la costa, abarcando los troncos de abedules que asomaban del agua y los ramitas desfoliadas de alisos.

—Comprendes, en la vida de ellos no todo se formó como era debido, incluso no está todo bien ahora—, Zinaida fue la primera en hablar—. Es tremendo que ellos sean así. Es cierto, ellos no tuvieron las experiencias como las que tuvimos tú y yo... Pero el efecto de la guerra repercutió en todos, también me da lástima por ellos...

Vasili no entendió al principio de que su hermana se refería a los familiares, pero cuando el se dio cuenta, se sonrió, como si deseara tranquilizarla, luego la abrazó por los hombros y dijo serenamente:

—¡Se puede pensar que tanto para ti, como para mí, la vida se nos dio como debería ser!

—¡Sí, no se dio como es debido! ¡Es cierto! Pero tanto tú, como yo, somos más fuertes... A ti te respetan...

—Especialmente tu héroe. A él se le ocurrió ser el primero en darme un golpe, como si se vengara por alguna razón—, le interrumpió a Zinaida Vasili.— ¿Cómo puedes vivir con él?

—Yo, si quieres saber, no vivo con él como es debido. Es pura apariencia—. Zinaida se calló por un momento y luego le dijo:— Sabes Vasili, yo tampoco nunca lo quise. El por la fuerza se apropió de mí... Al igual que nuestros soldados en primavera de 1945.

—¿Por qué entonces aceptaste formalizar el matrimonio?

—¿Y el embarazo? Pero la criatura nació sin vida... Bueno, en general...

—En mi caso, también, en “general”—. Vasili se calló, no sabía cómo decirle. — Tú sabes que Petya siempre decía: “Que lo bueno no se da por sí solo. Sin falta a su costado se le aferra alguna porquería”.

—¿Y entonces, qué?

—Ya lo ves, estoy totalmente solo—. Después en tono tranquilo agregó: —Tengo ya treinta años, todavía no he tenido ninguna mujer y seguramente ya no podré tener...

Zinaida de inmediato se puso seria, rozó la mano de Vasili como si tratara de calmar al enfermo.

—¡Pero qué dices, Vasili! ¡Quítate eso de la cabeza! Lo único que nuestros hombres no pueden vencer es el alcoholismo... Todo lo demás, son pequeñeces, todo se resuelve.

Ella volvió su hermoso rostro hacia su hermano. Sus ojos oscuros y grandes de pronto se iluminaron de modo muy especial, como si estuviesen mirando el destello colorido de petardos.

—Yo amaba solamente a uno...— dijo ella, tranquilizándose, como si quitara de sus espaldas un peso grande, como si le revelara su secreto principal. —En aquel entonces yo vivía en Leipzig en la casa de su padre.

—¿Quién era? ¿Un alemán?

—Sí, ¿y qué? ¿Suenan extraño? Puede ser que sea extraño. Puede ser que para otros sea incluso terrible. Pero para mí esos días fueron los más felices de mi vida. Sí, allí en Alemania...

—¿Y por qué, entonces, no te quedaste allí?

—¿Renunciar al hogar paterno, a ti, tontito, a las hermanas?...

—¿Y qué? Si lo amabas en serio...

—Es que él desapareció. Además, después...

—¿Qué pasó? ¿El falleció?

—Se fue a la guerra y después desapareció.

—Quizás, puede ser que todavía viva. En algún lugar de la RFA pasa una vida gorda—, dijo Vasili.

—En Lotaringia...

Zinaida de nuevo quedó callada.

—Nosotros con Petya con frecuencia nos subíamos aquí —dijo en voz baja Vasili tratando de cambiar de tema—, este es su lugar. Aquí hubiera sido deseable sepultarlo... Pereció muy tontamente, antes de llegar adonde estaban los nuestros, a unos 100 pasos. Tal vez haya sido para mejor...

—¿Pero quién moría prudentemente?

—¿Cómo, quién? El que, a la vista de todos, con los brazos abiertos tapaba con su cuerpo la cañonera, o aquel que, por el impacto de la bala, caía sobre el abedul, abrazándolo. ¡He ahí quienes!

—Mi querido hermanito Vasili, me imagino que no estarás ofendido con los familiares, ¿no es cierto?— de pronto le preguntó Zinaida.

—Pero, dime Zinaida, ¿por qué ese celo inexplicable? ¿O quizás sea una especie de avidez? —en lugar de respuesta pronunció Vasili. —De cualquier manera nosotros triunfamos... Sin embargo, ellos no quieren compartirlo con nadie...

—¡Quieren que el festejo sea únicamente de ellos!

—La Victoria no corresponde dividir —convencido, como una verdad muy sentida, pronunció Vasili. —¡“ES UNA VICTORIA PARA TODOS”! No sólo para los heridos, para los que perecieron elegantemente, y para los “nuestros”, sino también para personas como Petya, como tú y como muchos otros..., como yo... La guerra nos usurpó todo.

—Cada uno pagó su precio —comprendiendo concluyó Zinaida. Toda una generación se fue vaya a saber adónde, y nosotros hasta este momento pagamos las consecuencias. Tú, siendo un chico ingenuo, Vasili, corrías detrás del camión para ir al frente... Yo recuerdo... Tu querías mucho a tu Patria... Y la querías cómo corresponde... ¿Pensabas que te creerían allí en la avanzada del frente? Nosotros, como familiares, te creemos—. Zinaida puso la mano en el hombro de su hermano.— Lo principal, es que ahora estamos juntos. Encontrarás para ti una esposa, compañera, tendrás tus hijos... y a ellos la vida los espera en adelante...

—Yo también conocí a un alemán —de pronto recordó Vasili. —El era joven, se entregó solo. Estuvimos juntos en un mismo campamento de prisioneros. El me ayudó muchísimo. Conversamos toda una noche, pero yo aprendí de él tantas cosas importantes que me alcanzarán para diez años. Era estudiante. A él le gustaba toda clase de hierbas—. Vasili pensativo miró a lo lejos y agregó con tristeza:— Yo aprendí de él a encontrar y recoger la miel silvestre...

—¡Ese era él! ¡Exactamente, era él! ¿Se llamaba Günter? —exclamó Zinaida.

—¿Günter?

Vasili no sabía el nombre de aquel joven alemán.

Juez y, a su vez, verdugo

1.

El invierno de 1941 y 1942 resultó muy frío. Sin embargo, el fangal de Lemovzha en algunos sectores no llegó a congelarse. A comienzos de enero Fiódor Astájov, persiguiendo al starosta del distrito y a su hermano, de casualidad entró en una zona con musgos cubierta por una fina capa de hielo, cayó en el terreno fangoso y a duras penas salió de allí, y luego mojado caminó mucho tiempo. En realidad, él no buscaba al principal policía local Vsevolod Kliónov, sino a su hermano menor, Piotr, quién en la aldea vecina, desde el altillo de su casa mató con ametralladora a dos personas que no eran de la localidad. Los fusilados eran guerrilleros o paracaidistas. Estos estaban con cascos y ropa de trabajo. Al ver que en la aldea no había alemanes, comenzaron a recorrer las casas pidiendo comida. Como si fueran chicos.

Después de esa mala suerte, Fiódor se resfrió muy fuerte, temblaba. Con mucha fiebre llegó a casa de su madre. No pudo aguantar más, resolvió visitar a su madre tanto para entrar en calor como para curarse del fuerte resfrió. Tomó bastante leche caliente con manteca, se cambió de ropa y se acostó bajo una pesada cobija de algodón, con medias de lana puestas, pantalón negro de vestir, camisa gris casi nueva y, encima, una chaqueta. En la casa no había para él otra cosa para ponerse. Se ató la boca con un trapo para que no se oyera la persistente tos que tenía. Después de haber tomado leche caliente, sudaba a torrentes.

Inesperadamente a la aldea llegó un contingente de soldados alemanes. Todos llegaron en motocicletas y camiones. Eran muchos, vinieron para establecer de dónde habían aparecido los guerrilleros. Fiódor logró saltar al sótano y así vestido como estaba se escondió en el pozo donde guardaban las papas. Los costados del pozo estaban reforzados con tablas de madera. Con la mano muy cuidadosamente puso arena sobre la tapa. La herida en la mano se hizo sentir de inmediato, casco de metralla penetró aún más provocando, de tanto en tanto, un agudo dolor en la zona del codo.

Varios soldados alemanes con un perro ovejero entraron ruidosamente en la casa y de inmediato se sentaron a la mesa. Uno de ellos bajó al sótano y alumbró con su linterna. Con una horquilla hincó la zona con arena, incluso logró meterse debajo de la habitación grande donde estaba el pozo para guardar papas. Para llegar hasta allí tenía que agacharse mucho. Pero allí, en esas condiciones, no pudo manejar la horquilla. Por eso al cabo de unos cinco minutos salió del sótano llevándose consigo un frasco con pepinos en salmuera, se unió a sus colegas sentados a la mesa que ya estaban ruidosamente voceando y bebiendo.

Fiódor con mucha antelación, todavía en octubre, había cavado ese pozo bajo el piso como escondite para la madre en el caso de que prendieran fuego a la casa. Allí ella podría salvarse del fuego y sobrevivir el incendio. En la base de la casa, del lado del río, él había comenzado a hacer un boquete, para lo cual ya extrajo varios bloques de piedra, tapándolo con una hoja de chapa herrumbrosa. Cuando había nieve, el boquete no se veía, y en verano en ese lugar crecía la hortiga. De allí se podría salir desapercibidamente. Pero hasta ese momento la boca de salida no estaba terminada. Todavía quedaba por sacar dos o tres bloques de piedra.

Por la mañana los alemanes se fueron. Fiódor, semi-vivo, salió del sótano con su cara pálida, espantosamente

hinchada. Incluso el perro no lo reconoció. Hacia la noche los alemanes se retiraron del todo. Se llevaron a algunas personas, quemaron todo lo que había en la aldea vecina, incluso las casas de los predios particulares. Eso lo hicieron para que no se les ocurra recibir a gente extraña. Los policías de la localidad, Kliónov el menor y Ósipov, para demostrar su servil fidelidad, agarraron a un huérfano deambulante —un gitanito—, herido en la barriga, lo arrastraron fuera de la aldea. El huérfano lloraba y gritaba quejumbrosamente a causa del dolor. El chico tendría unos doce años. Ya fuera de la aldea, lo mataron y lo tiraron a un barranco.

“¡Liquidaré a esos bestias! Sin falta y en primer lugar. El starosta de la región esperará un poco. A éstos todos los habitantes de la aldea los han visto” —se prometió Astájov.

Después de esa desafortunada curación casera, Fiódor no volvió más a la casa de sus padres. Una vez vino para terminar el boquete de salida en la base de la casa. Otra vez, para traerle a su madre media bolsa de harina y un trozo de carne de cordero para salar, que encontró en el galpón de un policía que vivía cerca del pueblo Moloskovitsa. Entregó a la madre todo eso y retornó rápidamente al bosque, a su vivienda cavada en la tierra —zemlianka.

Astájov se habituó al nuevo régimen diario. En el bosque dormía hasta las diez. Después, mientras se mantenía el calor del hornillo calefactor, en una ollita preparaba la papilla, en otra, cocinaba la carne de cordero congelado. Era la comida para el desayuno y el almuerzo, pero esto no ocurría todos los días. Cada vez cocinaba para tres días. Lo más complicado resultaba cómo guardar la comida preparada para que no se coma la zorra que aprendió a entrar en la chabola. La misma ya dos veces se comió las reservas de comida preparada por Fiódor.

Una vez por semana lavaba la ropa en el agua que calentaba en el balde sobre el hornillo, se cortaba el cabello

y se afeitaba con un cuchillo afilado como navaja. El balde, su cuchillo preferido desde la infancia, el jabón, la sal y las ollitas de hierro trajo de su casa el primer día. Por las mañanas, cuando el hornillo se apagaba, él cerraba la entrada a su vivienda con las ramas de pino, encima tiraba nieve. Después daba vuelta a un largo rollizo y, por la parte que no estaba cubierta de nieve, cuidadosamente pasaba a través de los matorrales hasta un caminito, de allí volvía a dar vuelta el rollizo con el lado de la nieve hacia arriba y se iba a la aldea porque era necesario ver y explorar personalmente qué pasaba y de manera imperceptible llegar a la casa de su tío Egor. Allí se enteraba de las novedades que había en la fábrica láctea, de los policías, de los alemanes, también qué pasaba con los muchachos que no se fueron a prestar servicios como policías para los alemanes.

Fiódor Astájov, habiendo llegado a la aldea, se subió a una roca roja y miraba desde allí el paisaje conocido desde la infancia, sus sinuosidades, el puente y las cúpulas de la iglesia. En la aldea, prácticamente no existía sensación de vida. Del correo salieron dos policías en nuevo uniforme de color negro, recorrían las casas, algo anotaban en un cuaderno blanco. Al encuentro de ellos, en dirección a la escuela, venía caminando María Ignátievna desde la casa vecina, llevando un bidón grande con leche.

Allí, al parecer, funcionaba el estado mayor de los policías de cinco aldeas vecinas. También la madre de Fiódor iba caminando en dirección de Krasny Mayak, llevando un bidón. A ella le ordenaron llevar cada día leche fresca para la guardia de la planta láctea, distante aproximadamente unos siete kilómetros. Apenas si caminaba, pues le dolían los pies.

Fiódor se acordó de su llegada a la casa de la madre después de evadirse del campo de prisioneros. Recordó cómo ella lloraba y se alegraba al mismo tiempo viendo a su hijo vivo. De inmediato corrió las cortinas en las

ventanas y cerró la puerta con una traba. El abrigo grande de piel ovina —con el cual Fiódor iba caminando por los bosques desde la ciudad Kaunas, recorriendo más de 500 kilómetros hasta la casa de su madre—, de inmediato lo metió en el horno ruso que estaba todavía caliente. El abrigo en el instante quedó blanco por los piojos achicharrados. La casaca rotosa, la camisa y el pantalón los quemó en el hornillo quemador, luego le trajo agua caliente. Fiódor se lavó como pudo directamente en la habitación. Después la madre le lavó la herida en la mano con vodka casera y la vendó con una toallita blanca limpia. Del altillo le trajo un viejo pullover abrigado, un pantalón de guata algodónada, botas de fieltro con chanclos que quedaron todavía del padre. Fiódor tomó la sopa de hortalizas sin carne y se sintió muy bien... La madre no disuadió al hijo y aceptó de inmediato el plan que él tenía para llevarlo a cabo en su tierra natal...

2.

Cuando se vive en la aldea, uno se acostumbra desde la infancia a hacer todo solo, minuciosamente, con exactitud, que dure mucho, para sí mismo. Fiódor conocía todos los montículos en el campito cerca del caserío donde él con su padre solían guadañar el pasto. Recordaba cada rollizo cuando transportaban la casa del predio particular hacia el terreno en la aldea, que quedaba casi sobre las orillas del río Lemovzha... La propia naturaleza acepta con agrado a todos quienes gustan convivir con ella. A los otros la naturaleza no los soporta, los rechaza.

El mecanismo estatal es todo lo contrario, con mayor frecuencia el mismo sirve para cambiar la naturaleza. Mucha gente, muchas fábricas, grandes planes. Involuntariamente, uno tiene que adaptarse y hacer las cosas aunque no le gusten.

Si se resuelve construir aviones, entonces ¡todos deben estar dispuestos! Si se decide la colectivización, entonces cada tercer campesino es denominado ricacho acaparador, cada tercero es tildado de enemigo del pueblo. Si retrocedemos, a todos se nos tilda de generadores de pánicos y cobardes; si caemos prisioneros, se nos tilda de traidores. Ese mecanismo seguramente no puede actuar de otro modo... Pero es que Fiódor Astájov es uno sólo. Actúa sin jefes superiores, sin órdenes de arriba, sin subordinados, sin tribunal y sin poder. ¡Y vaya uno a entender! ¿A qué atenerse?

Cuando se trata de los alemanes, todo esta claro. Contra ellos debe actuar de modo inadvertido y sin presunción. Continúa la guerra, nadie de los habitantes locales irá a curiosear: ¿Quién es el héroe que hizo volar el puente o la sede del Comando? Cosa normal. Pero, Dios mío, a nadie le será indiferente que ese tipo, igual que ellos, que vivió en vecindad con ellos, que los traicionó, le haya alcanzado el merecido castigo. Para ellos eso equivaldría a un cierto acto de justicia. Quizás, eso serviría para los que demás, más débiles de carácter, apocados y engañados, pero no tan canallas como aquél, se pusieran a pensar.

A simple vista todo parecía estar claro. Pero a Fiódor le agobiaban las dudas. En su mente surgían cada vez más nuevos interrogantes. Interrogantes dirigidos, en primer lugar, a sí mismo.

¿Estará él en condiciones de vivir solo y ocultarse durante largos meses en la zemlianka? No debe enfermarse. No puede estar herido. Nadie te podrá ayudar. En la casa de sus padres no puede quedarse, por más que le pida su madre. Sin falta se enterarán, lo averiguarán y avisarán a los policías. ¿Cómo en esta situación moverse? En todas las aldeas callejean los policías patrulleros y revisan los salvoconductos. ¿Cómo buscar ayudantes y correligionarios? Eso probablemente era lo más difícil. Es que éstos, a diferencia de él, no pueden desaparecer incluso por breve

tiempo para realizar junto con él algún acto de sabotaje. Si desaparecen, liquidarán a toda la familia. ¿Irse junto con la familia?, pero ¿adónde ir?

Lo más complicado era otra cosa. ¿Qué podía ofrecer a los locales para que se decidieran de pronto ir con él? El Ejército Rojo se fue, abandonándolos. Las octavillas lanzadas por aviones invocando que pronto el ejército retornaría, ejercían un efecto totalmente contrario. El nuevo poder ya estaba instaurado y actuaba. Además, actuaba con crueldad. Los alemanes estaban allí cerca, en el Bolshoy Sabsk, a media hora de viaje. En cualquier momento podrían arremeter. Ellos no recorrían las aldeas como los policías. Ellos directamente sacaban a todos al patio frente a la iglesia, después recorrían las casas para cerciorarse si no había quedado alguien oculto. Si detectaban algo raro para ellos o les surgía la más pequeña sospecha, de inmediato fusilaban a toda la familia o también quemaban toda la aldea.

Todo aquel que vivía allí, con toda razón del mundo podía pensar: ¿A lo mejor el país, al igual que toda Europa, ya perdió la guerra? Pues, en nuestro país existió el dominio de los tartaro-mongoles durante varios siglos..." Cuando a Astájov herido, junto con otros prisioneros apresados, transportaban en vagones hacia la retaguardia alemana, muchos pensaban del siguiente modo: "¡Se apoderarán de Moscú y Leningrado, después nos dejarán en libertad!" Ese modo de pensar significaba una simple sumisión o renuncia a resistir a la fuerza más poderosa, era un tipo de conciencia cuando la persona comienza con facilidad a aceptar los dictados de una fuerza externa. Y ya no importa de qué fuerza se trata, de la propia o externa. La persona, de todos modos, cumple y acata su voluntad.

¿Qué podía él contraponer a eso? ¡Únicamente la acción! Únicamente acciones activas contra esa fuerza externa. Y de nuevo, ya por reiterada vez, surgía el mismo interrogante. ¿Actuar solo o con un destacamento?

Ni bien retornaba Fiódor a ese interrogante, un montón de otros problemas comenzaban a asomar como los hongos después de una lluvia tibia. “¿Buscar guerrilleros o el ejército rodeado?, ¿simplemente deambular por los bosques, esperar que ellos solos se aparezcan por aquí? ¡No! Yo ya había recorrido tanto y no encontré siquiera algún parecer de guerrilleros. Además, no con cualesquiera iré. Ya aprendí bastante. Ya vi tantas personas vagando por los bosques...” Las condiciones del momento exigían aprender a actuar solo, sin esperar ayuda en el transcurso de largo tiempo.

¿Qué necesitaban los habitantes locales, cuyos hijos y maridos ya eran policías y servían a los alemanes? ¿Que necesitaban los propios policías? Todos eran tan distintos. Había que buscar aquello que los separaba. Unos necesitaban simplemente sobrevivir. Para otros ese servicio les significaba ganarse un trozo de pan. Para otros, como a Kliónov, les interesaba demostrar su fidelidad ante el nuevo poder instaurado, enriquecerse y seguir teniendo su codiciado poder sobre la gente. Y solamente algún grupo que odiaba al Poder soviético, con alegría veía en el nazifacismo alemán como a sus salvadores. Gente como esta aparentemente no la había. Era necesario que todos ellos entendieran, que si se convertían en escoria humana, los matarían. Pues que vieran que el castigo le llegaría a cada uno.

Resultaba entonces que Astájov por su propia voluntad se convertía en juez y al mismo tiempo en verdugo. ¿Quién le permitió?, ¿quién le dio poder para eso? ¿A él, que no hacía mucho estuvo en la prisión y casi fue fusilado por sus propios correligionarios?

Fiódor Astájov de pronto sintió claridad en la mente, como si se liberara de la embriaguez ideológica, de las directivas militares y reflejos del lodo ilusorio y falso. Ante su conciencia él sacó conclusiones claras. Había que matar al enemigo. ¿Eso lo hacía bien o mal el país?

Tu país, ¿te valoraba o te rechazaba? De verdad, eso era elemental. Pero a todo esto trataba de no darle importancia. Consideraba que lo fundamental era expulsar al enemigo de su tierra. Como pueda, expulsar al enemigo. Matar, perjudicar y crearle dificultades. Y de ese modo, ayudar a los suyos..., a los familiares, a su esposa, al pequeño hijo, a su madre... Después a la gente sin falta le entrará a funcionar la memoria. La misma extraerá del pasado todos los detalles de la traición y de la falsedad. La imaginación transformará esos detalles en formas reales... Luego, la conciencia por sí misma despertará. Esa no será la conciencia falsa de un esclavo que ha perdido su personalidad, sino que será una conciencia auténtica, que obliga a pensar, adoptar decisiones y actuar.

3.

Desde la cima de la roca Fiódor Astájov vio cómo su madre se encontraba con la vecina Dmitrievna. Ella también vivía sola, y a su casa con frecuencia llegaban los policías a comprar vodka casera. Ocurría a menudo que se bebían el alcohol en la casa misma de la vecina y después se iban de recorrida. Pero mientras bebían, hablaban mucho de sus propios asuntos, a quién ascendieron, a quién ahorcaron, a quién y hacia dónde lo mandaron, quién es el más importante, etc. Su madre, al encontrarse con Dmitrievna, siempre se detenía, la saludaba, y esperaba que la vecina comenzara a contarle sus aventuras y jactarse con sus sabidurías.

En las cercanías de la iglesia estaba parado un sulky con caballo. Hacia allí se arrimaban los vecinos de las aldeas Jotnezhi y Koriachi. Eso indicaba que anunciarían alguna ordenanza. “Interesante era saber, ¿quién habrá llegado? ¿No sería el mismo Kliónov?” —imaginaba Fiódor. Sin embargo, aquél sin guardia de seguridad no iba a ninguna parte. Cuando la vez pasada llegaron los

alemanes y fusilaron frente a la iglesia al molinero, también reunieron a mucha gente. Pero aquella vez vinieron solamente el hermano menor de Kliónov y Osipov.

Al cabo de dos horas todos se retiraron. De nuevo volvió el silencio, nadie quedó en los alrededores. Por la noche se podía salir a la calle y caminando por la aldea se podía llegar a la casa de cualquier policía, y de cerca, percibir qué tipo de persona era. Habitualmente ninguno de ellos se acostaba a dormir antes de las dos de la noche. Daba la impresión de que estaban esperando algo. Después, durante largo tiempo medía la distancia de una aldea a la otra, los caminos de desvíos, y las vías para las retiradas. Para analizar las modalidades de los principales policías era necesario conocer muchas otras cosas. Hacia dónde iban, para qué, cuándo, qué tipo de armas usaban, si tenían guardia de seguridad. La planta láctea era otro asunto. Cómo llegar a la planta Fiódor ya lo sabía en detalles, también cómo incendiarla. Quedaba por saber qué tipo de guardia de seguridad tenían allí y dónde se encontraba, dónde concretamente y cuántos barriles de manteca había en el depósito. Además muy cerca, a cinco minutos, en la aldea Sabsk, se encontraba una división alemana. Era imprescindible conocer todos los detalles también sobre dicha división...

A las dos de la noche, a veces más tarde, Fiódor volvía al predio de la casa particular, a su chabola. Primero de todo debía prender el hornillo, calentar la comida y después ponerse a dormir. Pues al día siguiente, o sea, ya hoy, sería un día duro. Se enteró que por la mañana el policía Osipov iría al riachuelo Luga a visitar a sus familiares. Lo cierto era que Fiódor no sabía si Osipov iría solo o con su amigo Kliónov. Sabía únicamente que, por lo general, nunca andaba solo. Siempre acostumbraba ir con dos o tres personas de guardia.

Sobre las cimas de los pinos caía una cortina enorme de cielo grisáceo. No se veía ni una sola estrella...

Un poco más, el cielo y el bosque se fusionaban. Sobre la cara caían copos de nieve que se derretían rápidamente. Fiódor se detuvo un instante. Había un silencio absoluto. Ningún sonido ni ruido de ramas. En las cercanías se oyó el crujido de un árbol. Otra vez el silencio. Fiódor Astájov se sintió un tanto nervioso por el impenetrable silencio que lo rodeaba. No obstante siguió caminando con cierta precaución. Bajo los pies crujía traidoramente la nieve, pero el bosque neutralizaba con rapidez ese sonido.

A unos 20 metros del lugar donde se detuvo Fiódor, por el borde del camino iban caminando dos personas con fusil, vestidos con buen abrigo y gorro de piel. Esos caminantes eran Kliónov y Osipov, quienes hacía un mes fusilaron a dos guerrilleros y después, a la vista de todos los habitantes de la aldea, arrastraron al gitanito herido para matarlo. A un costado y detrás caminaban otros tres más con fusiles al hombro.

¡Si supiesen esas bestias humanas cuánto tiempo él los estaba buscando! Cuántas veces se preparaba, largas horas los estaba esperando, pero ellos se iban por otro camino. Después el corría por la profunda nieve unos diez kilómetros, para interceptarlos en otro lugar. Era necesario que aparecieran juntos lo más lejos posible de la aldea, para alejar la sospecha de que ha sido algún aldeano...

Caminando paso a paso por una nieve bastante profunda, ambos policías iban uno detrás del otro. En medio del silencio se oyó un disparo. Kliónov cayó de inmediato y quedó tieso, al segundo la misma bala por lo visto solamente lo rozó. Los tres guardianes se desconcertaron y no sabían qué hacer. Dos de ellos, los que iban detrás, se largaron a correr sin un solo grito. El tercero, se tiró sobre la nieve, sin apuntar, comenzó a disparar en dirección al bosque, hacia donde estaba Astájov. Después, habiendo razonado un poco, se largó a correr de-

trás de los dos primeros en dirección a la aldea próxima. Fiódor Astájov no reconoció a ninguno de ellos. Esperó un poco y después se acercó al camino. Vio a Osipov sentado o acostado de manera rara, tratando de hacer funcionar el cerrojo del fusil.

—Qué sorpresa, mi vecino —murmuró habiendo reconocido a Astájov.

—Sí, tu vecino —duramente respondió Fiódor y terminó de matarlo con la culata. No habló ni explicó nada. ¡Simplemente lo terminó de matar y asunto finalizado! Sin ningún sentimiento, a excepción de una sensación de asco por el contacto con una bestia humana podrida.

Después recogió los fusiles y arrastró mucho tiempo por la nieve hacia el río a los policías aniquilados. El no quería que los encontraran, pero no resultó. El abrigo de uno de ellos se hinchó y asomaba del agua.

Cuando los soldados alemanes, junto con los policías los buscaban, ese abrigo les permitió encontrar e identificar a los dos. Luego, lógicamente, los sepultaron con honores y con salvas de fuego. Llegaron oficiales alemanes de alto rango. En la localidad de Jotnezhi, en el cementerio detrás de la iglesia sepultaron a los dos policías.

Se notaba que valoraban sus “esmerados” servicios. A ninguno de los habitantes de la localidad en el radio de diez kilómetros no los tocaron para nada. Únicamente hicieron un recorrido en fila por el bosque en torno de las aldeas más cercanas. Pero no entraron muy lejos, unos cinco kilómetros al fondo, nada más.

Su madre le contaba que las abuelas con las que se encontraba en el camino de la aldea, Dmitrievna y Vera Ignatievna, en su tentativa de compartir sus impresiones sobre ese acontecimiento, de un modo muy insinuante mostraban con la cabeza en dirección hacia arriba. En sus rostros se percibía simultáneamente tanto el miedo, como la alegría poco disimulada.

Tentativa de corregir los errores

Sobre el fondo del cielo estrellado se destacaba muy nitidamente el contorno del edificio de la escuela. En una noche de marzo iluminada por la luz de la luna, se podía ver muy bien cómo dos muchachos trepaban por un alto abedul al tercer piso, hacia la sala de los maestros. Al llegar a la ventana ansiada, ellos abrieron con cuidado la ventanilla con un cuchillito, y el más pequeño, Petya Filipov, que todos lo llamaban Filia, penetró por la misma al interior y desde adentro abrió a lo ancho la ventana. Otros dos muchachos se escondieron abajo entre las ramas del arbusto de lilas, y desde allí observaban el patio de la escuela. Después que los dos habían penetrado en la sala de maestros, ellos también comenzaron a trepar de una rama a la otra, apurándose a tomar parte personalmente en la gran empresa de “corrección de errores”.

El muchacho de cabellera castaña, Yuri Lisochkin, era el segundo que entró al aula de los maestros, mucho más robusto que el primero, vestido con una camperita corta y bufanda azul. Encontrándose ya en la habitación oscura, de inmediato cayó sentado en la primera silla que encontró allí cerca y quedó mirando fijamente a la pared. Dos meses antes él estuvo parado aquí ante los maestros y daba la promesa de no faltar más a las clases. En aquel entonces de la misma manera miraba fijamente a la pared, donde estaba colgado un retrato grande de un hombre de

rostro redondo. Ahora la luz de la luna por momentos entraba en la habitación y luego se perdía por el movimiento de las ramas del abedul debido al viento leve, deslizándose directamente por la calvicie de Jrushev, apenas se detenía y desaparecía vaya saber hacia dónde. Al muchachito le parecía como que era él que acariciaba la cabeza calva y grande del principal hombre en el país, y con voz suplicante, rogaba: “No le digas a nadie. ¿Está bien? No hace falta contarle a nadie...”

Para ese momento Filipov ya encontró en un rincón alejado, casi en la misma puerta, un armario grande y comenzó al tacto, como si repasara las cuerdas del violín, revisar con sus finos dedos todas las tablillas. Finalmente encontró la cerradura, la forzó con una palanquilla y las puertas se abrieron. Las libretas de registro de los alumnos estaban colocadas en fila ordenada en los estantes. En las tapas del encuadernado se veían claritos los números de los grados, escritos con tinta gruesa.

—Espéranos —gritó el muchachito rubio con abrigo claro y el gorrito de igual color, era Serguéy Bogdánov, el tercero de los adolescentes que logró entrar por la ventana. Al cruzar la peana había volcado un montón de cuadernos que estaban allí y en esos momentos trataba de juntarlos.

El cuarto de ellos, de pelo negro azabache, llevaba puesto nada más que el uniforme escolar y bufanda en el cuello, se llamaba Vladimir Spivak, chocó con Bogdánov que estaba juntando del piso los cuadernos, y se cayó de la peana. Al caer, un pie acertó entre la pared y la mesa, y con mucha dificultad trataba de salirse de allí.

—¡No hagas ruido! —profirió a este último el que estaba sentado en la silla y “acariciaba con la mano” la calvicie del destacado personaje, después se dio vuelta hacia Filipov que estaba mirando las libretas, y con convicción agregó:— Hay que llevarse varias, de lo contrario se darán cuenta de inmediato.

Los muchachos se esparcieron por toda la sala de maestros, festejando en su interior el triunfo sobre todos los maestros del país. El sólo hecho de encontrarse en el estado mayor del enemigo, directamente los embujaba. Era interesante. Todo les atraía la atención. ¿Qué había sobre la mesa? ¿Qué había en las mesitas? ¿De quién eran los cuadernos? Aunque casi nada se podía ver debido a la oscuridad.

A lo largo de las ventanas de la sala de los maestros estaban distribuidos los escritorios y muchas sillas. Bajo las mesas y sillas estaban tirados desordenadamente los calzados femeninos. Del otro costado estaban muy juntos los armarios de formas y alturas distintas con puertas la mitad con vidrios. En la habitación faltaba ventilación, lo que acumulaba un olor a calzado y a tiza humedecida.

Sin esperar a sus compañeros en la faena, el delgaduchito Petya Filipov, de uniforme escolar nuevo, con las solapas del cuello recortadas como usaban los Beatles, con un movimiento brusco tomó siete boletines encuadernados con tela plástica marrón que se encontraban a la derecha, los metió bajo la solapa de la chaqueta y se largó hacia la ventana. Ahora, con todas las células de su organismo delgaduchito, sentía que era el poseedor de importantísimos documentos de actualidad. Precisamente este "Talmud" del séptimo grado "B" daba a los cuatro participantes del evento secreto la remota posibilidad de poder terminar el tercer cuatrimestre con notas "tres", aunque él personalmente corría el riesgo de recibir un aplazado en matemáticas. ¡Pero a partir de ahora todo cambiará! ¡Ahora apareció una buena chance!

De repente en el corredor se oyó un ruido de pasos que se acercaban rápidamente. Este podría ser únicamente el maestro de manualidades. Todos los alumnos de la escuela lo querían mucho. El maestro Vasilievich les permitía en cualquier momento trabajar y construir algo que les gustaba. Simplemente por amor al arte.

Era inválido de la guerra, había perdido en el frente de batalla la mano izquierda, con frecuencia pernoctaba en la escuela en una habitación próxima a la sala de tiros, no tenía familia. Los alumnos, durante sus andanzas y recorridos nocturnos en el sótano sin linterna y sin fósforos, lo vieron muchas veces por allí. Pero ahora, como a propósito, aparece en el tercer piso en el mismo momento de sus “emprendimientos”.

Los muchachos no estaban preparados para tal giro de la situación. Además, ellos no tenían ningún plan “B”, es decir, un plan para una inmediata retirada. Comenzó el pánico. Todos vieron como Spivak ya no tenía miedo de hacer ruido y con fuerte crujido de la pata que se rompía del mueble logró salirse de la trampa entre la mesa y la pared, y en un segundo apareció en la peana de la ventana. Todos los cuadernos que acababa de juntar Serguey, de nuevo cayeron al piso; Bogdánov escuchó bien cómo Spivak gritó algo. Sin perder tiempo en busca de un apoyo confiable, Vladimir rápidamente, como un mono, se largó hacia abajo, saltando de rama en rama, pero usando solamente las manos. Estando ya en la tierra se puso de pie y echó a correr.

En un instante, sujetando con la mano los cuadernillos que guardaba bajo la solapa de su saco, subió a la peana el diminuto Filia. ¡Que fácil era subirse por las ramas del árbol y penetrar por la ventana al interior! Pero otra cosa resultó bajar. No quedaba tiempo para calcular la trayectoria, menos aún para bajar paso a paso por la corniza angosta de la pared del edificio. El chico sin pensarlo mucho saltó directamente a las ramas del abedul, habiendo decidido que con sus manos se agarraría de la rama más próxima y gruesa. Rompió su chaqueta al engancharse de las ramas más finas, los cuadernillos escolares cayeron al suelo, pero él se quedó colgado de una rama sin tener ninguna posibilidad de alcanzar otra rama, ni mucho menos, el tronco

del abedul. Sería por el disgusto o porque le invadió el miedo y el dolor, comenzó a lloriquear, sin decidirse dar un grito pidiendo ayuda.

En el aula todavía estaba oscuro. Bogdánov se encontraba en el rincón del fondo de la habitación grande, detrás de los armarios, y no vio a nadie, en cambio Yuri Lisochkin esperaba con desesperación que baje de la ventana Filia. Al no llegar su turno, Yuri se escondió detrás de una pesada cortina. En ese mismo instante se prendió la luz.

Serguey, comprendiendo que sin falta lo descubrirían en unos instantes, se lanzó hacia el más alejado armario con globos terráqueos y mapas, abrió una de sus puertas, sacó afuera un globo terráqueo negro con estrellitas blancas, se metió entre dos estantes mas bajos y se tapó muy mal con un mapa enrollado de la Cuenca del Artico. Habiéndose acurrucado, con esfuerzo lo máximo posible se ingenió con la punta de su calzado entrecerrar la puerta del armario. Solamente una. El corazón le latía tan fuerte que el muchcho se asustó e incluso comenzó a pensar en salir de su escondite. Suponía que, de todos modos, lo oirían y lo descubrirían.

Por la ventana, de afuera penetraba el lloriqueo y el resoplido de Petya Filipov.

Al entrar en la sala de los maestros, Vasilievich se detuvo un instante y apretó la llave de luz que se encontraba a la izquierda de la puerta. La sala grande de inmediato se llenó de luz. Adelante, sobre la fila de mesas, brillaban los vidrios de las ventanas. Sólo una de ellas tenía un tono grisáceo por donde penetraba en la habitación una corriente de viento frío primaveral. Desde allí también llegaba un llanto sordo. El maestro de manualidades a pasos firmes se acercó a la ventana, miró hacia abajo y vio a poca distancia al muchachito colgado con las manos debilitadas. El maestro se inclinó, apoyándose en la peana de la ventana.

—¡Eh! Sujétate fuerte, ya te ayudaré—. Al no encontrar a mano nada apropiado, el maestro de manualidades se agachó por la ventana y sujetándose sólo con la punta de los pies al radiador de calefacción, pasó la mano al muchcho diciéndole: —¡Agarra! ¿Logras alcanzar la mano? ¡Dale! ¡Dale! Un poco más...

Por lo visto ni siquiera podía pensar qué es lo que estarían haciendo sus discípulos, qué estaba pasando allí. Lo primero era levantar al delgadito muchacho, de otro modo se caería y se reventaría. Abajo, precisamente cerca del árbol, estaban apilados bloques de hormigón armado que habían preparado los constructores todavía en invierno para construir la futura acera. Por la ventana abierta vivamente iluminada, sobre los bloques caía una luz que, con el juego de las sombras, impresionaban ser aún más espantosos.

En ese momento, el que se había escondido, salió de detrás de la cortina y a hurtadillas pisando el parket y tratando de que no lo advirtiera Vasilievich, quiso abandonar la desafortunada sala de maestros, salir al corredor y ya allí... Al oír ruido a sus espaldas el maestro de manualidades, inclinado tratando de estirarse aún más abajo para alcanzar a Petya Filipov con su única mano, giró de pronto su cabeza en dirección a la luz...

—¡Lisochkin! —exclamó severamente él al reconocer a su alumno—. ¿Qué haces aquí?

Todo se derrumbó como un castillo de cartas. Al principio todo iba tan bien: restaba solamente en silencio, sin atraer la atención de nadie, retirarse de ese lugar del delito... Y ahora lo reconocieron. ¡Basta! Una enorme carga de maldad llenó todo su consciente que ahora se vengaba de sí mismo, del pequeño Filia, quien continuaba chillando detrás de la ventana, y también de este maestro inválido con tres brillantes distinciones coloridas que las lucía en la solapa de su vieja chaqueta...

Yuri Lisochkin, sin comprender qué hacía, de nuevo se escondió detrás de la cortina. El maestro giró un po-

quito e hizo un pequeño paso a un costado. La cortina de pronto se estiró bruscamente arrancando de la pared de ladrillo una pesada corniza de madera junto con los tornillos que estaban insertando en la madera. No se sabe si fue el maestro que pisó la pesada cortina de color bordó, u otra cosa ocurrió...

Con una punta la corniza golpeó fuerte a Lisochkin justo en la cabeza, después la otra punta le cayó con mayor fuerza aún en el cuello del maestro Vasilievich. El centro de gravedad por un instante cambió de sitio, los pies del maestro de manualidades se separaron del piso, se elevaron... Otro instante más y el maestro desapareció cayendo al otro lado de la ventana...

Desde abajo Petya pudo ver cómo el maestro Vasilievich al principio se aflojó todo, después lentamente se volcó por la ventana abierta y se deslizó hacia abajo a lo largo de la pared. Incluso ni trató de agarrarse con la mano por el borde de la pared o de las ramas del abedul, cayó directamente sobre los bloques de hormigón y no se movió más.

Tal vez por el miedo de lo que había visto o instintivamente procuraba a toda costa desaparecer de ese lugar, Filia con todas sus fuerzas se balanceó en la rama, aflojó las manos y saltó para agarrarse de otra rama más abajo, pero al no poder alcanzarla con las manos, se deslizó hacia otra más abajo, de todos modos no lo logró y se cayó... Por suerte ya no estaba tan alto, no obstante se golpeó fuerte. Rengeando y tapando con la palma de la mano la camisa blanca en la zona de la barriga, de donde comenzaba a filtrarse mancha de sangre, se acercó a Vasilievich. Los ojos abiertos e inmóviles del maestro, en los cuales se reflejaba la fuerte luz de la ventana del tercer piso, miraban al muchachito. Bajo la cabeza del maestro corría en distintas direcciones un líquido oscuro. Petya tocó con su dedo ese charco y lo olió. Después acercó a los labios su palma de la mano mojada por la sangre, la olió y pegó un salto con intención de huir. Pero al

segundo se arrepintió. Recordó que alguien le había dicho como que en los ojos del finado quedaba la imagen de la última persona vista por él en vida. Por eso, poniéndose de cuclillas al lado del cuerpo inmóvil, sin darse cuenta, el muchachito empezó insistentemente a fregar con la palma de su mano los ojos de Vasilievich. Al cabo de un tiempo, tal vez porque se tranquilizó creyendo que logró borrar la prueba material, o porque se dio cuenta que hacía una tontería, el muchachito se levantó, miró a su alrededor y se alejó rápidamente, agachándose mucho y cojeando con el pie derecho.

Después en la ventana apareció Lisochkin. Lentamente se sentó en la peana de espaldas a la sala de los maestros, con la mano se tocó la cabeza, luego levantó la palma de la mano hacia su rostro y la miró. Balanceándose se desplazó por el borde de la pared que todavía tenía vestigios de hielo —por eso el muchacho varias veces resbaló con un pie, pero sin caer—, se acercó al árbol y con mucho cuidado pasó de una rama a la otra, deteniéndose algunas veces, bajó al suelo.

Allí, en torno del abedul, estaban desparramados los boletines escolares, y un poco más lejos, sobre los bloques alargados, en una posición un tanto incómoda, con el pie derecho doblado hacia un costado, se encontraba el cuerpo del maestro de manualidades. Sus ojos y mejillas estaban empapados en sangre. Lisochkin no se le acercó. Tampoco se puso a juntar los boletines escolares, solamente recogió un par de ellos que estaban tirados cerca, echó una mirada a sus alrededores y desapareció en la oscuridad.

Sólo al cabo de una hora la sala de los maestros abandonó el último del grupo. Abajo el vio ese espantoso cuadro. Por el susto, no pudo imaginar nada positivo, no obstante, pensó que habría que llamar a la ambulancia. Pero ¿cómo hacerlo? Se quedó parado, indeciso, mirando unos tres minutos el cuerpo inerte del maestro, y sin haber imaginado alguna solución, se dirigió a su casa...

Bahia de la Providencia

Mañana habrá eclipse de sol. La sombra de la luna tocará la tierra precisamente aquí, en Kamchatka y en Chukotka, pasará por el Estrecho de Bering, después a lo largo de las costas de Alaska y alcanzará el norte de Canadá. Los exploradores del polo, los científicos, y simplemente los habitantes de esas regiones, es decir, los pasajeros de la línea aérea Aeroflot en las rutas nórdicas, todos tenían prisa. Unos para llegar lo más pronto posible a su casa, otros, a su trabajo, otros para poder ver el eclipse. Pero el Norte no sería Norte si no introduciría sus inesperadas correcciones en los planes y sueños de todas las personas que allí se encontraban.

Todos ellos desde hacía una semana estaban sentados esperando en la región de Anadyr, y cada dos horas escuchaban el mismo anuncio: "Vuelo Anadyr — Providencia está demorado por problemas meteorológicos". "El vuelo Anadyr — Magadán está demorado por problemas meteorológicos"... "El vuelo..." Así ocurría con todas las direcciones. Así, voluntaria o involuntariamente, uno comenzaba a compenetrarse en una nueva ciencia, la meteorología. De pronto te asemejarás a un investigador y descubrirás algún espantoso secreto sobre el clima al cabo de tres o cinco días. Por lo menos, cada vez no habrá que despertar y escuchar el anuncio mal perceptible de un viejo reproductor instalado en la pared sucia en el rincón de la sala de espera.

La palabra "sentados" no refleja del todo correctamente la realidad. La mayoría de la gente no podía estar sentada porque no tenía en qué sentarse. Los que real-

mente encontraron lugar para sentarse en una de las dos decenas de sillas que milagrosamente se conservaron, permanecían sentados, sin levantarse, en el ángulo agudo y duro apoyo con el hueso sacro. Pero si alguien se levantaba para ir al baño, perdía su asiento. Por la noche, para que la sangre no presionara en los pies, los pasajeros con mucho cuidado los levantaban y colocaban en los respaldos de los que se encontraban sentados adelante, y después se dormían inmediatamente. Visto de costado eso se parecía a una lenta grabación de repiqueteo organizado de hinchas en un partido de fútbol, cuando éstos en orden sucesivo se levantan en forma de “oleadas”, levantando las manos hacia arriba, luego en orden inverso se sientan en sus lugares. La que más se alegra es la última fila. Pero, como siempre, no tiene suerte el primero. Por la mañana, cuando todos se despertaban por el ruido estridente que originaba el consecutivo aviso, sobre el fondo oscuro del abrigo o trajes de las personas sentadas adelante en “las butacas de la platea” se veían muy bien claro las huellas de las suelas. Pero nadie a eso le prestaba atención. Puesto que no era un grosero atrevimiento, sino una necesidad fisiológica.

Los restantes pasajeros se acostaban directamente en el piso frío de baldosas, colocando debajo de sí algún diario y estirando los pies con satisfacción. Alguno lograba ocupar espacios en la oficinita, donde de día se vendían pasajes. Allí el piso de madera y las divisiones de madera terciada los salvaba un poquito de esa mezcla de asqueros olores de coñac, provenientes del expendio cercano, y de los calzados, botas y medias que no se sacaban durante semanas enteras.

Por la mañana, aquellos que no eran de “butacas”, fácilmente salían afuera y paseaban alrededor del edificio de madera de dos pisos del aeropuerto. Lo sorprendente era que no veían los coloridos de la naturaleza circundante, no sentían la frescura del aire, todo impresiona-

ba ser algo gris y nebuloso, como si la luna, sin esperar que llegara su momento, ya ensombrecía los brillantes rayos solares. En realidad aquí entra a funcionar un mecanismo protector. La permanente indefinición y la comprensión de la imposibilidad de quitarla no permitía que entrase en acción todo el conjunto de los receptores humanos. El organismo por sí solo, para no extenuarse ante las pruebas continuas, ensombrece los colores claros, nivela los relieves de la localidad, crea en torno suyo algo parecido a un manto invisible. Se oía nitidamente sólo el rugir de los motores de los aviones de caza que despegaban o aterrizaban en las cercanías. Para los militares todo era cosa corriente. Si el estado del tiempo es bueno o malo, ellos siempre vuelan.

En el suelo, en el rincón más alejado de la sala, se instalaron dos hombres. Uno de ellos era químico, un muchacho rubio y delgado, quien hacía siete días había defendido su tesis de diploma, y por la cuota de distribución fue asignado al Instituto Artico, y de allí urgente lo mandaron en una expedición.

El otro era electronavegante. Era mayor que aquél, con “pancita”, evidenciaba estar casado y bien ciudadano. Hacía ya diez años que vivía en el norte con su familia, pero esta vez venía también de Leningrado, dónde recibió las instrucciones respecto a una próxima patrulla glacial en el mar de Chukotka. En realidad, en San Petersburgo él se encontraba de paso, regresaba de sus vacaciones en el Sur, donde comúnmente gastaban el dinero ganado trabajando en la zona del Círculo Polar.

Ellos permanecían sentados sobre un “césped” artificial hecho con el periódico “Leningradskaya Pravda” abierto, se comían con avidez los endurecidos sandwiches caseros con fiambre Cracovia y miraban el mapa de la zona donde debería recorrer próximamente el patrullero glacial. La mirada del químico se concentró en una fotografía en blanco y negro que estaba debajo del

paquete con sandwiches. Allí estaba marcada la posición geográfica de la franja de la fase completa del eclipse de sol, que sucedería el 10 de julio de 1972. La franja oscura coincidía de una manera extraña, casi totalmente, con la zona donde les tocaba trabajar en el futuro, destacada con puntos sobre el mapa del electronavegante. Al principiante operador glacial eso le sorprendió, le alertó e incluso de alguna manera le asustó. Por lo menos él dejó de masticar, pero no pronunció una sola palabra.

Al día siguiente se vería el eclipse. Nadie ni nada podía suspender ese fenómeno. Debí ser precisamente por eso que en el aeropuerto comenzó el alboroto. En forma urgente, a pesar del mal tiempo que hacía, comenzaron a preparar un avión para los científicos del Observatorio de Púlkovo. Al pasar una semana allí los astrónomos se habituaron al forzado paradero que les brindó la provi-dencia a los pasajeros. ¡Pero ahora, sin embargo los necesitaban! Se acordaron del eclipse. Los aviadores militares no obstante realizaban sus vuelos... Significaba que ellos también podían... La lógica, hay que destacarlo, es matadora en todo sentido.

El electronavegante era especialista glacial con experiencia. Con frecuencia le tocaba volar por la ruta Am-derma — Tiksi — Dikson — Anadyr... y él sabía que en situaciones extremas siempre era mejor, aunque sea en apariencia, impresionar como jefe. Es así que ese día él, con su excelente calvicie, su barbita prolija, su blanca camisa y su moderna corbata con franjas, se permitió subir al avión que se preparaba a volar. Abriéndole paso delante suyo al joven especialista con las valijas, no olvidaba lanzar excusas a derecha e izquierda ante los sorprendidos astrónomos: “¡Camaradas! Mañana debemos observar ese fenómeno desde el buque en el Mar de Chukotka. ¡Es una responsabilidad colosal! ¡Colosal!”

Un avión pequeño que cargó a su bordo quince personas y una decena de cajas con huevos frescos, de una

manera fácil, casi sin mucha carrera, remontó vuelo y dentro de un instante se elevó por encima de las muy bajas nubes oscuras. En las ventanillas del avión entraron fuertes rayos del sol, como si hubiese perforado la sucesión interminable de acontecimientos. Como si fuese que todo lo que aconteció hasta aquel momento se ocultaba detrás de una membrana y por eso parecía ser de color gris o blanco y negro.

Al cabo de una hora todos juntos se lanzaron para mirar por las ventanillas. Abajo se podía ver un poblado transpolar, situado prácticamente al pie de los cerros nevados que rodeaban la Bahía de la Providencia de color azul celeste. Después del aeropuerto de Anadyr, todo se parecía a la ciudad de Sochi: coloridos muy similares, los mismos paisajes y en el aire similar aroma del mar. Lo único distinto era el mar frío y no tan salado, aunque también reflejaba los colores claros del cielo celeste. Un barco blanco no muy grande estaba anclado en el amarradero del puerto y complementaba hermosamente el maravilloso cuadro.

Por fin se reunió todo el comando del patrullero glacial. Ahora, por unos cinco meses, su hogar sería ese buque de tipo glacial, no muy grande a primera vista. Esa misma mañana todos se aprestaban a zarpar, olvidando incluso el eclipse. La naturaleza por sí sola les hizo recordar. De pronto el cielo se oscureció, haciendo recordar la penumbra del atardecer, la pequeña "hoz" del sol tapado por el círculo oscuro de la luna lentamente desaparecía. Como despedida, primero se vio un destello de un círculo brillante, después se iluminó en forma de resplandeciente anillo. En el cielo matinal al comienzo se percibieron refulgentes estrellas. Pasó un minuto, después otro. Primero se apagó el centelleo de las estrellas, después comenzó a iluminar el resplandeciente sol, y el cielo celeste claro de nuevo devolvió el color azul del mar nórdico. El misterio de la naturaleza desapareció tan de repente, como había aparecido. El buquecito blanco con

nombre tan simple, "Maiak", sin prisa, como si destacara su importancia, se alejó del amarradero del puerto.

A los marineros, a los alumnos de escuelas militares y a los estudiantes químicos los instalaron en los camarotes grandes de la proa del buque, a los jefes, más cerca de la popa. El joven especialista y el electronavegante, como viejos amigos de infortunio, se instalaron en un camarote para dos personas, en la zona media del buque. Comenzó el trabajo. Algunos con este trabajo retornaron a una vida plena. En su casa, con la familia, ellos no se sentían bien por estar fuera de sus actividades, algo así como si fuera un oficial dado de baja antes del término o como un delincuente reincidente puesto en libertad. Otros, los "calculadores", de inmediato comenzaron a trazar calendarios, contar los días que les restaban para el regreso, al mismo tiempo comenzaron a calcular la suma de dinero que percibirían al finalizar la expedición: sueldo básico, por tareas expedicionarias en tierra, por los días tormentosos, por casos cadavéricos, y además el coeficiente "2" por el hecho de que el buque estaba registrado en la Bahía de la Providencia.

Transcurrió una semana. Por ahora no se veían los bordes del hielo, no había fuertes vientos y no había necesidad de luchar con la congelación de la cubierta superior del buque. Molestaba únicamente la marejada. No obstante, casi para la mitad de los miembros de la expedición todas las bellezas del Norte ya empalidecieron. Comenzó a sentirse el malestar marino. En el laboratorio hidroquímico, con una superficie de dos por tres metros, aparte del joven especialista de Leningrado, a su vez "jefe químico", trabajaban otros dos estudiantes. Los dos vivían en el camarote grande conjuntamente con los hidrólogos. Por razones de trabajo los químicos se levantaban temprano con menos frecuencia, únicamente durante las paradas del buque. Por ello ocupaban las camas de arriba. Debido a las permanentes marejadas, era casi imposible dormir.

Las cortinas, que no fueron lavadas desde hace mucho, colgadas de la cornisa con ganchitos, se corrían de abajo hacia arriba y viceversa, coincidiendo con el ritmo de las marejadas. Su quilla como parte componente se hacía sentir de manera imprevisible. Las cortinas comenzaban a balancearse, ora a la derecha ora a la izquierda. A la derecha, a la izquierda... Al cabo de una hora o dos, todo eso se suspendía, rompiendo la habitual armonía de los raptos nauseabundos, que luego volvían con fuerza aún mayor. En el tiempo libre del cumplimiento del servicio, el vecino del joven especialista habitualmente se sentaba a la mesa, fumaba cigarrillos cubanos marca "Ligeros" y grababa con un soldador eléctrico motivos nacionales de Chukotka en los colmillos de las morzas.

En la popa del buque, en el comedor donde comían los jefes, aunque balanceaba menos, sin embargo la náusea llegaba de repente y casi sin notarlo. Imposible de controlarla. Era preferible comer rápidamente en compañía de los marineros. Tanto más porque quedaba cerca del camarote. El plato con sopa y un pedazo de pan gris siempre mojado en la mano izquierda, la cuchara en la mano derecha. Todo se consumía en un minuto. Pedir una adición era como un consumo inútil de productos; con el segundo plato pasaba lo mismo. Lo más importante era adoptar rápidamente una posición horizontal a fin de que se asimilara algo de la comida consumida.

Habitualmente permanecían acostados unos diez minutos. Más de eso era imposible. Había que correr de prisa al retrete. De ninguna manera había que salir a la cubierta del buque, como suelen describir elegantemente en los libros, sino correr al retrete. Salir a la cubierta enseguida de haber comido se arriesga de caer al agua. En el retrete no hay peligro y resulta más cómodo, puesto que no hay riesgo de caer fuera de la borda y además nadie te ve. El sistema de recodos en la canalización prácticamente no permite salpicarse. Sin embargo, aquí también

hay que saber cuándo inclinarse sobre el orificio en la cubierta. Esto se llega a conocer con el tiempo. Únicamente con la experiencia, por intuición, por la conjugación maravillosa del sonido del motor y el ruido específico en la cañería, percibiendo con el cuerpo la rapidez de la caída de la proa del buque desde la cúspide de la ola sucesiva. Después de todo eso, a “casa”, es decir, a la cama.

Las ventanillas están levantadas. Las puertas de todos los camarotes permanecen abiertas para que entre aunque sea un poco de aire. Sin embargo, más rápido éste llega de la sección de máquinas. ¡Pero hay algo notable! Todo eso no finalizará dentro de una hora o, por ejemplo, al día siguiente. Eso continuará pasado mañana y al cabo de un mes y dos meses también...

Transcurrieron dos meses de vida similar. Su contenido se reducía a encontrar de cualquier forma un borde de hielo e informar de ello a todos los buques, simultáneamente había que efectuar investigaciones científicas: medir la velocidad de las corrientes en distintas profundidades, detectar la contaminación de las aguas con productos petroleros, determinar las temperaturas, la salinidad del agua, el contenido de oxígeno, silicio y otros elementos químicos. Después, en base de las cifras reunidas, los geógrafos podrán sacar conclusiones científicas de mucho valor.

Habiendo estado en la parte norte del Mar de Bering y después de hacer un centenar de paradas a fin de tomar mediciones, el buque retornó por poco tiempo al poblado de la Providencia. Se reabastecieron de víveres, agua potable y combustible, recibieron paquetes de cartas que se acumularon en todo ese tiempo y dos días después, sin haberse desacostumbrado de los barquinazos al caminar, de nuevo se encontraron en el centro ciclónico, pero esta vez en los límites de los mares de Siberia Oriental y de Chukotka, cerca de la Isla Herald. Era necesario tomar una decisión sobre cómo seguir más adelante.

No tenían ningún tipo de órdenes. La zona marcada en el mapa con líneas de puntos era tan sólo una recomendación. Los miembros de la expedición, comisionados provisoriamente por cinco o seis meses al buque hidrológico “Maiak”, por fin finalizaron su “reunión consultativa”. Siete personas: hidrólogos, químicos, oceanólogo y el jefe químico superior, conjuntamente con el capitán, pensaban: ¿qué hacer más adelante? ¿quedarse en el lugar o continuar navegando hacia el Mar de Beaufort?

Por una parte, permanecer anclado en el medio del estrecho de De Long entre la Isla de Wrangel y la Tierra Grande era muy agradable. La profundidad alcanzaba unos treinta o cuarenta metros. Eso significaba que cada cinco horas era necesario tomar las pruebas del agua de seis horizontes para hacer las mediciones. ¡Y nada más! Y así durante dos meses. De ese modo no se sentían las marejadas, ni tantas otras cosas... Sí, en general, eso era lo principal. Luego, con seguridad, se podría insertar los resultados de las mediciones en las complicadas fórmulas, supuestamente describiendo las variantes de las diversas corrientes en ese lugar simpático, y a su vez, hacer un determinado aporte al estudio del Artico.

Además, el clima ¡era una maravilla! Durante las horas del día se veían espléndidos coloridos: el mar azul celeste, las orcas con tonos azulados, las morzas opacas y los lobos marinos brillantes.

Por la noche, aparecía la aurora boreal. Sería una gran satisfacción poder descender por una semana en la desembocadura de algún riachuelo, pescar salmones y cazar patos. Después, toda esa faena preparar en salmueras como corresponde y freir. ¡Hartarse con caviar de salmón para toda la vida!

¿Y que pasa desde otro punto de vista?

Si se giraba bruscamente a la derecha y después hacia el norte para verificar si se encontraba lejos el borde límite del hielo, y luego a toda marcha entrar al mar de Beaufort.

¡Allí sí que era una maravilla! Cerca de Alaska y Canadá resultaba un extenso espacio para el romanticismo y la ciencia. Primero, entrar allí después del 15 de septiembre la carta meteorológica no recomendaba. Por eso nadie entraba en esa zona porque era muy peligroso. El hielo llegaba a la punta Barrow y cerraba la salida al mar. La segunda razón, allí la profundidad llegaba a más de tres mil metros. Es decir, cien veces más. Ninguna cantidad de botellitas alcanzaría para retirar pruebas de agua. Habría que trabajar prácticamente en forma permanente, sin respetar turnos... Lógico, ya que no había hielos, las marejadas serían constantes, y eso quitaba el estímulo para el romanticismo, pero de todos modos...

Ellos intercambiaban opiniones durante largo tiempo aunque desde el comienzo todos estaban a favor de la valentía y la proeza. Cuatro de ellos estaban sentados directamente en el piso. Tres, tras la mesa. Los primeros consideraban que así sentados las mareas molestaban menos. Sin embargo todos, en riguroso orden, salían fuera, regresaban y volvían a salir...

Al final resolvieron seguir navegando rumbo al norte para poder ver hasta dónde llegaba el borde de la costa de hielo estacional y luego volver a pensar. Resultó que estaba lejos. Siendo así, no se podía hacer nada. El romanticismo del Norte y el deber del investigador glacial resultaron ser más fuertes que el aspecto fisiológico. Tanto más, según explicó el jefe químico, durante el reciente eclipse de sol precisamente esa zona acuática estaba cubierta por la sombra de la luna. Al parecer, una simple coincidencia. Pero tentaba la curiosidad, parecía contener elementos místicos.

A propósito, no era nada sorprendente que precisamente el químico le prestara atención a dicha coincidencia. La química también es una magia pura. Es que si se toman y se analizan minuciosidad los datos hidrometeorológicos del laboratorio del buque... Si de pronto a

alguien se le ocurre la loca diversión de respirar con los vapores del amoníaco o ácido sulfúrico, lo primero que llama la atención son las botellitas de plástico. Centenares de pequeñas botellitas llenas de agua de diversos horizontes. Están en todas partes: en los estantes, en las mesas, en la cubierta del buque, en los bolsillos de los guardapolvos de raros colores y chamuscados con el ácido, colgados en un clavo. En medio de todo eso se veía al brujo químico jorobadito y el pelo revuelto. Sólo le faltaba un capuchón negro grande. El absorbía con la boca por medio de un tubito de vidrio un determinado líquido, y al segundo lograba escupir en el balde —que estaba en el piso— totalmente otro líquido. Si la marejada continuaba durante todo el turno, entonces sus ojos ya no podían ver los índices del fotocalorímetro, y las franjas de color verde claro que se cruzaban en la pantalla pequeña, de pronto comenzaban a agitarse, a centellear, transformándose en una densa mancha gris.

Cumpliendo la resolución del grupo, el buque “Maiak” recorrió el mar “extranjero” de Beaufort a lo largo y a lo ancho, llegando incluso hasta la desembocadura del río Mackenzie... De pronto, sin anunciar nada a nadie, el capitán giró rumbo a su mar natal de Chukotka. ¿Por qué? ¿Tal vez porque se había asustado del avión americano que el día anterior durante tres horas anduvo sobrevolando entorno al buque, pequeño y resentido de la vida, moviendo con sus alas? Pero ¿por qué tenerle miedo? Si ambos estaban en zona de aguas neutrales. Lo más probable era que los norteamericanos se atemorizaron al descubrir en el otoño tardío del año pasado un pequeño buque de los rusos en las cercanías de la costa nórdica de Alaska. “Pero, ¿por qué? ¡Qué idiotas eran! Puesto que la Carta meteorológica es un documento internacional. Allí todo está dicho. Entonces, ¿qué hacer con los rusos, en el caso de que tuvieran que pasar allí el invierno en los hielos?”

Al fin todo resultó más simple, pero a su vez más complicado. Se enfermó el contraмаestre del buque. Se le inflamó la garganta de tal manera que ya no podía respirar. No había médico a bordo. Consultar por radiocomunicación no era posible puesto que en esas regiones ésta no funcionaba. De allí que el capitán tuvo que tomar la decisión de retornar a plena marcha al estrecho de Bering. Corresponde decir que lo hizo a tiempo. A duras penas logró salir a tiempo. La costra del hielo ya muy cerca llegaba a la Punta Barrow. Si no se hubiera enfermado el contraмаestre, entonces la mística aventura científica con seguridad habría terminado con la inevitable necesidad de pasar allí el invierno. Eso no entraba en los planes de la expedición, tampoco de ninguno de sus tripulantes.

Además, sea dicho con franqueza, ya estaban hartos. ¡Todo lo mismo durante cinco meses! Comían papas secas, sopa de hortalizas envasada en lata, permanentemente pan mojado con salmón salado. Ansiaban estar en tierra firme, conversar personalmente por teléfono con los familiares, comer lechón asado. Por la mañana, unos tenían que hacerse cargo de la guardia y otros seguían durmiendo, a todos los reunía la cocina con el aroma del pan frito en manteca. Este aroma por completo neutralizaba el habitual olor del combustible diesel. Pero eso ocurría solamente dentro del camarote. Uno de los marineros, antes de comenzar su “perruno” turno de guardia, del pan mojado preparaba tostaditas en cantidad suficiente que alcanzaba para todos.

Esa noche no dormía nadie, tampoco estaban dispuestos a comer tostaditas. Esperaban llegar hasta un buque grande de acero, el cual debía recoger al contraмаestre enfermo. Esperaban ver y oír algo nuevo y no habitual, una necesidad natural de las personas que durante largos meses deambulaban por el Mar Glacial Ártico, prácticamente sin radiocomunicación. Sobre los cambios que podían transcurrir en el mundo se podía juzgar

tan sólo por el informe norteamericano acerca de la situación glacial. Gracias al electronavegante que se ingeniaba recibir —sin pagar— del satélite estadounidense cuando el buque “Maiak” pasaba cerca de las costas de Alaska.

Todos esperaban con impaciencia la voz del capitán del buque grande. La misma repentinamente entró al cuarto de mando desde arriba, o desde un costado, incluso desde abajo, a todos les pareció indiferente, enronquecida e impregnada. Impresionaba ser corriente, por lo cual inspiraba seguridad y tranquilidad. Eso de inmediato recordaba de alguna manera la vida moderada en tierra.

—Acércate por el costado izquierdo, no temas, te digo.

—¡Qué significa “no temas” —respondió en voz alta el timonel de la embarcación.

Realmente, ni bien los buques se rozaron con sus bordas, de inmediato uno de los dos botes de salvamento se destrozó en pedacitos. ¿Qué significaba eso de acercarse con la borda? El buque chico se puede decir que tiene “borda”. Sin embargo el buque grande tiene una “pared” de acero de 30 metros, toda con ventanillas iluminadas. Alguna de las quinta o décima cubierta del buque grande, en un segundo más se alineó con la cubierta superior ya bastante dañada del buque “Maiak”. El contraмаestre en persona estaba parado cerca de la barandilla. Lo sujetaban un poco dos marineros. Aquél hizo un paso hacia adelante y en ese mismo instante lo tomaron de las manos y lo subieron al buque metálico grande. En ese mismo momento, desde allí empezaron a volar bloques de cigarrillos búlgaros y bolsitas chicas con cebolla japonesa. Todos saben que la gente del patrullero glacial nunca tiene nada, todo les falta. Con seguridad ya se comieron todas las reservas, excepto las papas secas y el salmón salado. Eremitas glaciales. Ellos viven como quieren, van a donde se proponen, si desean van al puerto cada tres meses. Su tarea fundamental es informar dónde se encuentra el límite del manto del hie-

lo. Eso todos lo necesitaban. A los exploradores glaciales les tenían lástima y los respetaban.

¡Era tiempo de regresar a casa! Pero la tormenta, reiterada vez con nueva fuerza se lanzaba sobre el buque, impidiéndole girar. El buque "Maiak", orientado directamente al norte, ya en el transcurso de dos días se esforzaba impotente, y seguía haciendo funcionar al máximo sus motores de propulsión. Ese potencial sólo le alcanzaba exactamente para resistir al viento de ocho grados y permanecer en el mismo lugar.

El capitán dos veces, pero sin resultado, hizo intentos riesgosos de girar el buque. Se anunciaba la alarma y, bajo los intermitentes sonidos de la alarma, todos se ponían abrigos, gorros, botas abrigadas, llevaban consigo la documentación, pantuflas decoradas para regalo a sus familiares, y subían a la cubierta que balanceaba para todos los lados y el agua helada la bañaba sin parar.

¡Se observó un fenómeno inexplicable! Todos perfectamente comprendían que estar cinco minutos fuera del buque, era el fin. El agua tenía una temperatura de siete grados bajo cero, más de ese tiempo nadie podría sobrevivir. ¿Para qué en este caso llevarse la ropa de abrigo? Incluso en verano, en un estado del tiempo tranquilo y soleado, la tripulación necesitó veinte minutos para levantar una simple caja de madera, lanzada al agua especialmente como elemento de entrenamiento. No obstante, la tripulación y los miembros de la expedición continuaban dócilmente a jugar al "ejercicio de salvamento".

Muy temprano por la mañana todos se despertaron porque no había marejada. El buque estaba anclado cerca de la costa, al cual protegía contra posibles tormentas de viento una enorme roca. Eso, gracias al ayudante mayor del capitán, quien, sin prevenir a nadie, por la noche decidió hacer girar el buque, colocando la popa contra el viento. Al cabo de cinco horas el buque con éxito cruzó el Cabo Dezhnev, la Isla Romanov y, "al ver" la Roca Ferry,

se resguardó al principio en un pequeño estrecho para después entrar en la Bahía de la Providencia, donde quedó anclado en la rada. Este hecho una vez más confirma: “¡A los vencedores no los juzgan!”

Cuando no había marejadas, de inmediato surgía el deseo de comer. Unas cinco personas se subieron a la cubierta del buque, encontraron bajo una lona impermeabilizada barriles amarrados que contenían pepinos y repollo en salmuera, sin dudar se pusieron a comerlos sin pan. Otros se dirigieron a la cocina para conseguir cebollas japonesas que les habían regalado antes. Al igual como se nivela en forma gradual la presión en los sectores del submarino, de modo similar las extenuadas —por las interminables marejadas— entrañas de la gente exigían una inmediata sustitución de la tediosa comida diaria por otra fresca y picante. Algo similar ocurría con la naturaleza que los circundaba después de finalizada la marejada.

De inmediato desapareció vaya saber adónde la espantosa mezcla de idénticos colores grises del mar y cielo que los circundaba, también el permanente olor del combustible diesel, de las conservas y el omnipresente jugo gástrico. Cosa que los perseguía casi todo el tiempo. En julio, el sol tapado por la luna, no iluminaba únicamente dos minutos. Pero, para bordear la “superficie acuática” marcada por el eclipse, se necesitaron largos meses de sacrificios. Al fin, al salir de ese embrujado círculo de tres mares nórdicos, como si se hubiesen despertado del sueño. Como si el eclipse aconteciera recién. En los ojos apareció el brillo, en todas partes se oía una conversación viva. Una verdadera señal de que la visión había retornado.

Sobre el fondo del mar color turquesa, de pronto aparecieron las rocas de color azul oscuro que por momentos se fusionaban con el color del cielo. A veces, entre las pesadas nubes que corrían rápidamente casi rozando el mar, por instantes brillaba el sol. Entonces toda esa caparazón

de nubes azul-celestes se veían atravesadas desde el cielo por muchos rayos dispersos de luz, la costa y el agua se saturaban de oscuros tonos anaranjados, volviéndose apreciados y atractivos. Sin embargo, el viento no intentaba siquiera calmar. En los estrechos espacios entre las rocas costeras el viento arrancaba de la superficie del mar, un tanto calmado, una gruesa capa de agua formando una bruma con miles de millones de salpicaduras. Pero allí al viento no le alcanzaba fuerzas para originar olas.

Llegó el momento para el ritual especial. Tropezando por falta de costumbre y por culpa del fuerte viento, sujetándose mutuamente para no caer por la borda, salieron a la cubierta los “zombi-extraplanetarios”. Pálidos, en gorros con orejeras y zapatillas caseras, en camisetas quemadas por los ácidos de laboratorio, con pantalones azules deportivos que les colgaban en las rodillas, despidiendo olores de reactivos químicos y a vómitos, todos en fila unos tras otros se desplazaban por la cubierta del buque arrastrando pesadas cajas con ángulos metálicos, usadas para envases de laboratorio y de sustancias químicas utilizadas. Al cabo de un instante, como obedeciendo a un comando, las levantaron sobre sus cabezas, y con los rostros indiferentes bajaron los brazos. Los cajones negros y pesados, como el último símbolo de lo vivido, empezaron a “volar” llevados por una fuerza invisible.

Al final de la expedición, vaya a saber por qué, siempre recordaban a los químicos. Quizás porque todo ese tiempo nadie los había visto. ¿Quiénes eran? ¡Estaba claro que no eran marineros, tampoco hidrólogos y, menos aún, oceanólogos! Tampoco podían ser aquellos que en su infancia soñaban con los mares, con las marejadas y travesías. Hacia aquí, al borde de la Tierra, los trajo el destino, la casualidad y la providencia. Estaría bien si esa experiencia casual de su aguante, en el comienzo mismo de su vida independiente, no fuera para ellos únicamente un breve eclipse.

Encuentro inesperado

El presidiario de régimen riguroso UT № 189/33 se encontraba en el desierto selvático occidental de la cadena montañosa de Los Urales, a unos doscientos kilómetros de la ciudad de Perm yendo por la ruta ferroviaria de Nizhniy Taguil — Perm. El campamento penitenciario ocupaba un territorio no muy extenso, aproximadamente 500 x 500 metros, en medio de una floresta cercada por varias líneas de alambre de púas conectado a un sistema de señalización.

En la zona se elevaba una garita, donde habitualmente estaba sentado un oficial de guardia que encabezaba una brigada de subtenientes. En este tipo de zonas por lo común no había muchos presos, aproximadamente unos 70 u 80 en total. Mientras que en la colonia denominada Shestiorka destinada para los criminales, situada a varios centenares de metros, reunía cerca de tres mil condenados.

Del penitenciario de la región de Leningrado, a Vladimir Spivak lo trasladaron a la región de Perm, a la colonia Shestiorka y no a Perm-33, como correspondía según la segunda sentencia judicial. Por lo visto, la administración local resolvió que, según el artículo penal № 209 (holgazanería), lo trasladaban simplemente a otro campamento. Pero a la división especial de la zona, según el austero artículo 190-1, los documentos todavía no habían llegado. Allí ni siquiera sospechaban que al holgazán, atorrante y malandrín Spivak, declarado disidente, luchador por la justicia, conocedor de la literatura francesa y talentoso matemático, le encantaba Hamlet y se fascinaba con la jerga de ladrones que recogía en las baladas de François Villon.

Qué se puede hacer, eso suele ocurrir. No significa que hay que gritársele en la cara al respecto.

A toda la etapa de penados en la que se encontraba Vladimir Spivak, de inmediato la pusieron en cuarentena. Oficialmente allí tenía lugar la adaptación de los presos a las nuevas condiciones de vida. Eso ya él conocía perfectamente al estar en otro campamento de penados, donde permaneció tan sólo dos meses. En unos doce a diecisiete días, a los novicios los peluqueaban, los bañaban, les entregaban la ropa de presidiarios, les hacían los análisis, los sometían a test psicológicos y los interiorizaban con las particularidades de la zona para penados. Pero todo eso tenía lugar solamente en los papeles, sin la presencia del condenado.

Todavía en el trayecto Vladimir Spivak entró a sospechar algo muy desagradable cuando uno de los escoltas les dijo que todos ellos fueron transportados por equivocación y que de ahora en adelante les esperaba un final cruel. ¿Qué significaba eso de “transportados por equivocación”? —pensó Vladimir Spivak. Pero no se le podía preguntar al escolta qué significaban sus palabras.

La confirmación del significado de esas palabras no había que esperar mucho tiempo. Ni bien logró bajar al suelo saltando desde el peldaño del automóvil que los transportaba (llamado “voronok” en la jerga penitenciaria), cuando recibió una serie de golpes. Más adelante, al trote y con ayuda de patadas y garrotazos los trasladaron hasta un local llamado “cuarentena”. El sintió el miedo bestial proveniente de sus compañeros de desgracia e incluso de él mismo. A dos presos llevaron de inmediato hacia arriba por la escalera vaya a saber adónde. Contra la pared, con las manos y los pies separados, quedaron cuatro de ellos. A éstos vigilaba un oficial de la administración con un palo en la mano, con el cual les pegaba en los pies, exigiendo separarlos lo máximo posible. De pronto se oyó una pregunta: “¿Hay rojos aquí?”.

Dos respondieron "Sí". A éstos los llevaron a una oficina y después, arriba por la escalera. Quedaron dos. Vladimir Spivak y otro más. Mientras los traían en el autotransporte él no le había prestado atención. ¿De dónde habrá aparecido? Era delgadito y se parecía a un kirguiz. La tensión se intensificaba cada vez más. Se oyó otra pregunta: "¿Hay ofendidos?" También a ese lo trasladaron a la oficina y después lo llevaron arriba. Vladimir Spivak quedó solo, comprendiendo que le esperaba un destino desgraciado. Alguien de los vigilantes dijo o preguntó: "¿Resulta que tú eres *el holgazán*"? En esos momentos ni él mismo sabía quién era, por eso prefirió permanecer callado. Con ayuda de garrotazos lo llevaron a esa misma oficina por donde habían pasado todos los demás presos. Experimentó un verdadero pánico cuando vio un pasillo formado por vigilantes. De todos los lados le apaleaban, le pegaban con las manos y los pies. En un determinado momento recibió un fuerte golpe en el pie y, sin poder aguantar, se desplomó al suelo. Los golpes continuaron, de pronto se oyó un grito exasperado: "Levántate miserable". Vladimir Spivak se levantó a duras penas y renqueando corrió hacia adelante.

Desde la habitación, adonde trataban de meterlo, se oían gritos desesperados. Ya cerca de allí, con el borde de la vista advirtió a la entrada un cuerpo tirado y ensangrentado. En la habitación misma, de unos tres por tres metros y con rotas paredes de ladrillo, en cuclillas y con el rostro contra la pared se encontraba todo el grupo recién arribado. Los vigilantes agarraban uno por uno de las solapas y los llevaban a una mesa cubierta con un mantel rojo, sobre el cual estaban en fila las solicitudes. Cada uno firmaba la solicitud y después lo alejaban. Al tercer hombre anterior a Vladimir Spivak comenzaron a pegarle cruelmente en un rincón de la misma habitación. Vladimir vio que no sólo lo golpeaban, sino que lo pisoteaban queriéndolo meter en el mismo piso. Eso lo hacían

porque este preso se había negado a firmar la solicitud. Después de prolongados “procedimientos conciliatorios” a ese pobre desgraciado lo llevaron vaya a saber hacia dónde. He aquí que le llegó el turno a Vladimir Spivak.

A decir la verdad, Vladimir al comienzo pensó firmar de inmediato y dar así por terminado el trámite. Pero, por otra parte, sabía que la solicitud de colaboración con las autoridades significaba para él poner una cruz a su carrera de disidente. Cuando lo llevaron a la mesa, él tomó orgulloso tres hojas de solicitudes que estaban delante, las estrujó y las tiró al suelo y repentinamente también él cayó al piso. Los golpes en la cabeza fueron tan fuertes que le parecían dados con un martillo. Vladimir Spivak perdió el conocimiento.

Volvió en sí en una cripta con una lamparita única en el cielo raso, protegida con una rejilla, y en el piso había agua. Al ver que al desobediente se le abrieron los ojos, los agentes de la llamada “cuarentena” tranquilos entraron a ese compartimiento de hormigón y de nuevo comenzaron a pegarle metódicamente. Esa tranquilidad agravaba aún más la situación del prisionero. No era una demostración de violencia, sino un trabajo corriente. Es decir, era así como pintar las paredes con un intervalo para el almuerzo.

Lo más denigrante era la sensación de que te “amputaron la personalidad”, sobre lo cual hace muchos años le decía su padre. Como si te hubieran arrastrado con la cara por el ripio y no te dejaran nada de tus rasgos característicos individuales o aspectos personales. En particular, eso se nota cuando el detenido permanece por largo tiempo en una celda de incomunicado. Al patio a caminar no lo sacan, a la sauna rusa no lo llevan, día por medio le dan de comer, las ventanas prácticamente no existen, una sola lamparita se encuentra en un nicho en el cielo raso y apenas lo ilumina. No corresponde usar ropa abrigada. En un rincón ponen un cubo para hacer las necesidades

fisiológicas, o si no, un agujero en el piso desde donde emana un olor insoportable todo el día.

Los primeros dos días para Vladimir Spivak todavía existían el día y la noche. De día el se desplazaba para adelante y para atrás, por la noche trataba de dormirse. Pero la monotonía, el frío y el hambre hacían lo suyo. A ello se sumaban los fuertes dolores en aquellos lugares dónde más le golpearon. Los músculos en las zonas de los golpes se contraían y no se enderezaban. Esos golpes le dejaron en los hombros y en la espalda una hinchazón del tamaño de un huevo. Si no se movía, allí se acumulaba un líquido que la agrandaba y ejercía presión sobre las extremidades nerviosas. Resultaba muy imprescindible tener que mover las manos y los pies para que los líquidos acumulados pudiesen dispersarse y las hinchazones en los músculos pudiesen achicarse aunque fuera un poco. Y como resultado, se sentía menos dolor y menos frío. En esas condiciones era más fácil dormirse por unos quince o veinte minutos. Después volvía a despertarse por el dolor, entonces durante unos cuarenta minutos troteaba en el lugar moviendo con las manos. ¡Todo eso resultaba muy doloroso! Después volvía a dormirse por unos quince minutos directamente sobre el piso mojado, recostándose con la espalda contra la pared... Lentamente la sensación de la realidad iba desapareciendo y el cuerpo entumeciéndose. Vladimir Spivak se convertía en un objeto inanimado que generaba un dolor sordo, prolongado y agudo, en general, un dolor indefinido que se extendía por todo el cuerpo al mismo tiempo.

A Vladimir Spivak lo tenían en un pozo de hormigón durante cinco días, después una semana más, después otra... El caía lentamente en el olvido, por instantes daba sobresaltos, troteaba, volvía el decaimiento... Le resultaba difícil comprender de quién era el cuerpo que se encontraba ante sus ojos en el piso de hormigón. Es que su cuerpo no le obedecía. Sus pensamientos también le

venían y se alejaban por si solos. Cuando le golpeaban se sentía mejor. ¡El agudo dolor penetrante en su cuerpo por una patada con la bota le hacía sentir feliz! En primer lugar, sabía que ese dolor no sería continuo, que con seguridad lentamente pasaría. En segundo lugar, ese mismo dolor era una constatación de un hecho muy simple, de que todavía estaba vivo y que hasta ese momento no había firmado ningún papel.

En forma gradual, las manchas de suciedad sobre las paredes desaparecen del pozo, que él veía ya muchos días, comenzaban a borrarse. Después, como en la película de dibujos animados acerca del pintor mágico, de dichas manchas comenzaban a aparecer una especie de rostros y objetos. Esas imágenes conversaban entre sí, se jactaban con sus sombreros alados o con sus barbas largas, levantaban del piso enormes baldes cargados de uvas negras... Fíjense en ese, con cabellera larga y desordenada, con una nariz larga, parecido a Cyrano de Bergerac, que levantó el balde al hombro y se lo llevó vaya a saber adónde... Vladimir Spivak silenciosamente, casi susurrándole a su paso, le dijo: “¡Deja un poco, por favor. Deja...!” Pero aquél solo le respondió moviendo su espada, se sonrió y... se quedó parado en el lugar. “¡No! Es mi ex-compañero de grado, Serguey, con capa de mosquetero y sombrero alado... ¡Cómo es que yo no lo reconocí enseguida! El tiene igual nariz... Bueno, no tan así... Pero muy parecido. Y allí en el rincón, acostado, como si lo hubieran aplastado con un rodillo... También con impermeable que flameaba en el viento... Fíjense en su perfil... ¡Es copia idéntica de Yuri Lisochkin! Aramís.” Vladimir Spivak recordó el caso cuando en el primer grado de la escuela francesa, él con sus compañeros del grado y del patio de la casa, participaban en un concierto organizado para sus padres...

—¿Qué haceis aquí? —preguntó involuntariamente Spivak... Nadie le respondió. El repitió la misma pregunta, pero con voz más fuerte. —¿Qué haceis aquí? Después

permaneció un rato en silencio y como si se respondiera a sí mismo, dijo: —“Portos así como no estaba en aquel entonces, tampoco está ahora...”

Vladimir Spivak siguió por mucho tiempo observándolos y preguntándoles... El no podía engancharse de una cosa sola. Conversaba con ellos, una vez como Atos, otra, como Vladimir Spivak. Ora preguntaba por sus compañeros de grado, ora por Aliona Livánova que jugó el papel de reina francesa, ora hablaba de la revolución en Cuba... Se hacía la idea de que todos ellos le respondían. Incluso se atrevió a discutir con ellos...

—Pero, en definitiva, ¿dónde se encuentra Portos?— de nuevo le pasó por la mente de Vladimir Spivak. Toda la pared olfateó y tanteó con las manos. ¡Volvió a mirar la pared de una y otra manera, pero no resultaba nada! El ya casi se sintió desengañado por completo en sus desafortunadas búsquedas, cuando directamente delante suyo vio un nuevo rostro, con cabellos largos, sin sombrero, sin capote y muy pequeño, que no se parecía en nada a un robusto mosquetero. No obstante, algo muy especial en ese rostro, incluso conocido, atrajo la atención de Vladimir Spivak. Intentó hacerle preguntas... En vano. Solamente la pared se ensombreció más y con horror permanecía en silencio... Spivak lanzó un grito... En realidad ese grito no se oyó. Es que su voz hacía mucho quedó áfona, sin embargo, una y otra vez volvía a pedir ayuda...

—Ese pequeño, ¿es Filia? Petya Fillipov —se notó brillo en los ojos de Vladimir Spivak, como si hubiera conectado dos cables eléctricos de distinto color. El no pensó de que no podía ser, de ningún modo, la imagen de Portos, y tampoco de que ese pequeño hasta ese momento había permanecido en silencio y no conversaba con los demás habitantes de las paredes de la celda. Vladimir Spivak de pronto sintió que ese era el precio por la culpa... El pago por esa culpa le llegó en el momento preciso.

En el séptimo grado de la escuela secundaria él, juntamente con Serguey, Yuri y Petya Filipov— que en diminutivo le llamaban Filia—, entró en la sala de los maestros. Allí ellos habían robado los boletines escolares y se preparaban para huir por la ventana. Pero los descubrió el maestro de manualidades, el inválido Vasilievich. El maestro, queriéndole ayudar a Filipov, quien se había quedado colgado en una rama, cayó por la ventana al suelo y se mató. A Filipov lo detuvieron de inmediato, lo juzgaron y lo mandaron a Kolpino, una colonia para menores de edad. El no delató a sus amigos. Pero al cabo de medio año llegó la noticia de que Petya Filipov había fallecido. El mismo Petya Filipov quien en la infancia tocaba el violín y fue el primero en aprender a leer, quien recitaba ante todo el grado escolar “Neznayka en la ciudad del Sol”.

—Uno por todos,— lentamente y con esfuerzo susurró la sombra de Petya Filipov. Serguey guardaba silencio, Yuri así como estaba acostado, así se quedó, de pronto en voz baja profirió: “Yo no empuje a Vasilievich, no lo empuje. El maestro se cayó solo...” Pero Vladimir Spivak, todo mojado y encogido por el insoportable dolor que no traspasaba, con los ojos desorbitados, clavó su mirada en la imagen de Filia sobre el bacín. Vio nitidamente cómo se movían los labios de Filipov al hablar, cómo lentamente levantó su mirada hacia Spivak y de sus ojos saltaron chispitas de gamberro...

Era la pálida luz de la lamparita que resbalaba sobre las gotitas de humedad condensadas en la pared y que no habían alcanzado aún a caer de nuevo al enorme charco de agua sucia sobre el piso de hormigón de la celda de incomunicado.

Vladimir Spivak, quebrantado internamente, cuando en el sucesivo intervalo le pasaron una hoja de papel, decidió firmar.

A pesar de haber firmado la hoja, sin embargo no le trasladaron al campamento. Una semana más le tocó

estar sólo en calzoncillos en la celda de incomunicado, donde el agua le llegaba hasta los tobillos. Después le pasaron a una habitación seca, no obstante no le dieron ropas. Solamente a la tercera semana le entregaron un juego de vestimenta para presos, arrugada y sucia. De esa manera, terminaban de neutralizar el resto de la dignidad espiritual humana.

“¿En qué consiste la diferencia? —se preguntaba Vladimir Spivak. —Si hubiera firmado de entrada ese detestable papel, quizás no me tocaría experimentar el martirio de la celda de hormigón. ¡Pero, entonces, no hubiese pasado por el infierno!”

Ahora sabía qué era eso. Ya estaba en condiciones de orientarse: dónde estaba el infierno y dónde, comparativamente, tonterías, costos de la profesión. Habiendo cumplimentado todos los casilleros de los simples “test psicológicos” de la cuarentena, Vladimir Spivak por fin pudo entrar en el campamento.

El régimen de los delincuentes en el campamento parecía ser disciplinado, rígido y viable. El mismo, aunque era parte inseparable de la existencia de la nueva comunidad cultural que se llamaba “pueblo soviético”, sin embargo se diferenciaba de lo que comúnmente comprendían bajo esa conjugación de palabras.

En general, en una rústica aproximación, los prisioneros trataban de crear aquello que habían perdido. Aquí gradualmente se dibujaba un cierto modelo de la sociedad, de la cual ellos fueron apartados. Lógicamente, esta comunidad no inventó la bicicleta, tampoco el modelo en base al cual construía sus leyes. Esa comunidad, pero en forma más dura, copió las relaciones que casi todos aceptaban o no, pero que se atenían en su vida libre.

En Shestiorka había precisamente seis barracas. Las relaciones entre los residentes de las barracas estaban reguladas por un supervisor en la zona. Si no existiera esa supervisión, las barracas adquirirían una forma de

clanes de prisioneros y no existiría un mecanismo unificado para delincuentes. Por regla general, en líder se convierte el preso más autoritario y respetado, con un carácter fuerte. Ese tipo de personas se hace ver enseñada. Es el prisionero más justiciero, el que pasó todas las experiencias de la vida. Su palabra goza de prestigio irreprochable. Precisamente él pone punto final en la solución de todas las cuestiones complicadas que surgen en el campamento. Sean cuestiones entre ladrones o entre los presos comunes del campamento. Incluso intervienen en la solución de conflictos con la administración de la zona. Especialmente, si sus determinados representantes con exagerada prepotencia o con mucha frecuencia “encontraban” en los envíos de los familiares, narcóticos u otros objetos no permitidos.

Por ejemplo, una semana antes, un control matinal se demoró exageradamente. Los nuevos presos, ingresados no hacía mucho, no encontraron nada mejor que romper el cerco y, sin ninguna orden, entrar en la barraca. Después de ese hecho, en la reunión de los presos, por decisión de éstos, el líder de la zona amonestó en forma ejemplar al supervisor del grupo en cuarentena. Puesto que cuando se dio de alta al grupo en cuarentena para pasar al campamento, no fue lo suficientemente cauteloso y no educó a los presos. No aclaró quién era una persona correcta, quién, de los rojos y cual de ellos era injuriado. En pocas palabras, dejó pasar al campamento a necios acabados. ¿Para qué, se pregunta, le daban tres semanas? Ahora habría que amonestarle. Bien, lo amonestaron, pero en definitiva no lo sustituyeron. Es decir, la administración admitió el libertinaje en el sector de cuarentena. ¡Eso demostraba que no había un control justiciero!

Vladimir Spivak al enterarse de eso, comprendió qué tenía en cuenta el policía de escolta del carro que transportaba a los presos. ¡Así fue! Eso se denominaba: caer en el intervalo de dos turnos. Pero el paso del sector de

cuarentena al campamento no significaba irse a casa. Allí existía su método de control de los novicios y sus reglas de existencia. Como para Vladimir Spivak era su primer crimen, de inmediato comenzaron a tantear su resistencia, y lo hacían todos a quienes se les ocurría. Comenzaron las perturbaciones. Provocaban al novicio para crear conflictos, le hacían preguntas capciosas y exigían de él respuestas estándar, comunes en la zona. Uno con cierta amabilidad trataba de obligarle a que le lave sus ropas, otro le exigía tender su cama, otro intercambiarse de lugar, etc. Todo eso se acompañaba con elementales patadas que denominaban “registro”. Lo cierto era que, como correspondía en estos casos, pegaban no muy fuerte, sin apoyarse con las manos en la barandilla. El supervisor de la barraca comúnmente no se “metía en las relaciones mercantiles”, pero siempre vigilaba todas esas circunstancias muy importantes. Es que dar patadas, apoyándose en algún objeto, cualquier tonto lo puede hacer. El encargado del campamento tampoco era enemigo de sí mismo. Siendo colaborador de la administración, debía realizar determinadas charlas explicativas, por ejemplo, acerca del daño que causaba a la salud el hecho de fumar o beber alcohol, también para que los “malandrines no armen camorras”. Pero en realidad, él se limitaba a confeccionar los papeles para la comisión de instancias superiores, puesto que a él le gustaba hacerlo por dinero.

Una lógica lineal de los acontecimientos gradualmente se transformaba en una progresión geométrica, de modo que ésta de manera ineludible llevaba a Vladimir Spivak al lugar más sagrado en el campamento, es decir, a la sección de sanidad. Lógicamente, si el estuviera a punto de morir e hiciese todo como correspondía, se pronunciarían a favor todos los supervisores en la zona. Tanto en la sección de cuarentena, como en el campamento y las celdas de incomunicados... A él le pidieron simplemente lavar la ropa, pero él se encabró y respondió grosera-

mente. Así no se debía actuar. Era necesario demostrar el aguante. Sin embargo a Vladimir era lo que siempre le faltaba. Spivak era muy sensible e incluso demasiado orgulloso. Aquí sobreviven sólo aquellos, que tienen atrofiada la mímica y también aquellos que todos los santos días, cuando bordan a máquina los guantes, se ingenian hacer en los mismos su dibujo, cualquiera, aunque fuese pequeñito... ¡Sin embargo a Vladimir Spivak le resultaba todo al revés! Lo tenía dibujado en la cara. ¡Personas como él no duraban mucho! A los otros les salvaba el aguante. Además, también una profunda resistencia interna al obtuso y monótono modo de vida.

A Vladimir Spivak, lleno de moretones, con una costilla y la clavícula rotas, sin dientes en el maxilar superior y con cortes en el cuello, por fin lo llevaron a la división sanitaria. Habría que procurar mucho para ir a parar allí. A veces, un preso débil tenía que tragarse todo tipo de inmundicias a fin de que lo saquen del infierno de las relaciones interpersonales que existía en el campamento, aunque fuese por varios días.

Vladimir Spivak permanecía acostado inmóvil sobre una sábana blanca, la cual de todos modos gradualmente se volvía de color marrón-rojizo por las manchas de sangre. Sentía un dolor insoportable al moverse, aunque hacía ya cinco horas que no le pegaban. Miraba al cielo raso, a los travesaños metálicos pintados de blanco, y no lo creía. No creía en la realidad. Pensaba que lo querían ahorcar... En esos travesaños... ¡Exactamente! Era lo más cómodo. Este tipo quiere hacerlo... le pasó la idea por la mente de Spivak cuando vio entrar el enfermero. Spivak instintivamente se encogió. En ese momento un dolor agudo le traspasó el abdomen, trasladándose a un costado y luego disminuyó.

El enfermero, una persona robusta, en guardapolvo de color raro, tenía en la mano un trapo húmedo, del cual goteaba al suelo un líquido amarillo oloriento. Sacó

de su bolsillo tres tabletitas, las puso en una mesita, después colocó el trapo en el cuello de Spivak, cerca de la clavícula. El líquido semiespeso salía debajo del trapo y se deslizaba por su cuerpo.

“¿Para qué? —pensó Spivak, cuando el agudo olor a fenol llenó todo la sala—. Pues, eso no curará la clavícula ni tampoco la costilla...” —Por estos pensamientos se alegró hasta lo imposible. Vaya, podía pensar y razonar.

Le vino a la memoria su infancia, su primera estancia en el hospital después de haber comido hongos venenosos. Por la mañana le pusieron en la mesita un plato con un puñadito de azúcar y un pedacito de manteca... Sin saber que los necesitaría para el té y el sandwich, pensó que era el desayuno y se puso a comer. Le quedó una impresión inolvidable... Por ello, en aquel mismo momento no tenía que estar sentado en el corredor de la policlínica junto con los compañeros de grado, escuchando el ruido del torno del dentista, esperar su turno.

Ahora estaría dispuesto ir arrastrándose por el piso hasta llegar al dentista. Ojalá él esté... Pero ¿dónde está el otro...? —Vladimir Spivak con horror se acordó del enfermero.— Con seguridad estará esperando por ahí cerca... Espera que yo pierda el conocimiento... ¿Dónde?, ¿Dónde estará? Resultó que nadie estaba en su alrededor. ¡Por más que Vladimir se esforzaba en mover sus ojos en todas las direcciones, no alcanzaba a ver a nadie! El permanecía acostado inmóvil en la camilla, uno en toda la salita.

Spivak se relajó, en sus ojos aparecieron lágrimas. ¡Dios mío! ¿Pero será posible que solamente de esa manera y a ese precio uno tiene que conseguir la justicia? Ya no pensaba más en ninguna otra cosa. Sólo ese pensamiento. Durante los últimos meses su vida cambió radicalmente y ahora la misma en forma rápida y con singular facilidad le quebraba su carácter, le imponía nuevos valores y motivaciones, fijándole también nuevos reflejos. No, la intolerancia no desapareció. La misma, como an-

tes, nutría la base de su conducta. Salvo que ahora, supuestamente alguien, con un manto impermeable cubrió todas las posibles e imposibles manifestaciones de ese sentimiento persistente. Incluso las lágrimas que le aparecieron en los ojos en forma de dos gotas grandes, no se deslizaban por las mejillas caídas. Una cierta fuerza interna nueva y aún desconocida se resistía a las leyes de gravedad y no las dejaba en paz.

Al cabo de unos minutos el enfermero volvió trayendo a un hombre muy encorvado, pequeño, con rostro arrugado de color ceniza. El hombre, muy enfermo, lentamente se subió a duras penas a una cama vecina de hospital y finalmente con un prolongado gemido se acostó de manera incómoda sobre el costado derecho, de espalda a Vladimir Spivak. Dos presos que le ayudaron a traer al enfermo, colocaron sobre la mesita una botella de medio litro con etiqueta de vodka marca “Stolichnaya” y, al lado, un par de quesitos fundidos.

—Petró Ignátievich, nosotros aquí le dejamos, este... un poquito de caldo. Un verdadero caldo de gallina, no muy gordo, —con gran respeto pronunciaron los presos. —Mañana encontraremos más. Todo lo que necesite le traeremos sin falta, de la cocina común. Pueda que necesite algún medicamento, para el estómago...

El carcelero joven estaba callado, un poco a distancia, mirando ese ajeteo de los condenados.

—Te agradezco mucho, Bur, —a duras penas pronunció el enfermo, luego giró su cabeza en dirección al tipo alto, calvo, con un montón de tatuajes en las manos, incluso en el cuello, agregó:— Váyanse ya, me arreglaré solo. ¡Si pasa algo, vengan de inmediato! No den importancia, en un par de días todo pasará. Lo sé...

El enfermero le puso una inyección. Después todos se fueron en silencio. El encorvado hizo algunas muecas, se quejó, pero al final se calló. En un instante comenzó a roncar. Vladimir Spivak seguía como antes, acostado y sin

moverse. El no miraba a su alrededor y no veía a nadie. No tenía ningún pensamiento. Solo una sorda tranquilidad de un ser que todavía estaba con vida y en vela.

En ese momento entró el supervisor de la enfermería. A él lo conocían todos. Era la persona más querida de todas las épocas y pueblos. Le conocían con el nombre de "Stalin". El hizo una mueca debido al olor del trapo puesto en el cuello de Vladimir Spivak, después miró detenidamente al vecino, arregló la frazada y colocó sobre la mesita algunas ampollas. Al retirarse, miró a Spivak, vio que estaba con los ojos abiertos, se detuvo y pronunció:

—Ten cuidado, vago, no hagas travesuras, caramba... Porque si no, te traslado a la sala común, y no te daré aspirina. El principal, se puede decir, es quien que te salvó, caramba. Hay que entender. Si algo ocurre, de inmediato llama. Si ves que él se siente peor, grita enseguida... ¿Entendiste..?

Vladimir suspiró profundamente dos veces, tal como lo hacen en la formación militar antes de gritar tres veces "¡Hurra-a-a!", se retorció de dolor en el pecho y, silenciosamente, como si se estuviese muriendo, hizo un breve suspiro y pronunció:— ¡Entendido!...

El seguía como antes, acostado de espaldas, no sospechaba siquiera que la persona que estaba cerca de él y roncaba fuerte y quejumbrosamente gemía entre el sueño, podría con una sola mirada cambiar bruscamente su vida. Además, cambiarla en cualesquiera de las direcciones. Aunque Vladimir Spivak ya conocía las bases de la vida jerárquica de los presos, no podía imaginar —a pesar de sus deseos— que a su lado se encontraba acostado el supervisor de toda la zona.

Era en realidad el líder de los presos de la zona. No era un "ladrón legal". De ninguna manera. Estos en libertad se sienten muy bien, pero aquí en el campamento, él es el líder. El más respetado, es cierto. Todos sabían de su vida en Shestiorka y la contaban unos a los otros

como si estuvieran leyendo párrafos de un manual de primeras letras. Sin embargo Vladimir no alcanzó a reconocerlo. Cuando todo el tiempo le pegan, es imposible que en la cabeza entre otra información, aparte de la que de alguna manera esté relacionada con la posibilidad de esquivar el siguiente golpe.

Petró Ignátievich, como lo llamaban los condenados, fue a parar al campamento de Chúsovo siete años atrás. Nadie de los locales sabía la causa. Tampoco sabían nada de dónde vino. ¿Había estado antes en prisión? ¿Ingresó de afuera, es decir, de la libertad o vino trasladado de otra zona? Nadie sabía nada de eso. El no arrastraba una cola incierta tras suyo. La administración tampoco difundía informaciones al respecto. De manera que era suficiente su autoridad.

Todos sabían una sola cosa. En la división de “cuarentena” no lo pegaban, sino que lo castigaban a matar. Sólo por el hecho de que, según documentación, era de los que niegan todo. Es decir, no reconocía ninguna de las acusaciones y tampoco delataba a nadie. El aguantaba todo hasta el final, comprendiendo que las medidas extremas había que utilizarlas solamente en caso extremo. Entonces cuando ya no podía comprender dónde se encontraba y qué le estaba pasando, y de los oídos, de la nariz y de la boca le salía en torrente la sangre, su intuición le sugirió que llegó el momento. El futuro líder de Shestiorka, con la lengua detectó la navaja de afeitar que tenía guardada, y corriendo para tomar impulso, saltó por la ventana. Con la cabeza rompió dos secciones de cristal y cayó al suelo. Muy lastimado con los trozos de vidrio, se levantó y para seguridad se cortó las venas en las dos manos. Naturalmente, a los colaboradores de la sección de “cuarentena” toda esa situación podía importarles poco, incluso si se cortaba todo. Pero, por otra parte, ninguno de ellos quería asumir la responsabilidad por aparecer un cadáver. Por eso, al nuevo detenido

dejaron de pegar, le cosieron las heridas, le vendaron y lo llevaron en camilla a la sección sanitaria. Sólo allí, y no en la zona de “cuarentena” como correspondería, se enteraron que tenía úlcera en el estómago, la cual a veces, especialmente después de tales encontronazos, se perforaba, se infectaba, provocaba peritonitis y otras tantas complicaciones incompatibles con la vida en general, pero en el campamento de Chúsovo, en particular.

No obstante, ese ladrón musculoso, pero muy adelgazado, sobrevivió. El siempre, en todas las situaciones, sobrevivía. Su capacidad de aguante y resistencia, obtenida aún en la infancia, siempre lo salvaba y más tarde obligaba a respetarle. Tanto en Shestiorka, como antes en Nizhni Taguil, y anteriormente en el campamento ITK-12, de Rostov, en la región de Leningrado, en un campamento de menores...

Dentro de una hora comenzaba el control matutino. Pero éste no tenía nada que ver con los dos. Ellos silenciosamente permanecían acostados en las camas vecinas de la enfermería. Uno, acurrucado, dormía. El otro, el que siempre miraba al cielo raso, todo el tiempo como si esperara algo.

El supervisor del campamento se levantó a tiempo, como correspondía a todos de la zona. Con los años se transformó en costumbre. Estaba o no enfermo, le daba igual. Él mismo se aplicaba la inyección y ahora estaba sentado en el borde de la cama de la enfermería, mirando al vecino. Esperaba que éste deje de zollipar en sueño y se despierte. Los párpados del vecino temblaron y en instante se le abrieron los ojos. Vladimir suspiró profundamente y su cuerpo comenzó a sacudirse, reacción provocada por una profunda tos seca. Apenas intentó levantarse, cuando de inmediato un dolor agudo le invadió desde la cabeza hasta los talones.

—Pero tú no has cambiado nada, Vladimir,— en voz baja, como si estuviera reflexionando consigo mismo, pronunció el supervisor. El vecino lo oyó.

—¿Usted... me...me... conoce? — preguntó Vladimir, tartamudeando un poco y sin girar la cabeza.

—Sí que te conozco. Es fácil reconocerte. Por eso digo que no has cambiado nada. Eso pasa... cuando la vida es fácil... Pero a mí no me reconociste.

Vladimir Spivak se puso tenso, tratando de superar un dolor sordo en todo su cuerpo, levantó las manos y se agarró de los caños de hierro que unían el respaldo de la cama, se estiró un poco, logrando darse vuelta de cara al vecino.

—Sí, yo a... ted... no... lo...nozco.

—Naturalmente. Me habrán dado de baja y olvidado. ¿Quizás, quieres que te lea en francés el monólogo del Mío Cid?, ¿O algún fragmento de “Neznayka en la ciudad del sol”?

—¿Tú eres Filia?... ¡No puede ser! ... Vladimir no lo reconoció, pero comprendió que ante él estaba Petya Filipov. Filia en vida... Sólo que no se parecía en nada. Le dió la impresión de que otra persona se enteró de la vida de los dos en la escuela y ahora trataba de presentarse como Filipov. Pero, ¿para qué?

¡Filia! ¿Será posible que sea el mismo muchachito, re- contra delgado y chambón, que siempre usaba un cuello blanco grande por encima de su chaqueta guerrera? ¡Realmente, era él! Aunque otro rostro: grisáceo, con cicatrices, con un párpado un poco caído que le tapaba parcialmente el ojo izquierdo. La nariz... Petya Filipov tenía la nariz fina y larga. Pero el que estaba delante la tenía un poco aplastada y su puente torcido. ¡Pero, no! Sin embargo era él. Tenía el mismo entornar de ojos, parecido como lo tenía Lenin. El principal ladrón del Shestiorka. El prisionero más respetado en el campamento.

—Fi-i-lia, —no pronunció, sino silbó Vladimir. Después se vio claro cómo se preparaba y, al final, pronunció en francés la frase:— “¿Comment... ça va?” Su boca comenzó a abrirse, dejando ver la encía superior

sin dentadura: las finas franjas de los labios azul-rojizos, agrietados, comenzaron a abrirse. Primero la parte superior, luego la parte derecha del labio inferior empezaron a moverse sucesivamente. Daba la impresión que se parecía a una sonrisa.

Vladimir Spivak por segunda vez en dos días se echó a llorar. Esta vez sus lágrimas le corrían como un torrente, parecía que no había fuerza alguna que pudiera detenerlas.

Una taza de té

Aquel día para Serguey Bogdánov desde el principio no le resultaba nada bien. Muy temprano por la mañana le despertó el teléfono. Le había llamado Aliona, una compañera de escuela. Llamaba desde Vladivostok, pero se escuchaba muy mal, apenas si logró entender que su ex-vecina de asiento en la escuela se había casado. Y nada más... La comunicación se cortó. Luego de esa llamada telefónica, un tanto confusa e inesperada, los pensamientos se agrupaban en un montón y de nuevo se dispersaban desordenadamente. “¿Para qué le había llamado? —pensaba Serguey—. ¿Qué tengo que ver yo en todo eso? Bien, éramos amigos, me gustaban sus pestañas. Quizás también ahora me siguen gustando... Pero, ¿qué tiene que ver Vladivostok en todo eso?” En general, qué habrá pasado, él no lograba comprender. De todos modos, eso oprimía y molestaba. Este estado se agudizó con el sentimiento de irritación e insatisfacción consigo mismo que ya había logrado afianzarse en él después de una serie de llamadas telefónicas tontas a todas las empresas del distrito con relación al esperado cumplimiento del plan.

A las diez de la mañana, a todo el aparato administrativo del comité distrital del partido citaron a la sala de reuniones del Buró del comité distrital. El segundo secretario, sin hacer ninguna introducción, como si repartiera instrucciones diarias corrientes para los instructores, comenzó a anunciar las direcciones para efectuar las visitas.

—¿Qué tipos de visitas? ¿Acaso no bastaban las cartas? Cada uno tenía unas 20 cartas para repartir. Y todas

para entregar con fechas fijas y llevar personalmente a cada dirección—, murmuró muy bajo el encargado de la división industrial, pero lo suficientemente sonoro para que le oyeran la gente de su grupo. El se sentía muy molesto por el informe en la reunión plenaria que le fue encomendado a su división, simplemente no se podía imaginar cómo todos sus colaboradores en calidad de instructores, incluso su vice, se puedan ir vaya saber adónde para todo el día.

Ya y así ellos, dos veces por semana, no llegaban antes de las doce. Cada uno tenía la orden de controlar la marcha de la construcción de sus dos edificios de nueve pisos, que comenzaron a construir en un microbarrio nuevo. En otoño todos ellos andaban días enteros en botas de goma por el barro que les llegaba hasta las rodillas, con los pantalones remangados y sus zapatos limpios atados de los cordones y colgados en sus hombros. Supervisaban cómo los operarios y empleados de las empresas distritales recogían zanahoria en los sovjoses patrocinados. En primavera vigilaban cómo cortaban el hielo en las calles por donde, de un momento a otro, debería pasar el primer secretario del comité regional.

El segundo secretario con voz monótona continuaba formulando las tareas a llevar a cabo. Quién en concreto deberá ir a tal dirección para dar a conocer la información a la gente. El, escrupulosamente, tachaba en el texto las listas que ya había anunciado.

Se trataba de que habría que visitar unas quince viviendas e informar a sus moradores de la muerte de familiares. Es que, por la noche, en las cercanías de Leníngrado se había caído un avión de pasajeros. En realidad, no correspondía informar de esa desgracia por televisión. Si así fuera, tal anuncio sería una sensación. De manera que si nuestra gente visita a los familiares, “hará muecas con caras tristes” y posiblemente neutralizarán la supuesta sensación...

Así ocurría siempre. Si algo sucedía que no era posible sistematizar, algo repentino, no planificado o caído del cielo, eso significaba que el comité distrital era el culpable. ¿Y cómo podía ser de otro modo? El aparato del comité distrital tenía que poner los pies en marcha y adelante.

En la primera dirección que le entregaron a Bogdánov para que visite no había nadie en casa. Rápidamente, paso a paso, cuidando de no asustar a ninguno, se dirigió a la otra dirección. Tocó el timbre. Le abrió la puerta un hombre de baja estatura y edad mediana. Eran cerca de las doce, se veía que ese señor ya estaba en el trago. En la vivienda se oía un bullicio de muchas voces. Cinco personas estaban sentadas a la mesa bebiendo. Probablemente estarían celebrando algún acontecimiento: en la mesa había más botellas que cubiertos.

Serguey le sugirió al hombre que le abrió la puerta pasar a la cocina. Allí había dos mujeres más cocinando. De la habitación se oyeron voces: “¿A dónde te fuiste? Ven aquí. ¿Quién llegó? Seguramente, el joven papá. Por fin.” Pero el hombre vio que la persona que vino no era el papá.

—¿Qué necesitas? ¿A quién buscas?

—Sí, yo vengo del comité distrital...

—¿Y qué? ¿Has venido a la mañana para tomar un trago con nosotros?

—Pero, tengan paciencia a que les diga. A mí me mandaron para que ...

—Pero las elecciones ya pasaron... ¿Qué más necesitas!

—Piotr Vasílievich Lózhkin ¿vive aquí? Es decir, vine para avisarles que él hoy ha fallecido... Lo lamento.

El hombre se quedó mudo de repente. En su cabeza lentamente comenzaron a mezclarse dos acontecimientos no habituales en un mismo día: la celebración familiar y la llegada de este tipo...

—¿Qué significa?.. ¿Qué estás diciendo? ¿Dónde está Piotr?

—El avión se estrelló esta mañana cuando iba llegando a Leningrado—, y como confirmación de lo dicho, Bogdánov abrió su credencial que confirmaba su rango de instructor del comité distrital y le acercó a la cara del hombre. —Le vuelvo a repetir, soy del comité distrital.

Serguey pensó de pronto: “Resulta entonces, que si eres del comité distrital, deben creerte que murió una persona de la familia y si, por ejemplo, mencionas el Consejo de diputados del pueblo, ¡están obligados a creerte! Por lo visto, cualquier credencial logrará su efecto. La gente estaba así acostumbrada. Aunque, de ocurrir una desgracia, de inmediato llamaban al guardia de turno del comité del distrito”.

—¡Un momento!, ¿Qué estás diciendo? ¿Quién eres tú para decirnos esa barbaridad? —no se tranquilizaba el familiar— ¡Katia! ¡Elena! Vengan aquí. Vengan rápido, por favor—. De la cocina vinieron dos mujeres jóvenes. Bogdánov repitió de nuevo lo que había dicho al hombre un poco antes. Pero ahora le estaban mirando, sin parpadear, tres pares de ojos desorbitados.

—He aquí el número de teléfono. Pueden llamar allí personalmente. Le dirán todo en detalles —pronunció Serguey—, disculpen, me tengo que ir.

Al instructor le pareció que en los ojos de las personas que le escucharon se evaporó la anterior alegría, después, la incertidumbre. En su lugar, surgieron el miedo, la incredibilidad y la agresión. El hombre que le abrió la puerta, dio una vuelta alrededor de Serguey y se detuvo en la puerta de entrada.

—Pero, espera un poco. No entendí nada. ¿Qué hacer en adelante? Dale, dinos: ¿qué, por qué y adónde ir?... Díselos a ellos —el hombre señaló a las personas que estaban sentadas a la mesa. Allí, probablemente, estaban los familiares y la joven esposa. —En cambio, me inserta su credencial... ¡Fíjate, con corbata! ¡Se vino, evacuó y ahora ya quiere desaparecer!... —El hombre empezó a empujar con su panza a

Bogdánov para hacerlo entrar en la habitación, después le quitó la credencial y la tiró sobre la cama—. ¡Pero no puede ser, fíjate Clavdia, a qué se atreven! ¡Fíjate, fíjate! —gritaba el hombre señalando con su cabeza la credencial tirada sobre la almohada—. Andan aquí por las casas y amargan la vida.

—Pero, cállate tú. ¡Clavdia, apacigua a ese! —en voz baja, pero con severidad pronunció un hombre ya mayor, probablemente el padre de la persona que pereció en el avión. El anciano se levantó de la mesa, se acercó a la cama, tomó la credencial, y sin mirarla, se dirigió a Bogdánov. Después se detuvo delante y un largo rato le miraba directamente a los ojos y sin parpadear. Sólo que los ojos del anciano se volvían cada vez más pequeños y el labio inferior temblaba, lentamente iba cubriendo el labio superior. De cuando en cuando él giraba la cabeza hacia una mujer, también anciana, tal vez su esposa, que se movía en vano tratando de levantarse de la mesa y que volcó al piso un par de botellas. A su lado estaba parada Clavdia. Esta lloraba y al mismo tiempo gritaba:

—¡Tío Vasili! ¡Tío Vasili! No le hagas caso a ese tipo... ¡No le escuches!, ¡Qué canallas!, —ella de nuevo se echó a llorar y comenzó a amenazar con los puños, como si estuviese peleando contra una fuerza diabólica—. Tía Clavdia... Por lo menos tú no le escuches. Qué malignos... ¡Qué malignos que son! —Ella no miraba en dirección de Bogdánov, aunque seguía haciendo movimientos amenazantes con los brazos.

Con la mano izquierda el anciano sostenía la solapa de su chaqueta con distinciones de diversos colores que representaban órdenes y medallas, y la mano derecha caída sostenía la credencial del comité distrital.

“Ahora me dará una trompada —pensó Serguey—. Directamente me sacudirá con la credencial. Mejor sería que me pegara, en lugar de mirarme como a un...” —Bogdánov no alcanzó a imaginar a quién él ahora se parecía, pero instintivamente se contrajo.

—Vete muchacho, —bruscamente pronunció el viejo e hizo un movimiento con la mano indicando la puerta. —Tú, quizás, no comprendas qué has hecho en este momento. Así, simplemente has llegado, y ... —El anciano sacudió con la cabeza y con más fuerza aún movió la mano. —Vete, vete de aquí. No sé quién eres, y tampoco quiero saberlo. Pero lo que tú has hecho ahora... Yo incluso no comprendo, cómo puede denominarse. Así no se hace... ¡Es inhumano!

Serguey Bogdánov se dirigió hacia la puerta. Decir algo, no tenía sentido. “¡Vaya, diablos! —recordó él su credencial—. En ese momento el muchacho que le abrió la puerta, de pronto se encontró muy cerca y a patadas le sacó del apartamento.

—Véte de aquí, imbécil con corbata. Ya sin tu ayuda, idiota, nos enteraremos de todo. ¿Verdad, padre? Anunciarán por la televisión, como corresponde. A lo mejor, todo no sea así. Fíjate, se vienen aquí toda clase de atorrantes... ¡Y la gente tiene que creerles!

Bogdánov salió corriendo por la escalera desde el cuarto piso y en varios segundos ya estuvo abajo donde se quedó largo rato parado. Le agarró un escalofrío. Eso se parecía a la tarea de verdugo. En los primeros minutos la gente te mira precisamente así. Es que, ¿cómo puede ser? Estaba el hombre, y tú llegas y anuncias que ya no está. Da la impresión de que tú eres el culpable de todo lo sucedido. Al igual como ocurría con el cartero durante los años de guerra, cuando traía por escrito la noticia de la muerte del soldado en la guerra. El cartero por lo menos traía la mala noticia por escrito, pero aquí..., eran puras palabras. En aquel entonces todos sufrían un enorme pesar, además, muchos veían que a otros también les traían la penosa noticia. Pero, ¿que tiene que ver el comité distrital? —se preguntaba Bogdánov. Por qué no asumen esa tarea los diputados, por ejemplo. A ellos los elegía el pueblo, en consecuencia

deberían saber... Sería comprensible si se tratara de los soldados que luchaban en Afganistán, en tales casos, se encargaban de avisar los funcionarios militares. Ellos se llevaban a los soldados, y ellos eran los que debían rendir cuentas. Sin embargo, en este caso... Resulta que si los funcionarios del partido recorren las casas trayendo avisos, eso significa que el Partido comunista es el culpable... Pero ¿Qué hacer con la credencial? Habrá que volver a buscarla. ¡En caso contrario, me cansaré de dar explicaciones!

En el cuarto piso se abrió la ventanilla y en un instante cayó en la nieve justo frente a Serguey su credencial.

En la última dirección a visitar vivía una anciana, la madre del que pereció. Apenas Bogdánov apareció en la puerta con el gorro en las manos, sin lograr decir ni mostrar nada, la mujer anciana se quedó como petrificada y al cabo de unos segundos se puso a llorar silenciosamente.

—Como si lo supiera, lo presentía, toda la noche no dormí. ¿Ocurrió algo? ¿Sí? ¿Pasó algo con Igor? ¿Dónde está? ¿Pasó algo con el avión?

Serguey permanecía callado, bajó la cabeza y pensó: “Que tonto sería decir que soy del comité distrital del partido”. Es que, lo inesperado de su visita coincidió con que la madre del fallecido lo había sentido todavía por la noche. Ella ya no necesitaba nada más. La mujer estaba parada en la puerta y lloraba muy fuerte. Enseguida se abrió la puerta vecina, un hombre de mediana edad con larga cabellera pelirroja, asomó con cuidado la cabeza, miró a su alrededor, fijó su mirada en la mujer que lloraba, luego en Bogdánov y en silencio cerró la puerta.

Bogdánov pensó que llamaría a la milicia, se acordó de que no tenía ningún documento que confirmara la catástrofe. Los milicianos dirán que anda por las casas y asusta a la gente... En general a la milicia le gustaba detener a todas las personas que se jactaban con sus credenciales. En especial, cuando las comenzaban a agitar demostrativamente.

La mujer de repente se dio vuelta y entró en su habitación, tomó un pañuelo negro tejido y tapó el espejo que estaba colgado en la pared de la antesala. Recorrió mirando indiferente a su alrededor: el radioreceptor hecho por aficionados que se encontraba sobre la peana de la ventana, una foto del hijo y su nuera sobre la cómoda... Regresó y bajó el pañuelo del espejo. Después se sentó en una silla y, sin decir palabra, agarró de la mesa una tetera todavía caliente, llenó con agua hervida dos tazas, arrimó más al centro de la mesa una bandejita de vidrio con tres bombones de soja y chocolate, luego pronunció en voz baja: "Siéntate conmigo un rato".

Serguey se quitó la gorra, se sentó casi en el borde de la silla y se puso a tomar el agua caliente. El no se animaba a levantar la vista e incluso pensar de que no era té lo que bebía. Así, en silencio, permanecieron sentados unos diez minutos. La milicia hasta ese momento no apareció.

—Dígame, ¿usted sabe bien qué ocurrió con Igor? ¿Usted mismo vio?, ¿Quizás, por ahora la noticia no está confirmada? —en forma rápida y con voz entrecortada empezó a hablar la anciana. Ella no esperaba respuesta, solamente sollozaba y de tanto en tanto acercaba a sus ojos un pañuelo blanco.

La mujer le contó cómo a fines de los años treinta se llevaron preso a su marido, un simple ingeniero; contó cómo ella, estando sola, sobrevivió en el período del bloqueo y cómo después, en los años cincuenta, adoptó a un niño del orfanato para educarle...

—Pues, nadie más contará nada, ¿verdad?

Serguey cerró los ojos y movió con la cabeza.

Después de tales andanzas, Bogdánov ya no quería pensar en determinado desarrollo de empresas, en el perfeccionamiento de las formas y métodos de trabajo del partido o en el cumplimiento de las resoluciones de un consecutivo plenario del Comité Central. Hacia la noche, todos quienes fueron mandados con tareas, regresaron al

comité distrital. Sobre sus emociones y las de los que les ordenaron visitar, nadie se interesaba. Tampoco era necesario presentar informes sobre el resultado de las tareas encomendadas. Todos estaban ocupados con el Asunto. Se sabía solamente que a la instructora de la sección organizativa, del lugar mismo de la visita, la llevaron de urgencia al Hospital Sverdlov con problemas del corazón. A los familiares del fallecido no sucedió nada, en cambio a ella... A otro instructor de esa misma sección, por poco le llevan a la milicia. Pero al final se las arregló él mismo.

El día laboral continuaba.

Hacía más de media hora que en el corredor del comité distrital estaba sentada una mujer de cabellos canosos lisamente peinados, con anteojos finos y con un portafolio chico y bastante usado sobre sus rodillas, era científica, doctora en ciencias y miembro del partido. Esperaba al responsable de su discurso en la sesión plenaria. Bogdánov, candidato a doctor en ciencias geográficas, era la persona apropiada, puesto que a su vez era responsable de los discursos de los científicos y, en general, de todos los intelectuales.

Un tanto a los apurones, al abrir la puerta y saludar a los presentes disculpándose por la demora, Serguey le propuso a la mujer entrar en el despacho y sentarse. Tomó el texto de su discurso. En general, para ella era un asunto corriente y habitual. Siempre era mejor que lo viera alguien de los funcionarios del comité distrital, de lo contrario se podría llegar a tener infinidad de problemas.

—Aquí al comienzo, mencioné a Brezhnev, cité todos sus cargos... —comenzó a explicar la científica.

—Sí, sí, lógicamente, gracias —pronunció con voz indecisa Bogdánov, comprendiendo toda la insignificancia de su “agradecimiento”. Pero al ver que Brezhnev era mencionado sólo una vez, se puso tenso. Se requería dos veces. Al comienzo y al final del discurso. Por cierto, nombrar todos sus cargos y títulos se podía una sola vez. Pero, de todos modos...

Serguey sabía cómo los funcionarios más habilidosos del comité urbano del partido se ingeniaban en las intervenciones de cinco minutos de los que estaban bajo su tutela, insertar habilmente alusiones sobre Brezhnev hasta tres veces. Además, lo hacían de tal manera que no lo notaba nadie. Tan bien impresionaba el texto. No decían simplemente: “Como lo dijo el Secretario General, Presidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS, Leonid Brezhnev”, luego seguía el texto tal cual lo dijo él, sino que lo hacían con mucho ingenio y maestría. Al principio, todo lo que se requería en esencia, y después insertaban todo lo demás: “Así enseña el Partido y también a nosotros nos exhorta su Secretario General...” Resultaba una expresión no insistente. Impresionaba que lo dicho no eran sus palabras. Todo lo demás, con frecuencia ya a nadie les interesaba.

“De todos modos, es un protocolo” —pensó Serguey, habiendo recordado a Brezhnev—, después costará resolverlo.

El instructor permanecía sentado detrás de su mesa y miraba a la conocida investigadora. Ella le decía algo sobre la ciencia, de su instituto y su discurso... El prácticamente no la oía. Su conciencia estaba saturada con sus visitas del día a los apartamentos y todas las galimatías sobre las artimañas ideológicas de los funcionarios del partido. Además, no le salía de la cabeza la llamada telefónica de Aliona... ¿Para qué le habrá llamado? Todas las reservas psíquicas para acumular emociones negativas ya estaban agotadas. Un poco más, y él ya no tendrá suficiente aguante para apaciguar esas manifestaciones.

Contarle a la mujer anciana las reglas de conducta en la reunión plenaria, mencionarle todas esas artimañas y limitaciones artificiales de los “encargados de organizar” y de los “ideólogos” es directamente un absurdo y, además, vergonzoso. Tanto más, que ella se parece mucho a aquella anciana con la cual él no hace tanto tiempo, en silencio, estaba sentado y tomaba “té” en su casa.

Instrucciones cómo organizar tareas de secretarios

Después de haber trabajado tres años, Bogdánov ya tenía bien en claro: todo lo que le rodeaba en la comunidad del aparato administrativo era un medio hostil, además, todos los que le rodeaban eran casi enemigos. Nadie jamás se brindaba y le decía: "Toma, Serguey, usa este borrador como modelo para el informe, o lleva este resumen y mastica las nuevas cifras referidas a las empresas"... Nadie se ofrecía a toda prisa colaborar contigo para realizar los proyectos que proponían los directivos, incluso si su nombre figuraba en la lista de los responsables. Es que, cualquier organismo viviente, demasiado rápido aprende una realidad extremadamente simple: de una larga lista de nombres es responsable sólo aquel, cuyo apellido se encuentra en la primera línea, los demás figuran únicamente para comodidad del trabajo.

De cada uno hay que esperar sólo lo malo. Del que declara o manifiesta, una carta reiterada; de los vecinos, una doble queja en absoluto por cualquier motivo; de un colega, la competencia en el ascenso; de tu jefe, un montón de tareas; del secretario del comité del partido, solamente reproches; de los directores de empresas, cartas a la KGB distrital de que Bogdánov, en los

encuentros y conversaciones con personal ejecutivo de la empresa, dificulta la realización de tareas económicas y acciones de contraespionaje.

Por ello lo que se afirmaba celosamente en la psique de Bogdánov era el sentido agudo del peligro y su capacidad de percibirlo en la más mínima manifestación en el comportamiento de la gente que lo circundaba: por la mímica, los aromas y sonidos. Por todo aquello que pueda moverse y modificarse. Pero lo más importante era no inmiscuirse en nada, y si ocurre algo, de inmediato pasarse a la acera de enfrente.

—¡No pretendan destacarse! —gritaba a los novicios poco inteligentes el jefe de sección del partido, Sokolov—. Nunca pretendan adelantarse. Si caen en un fracaso, ¡de inmediato conviértanse en “transparentes”! De otro modo, es petulancia—. ¿Quién eres tú? —Preguntaba imitando a un héroe de la película “Chapáev”. —Tú no eres jefe de los comunistas, sino un simple instructor. No tienes ningún poder. No puedes dar ninguna orden o resolver algo. Puedes solamente dar consejos y controlar... Pero, ¿qué es lo más divertido? ¿En qué consiste el misterio y, seguramente, también la alegría de nuestra existencia? Reside en el hecho de que ese mismo poder surge en un instante de la nada, cuando tu papel escrito ha sido firmado por aquél que en esos momentos tiene ese papel... ¡En eso consiste el momento de la realidad! Además otra cosa: ¿ingeniarás o no conservar las cualidades humanas encontrándote en nuestro serpentario?

Por cierto, cada uno llegaba a comprender la realidad en su momento, unos lo lograban más rápido, otros más lentamente. Pero también estaban aquellos que marchaban a velocidad “cero”... La lentitud era compensada con creces. El tipo salía afuera como el corcho de la botella de champaña. Solamente los compañeros responsables de la sección organizativa trataban de frenar la salida de ese “corcho” con las manos, para que el sonido fuerte por vez reiterada no identificara sus errores al seleccionar el

personal. No obstante, el sonido desagradable y un poco atenuado se retenía por mucho tiempo en la memoria de todos los que estaban a su lado.

¿Quién, cuándo y en quién se convertirá? Era sabido casi de entrada. Pero sólo por los jefes. Todo dependía del conjunto de las cualidades personales, de la biografía y de la ausencia de determinados vicios. Por ejemplo, Sokolov provenía del sector obrero. Con toda seguridad podría ascender incluso hasta llegar a ser miembro del Buró político. ¡Pero él usaba camisas que no eran las que correspondían!

—Cualidades bien definidas, como usted comprenderá, valen muchísimo—. Al jefe le gustaba repetir esa verdad sólo porque casi todos y casi siempre deseaban por adelantado saber de todos y particularmente de su propia persona tan querida—. ¡Tú ahora sobre eso no tienes que saber nada! —Habitualmente decía Sokolov al finalizar el tema sobre el futuro. A él le gustaba citar a personaje del filme “Escudo y espada”—. ¡Además, tú no debes saber nada!

Para no cometer errores, no hacía falta andar con ajetreos, sino cumplir exactamente aquéllo que te encomendaron. En cualquiera de los cargos. Además, también los cargos los recibías para realizar cierta “disposición”. Y dónde sea que tuvieras que cumplir esa misma “disposición”, siempre lo más importante es que te conviertas en un “isótropo”, es decir, que en todas las direcciones seas uniformemente flexible y comprensible. Entonces así se te podrán insertar con facilidad en la complicada configuración del siguiente nivel de la vertical del poder.

En cada escalón del crecimiento profesional estaban las omnipresentes secciones ideológicas y organizativas. Ellas eran las que fijaban y analizaban todos los procedimientos y errores, todas las manifestaciones de algo inhabitual, no estandarizado y todo lo que salía de la regla común. Al parecer, no era tan difícil su trabajo, pero

vaya a saber, por ejemplo, qué de ancho debía ser la fúnebre cinta negra en el candelabro de cristal o la medida mínima de las letras blancas en la pancarta roja de unos tres metros. ¿Y si era de dos por ocho metros? Una cinta angosta era un hecho evidente de falta de respeto por una persona “destacada”. Incluso si el personaje no era “eminente”, por el momento sólo “destacado”. ¡Daba lo mismo! ¡Las letras muy pequeñas, en general era una barbaridad! Significaba falta de respeto, porque nadie no podría leer, también se consideraba indirectamente una confirmación de la falta del papel dirigente del partido en la persona del comité distrital y disminución de la importancia de las resoluciones del consecutivo Plenario del Comité Central.

Bogdánov comprendería más tarde que todas esas buenas normas funcionaban solamente en el centro. Pero, cómo todas esas normas funcionaban en el interior, todavía no vió e incluso no se daba cuenta.

En el enorme organismo viviente llamado Estado tenía lugar su propio juego. Se iba un funcionario de rango muy destacado, en su lugar aparecía otro, por el momento no tan “destacado”. El nuevo comenzaba por la disciplina y, particularmente, con la incorporación de miembros del Partido comunista al sistema de la KGB. Al igual que mucho antes, después de la muerte de Lenin, al campo enviaron aproximadamente veinticinco mil comunistas de las ciudades, de las plantas industriales y fábricas, así continuaba ahora...

Bajaron una ordenanza también a los comités distritales. Lo llevaron a Bogdánov. En primer lugar, porque él era vice jefe. Desde otro nivel sería más difícil porque tendrían que buscar un cargo que corresponda a la nomenclatura en los organismos. En segundo lugar, el tenía título de candidato a doctor, además su primera especialidad estaba relacionada con la física nuclear. Además, sabía un idioma extranjero.

Pero, como en todas partes, en las denominadas estructuras militares siempre se da algún punto débil. Se trata de que un pequeño detalle puede cambiar todo.

—¿Usted está de acuerdo ir a trabajar con nosotros?— le preguntó a Bogdánov un hombre obeso con charretera de general.

—¡Sí! Estoy de acuerdo. Es un gran honor y a su vez..., gran confianza.

—¿Usted comprende que es totalmente otro tipo de actividad, que tendrá que estudiar?

—¡Sí! Comprendo. Estoy dispuesto.

—¿Cómo anda de salud?

—¡Bien!... Es decir, de salud estoy bien...

El General por fin levantó la vista y detenidamente miró al funcionario del comité distrital del partido, después dirigió su mirada al capitán que estaba parado a su lado, y dijo: "Hágalo chequear por nuestros médicos".

Resultó que un ojo de Serguey veía un poco menos que el otro, por media dioptría. Pero seguramente era el ojo que se necesitaba más para afinar la puntería. ¡Eso era todo! Aquí crepitaron los planes y gráficos aprobados para la selección de personal. Tuvieron que enviar a Moscú una especie de consulta, pedir autorización para infringir un determinado punto de la instrucción relacionada con la "vista" de los futuros agentes.

Bien, entre que el asunto se tramitaba, mientras que se hacía el pedido de autorización, mientras que esperaba la respuesta, la vida no podía detenerse. Por medio del Comité Central resolvieron enviar a Bogdánov en comisión de servicios.

Lo mandaron a Afganistán, en calidad de ayudante del consejero por asuntos del partido.

Era una comisión de servicios por tres meses. Tres semanas de estadía en Moscú para unos cursos especiales y luego dos meses en Afganistán. En Cabúl los jefes no anduvieron con muchas vueltas con Bogdánov. Ya al si-

guiente día los consejeros “mushavery” tuvieron conversación con él, le dieron instrucciones, incluso en cuanto a la técnica de seguridad. En el Comité Central del Partido popular democrático de Afganistán, a Serguey le presentaron a su futuro jefe, ex-primer secretario de uno de los comités distritales del partido en Moscú, le hicieron conocer la documentación. Le entregaron una ametralladora Kaláshnikov, un revólver Makárov y una cantidad de literatura propagandística en idioma ruso. Como era lógico, le indicaron los objetivos más prioritarios a realizar...

Después con el equipaje, a su jefe y a él los hicieron subir en un helicóptero y al cabo de unas dos o tres horas ya estaban en el aeropuerto local, apróximadamente a treinta kilómetros de la ciudad Kandahar. En una de las casas en la perifería de esta ciudad deberían pasar unos dos meses.

Los muyahidines allí prácticamente no combatían, sino que simulaban para justificar el dinero que los norteamericanos les daban. De día trabajaban en el campo. Cuidaban las plantaciones de amapola y, cuando oscurecía, comenzaban a tirotear. También disparaban de día, pero no de modo agresivo para no matar a todos, porque de lo contrario no habrá después razones para cobrar sueldos.

Tal era la suerte del consejero y de su ayudante. Allí, donde ellos vivían, con más probabilidad podían recibir un balazo o una granada por la ventana de su “propia” gente local, es decir, de los representantes extremadamente radicalizados de otra fracción del Partido Democrático Popular de Afganistán (PDPA), los pastún. Eso ocurría toda vez cuando el comité local ni bien sacaba alguna resolución que a ellos no les gustaba. Pero en el comité la mayoría era de otra fracción, moderada progresista, es decir, los parcham.

Serguey vivía con su jefe en una pequeña y poco llamativa casa de piedra con una habitación, una sola salida y dos ventanas. Así resolvió el consejero: “Lo principal es que no vivamos en un hotel. Allí muy pronto nos des-

cubrirán los que nos necesiten y también los que no nos necesiten". La puerta de la casa estaba bloqueada y desde adentro estaba recubierta con sacos de arena. Las ventanas estaban cerradas con hojas de metal. Sólo una se podía abrir. Una vez por semana directamente en la casa, en el suelo de tierra, el consejero quemaba toda clase de documentos. En esos momentos con mucho cuidado se podía entreabrir una ventana. El mal olor a podrido de inmediato se mezclaba con el aire caliente que entraba desde afuera. Bogdánov, a través de la rendija en la ventana, miraba de un lado a otro, para detectar si alguien veía el "poquito" de humo que podía salir por debajo del techo de la casa poco atractiva.

A propósito, por esa misma ventana el consejero salía fuera directamente a una máquina blindada de transporte. Bogdánov se quedaba en la casa escribiendo en una máquina portátil marca "Aurica", además solía dibujar toda clase de tonterías. Tenían una reserva de papel no muy abundante, pero el consejero cada día la reponía. Las hojas de papel eran muy finas, casi transparentes, en cambio papel carbónico había suficiente, como para tirar. Era posible copiar cinco o seis ejemplares por vez. Tanta cantidad de papel él no gastaba en toda su vida. Para Serguey eso significaba una sola cosa: con esa cantidad de papeles querían obligar a la gente a vivir de una manera nueva...

Muy cerca de allí también había sectores extremadamente tensos. Muy cerca de allí había heroísmo, pero de éste, maldito, dónde ocultarse. No obstante, lo que más ponía mal a Bogdánov y a su jefe era la falta de comodidades en la vida diaria. El baño estaba en el interior de la misma casa, directamente en el piso había un simple pozo. No había forma de escapar del sofocante calor y el mal olor. El consejero al menos algunas veces entraba en los despachos oficiales grandes con aire acondicionado, ¡sin embargo aquí era para morir! Había muy poca agua potable limpia. Alcanzaba sólo para beber. Para la-

varse se usaba otra agua, que tenía un color caqui. Pero existía otra plaga: los piojos y las pulgas... ¡Ni el vodka ayudaba! Ni por afuera, ni por adentro.

Para Serguey la nueva vida en el nuevo lugar comenzó con la orden: "No hay que salir afuera de la casa. ¡Puede tener consecuencias negativas!" Lo único necesario era trabajar unos dos meses en la especialidad, es decir, ayudar al consejero a preparar los discursos para él o para el dirigente de la célula local del partido, llenar los diversos casilleros con esquemas, trazar la estructura de la organización del partido en el centro regional, las respectivas instrucciones, también mecanografiar informes para los suyos. Con la gente de la localidad se podía contactar únicamente por medio del traductor, del jefe de la organización del partido y su vice.

Con los oficiales militares soviéticos era mejor no entrar en contacto. Es que ellos no estimaban a los consejeros. Además, no les diferenciaban, si eran militares o políticos.

Ya tarde de noche el consejero regresaba a casa y entraba de la misma forma: a través de la ventana. Traía comida, papel y agua potable. Eso era lo principal. Después juntos revisaban los documentos que había confeccionado Bogdánov. El consejero muy cuidadosamente los colocaba en su portafolio metálico. Después cenaban. Antes de dormir, entrando lentamente en un estado de relax, el jefe temporario durante prolongado tiempo le contaba a Serguey Bogdánov las diversas sabidurías de su trabajo.

De las conversaciones nocturnas Bogdánov comprendió que el problema radicaba en el hecho de que en Afganistán no existía ningún partido comunista en general. El mismo, como tal, casi nunca existió. Después de su fundación, en la década de los años sesenta, se dividió de inmediato en dos fracciones, además ninguna de las dos lograron crear su base propia entre la población musulmana creyente.

—Cuando introdujeron las tropas del ejército soviético, aquí de inmediato aparecieron muchos grupos de consejeros de toda clase, —contaba el ex-secretario del distrito— y después a la ciudad Cabúl comenzaron a llegar unos tras otros especialistas en organización del partido. Supuestamente, para ayudar a estructurarlo.

—A nuestro primer secretario lo trasladaron a Uzbekistán. Pensábamos que él arrastraría consigo a todos. Sin embargo, él regresó y se llevó únicamente al juez distrital, al procurador y al comandante militar.

—Allí no era nada mejor. También se fue por mucho tiempo, y al igual que aquí podían fulminar, —respondió el consejero y luego siguió contando.— Pero allí, por lo menos, estaba nuestra gente... Pero estos de aquí, durante muchos años no tenían siquiera su Estatuto. ¡Vaya, un Partido! Ningún tipo de reglamento, ni instrucciones, ni principios. ¡A propósito!, mientras no me olvide. Las instrucciones sobre la organización de las tareas secretariales, no olvides entregarme mañana antes de la partida.

—¡Sin falta, le entregaré! —le respondió Serguey Bogdánov, comprendiendo que esa era una forma amable de dar la orden para que trabaje toda la noche.

—Lo que sé —continuó el consejero—, es que nosotros no podremos instaurar el poder aquí. No hay con quién. En el centro, todavía vaya y pase. Pero en la provincia, es todo un desbarajuste—, el consejero movió con su cabeza y murmuró para sí mismo. A Serguey Bogdánov le pareció escuchar algo parecido a una grosería.

En un estado de cansancio por hacer una infinidad de cosas en todo el día, el secretario distrital todavía largo rato le seguía contando a Bogdánov todo lo que le preocupaba durante el tiempo en que se encontraba allí, detrás del río Amú-Dariá. El se mostró demasiado franco. Probablemente los peligros diarios y reales modificaron de modo irreversible sus precauciones, muy habituales para los funcionarios soviéticos. Serguey

Bogdánov, después de dormirse el consejero y antes de comenzar a escribir las instrucciones sobre las tareas secretariales, aún por largo rato siguió reflexionando sobre las palabras del consejero.

Detrás de la pared de la casa se oyó el pataleo de caballos y susurro apagado en idioma pushtú. Serguey inmediatamente tapó con trapos el taburete puesto pata arriba, en el cual había una lámpara a kerosene. De un salto se acercó a la ventana. Corrió un poco la hoja de metal y por la pequeña rendija miró afuera. Estaba oscuro, pero por el sonoro resoplar de los caballos y el repique de las armas, comprendió que a unos cien metros de la casa, estaban dando vueltas unas 40 personas muyahidines. En aquel lugar se encontraba un hotel, donde vivían los dirigentes de secciones de la organización local del partido, varios consejeros militares y toda clase de visitantes de la capital. Bogdánov pudo ver fuertes destellos de los tiroteos y un poco después se oyeron ráfagas de metralladoras.

El consejero ya estuvo a su lado. Cuando no bien se oyeron los tiroteos, él de inmediato se despertó y logró ocupar un lugar en la ventana, al costado de Serguey. Ahí siempre tenían listas dos metralladoras automáticas y cuatro granadas.

—Y qué, ¿escribiste la instrucción? —inesperadamente preguntó el jefe, mirando por la rendija en la ventana cerrada los movimientos de los muyahidines. Ellos continuaban lanzando tiros a las ventanas del hotel, pero tenían miedo de entrar en él.

—¿De qué instrucción me está hablando?

—Respecto del manejo de los documentos secretariales...

El consejero un tanto nervioso empezó a reírse y en la oscuridad se puso a buscar con las manos por el piso el portafolio de metal. Al final lo encontró, luego lo abrió y sacó un aparato telefónico de comunicación satelital y la respectiva antena.

—¿Consulado? ¿El guardia de turno?... Le habla el número 15... Cerca de nosotros están atacando el hotel... Nosotros estamos bien... Sí... No, nos descubrieron... Esperamos. —El consejero cerró su aparato telefónico y lo dejó junto al portafolio.

“He aquí, por qué era de metal —reflexionó Serguey,— y yo que pensaba para que no se quemaran mis papeles.”

Estaban en el suelo cerca de la ventana y esperaban. Absolutamente mojados. Sería por el calor y por el miedo. Bogdánov, aunque se preparaba psicológicamente para semejantes situaciones, no obstante, no las tomaba en serio. No podía creer que todo eso estaba ocurriendo en la realidad. ¡Más aún, con él!... Puesto que él no salía afuera para nada, cómo le habían ordenado, no disparó contra nadie, y, en general, vió la guerra únicamente en el cine.

Ambos estaban acostados, apoyadas sus cabezas sobre las ametralladoras Kaláshnikov, esperando ver qué pasaría más adelante. Se iniciaría un tiroteo o los muyahidines, como comúnmente ocurría en esos lugares, tiroteaban un poco y luego se iban. El consejero y Serguey estaban esperando a los suyos y procuraban no pensar en que los podrían ver, o aún peor, que ya se enteraron de su “fortaleza”. Ahora terminarán con el hotel y vendrán a tratar con ellos... ¿Qué significan dos metralladoras automáticas contra esa banda de guerreros narcotizados y armados desde los pies a la cabeza?

Pero la batalla comenzó. Se acentuaron los disparos. Ya quemaba el flanco izquierdo del hotel. Bajo las ráfagas de las metralladoras, los huéspedes del hotel saltaban por las ventanas. Se veía muy bien cómo la gente corría en distintas direcciones, cómo cayeron unas cinco personas y ya no se levantaron más. Los muyahidines comenzaron a tirotear con metralladora. Por lo visto les habrá gustado. A la izquierda, en la pared de la casa vecina, iluminada por las llamas del incendio, se vieron dos sombras. Dos personas corrían agachadas, sin responder a los ti-

roteos, en dirección a su casa. El destello producido por la explosión de una granada, por un instante iluminó a los que iban corriendo. A Bogdánov le pareció que eran rusos, con las cabezas descubiertas, además, no tenían uniforme militar, sino chaquetas oscuras iguales. “¿Por qué iguales?” —Le surgió ese interrogante en la cabeza de Serguey. Toda la atención se concentró en la suposición de cuándo esos dos aparecerían junto a la casa.

Bogdánov, sin preguntar a su jefe, descorrió un poco la hoja de metal en la ventana y gritó a la oscuridad: “¡Hacia aquí! ¡Rápido!”

—Pero no se te ocurra tirotear —le dijo el consejero poniendo su mano en la metralladora de Serguey. En un instante las dos personas se encontraron en el interior del refugio de ellos.

—¿Qué olor insoportable! —lo primero que oyeron en ruso Bogdánov y su jefe, y sólo después— ¿Quiénes son?

—Y ustedes, ¿quiénes son? —preguntó el consejero.

—Nosotros venimos del hotel, —enfáticamente prorrumpió uno de los huéspedes, el más alto y con bigotes. Por lo visto, el principal. De inmediato, no bien entró en la habitación, se acostó en el suelo al costado de la ventana, echó una mirada al mobiliaje de la guarida, vió los paquetes de papeles en una mesa torcida, la máquina de escribir, y sólo después comenzó a mirar detenidamente a los dueños del casual albergue. No llevaba armas. El otro tampoco. —Ustedes seguramente son “funcionarios políticos” —dedujo el “principal” —. Yo siempre capto cuando a mis espaldas se da la respiración pareja de nuestro querido partido—. Después, como si hubiera recordado algo muy importante, giró bruscamente la cabeza en dirección de su compañero. —Saña, fíjate bien. Ellos pronto se calmarán...

Aquél, a quien el bigotudo llamaba Saña, estaba acostado al otro lado de la ventana, junto a Bogdánov. El, sin necesidad de que le digan, estaba mirando sin distraerse en dirección de la plaza ante el hotel, dejando a su jefe la

carga de las negociaciones diplomáticas con los dueños. En ese momento el “principal” descubrió el aparato telefónico e intentó acercarse al mismo...

—No seas atrevido, compañero—, por fin murmuró el consejero.

—Necesito avisar —justificándose dijo él de bigotes.

Bogdánov, intercambiando miradas con el consejero y sin pronunciar una palabra, reflexionaba mentalmente: “Por la manera de actuar, por el atrevido comportamiento y su convicción se adivinaba que eran militares. Quizás no alcanzaron a ponerse el uniforme... Aunque se pusieron los trajes... No son de los nuestros, es más que seguro. El consejero lo hubiera sabido ¡Vaya a saber! Pero, aparentemente están sin armas... Pueda que sean de la división especial de la guarnición. O tal vez, recién llegados. Da lo mismo, sin dudas, deben ser del servicio secreto.

Era así, de inmediato los unos y los otros se descifraron. Era el resultado de la experiencia. Además, consecuencia del agudizado presentimiento del peligro. El mismo, como ninguna otra cosa, muy rápido hace circular el pensamiento por las neuronas del cerebro y genera el resultado.

—Ya avisamos. Estamos esperando —reaccionó Bogdánov. El se levantó de su lugar en la ventana y se dirigió donde estaba su atrevido huésped. El consejero en ese momento, a fin de evitar cualquier sorpresa, comenzó a guardar su aparato telefónico en el portafolio. En tanto el compañero del bigotudo, al escuchar la conversación y mirando en forma continua el objetivo por la ventana, comprendió, que ellos al final habían llegado a los suyos. Sólo una cosa, al parecer, no le dejaba tranquilo. Todo el tiempo contraía la nariz y movía la cabeza, como si pretendiera eludir algo. Ese debía a que en esa fortaleza muy circunstancial, en todo el ambiente predominaba un olor a materia fecal y a pudrición...

Después de unos cinco minutos, aunque parecía que pasó no menos de media hora, la batalla detrás de la hoja

metálica en la ventana, comenzó a mermar. Por la rendija se podía observar cómo los muyahidines se agrupaban y se iban en dirección a los límites de la ciudad. Ellos su trabajo lo hicieron, el dinero prometido lo justificaron con honestidad y con resultados. Ahora ya podían relajarse.

El que quedaba mirando por la ventana, se dio vuelta en dirección de la lámpara a kerosene, se estiró e incluso bostezó. Probablemente era una reacción nerviosa. La lámpara, tapada casi de todos los lados con trapos tirados sobre un taburete colocado pata arriba, dejó pasar un poco de luz tenue en Serguey, quien se acercaba al huésped principal.

—Espera. Permíteme que adivine —el bigotudo detuvo su mirada en Bogdánov y ya no lo perdía de vista. Las puntas de los bigotes de pronto se levantaron, en la penumbra de la habitación oscurecida brillaron resplandecientes sus blancos dientes.

—Este es, por ejemplo, Serguey... Incluso sé su apellido...

—Lisochkin. ¡Yuri! ... ¡Tonto de remate! —Ahora también Serguey recordó donde antes él había visto esos bigotes. Pero, de ninguna manera en lo de Saddam Hussein, pues.

—¿Pero, por qué de entrada me dices “tonto de remate”?

—¿Porqué andas vagando donde no corresponde?

—¡Vaya tú, con ese reproche! ¿Porque eso de andar por cualquier lado? Precisamente estoy allí, donde hace falta. Espera un momento... ¿Cómo se decía ahí? Si la gente camina hacia adelante por el camino principal y no serpentea por los caminitos secretos...

—Ellos sin falta se encontrarán... Pero, tú..., —exclamó Serguey y ambos se estrecharon en un abrazo. Después se rieron despacio y al instante ambos se pusieron a silbar la conocida melodía del filme “Voluntarios”.

—Bueno, estimados amigos —el consejero de pronto recordó que él, de todos modos, era el primer secretario del comité distrital del partido y no un simple funcionario

cualquiera de la Comisión Extraordinaria, o incluso, jefe de la dirección distrital del Servicio de Seguridad del Estado. —Como comprendo, afuera todo terminó. Por lo tanto les doy cinco minutos para terminar las conversaciones, después cada cual a su casa—. El se levantó y, para afirmar mejor su autoridad, levantó del suelo la ametralladora. —Nosotros no los vimos a ustedes y ustedes a nosotros. Tenemos nuestras instrucciones. Y las de ustedes... Bueno, las de ustedes son aún peores... De pronto llegará la ayuda... Después no alcanzará papel para las explicaciones.

Lisochkin comprensivamente miró al consejero, después se dirigió a su Saña, levantó el dedo índice, y con una sonrisa movió el dedo como diciendo: el partido todo lo dice muy bien. ¡No puede ser de otro modo!

Yuri y Serguey estaban sentados en cuclillas, como unos verdaderos afganos, y al no ver nada a su alrededor, seguían intercambiando sus recuerdos pasados. Los dos hablaban al mismo tiempo, no obstante, escuchaban y se comprendían. Ellos complementaban datos informativos sobre los compañeros de grado. Que era cosa común y normal. Recordaron a todos, rápido y sin emociones, como si hiciesen un trabajo. Exactamente en cinco minutos.

Al cabo de cinco minutos los huéspedes inesperados se levantaron, con reserva se despidieron de los dueños de casa con un apretón de manos, luego Saña corrió la hoja de metal, y los dos desaparecieron en la oscuridad.

“¿Y qué? ¿Acaso no es un tipo macanudo mi jefe? —una vez más pensó Bogdánov—. ¡Y qué macanudo! ¡Jefe con mayúscula! No escuchaba a nadie y siempre repetía aún estando en Cabul:— No necesitamos un hotel. Vamos a vivir aparte, en alguna casa abandonada y semidestruida... Aunque fuera en un basurero”.

—¿Qué tiene que ver la instrucción? —De pronto Serguey Bogdánov se acordó cuando terminó de elogiar a su jefe.

—Lo dije por decir... Sin embargo es un arma de aniquilación masiva... Cuántas vueltas hemos hecho con ese papel... ¡Una simple modificación de dos líneas en el Estatuto! ¡Y fue todo! El partido se transformó de los pies a la cabeza. Cuando en un mismo lugar figura la preparación de resoluciones y el control, obligatoriamente espera el comienzo de las infracciones, después, la corrupción y, al final, la crisis... Con ése... —el consejero señaló la ventana— ¿junto estudiaron? Es un muchacho bastante atrevido.

—Un mismo patio. Un mismo grado —respondió Bogdánov—. Sin embargo, qué destinos... El se acordó de lo que le acababa de decir Yuri Lisochkin sobre el amigo de infancia, Vladimir Spivak, y se calló.

Resultó que los suyos esa noche no vinieron. El hotel se quemó por completo. A los percidos los recogió la policía local. Por la mañana los militares de la guarnición vinieron en un automóvil marca "GAZ". Salieron dos personas, caminaron, miraron y sin decir nada se retiraron.

En torno al lugar donde se encontraba el hotel, durante un largo tiempo, andaban dando vueltas y se entretenían los chicos de la zona.

El mar anaranjado

En Abjasia finalizaba el verano. En el año 1992 las hortensias florecieron muy temprano. Su suntuoso follaje de color verde claro inadvertidamente se transformó en blanco. Visto de cerca se parecía a un pelotón de nieve y hacía recordar al Leningrado invernal. En otoño sus inflorescencias se volvían rosadas, debido a su peso las ramas de tres metros de los arbustos se agachaban hasta el suelo. Allí nadie sabía el nombre científico de esas flores, pero su aroma, que en algo se parecía al de la vainilla o del jazmín, se retenía en la memoria. Los exuberantes sombreros blancos, formados por extravagantes pétalos sobre largos y fuertes tallos, a veces llegaban a penetrar por la ventana abierta y obligaban a aspirar su maravilloso aroma. Este se intensificaba con el frescor matinal que descendía de los cerros y que desalojaba el aire aterciopelado y tibio del mar.

Desde la ventana de una habitación pequeña del segundo piso de una casa de madera, que hace mucho no fue renovada su pintura, se veía un cerro de dos picos de la localidad de Sujumi. Hacia su cumbre, bordeando su base cubierta por cedros y árboles de la vida, se extendía una cinta azul del camino asfaltado, por el cual avanzaban con manchas de colores diversos, lenta y silenciosamente, los automóviles. A la izquierda, detrás de techos de diversos colores, se divisaba una angosta franja del mar azul-celeste, limitada por la línea del horizonte y el cielo blanco. Ese mar lentamente, cada vez más y más se llenaba con la luz agradable del sol matinal. Su rayo brilló

brevemente desde atrás del cerro, penetrando en la habitación que todavía no estaba ordenada. Al principio esa luz iluminó el respaldo doblado de una silla de madera con asiento de rejilla, después recorrió por la ropa descuidadamente tirada ahí, advirtiéndolo y deteniéndose luego sobre el rostro de una joven mujer que estaba acostada en la cama. Sus pestañas sensiblemente se estremecieron.

—¿Elenita, te has despertado ya? —preguntó el teniente de ojos celestes, con uniforme de marinero, acariciando cariñosamente sus cabellos rubios. En el rostro sereno y todavía casi dormido, de nuevo sus pestañas apenas se movieron—. Por lo que veo, te has despertado—, se dijo sonriendo el teniente.

El estaba sentado al borde de la cama de hierro y acariciaba con su mano los lugares en el rostro de la esposa dónde recientemente iluminó el rayo de sol. Para que no le hiciera cosquillas. Después se inclinó y la besó. Luego metió su mano debajo de la frazada y suavemente le acarició la pancita que ya se notaba bien.

—Qué pena que ahora ya no puedas comer cítricos. A nuestro amarradero la gente del lugar acercaron dos barcasas de mandarinas. Aunque no están bien maduras, pero son sabrosas. Almorzamos con mandarinas.

—¿Igor, por qué te has puesto el uniforme?— levantándose susurró tenuamente Elena—. ¿Es alguna fecha festiva?

—¡No, no es ninguna fiesta! Ayer por la noche en la región de Gagra, desembarcaron tropas georgianas. Te imaginas, desembarcaron bajo la bandera rusa naval con cruz azul de san Andrés. Tal como recibieron los buques el año pasado después de la separación, y no cambiaron nada. Quizás lo hicieron especialmente... Allí ahora está el ex-miembro del Buró Político. Quizás, hasta hoy día se imagina ser ministro de relaciones exteriores. El uniforme me puse, por si acaso...

—¿Qué significa, por si acaso?

—No significa nada. No te preocupes. Regresaré pronto, por la noche haremos un paseo en lancha a motor. El comandante nos prometió—. ¿Te acuerdas de Alexey? El vino a vernos la semana pasada—. El teniente se levantó rápidamente, giró el imaginativo volante y comenzó a cantar las estrofas de una canción popular: “El cielo anaranjado, el mar anaranjado, para-para, pa-pa-ra, para-para-pam...”. Igor se fue sin haber desayunado, y Elena continuaba disfrutando de la buena vida en la cama, además imaginaba la satisfacción que representaría el paseo en lancha al atardecer.

Elena e Igor se habían casado hacía un año. Después de recibir la daga y las estrellas de teniente del servicio médico, lo enviaron en comisión de servicios a Georgia para aprobar, en las condiciones de campo, un nuevo preparado medicinal. En esa época él estaba incorporado en la división militar fronteriza y continuaba, al igual que antes, vigilando las fronteras marítimas de la ex URSS. Elena se fue junto con el marido. Vivían en una pequeña habitación de una casa particular de dos pisos. De la casa hacia el mar los llevaba una calle recta llamada Avenida León, con hileras de diversas palmeras a los costados y hermosos laureles rosados. No hacía mucho la misma se denominaba Avenida Lenin. A dos kilómetros de allí estaba situado el amarradero militar con diversas lanchas, barcas y remolcadores. Hacia allí ya en el transcurso de dos meses todas las mañanas se iba Igor.

Como se necesitaba comprar algo para la cena, Elena resolvió ir al mercado central de Sujumi. Al principio ella esperó largo rato un autobús, pero como tardaba en venir, resolvió ir a pie hasta la Avenida Mir, luego giró a la izquierda, siguió caminando hasta la calle Carlos Marx. Después de caminar unas dos o tres cuadas, vio a un hombre muy agitado corriendo a su encuentro. El le dijo que el transporte no funcionaba y que en el mercado explotó una bomba y que había mucha gente herida y muer-

tos. Mientras ellos conversaban, el entorno como si se hubiera cambiado. A su costado corrieron alborotados los chicos de un jardín de infantes vecino, y detrás de ellos, corrían unas mujeres asustadas con bolsos o otros objetos.

Elena se detuvo. Sin haber llegado al mercado, resolvió regresar a la casa. El recorrido de regreso resultó muy largo y cansador. Había que caminar por los patios para evitar las barreras antitanques colocadas a los apurones, en unos y otros lugares aparecían personas armadas. Cerca de su casa, en el parque Lenin, también caminaban personas armadas.

Ese día, brigadas del ejército georgiano entraron en la ciudad Sujumi, pero en el Puente Krasny, las brigadas fueron detenidas por la milicia y personas armadas de la resistencia de Abjasia. Eso quedaba muy cerca de los amarraderos del puerto marino. En el cielo aparecieron helicópteros georgianos y desaparecieron en un instante, después de haber tiroteado el sanatorio militar y el edificio del Soviet Supremo. La radio, la televisión y los teléfonos dejaron de funcionar. No había electricidad. Por la ciudad corrieron rumores de que, de la cárcel de Sujumi, los georgianos dejaron en libertad a todos los delincuentes, los cuales se dispersaron por la ciudad y asaltaban, violaban y mataban a la gente.

Un anciano gordo de unos ochenta años, dueño de la casa donde vivía la joven familia, tranquilizaba a Elena, que acababa de regresar de la ciudad, le prometía hacer todo lo posible para trasladarla a la ciudad Sochi. Buscar a Igor ya no tenía sentido. El viejo tampoco aconsejaba ir al puerto comercial, donde se preparaban para evacuar a la gente que estaba veraneando, porque allí podría ocurrir un verdadero tumulto. No faltaba que ella con su “panza” fuera a caer en ese desorden. El amarradero de la base marítima donde trabajaba su esposo, no quedaba lejos, pero aún a la mañana todas las lanchas y barcasas rusas se fueron en dirección a Gagra.

Esas reflexiones fueron interrumpidas por los gritos en el patio de la casa y el aullido de un perro tiroteado. Personas armadas con ametralladoras irrumpieron en la casa. Ellos tiraron al piso al viejo, dueño de la casa, maniataron a las dos mujeres jóvenes: a la sobrina del viejo y a Elena.

Un atrevido de baja estatura vestido con chaqueta, bastante usada y pantalón vaquero de color negro, con ojos redondos e inquietos, probablemente el más joven, habiendo terminado de violar a la sobrina del dueño de la casa, muy agitado, empezó a quitarle la ropa a Elena. Ella, tirada en el piso, se resistía como podía. Nadie podía ayudar al pervertido violador puesto que los demás estaban ocupados en otras cosas. Sacaban todo lo que había en los cajones de los armarios y de las cómodas y tiraban sobre una sábana blanca extendida directamente en el piso. Allí volaba toda la ropa bien doblada y planchada, los cubiertos y todo lo que caía a mano.

—¡Batono! —gritó fastidiado el joven violador—. ¿Qué hacemos con ésta? —Dándose vuelta hacia su jefe con charretera de teniente mayor de la guardia del Consejo del Estado de Georgia, especialmente pasando del idioma georgiano al ruso para que ella le oyera y entendiera—. Fíjate la barriga que tiene. ¿Qué hacer? ¿Fusilarla?

El principal hacía sus malandrinadas en el primer piso. El revisaba detenidamente los bultos ya atados con todos los trastos juntados, los cuales sus ayudantes tiraban desde arriba, de tanto en tanto daba una mirada maligna al dueño de casa que estaba sentado en una silla en el rincón de la habitación.

—Déjala, trae a las dos aquí y vete corriendo a buscar a otros. ¡Siempre tengo que enseñarte todo, mocoso!

El petiso “guardián” arrastró a las dos mujeres de los pelos por la escalera a la planta baja. Las tiró en el rincón donde estaban los plantones de uva, y las pateó con su bota varias veces a las dos. Hizo una escupida por el

disgusto de que no le resultó divertirse a gusto entre los tiroteos. Después se le ocurrió pararse en frente de las mujeres, y riéndose a las carcajadas orinó sobre ellas.

En esos momentos los otros sacaron al viejo al patio y empezaron a preguntarle de los armamentos que tenían los abjasios. Exigían tres millones, después uno, al cabo de media hora, otra vez exigían tres millones. Lo pegaban, largaban tiros al aire. Después de tanto pegarle, el viejo perdió el conocimiento. Entonces lo volvieron a la casa, lo arrastraron a la misma habitación, donde estaban tiradas en el piso su sobrina y Elena. Los georgianos encontraron una plancha eléctrica, lo desvistieron y comenzaron a maltratarlo. Eso lo hacían hasta la madrugada, recibiendo una satisfacción patológica. Pero no lograron conseguir el dinero que deseaban.

Por la mañana vino el “relevo”. Estaba compuesto por delincuentes. De nuevo comenzaron a pegar al viejo y exigirle un millón. Al ver a las mujeres con vida, se asombraron, les dieron vuelta con el rostro hacia arriba. Las mujeres martirizadas, ensangrentadas y sucias, de irreconocible edad, miraban a los sádicos. Los moretones sangrientes y los vestidos rotos, fuerte olor a orina que impactaba en las narices, neutralizaron los deseos sexuales de los violadores, que ya desde la mañana andaban borrachos. Al dueño de la casa de nuevo lo sacaron al patio, le pusieron esposas, con las cuales lo colgaron de una rama del árbol y durante largo tiempo lo seguían pegando, ya sin preguntar ni exigirle nada. Después abandonaron ese entretenimiento y comenzaron a matar gallinas e inyectarse morfina.

Mientras que en el patio continuaban maltratando al viejo, Elena estando acostada sobre su barriga, logró desatar sus manos y las de la otra mujer. Después, juntas se subieron al segundo piso. Por la ventana de su habitación Elena se bajó casi saltando a la tierra, directamente sobre las floridas ramas de hortensias. La sobrina del

dueño de la casa siguió a Elena. Ellas resolvieron tratar de llegar al amarradero militar.

En un día la ciudad cambió hasta lo irreconocible. Durante todo el día los helicópteros georgianos tiroteaban la ciudad. En los alrededores terminaban de quemarse las casas derrumbadas, a lo largo de la avenida se elevaban como antorchas las ramas quemantes de los árboles. Cerca del parque estaba parado un camión “Kamaz” con carrocería cubierta con lona impermeable. Allí —como en la carnicería— estaban apilados los cadáveres. Esos cadáveres llenaban la carrocería junto con atados de otros objetos, como sandalias, sombreros, medias y vestimentas. A pasos lentos y con dificultad iban las mujeres entre las casas destruidas, miraron uno de los patios y en un instante, como despavoridas, salieron de allí.

En ese patio vieron una fosa grande recientemente cavada. Desde ese pozo se oían llantos y voces de mujeres enterradas hasta el pecho, las cuales tenían en sus manos levantadas a los niños. Por los alrededores ida y vuelta caminaban personas armadas y que de tanto en tanto gritaban algo. Era difícil entender, si eran abjasios o georgianos... A lo mejor otros que se acercaron para prestarles ayuda a los abjasios y en ese momento se vengaban de los habitantes georgianos. El matadero era recíproco.

Casi al final de la avenida, por la cual en dirección al amarradero caminaban las dos mujeres martirizadas, vivía un georgiano. Su pequeño almacén de venta de vinos siempre estaba abierto para todos los que deseaban comprar. Ahora las ventanas de la casa estaban rotas, allí no más estaban tiradas botellas rotas y, entre éstas, los juguetes: trencitos, cohetes de goma, cochecitos de diversos colores, etc., también estaba tirado como al descuido el cuerpo de la esposa del dueño del almacén, en medio de un charco de sangre. La puerta del almacén daba directamente al malecón Rustaveli, el viejo georgiano estaba clavado a la puerta.

Hasta el amarradero quedaban unos cien pasos. No se veía ninguna lancha rusa. Únicamente una pequeña lancha que giraba ágil y cuyos cables de amarre entraban en la única barcaza que quedaba en el amarradero. La primera, llena de refugiados, hacía unos cinco minutos que había partido de allí. La arrastraba lentamente un remolcador, casi imperceptible desde la costa. En el amarradero se agruparon aproximadamente cuarenta ancianos y mujeres con niños. La segunda barcaza podría llegar ser la única salvación para ellos. El hospital flotante "Enisey", enviado desde Sebastopol para evacuar a los refugiados, acababa de anunciar su arribo al puerto Sujumi. Sin embargo, entre el hospital y la costa ya estaban explorando las lanchas georgianas con aletas subacuáticas. Por la avenida, en dirección al amarradero, avanzaban dos tanques, y por ambos lados caminaban, balanceándose y descomedidos, los "guardianes" del ejército georgiano...

Para salvarse, la gente saltaba a la bodega de la barcaza sobre las mandarinas, como si fuese sobre un colchón. Elena miró a su alrededor y se dio cuenta de que su compañera había desaparecido. Supuso que ya estaría en la barcaza, pero también pensó que ella se arrepintió y regresó a su casa para quedarse con su tío.

Habiendo subido a bordo por un caminito hecho de dos tablas finas, similar a una escalerilla, Elena trató de descender a la bodega, pero se resbaló y cayó directamente sobre la gente que se encontraba allí. A la mujer embarazada con cuidado la levantaron y la trasladaron a un lugar más seguro. Los refugiados que ya estaban en la barcaza, miraban unos a los otros con temor, pero al mismo tiempo con alegría. Suponían que ya pronto los sacarán de este infierno...

En la bodega de la vieja y herrumbrada barcaza se dispersaba pacíficamente, el aroma de mandarinas y nada les hacía recordar la guerra. Tal vez, únicamente los cartuchos de las balas en las manos de los chicos que se jactaban con sus trofeos unos ante otros.

Cuando apenas el remolcador alejó la segunda barcaza del amarradero, en el aire pasó volando un helicóptero militar, de nuevo se retornó el tiroteo de la ciudad. Los tanques giraron en dirección al puerto comercial, adónde se acercaba el hospital flotante "Enisey", del lado del mar en dirección a las barcasas, rápidamente se acercaba un buque militar, y en la costa misma apareció un cañón no muy grande. Los georgianos, sin apurarse y con cuidado, comenzaron a instalar el cañón para disparar contra las barcasas. La primera de ellas, que ya se había alejado a una distancia prudente del amarradero, muy bien servía de blanco. La segunda barcaza acababa de zarpar del amarradero. El remolcador hizo funcionar la sirena, su fuerte sonido intermitente, parecido al grito de un ser herido y sin asistencia, cubrió el ruido de los helicópteros, el ruido de la oruga de los tanques y los desaforados gritos de los "guardias" que se situaron en el amarradero de la base militar de Rusia.

Sin fuerzas, ni deseos de entender o hacer algo, Elena permanecía acostada e inmóvil en el fondo de la bodega entre bolsas ajenas, y con indiferencia miraba el cielo. Allí cerca, de una rendija del herrumbrado metal, hacia el sol salía torpemente un descolorido cangrejo. Elena soportó todo lo que le fue posible, hizo todo lo que podía. Su oído, como si se hubiera desconectado. Sus pensamientos se concentraron en una sola cosa, es decir, en la criatura que esperaba. Además, ella deseaba que la barcaza la alejara de allí lo más pronto y lejos posible.

El proyectil lanzado por el cañón, de inmediato hundió la primera barcaza y junto con ella se llevó al fondo de la bahía de Sujumi decenas de vidas humanas. Sólo las mandarinas lentamente se balanceaban en la superficie del mar. Se veían miles de frutos redondos de color rojizo, anaranjado y algunos todavía verdes, que se parecían a una serpentina multicolor después de una alegre noche de Año Nuevo. La segunda barcaza se alejó de la costa y esperaba su suerte.

La lancha motora que se acercaba al amarradero del lado del mar, habiendo ocupado la posición entre la costa y la barcaza, entorpeció la marcha.

—¿Qué estás haciendo, idiota? —gritaba por el megáfono el oficial, moviendo con la pistola en la mano y disparando al aire... —¿Quieres provocar una guerra con Rusia, bestia? ¡Dale, tira directamente a mí! Apunta bien, no erres—, el oficial señalaba la bandera tricolor de Rusia, especialmente para poder, de alguna manera, distinguirse de los buques georgianos con la insignia de la marina rusa.

Elena reconoció al esposo por la voz, pero no podía ni siquiera moverse para poder darle una señal. El remolcador continuaba arrastrando tras suyo la barcaza, alejándola lo más lejos posible de los espantosos acontecimientos de las últimas jornadas, de la costa de la bahía de Sujumi con el cañón georgiano en el amarradero y la lancha motora con Igor.

Dos marineros de la lancha torpedera rusa lanzaron al mar círculos de salvamento. Después de que la primera barcaza fuera hundida, en la superficie, entre las mandarinas dispersas, en una y otra parte aparecían personas. Ellas se ingeniaban descubrir entre la mezcla anaranjada los círculos de salvamento, agarrarse de los mismos y remar torpemente con las manos en dirección a la costa. El sonar de la sirena del segundo remolcador y los horrendos gritos de aquellos que se escondieron en la bodega de la barcaza que se hundía, apagaban la voz del oficial. Igor seguía moviendo con la pistola y largando tiros de tanto en tanto, pero en su mente sonaban con insistencia las palabras memorizadas de la canción infantil, que en tiempos idos y en días de fiesta cantaba por la radio soviética una niña georgiana: “El cielo anaranjado, el mar anaranjado...” Hasta la costa quedaba no más de mil metros. De pronto se oyó una explosión aturdidora.

Fue que el comandante de la lancha torpedera, sin ningún cálculo ni medición, lanzó su último torpedo directamente contra el amarradero. Junto con el cañon georgiano volaron más de la mitad de los bolardos de amarre. No obstante el buque logró acercarse al amarradero destruido y afirmar la amarra con el cable longitudinal de la proa. Por el momento eso era suficiente. Sin esperar la finalización del amarre, los dos oficiales saltaron hacia la costa y entraron a correr por la Avenida León, al lugar dónde vivían sus familiares.

Igor, en estado sofocado, se acercó a la casa y se subió al segundo piso. En la habitación donde ellos vivían, no había nadie. Por todas partes quedaban sólo los muebles rotos y la ropa desparramada, las vajillas todas rotas y por la ventana se veían las ramas quebradas de las hortensias. Al descender, con espanto vió cómo en el patio la sobrina del dueño trataba de bajar del árbol el cuerpo del viejo.

—¿Dónde está Elena? —en voz baja preguntó Igor. El levantó al viejo y lo bajó de la rama del árbol. Pasó medio minuto, pero él no se atrevía mirar a la mujer con temor de ver en su mirada la verdad. Unicamente después de tapan con una frazada el cuerpo del viejo, ella levantó la cabeza y echó una rápida mirada a Igor y, mirando desinteresadamente hacia un costado, pronunció: “Está en la barcaza con mandarinas”. Todo quedó en claro. Si estaba en la primera barcaza, entonces habrá perecido, si en la segunda, estará navegando en dirección a Sochi.

Por la mañana, la ciudad de Gagra fue ocupada por los georgianos. Las tropas de desembarque lograron su propósito. A Abjasia la separaron de Rusia. Ahora todos los buques de Rusia, que se encontraban en la región de Gagra, gradualmente se retiraban al mar abierto y se preparaban a defender el hospital flotante con los refugiados de Sujumi. Ellos esperaban órdenes. Aleksey, el comandante de la lancha torpedera, naturalmente, comprendía que muy poco podía confiar en la vieja lancha. A bordo

tenían la mitad de los marineros que le correspondía, sólo dos oficiales, es decir, él y el médico que se encontraba en comisión de servicios, también les quedaba un torpedo de aviación. Tal vez por eso, infringiendo todas las órdenes, él con desesperación quería llegar a Sujumi para salvar a su familia. Y, cómo si tratara de convencer a sí mismo, muchas veces repetía en voz alta una misma cosa : “Una hora para allá, y una hora de regreso. La radio ya hace mucho no funciona. Nadie ni siquiera podrá entender nada”.

En el amarradero destruido, adónde regresó Igor, ya se reunieron cinco personas de la primera barcaza. Las levantaron los marineros. El teniente resolvió no preguntar nada a los salvados. Temía saber lo peor. De pronto alguien habrá visto a su Elena. No le quedaba otra cosa que esperar un milagro. Era necesario ingeniarse conducir la nave sin armamentos a través de la zona acuática del puerto comercial, lleno de buques militares georgianos, para poder salir al mar abierto. Y, desde allí, en dirección a Sochi, podrán alcanzar a la segunda barcaza...

Transcurrió más de media hora, sin embargo el comandante no regresaba. Igor muy nervioso, caminaba de aquí para allá, mirando en dirección a la avenida León. Al cabo de un minuto, la silueta solitaria de Alexey apareció a lo lejos, en el medio de la calle, después dio unos tres pasos más, se paró, y desordenadamente moviendo con las manos cayó sobre el asfalto. No se oían tiros, pero en unos instantes, la avenida estaba saturada de hombres armados con uniformes de “guardias” georgianos.

—¡Desamarrar! —inesperadamente para sí mismo, con una voz desaforada, gritó Igor. Se olvidó por completo de muchas cosas que correspondía hacer y revisar antes de dar una orden de ese carácter. Y, quizás, no las recordaba nunca.

La lancha a motor, con las cifras escritas de color blanco “067”, obedeciendo al único oficial que quedaba, a toda marcha se lanzó en dirección al mar abierto.

Simplemente María

1.

—¡Br-r-eznev!, ¡Br-r-eznev!, Br-r-eznev, —en voz baja, pero esforzándose trataba de pronunciar la mujer ya anciana. Ella estaba sentada en el primer asiento de un viejo autobús, con su rostro dirigido hacia la ventanilla, y todo el tiempo repetía el apellido del Secretario General del Partido Comunista. Ella no repetía simplemente, sino que cada vez con una nueva entonación, acompañando esas palabras con un movimiento reiterado de su mano y el dedo índice indicando hacia adelante. Lo hacía como si fuese que con una aguja punzaba a alguien. Ella no miraba a los demás pasajeros, los cuales por su parte trataban de no prestarle atención, fingiendo que no la oían. Cinco minutos antes de llegar a la parada final, el autobús comúnmente frenaba su marcha y el conductor abría la puerta para dejar salir a la mujer desconocida. Después de descender, ella se quedaba parada en la acera cubierta de nieve, como si estuviese esperando algo en la madrugada oscura y fría de invierno, y continuaba su persistente monólogo. Los pasajeros restantes, fijándose por la ventanilla, la seguían con una mirada lastimosa.

Todo eso se reiteraba de día en día. El autobús no era de fabricación húngara, sino rusa, producido en la ciudad de Lvov. Por eso en invierno en ese autobús no hacía frío, aunque se sentía en su interior el olor a gasolina. Desde las cinco de la mañana ese autobús hacía su recorrido y levantaba a los trabajadores de la planta

avícola. Siempre en un mismo lugar, la anciana “rayada” junto con un grupo de pasajeros se subía al autobús y, después de veinte minutos, se levantaba muy segura y caminaba hacia la salida del mismo. Ya todos estaban acostumbrados a ella como si fuese a la sirena de la planta. Comenzaba el turno matinal, y de todo eso la gente se olvidaba.

La sección de faenamiento de la planta avícola estaba a cargo de Ekaterina Pavlovna Nelídova. En el centésimo aniversario de la fecha de nacimiento de Vladimir Ilich Lenin, en diciembre de 1970, nació su hija. Ella la nombró María. Ekaterina Nelídova con frecuencia solía decir después, en presencia de los hombres, que ese era su regalo para el aniversario de Ilich. En estos casos ella hacía de cuenta que, supuestamente, el regalo estaba vinculado sin saber con quien.

En aquel entonces por la televisión y la radio con mayor frecuencia se citaba a otro Ilich. Ekaterina Pavlovna no tenía marido. De modo que María se criaba sin padre.

La madre con su hijita vivían en condiciones materiales muy humildes, en una casa de dos pisos, donde vivían en total cinco familias, en las afueras de Leningrado, en el poblado Gorélovo. María se levantaba sola cada mañana, se alistaba y luego se dirigía a la escuela. Cuando terminaban las clases ella regresaba a la casa y preparaba el almuerzo. Su madre volvía a casa muy tarde de noche. Después de cumplido su turno laboral ella tenía que entrar al almacén para comprar productos comestibles.

Debido al cansancio y los nervios pasados durante el día, apenas si alcanzaba a comer un poco de lo que había cocinado su hija, y después de dar una mirada a los cuadernos de María y su libreta de anotaciones diarias, y también de dar algunas indicaciones, se iba a dormir.

En la planta avícola siempre faltaba mano de obra. Para poder cubrir esta falta en la producción de siete mil cabezas de aves por día y, además, para ganarse un dinero adicional, la jefa de sección, durante el período de vacaciones de la escuela, llevaba al trabajo a María y a sus amigas. Ellas, al tomar el autobús, durante 20 minutos observaban de reojo a la viejita “rayada”. Después de llegar a la sección de trabajo, se ponían unos gorritos de polietileno de un intenso color verde, guardapolvos blancos, delantales de hule, también se ponían guantes de goma verdes como los gorritos, luego llevaban tenedores especiales para quitar las vísceras de los pollos y comenzaban a faenar las aves. Primero les cortaban la cabeza y luego procedían a quitarles las vísceras.

Lo único de bueno y positivo que la hija heredó de su madre era la habilidad de costurera. María habilidosamente podía confeccionar pantalones, vestidos para dama, camisas, etc. Además ese tipo de trabajo le generaba mucha satisfacción. De cualquier manera, eso no se parecía a una cubeta llena de vísceras de pollos faenados.

Después de finalizar el octavo grado en la escuela primaria, María Nelídova ingresó en la escuela técnica de industria ligera, en Leningrado, y después de transcurridos dos años ella ya estaba en condiciones de diseñar modelos nuevos y confeccionar los más variados tipos de prendas. En especial lograba hacer moldes complejos de prendas, sabía bordar con los diversos modelos de máquinas de coser de industria nacional y extranjera. Después que María finalizó sus estudios en la escuela técnica, de inmediato la tomaron para trabajar en una cooperativa. Allí ella no desperdiciaba su tiempo en vano, muy pronto se ganó mucha clientela. Comenzó a tener buenos ingresos. María renovó su guardarropa, con sus amigas con frecuencia iban a los cines. A ella le gustaba ver películas sobre travesías y

trotamundos, especialmente sobre viajes hacia los países lejanos, como, por ejemplo, América del Sur. Ella siempre repetía las estrofas de una canción popular: “¿Lograré ver el lejano Brasil, Brasil, Brasil, podré ver Brasil, antes que lleguen los días de mi vejez?”

Cuando María cumplió sus 18 años, su madre falleció de cáncer. La vivienda que la empresa le cedió a su madre, se la quitaron.

María Nelídova llegó a un acuerdo con sus amigas, lo que le permitía quedarse a dormir casi cada noche en un nuevo lugar, y ella en forma constante repetía una sentencia propia: “Me gusta una lagartija caimán, que vive en las Amazonas, como ella no vivo en un mismo lugar”.

Al principio le gustaba ese tipo de vida “romántica”. María solía decir a las amigas: “Se puede vivir incluso en una tapera, ¿Y porqué no? No tengo padres, tampoco tengo vivienda. Pero por eso ya tengo pasaporte, ya puedo ir a votar. ¡Esto es la libertad!”. Pero en la realidad, el boletín para votar no le dieron, ya que para eso había que recibir el registro de residencia. Es que en la vivienda anterior se lo anularon, y ella no podía conseguir un nuevo registro de residencia por falta de vivienda fija, por lo tanto las autoridades le negaron la formalización necesaria.

En la década de los años 1990 esa situación ya le disgustaba mucho, y debido a que no tenía otra salida, ella resolvió juntarse con un muchacho de nombre Ignacio, un comerciante principiante. El muchacho impresionaba ser mediocre y poco atractivo. Tenía los cabellos cortos, era casi calvo, pero tenía dinero. En la escuela estudiaba mal, pero por eso se dedicaba al negocio especulativo: con los extranjeros conseguía goma masticable y después la vendía a sus coetáneos, cobrándoles un rublo por cada tabletita. De modo que, aparentemente, el aprendió a comerciar desde temprana edad.

2.

He aquí que la vida de María se convirtió de inmediato en un torrente impetuoso e incontrolable. Por momentos tenía mucho dinero, y en otros momentos no tenía un céntimo. Ocurría que todos quienes la rodeaban se alegraban y se divertían como podían, otras veces se escondían de los prestamistas y callejeaban pálidos y abatidos. Mayormente permanecían en silencio y reunían lo más imprescindible en sus bolsos, es decir, ropas interiores, deportivas y zapatillas. Eso les serviría en casos de prisión cuando no resultara sostener la amistad con el Estado, o en casos que tengan que ir al bajo fondo, cuando se necesite ocultarse de los bandidos y acreedores.

Al comienzo del verano del año 1992, les tocó la suerte de comprar a mitad de precio un contenedor de latas de café soluble procedente de Israel. Los grandes frascos celestes, un poco golpeados y con letras rojas en hebreo, se vendieron "volando". La gente los compraba sin preguntar por qué las latas estaban dañadas, pues las letras hebraicas les agradaba. Ignacio consiguió comprar ese café a mitad de precio. De inmediato se les levantó el ánimo y resolvieron hacer un viaje al exterior. Es decir, resolvieron ir a París. ¿A qué otro lugar podrían ir que no sea París? Se fueron a una agencia de turismo, encargaron pasajes de avión y reservaron dos habitaciones en un hotel de dos estrellas, el más barato que había en Monmartre. Una habitación era para Ignacio y María, y la otra para los amigos socios. Además, los funcionarios de la agencia les convencieron a que compren tres excursiones por la ciudad de París.

Estando ya en París, caminaban por la ciudad con la cual hace mucho todos ellos soñaban. Ninguno de ellos conocía idiomas, no tenían estudios finalizados, eran en extremo muy simples y sin picardías, todo eso estaba bien escrito en sus rostros. ¿Es incomprensible cómo personas

de este tipo pueden moverse en el ámbito comercial?! Después de haberse cargado con toda clase de pequeñeces en sus bolsos de mano en el comercio denominado Taty, situado en la plaza de La República, se subieron a un barquito y se pusieron a mirar por los costados y escuchar al guía turístico. Miraron a su derecha y vieron la Isla Cité y la Catedral de la Virgen Santísima de París. Recordaron el viejo film francés sobre Quasimodo, con Gina Lollobrigida... Después el Río Sena giraba hacia la izquierda y a la derecha apareció la Plaza de la Conciliación. Desde ésta hasta la Plaza de la Estrella se veían los Campos Eliseos. Por cierto, dicha avenida se extendía totalmente hacia el otro lado, alejándose del barquito. Ante el puente de Alejandro III, a la izquierda, estaba el Edificio de los Inválidos. ¿Por qué de los inválidos? María no pudo entender nada. Allí estaba sepultado Napoleón, ¡pero sí que él no era inválido! Allí, como si fuera especialmente, colocaron el corazón de ese mismo mariscal Grouchy, el cual no fue en ayuda de Napoleón, y, como resultado, Napoleón fue derrotado. Esto todos lo sabían por el film "Waterloo". Pero, además, vieron el enorme Campo de Marte, detrás del cual se encontraba el edificio de la UNESCO y las torres redondas de La Conciergerie, donde estaba sentada María Antonieta esperando el momento de su decapitación...

Todo lo que ellos habían escuchado se les borró de la cabeza muy rápido. Después salieron a la costa cerca del puente de Jena. Allí muy cerca se veía la altísima Torre de Eiffel, muy iluminada, a la cual suelen denominar como el inmueble más caro del mundo. Cerca del puente les mostraron en el río un lugar donde varios años estaba anclada una barcaza muy vistosa, en la cual vivía un tal Pierre Richard o Alain Delon. La guía misma no sabía con exactitud. A "Alaincito", por cierto, sí que lo recordaban todos y por eso de inmediato se reanimaron. María no era una excepción. Ese tipo de morenos con

finos rasgos del rostro y con ojos celestes a ella le gustaban. ¡No era para menos!

María e Ignacio no se subieron a la torre, pues sentían necesidad de comer algo. Ellos se separaron de sus amigos y, sin pensar mucho, entraron en la primera cafetería que vieron a su paso. Tomaron asiento, el mozo les pasó el menú, comenzaron a mirar todo lo que estaba escrito en idioma extranjero y no entendían nada. Los primeros dos días ellos comían en los lugares donde en el menú, al costado de la denominación de las comidas por escrito, se adjuntaban fotografías. Pero aquí no había nada parecido. ¡Lo que indicaba que se habían clavado! Sumado a eso, perdieron la excursión a la torre, construida con remaches, y les representó una pérdida de veinte dólares. Quedaron apesadumbrados, sintieron en el alma un profundo disgusto. El camarero varias veces pasó disimuladamente cerca de ellos para darse cuenta si ya habían elegido o no algo.

El joven comerciante de Rusia no aguantó más y, cuando el camarero con su uniforme rojo y blanco pasó por sucesiva vez cerca de su mesa, demostrando toda su dignidad, levantó la cabeza, fijó su mirada rigurosa en el camarero y mirándole directamente en la boca, en forma sonora repitió lo mismo: "Ñam-ñam, ñam-ñam, ñam-ñam..." Además, para no aparecer una persona muy limitada, pronunciaba todo eso con distinta entonación e inclinando la cabeza.

Hay que reconocerle la paciencia al personal de la cafetería, que ya estaban preparados a todas las posibles circunstancias y a los gustos de los turistas de Rusia. El mozo les sirvió sopa de cebolla en pequeños platos hondos, después costillitas de cordero con salsa y arvejas, y al final, una cazuela con mejillones bien calientes. Ellos consideraron que era sabroso ese plato y que se llevaban un buen recuerdo. Pan no les sirvieron. ¡Que hacer, no todo resulta perfecto!; ¡Se acordaron del vino, pero resolvieron, que el tren ya se fue! La excursión a la torre ya finalizó. A todo el grupo le quedaba ir a la última excur-

sión, a Sacré-Cœur que se veía a un costado blanquecino sobre toda la ciudad de París.

Todos estaban cansados. Se cansaron de caminar por los museos, escuchar al guía con sus relatos sobre la historia francesa, sobre Napoleon, Danton, y Mirabeau... También se cansaron de comer la misma comida todos los días. A Ignacio ya le tentaba regresar a casa. El preferiría disfrutar del campo libre, preparar broquetas de carne, saborear arenques con cebollita, acompañándolas con vodka. Le gustaba estar acompañado por amigos con guitarra, y al final, le apasionaba jugar unas partidas a las cartas... María al contrario, hasta ese momento nunca conoció museos, todo lo nuevo recibía con pasión, absorbía todo como una esponja. Quería que alguien le pudiese contar si al final ¿encontraron o no al piloto francés perredido? Ella incluso recordaba el nombre completo del autor de la obra "El pequeño príncipe": ¡Antoine Marie Jean-Baptiste Roger de Saint-Exupéry! además le habría gustado quedarse a mirar la sala de Louvre, donde ella había visto un cuadro, en el cual una mujer se deleita con el juego de los niños en el jardín..." ¡Que lindo sería tener una vida así!"—pensó María, y muy pensativa, se detuvo.

Ignacio la tomó de la mano y la alejó del cuadro de Rafael. Es que había que alcanzar a los amigos, y María de nuevo se sumergió en una agria realidad. Uno de su grupo vomitó directamente en el piso de la sala donde se encontraba el hermoso cuadro con la Gioconda. Es que por la noche habían estado jugando a las cartas y bebieron más de la cuenta. Toda la gente, se conduce como gente. ¡Y qué hay si estamos borrachos, es decir, si no estábamos sobrios! Las entradas las pagamos, todos caminaban parejo, tratando de no balancearse mucho, solamente miraban de manera rara y curiosa por los costados. Y ese "toro grande" no sabía conducirse como gente normal.

De inmediato apareció una mujer con un guardapolvo blanco, guantes de goma puestos y con un carrito espe-

cial. De una caja con orificios ella dispersó sobre el piso aserrín fino, y sin prestarle atención a los turistas que le circundaban, con una escoba juntó en una palita niquelada y brillante el “desayuno” del colega de Ignacio durante el juego de cartas, luego volcó todo en un baldecito rojo de plástico y se retiró.

Por más que María insistente trataba de convencer a su concubino Ignacio, nada conseguía. El se quedó en el hotel los tres días que les quedaban antes de regresar, e incluso no le dejaba a María salir a ningún lado para que no gastase el dinero en vano. Eso, sin dudas, le amargaba mucho. Es que después de cierto tiempo ella desearía llevar a Ignacio al Brasil. Eso sin falta lo haría. Ella había visto en una película que en la cuenca del Amazonas habitaban grandes lagartijas caiman que se tragaban conchas. Y al parecer, éstas podrían contener perlas.

—¡Qué tonta eres! —asi directamente reaccionó sobre sus sueños una vecina en el autobús.— ¿Para que necesitas la lagartija? Pues que tu concubino te regale perlas finas, sin tener que buscar lagartos. ¿Para qué necesitas un lagarto? ¿Qué harás con él después? Además, ¿cómo lo llevarías? ¡Estás loca!, ¡Realmente, un problemón!

En la habitación donde se hospedaban María e Ignacio se reunían por las noches todos los amigos de los negocios. Cierta vez hasta tarde se quedaron tomando cerveza y jugando a las cartas, llenando de humo la habitación. De pronto notaron que el humo se extendía por sobre un hermoso diván. Uno de ellos se apresuró hacer su jugada y por descuido tiró al diván un cigarrillo encendido. Ahora en ese lugar quedó un agujero del tamaño de un platillo. Todos se amargaron y de inmediato se les pasó la ebriedad. Sabían con seguridad que les cobrarían por haber dañado el diván, pero el dinero ya se les estaba acabando. Entonces uno de ellos propuso tapar ese agujero con una almohada, otros proponían comprar una especie de manta y cubrir el daño

realizado. Pero María asombró a todos con su ingeniosa propuesta y convicción.

—¡Bien, haremos lo siguiente! ¡Escúchenme bien! Vayan a un comercio de ferretería, compren un serrucho y bolsas de polietileno para la ropa. Levantaremos el volumen del televisor con un programa de Rock de ellos, serruchamos el diván en pequeños pedacitos y en un día sacaremos afuera toda esa basura, después todo quedará como si nada había pasado.

Los comerciantes, vaya saber por qué, se alinearon en fila, sacaron sus cabezas hacia adelante con los cigarrillos puestos en la boca y escuchaban las “órdenes”.

—Tú encontrarás un lugar adecuado para volcar la basura. —María encomendó esa tarea a Ignacio.— Allí habrá que volcar todo el contenido, pero las bolsas de nuevo tienen que traer a la habitación. —María con insistencia metía en la cabeza de los jugadores a las cartas, las simples funciones que cada uno debería cumplir.

Después de esas instrucciones comenzó el ajetreo. Las bolsas las cargaban con ropas y sacaban del hotel, o por lo menos las sacaban al otro piso, para que la sirvienta viera en ellas la ropa. Y entre las idas “vacías”, en iguales bolsas sacaban los trozos del diván cortado.

Al día siguiente entró la sirvienta. Dio un vistazo a toda la habitación y lanzó un alarido, por cierto, en francés. Vino la guardiana de la portería y del susto comenzó a hablar casi en ruso. “¿Dónde está el diván?” —preguntó ella. Por cierto, respecto a las toallas que faltaban, ya estaban acostumbrados pues casi todos los visitantes de Rusia se las llevaban, como así también ocurría lo mismo con las zapatillas, el champú y las cajitas que contenían agujas e hilos... ¡Pero que desaparezca todo un diván entero!

Ignacio no pudo evitar una burla ofensiva. El se acercó muy cerca a la sirvienta, se dio vuelta de espaldas hacia ella, se inclinó mostrándole el trasero y golpeó con la palma de su mano su redonda nalga.

La expresividad del gesto fue fulminante. Las dos damas francesas se asustaron muy en serio y de inmediato abandonaron la habitación.

De este modo finalizó el encuentro de María con la ciudad de París, con el arte europeo y con su visita al extranjero. Y, probablemente, esa era su última visita en general al exterior. Ocurrió que Ignacio estaba muy disgustado: es que se perdió mucho tiempo. Hubiera sido mejor ingeniarse para comprar y vender alguna cosa, en lugar de perder el tiempo allí mirando las sepulturas y los edificios.

3.

El apartamento en Leningrado, que Ignacio compró después del negocio rápido y rendidor con el café soluble de Israel, le servía al mismo tiempo de vivienda, oficina y local para las negociaciones. El teléfono, instalado en el corredor, atendía una joven secretaria con diploma de haber finalizado la carrera de filología en la Universidad, ella con alegría respondía a las llamadas telefónicas:

—Sí, responde el Estado Mayor de Denikin, le escucho atentamente, ¿Quién? Un minuto...

—Termina de hablar tonterías, —le interrumpía Ignacio.— No se encuentra nadie en la oficina. ¿Entendido? Todos los llamados telefónicos anótalos y no digas nada más.

De todos modos, la secretaria no podía abstenerse y ya la próxima vez volvía a responder al teléfono con alguna otra barbaridad, del tipo como sigue: “Estado Mayor del comando de caballería”, o este otro: “Centro comercial Fresas salvajes del Camarada Bergman”.

Se aproximaba el Año Nuevo, pero la champaña de producción húngara tardaba en llegar. Practicamente todo el dinero lo invirtieron en la compra de champaña marca “Madame de Pompadour”. Menos mal que

habían contratado un camión con refrigerador pagando dos mil dólares. Otra gente por poco dinero, casi regalado, contrataron camiones comunes con techo de lona impermeable. Ahora para ellos ya les daba lo mismo. Cuando los camiones bajaron de los cerros Tatra, a consecuencia del cambio de presión, se cortaron los cuellos de las botellas, lo cual daba la impresión que los húsares se dieron un festejón. Pero, no obstante todavía habría que desaduanar la mercadería, descargarla y repartirla por los puntos comerciales.

No obstante, todos ya comprendían que se habían clavado con la compra de esa champaña. Resultó que no habían previsto antes que después del 31 de diciembre esa mercadería ya no la necesitaría nadie. Quizás, los únicos que podrían comprar serían los aristócratas o los degenerados, como muy claramente se expresó un artista popular en el film “La mano con brillantes”. Bueno, aristócratas por ahora no los hay, pero degenerados había a montones... ¡La única esperanza estaba en éstos últimos...!

La bebida gasificada les llegó justamente antes de Año Nuevo. Los comercios ya no querían recibir, entonces resolvieron llevar a un depósito. Pero, como les quedaba poco dinero, tuvieron que llevar la bebida a un depósito que no se calefaccionaba en invierno. El depósito prácticamente estaba vacío, sólo había un poco de tablas y diversos materiales de construcción, pero ahora ya se sumaban las cajas con champaña. ¡Resolvieron que para venderlo habría que esperar la fecha del 8 de marzo —Jornada Internacional de Mujer! Para su desgracia, en febrero hizo un frío de 25 grados bajo cero. El guardia del depósito llamó a la “oficina” y pidió que escucharan el ruido por el auricular del teléfono. En el mismo se oían claramente los estallidos frecuentes.

—Esas explosiones son producidas por las botellas de champaña... ¿Hola? ¿Me escucha?... ¡Hola! , ¿Qué hacer?— gritaba en el otro extremo el guardián del depósito.

María de nuevo fue la primera en reaccionar. Ella le arrancó el auricular de teléfono de las manos de su desafortunado maridito y comenzó a dar órdenes precisas:

—Quema las tablas que tienes allí en el depósito. Además, allí tienes también polietileno en rollos grandes. Es necesario con ese polietileno tapar por arriba todas las cajas. Dónde quieras, pero consigue urgente un ventilador y en caso de que no lo consigas, tu personalmente con tus propias manos envía el humo por debajo del polietileno...

En general, María era una mujer decisiva. Eso ya lo experimentaron todos en su propia piel. En primer lugar, era la amiga del socio principal. En segundo lugar, ella realmente a menudo sabía dar indicaciones justas, aunque en realidad no estaba en el tema.

Explotó aproximadamente una tercera parte de la mercadería. En las botellas que quedaron enteras, se formó en el fondo de las mismas una especie de sedimento, lo cual sería un grave obstáculo para poder vender.

¡Aquí de nuevo María intervino! ¡Ella actuó como un genio! Propuso llevar todas las botellas que quedaron a los restaurantes y cafeterías, ofreciéndoles a mitad de precio.

—¡Exacto! Allí cuando sirven la chamapaña en las copas —de inmediato se ingenió la secretaria—, generalmente envuelven la botella con una toallita blanca, para no derramar la bebida por fuera de la copa, también para que la mano no sienta frío y además, para recoger las gotitas del cuello de la botella.

Reaccionando como a una orden, todos giraron sus cabezas dirigiendo las miradas hacia la “filóloga oficial”. En las miradas de los socios comerciantes se vislumbraba un aspecto intermedio entre admiración y respeto. Todos ellos siempre consideraron que el camarero con la toallita limpiaba la mesa... o las manos.

En uno de los días durante las fuertes heladas de febrero, Ignacio regresó a su casa ensombrecido y muy preocupado.

—María, para nosotros todo está terminado.

Por el rostro totalmente blanco de Ignacio, María dedujo que los negocios de su concubino cayeron en total desgracia y que había que irse de allí, en caso contrario los podrían acuchillar a todos... Sin embargo, Ignacio seguía murmurando toda clase de tonterías imposibles de comprender. María le requirió que volviera a contarle todo con detalles desde el comienzo.

—El corazón impulsa la sangre por el lado derecho del cuerpo, y hacia el lado izquierdo ya no le alcanza fuerza, —en forma silábica, con dificultad le explicó Ignacio.

—¿Cómo?

—He estado hoy en el depósito... ¡Allí hacía un frío feroz! Me puse el abrigo de pieles, botas de invierno. De inmediato noté que en todo el cuerpo sentía calor, pero del lado izquierdo, sentía frío.

—¿Eso me lo dices a mí? Pero qué tonto eres Ignacio, y eso que te compraste el diploma. Yo te decía que no compres el gamulán en el mercado árabe. No me hiciste caso, mezquinabas pagar un poco más, y ahora aguántate. ¡Vaya teoría la tuya: al corazón no le alcanzaba fuerza para impulsar sangre! ¡Dámelo!

María tomó el nuevito abrigo de color marrón, comprado en París, le dio vuelta al reverso y se echó a reír. Una manga, precisamente la del lado izquierdo, estaba confeccionada sin piel natural. Tenía algo parecido a piel, y nada más.

El tiempo pasaba, pero el bienestar material del joven comerciante y sus colegas no cambiaba para mejor. María cada vez con mayor frecuencia comenzaba a recordar el museo de Louvre, el hermoso cuadro con niños pequeños, cuadro que le generaba tranquilidad espiritual. Había que hacer algo. Tendrá que buscar ella misma la forma

de conseguir dinero, ya que Ignacio era tan ignorante y no se daba mañas para ganarse el dinero. El atractivo de María por el joven Ignacio, quien al comienzo aparentaba ser un exitoso empresario, se desmoronaba cada vez más y más con cada día que pasaba.

Al cabo de un mes, para cubrir las deudas, tuvieron que entregar el apartamento y mudarse a una vivienda comunal. La secretaria del “Centro comercial Fresas salvajes” renunció a su puesto de trabajo. Ellos no tenían camas, solamente catres plegadizos, las bolsas con la ropa no estaban desempaquetadas. Ignacio venía a la casa por un minuto o dos, aturdido, ocultándose permanentemente de los acreedores, lo cual agobiaba a cualquiera. “Yo no estoy. Despacho metales a Bélgica” —muy de seguido escuchaba de él María. Después Ignacio desaparecía por una semana más. Después más y más aún...

“Bien, para mí basta —se dijo con firmeza María—. Ya estoy más que saturada. Tengo que deshacerme de este estilo de vida. En caso contrario, comenzarán a exigirme el pago de sus deudas. Ya que él no quiere que tengamos hijos, ya que no puede ir conmigo a Brasil, y en forma permanente debe dinero a mucha gente...” Ella se amargó muchísimo, su alma quedó apenada hasta lo imposible, por todo eso y mucho más, María resolvió separarse de Ignacio.

4.

El tren “San Petersburgo—Varsovia” arribó exactamente acorde al horario. Del vagón cupé descendieron unas 40 personas con bolsos, baúles y maletas. Cuatro muchachas jóvenes que, por lo visto, se conocieron todavía en el tren, se agruparon a un costado del torrente de pasajeros que avanzaba. Todas ellas llegaron para trabajar en las cercanías de la ciudad Varsovia, en calidad de empleadas domésticas e institutrices, según avisos que

encontraron en los diarios y aquí ahora esperaban a la persona que las recibiría.

Sin mucho tardar, apareció una mujer de edad avanzada, vestida con abrigo largo de color gris, bastante usado y no acorde a la temporada. Bajo ese abrigo se veían varias faldas de seda de colores distintos, botas brillosas de color marrón, que muy ajustadamente le cubrían las piernas gordas y torpes. La vieja sostenía en sus manos un palo con un cartelito blanco, donde con dificultad se podía leer el nombre de la firma que las recibía, además, porque estaba escrito en idioma ruso con un marcador de color azul de trazo grueso.

—¿Están reunidas todas de este vagón?— fue lo primero que oyeron de ella las muchachas. Su voz era gruesa y vibrante, debido a un resfrío crónico. No obstante, la abuela hablaba en idioma ruso sin acento extranjero. —¿Tiene que haber otras dos chicas más? ¿Se han perdido en el trayecto? ¡Ahora hay que buscarlas! —dijo evidenciando un mal estado de ánimo—. El automóvil no va a esperar. No esperará...

Ella, enfadada, dijo algo más en polaco, se agitó, movió con la mano y lentamente se dirigió con su camada hacia la salida de la estación de trenes. Las muchachas caminaban en silencio, mirándose unas a las otras, encogiéndose de hombros como si respondieran unas a las otras que con nadie más se encontraron viajando de San Petersburgo, que venían sólo ellas y nadie más.

María Nelídova aún en el vagón se había conquistado respeto. Les servirían té en vasos. El té en saquitos era de buena calidad. Todas ellas viajaban en un mismo camarote. Por las localidades en el tren pagaba la compañía intermediaria que las recibía. Antes de la última estación del tren, María se acercó a la camarera del vagón tratando de averiguar aunque fuera algo útil. Se enteró que, cada semana, muchachas jóvenes como ellas, viajaban en grupitos para trabajar en Polonia. Especial-

mente en los dos últimos meses comenzaron a viajar con frecuencia. Pero, aclaró la camarera, que ella no vio que regresaran de vuelta. ¿Quizás, de a una? Pero en grupo, no, no vio ni una sola vez.

Cerca de la estación, a un costado en un pasaje, las esperaba un microbús. Las muchachas se sentaron contentas y el microbús se puso en marcha. Pero viajaron no muy lejos.

Después de media hora todas bajaron del vehículo, se llevaron sus bolsos y junto con la vieja se dirigieron hacia un furgón grande, más bien, hacia un refrigerador. María comenzó a sospechar algo desagradable, tomó con la mano a su vecina y la llevó hacia un costado. Hasta el bosque quedaban unos quince pasos. Ese bosque no era como el ruso. Diablos, vaya a saber, a lo mejor tendría unos cien metros...

En un instante, del enorme refrigerador saltaron seis hombres fornidos. Ellos volcaron a las muchachas al suelo, les ataron las manos a la espalda, les pusieron mordazas, después las arrastraron y las metieron en el refrigerador, las tiraron al piso y las taparon con colchonetas. Las puertas metálicas gofradas se cerraron. Después ya no entraba ni luz, ni aire en el interior. Los hombres colocaron un precinto de plomo con sello en la puerta cerrada y se subieron en dos coches. El refrigerador comenzó lentamente a tomar velocidad. Por delante quedaba un largo camino por recorrer.

Ellos transitaron por todo el territorio de Polonia, parte del territorio de Alemania y Holanda. Se detenían en las aduanas. En los puestos aduaneros controlaban solamente la integridad del precinto en la puerta, firmaban los documentos y después el refrigerador con "carne congelada" continuaba su trayecto acorde con la factura. En definitiva, se detuvieron solamente al cabo de 24 horas en la costa de uno de los numerosos canales, a cinco kilómetros de Amsterdam, Reino de Holanda.

En los alrededores había un bosque enclenque, ningún tipo de viviendas y tampoco caminos. En la costa estaba amarrada una barcaza con techo cerrado. Allí merodeaban una decena de vigilantes con uniforme negro, con armas y cachiporras. Al lado estaban parados dos microbuses, iguales a los de Varsovia.

—¡Otra vez mojadas las colchonetas, miserables! Para vosotras nunca alcanzan—, les gritó en ruso uno de los guardias que subió al furgón, cuyas puertas acababan de abrir. Con los pies pateaba los cuerpos maniatados de las indefensas mujeres, controlaba si están vivas o no, después llamó en ayuda a otro guardia. Juntos levantaron a una “bestia humana”, agarrándola de los pies y las manos, luego la tiraron al suelo. El cuerpo cayó, la muchacha se movió y echó un gemido. Llegaron dos tipos más y la llevaron al interior de la barcaza. Después del furgón “voló” el siguiente cuerpo, después el siguiente...

La nueva partida de muchachas volvió en sí en la bodega de la barcaza. Todas desnudas, con una mano atada con soga al respaldo de las camas. Además de ellas, allí habían otras diez muchachas que soñaban con ganar rápidamente mucho dinero. Al lado de cada una de ellas había un tacho y una jarra con agua proveniente del canal. Si desean, pueden beberla; si prefieren, pueden lavarse; y si quieren, pueden orinar también allí. ¡Pueden hacer lo que quieran! Ni bien lograron recobrar el sentido, a la bodega entraron unos veinte hombres. No eran los guardianes. Todos vestidos de manera distinta. Probablemente eran obreros locales o inmigrantes. Muchos de ellos hablaban en un mal ruso. Así comenzó la “faena”...

Resistirse no tenía sentido, incluso era imposible. Todas las posiciones estaban bien pensadas y calculadas; cada tres horas desataban la mano atada y ligaban la otra; el agua de los tachos la echaban afuera y cada tanto agregaban agua en las jarras. A veces, para la noche, a las mujeres las tapaban con sábanas sucias. Por la ma-

ñana, todo comenzaba “de nuevo”. Cada día ese tipo de “visitas” se repetía de cuatro a cinco veces. Eso les daba a los dueños del “negocio” un ingreso aproximado de cinco mil dólares diarios. ¡Equivalente a ciento cincuenta mil dólares mensuales de una sola barcaza, la cual no se trasladaba a ninguna parte! ¿Y cuántos clientes había en la circunscripción: árabes, negros, trabajadores de Asia? Mujeres alcanzarán para todos.

María comprendió todo todavía estando en Polonia, al ver el furgón. Lo importante era saber ¿dónde ellas se encontraban? ¿Qué sería de ellas después? Estaba bien claro que eran vivos testigos del rapto y esclavitud en el centro de la denominada Europa civilizada. De ellas después tendrán que deshacerse, ¿Pero cómo? Con toda la fuerza de su imaginación María no podía concebir un final afortunado. Lo único que le restaba era esperar. Sufrir y seguir esperando.

A la que se resistía y obstaculizaba “satisfacer las necesidades naturales”, la pegaban despiadadamente. Al principio, en presencia de todas, la próxima vez la sacaban afuera. Desde allí también se oía durante largo tiempo los gritos de la desgraciada, y al final, la misma era llevada vaya saber a dónde. En el lugar liberado, aparecía una nuevita. Después del primer “castigo”, de inmediato aparecieron las que se ofrecieron a informar a los guardianes sobre cualquier intento de huída.

A María le quedó la costumbre de su madre —fallecida prematuramente y quién le había enseñado coser—, de usar un trapito muy fino en el cuello a modo de adorno. Ese trapito no le quitaron. Incluso parece que ni lo notaron. Sin embargo, en ese trapito había un bolsillito con aguja e hilos, además el hilo estaba marcado con nuditos en tramos de veinte centímetros.

Llegaba a su fin un mes de martirios. María ya comprendió qué harían con ellas después. Porque más de un mes las mujeres no aguantaban y se enfermaban. Y, para

evitar infecciones, a las muchachas simplemente las llevaban y, por lo visto, las ahogaban en alguna parte del canal. María aprendió a atraer de cada partida al que le parecía más limpio. Eso de alguna manera mermaba el riesgo de contagiarse. Mientras tanto, todo transcurría de modo satisfactorio, si es que allí cabía lugar para ese tipo de palabra.

Cierto día ella le pidió al hombre de turno, trasladarla a otra cama libre junto a la ventanilla. Ese tipo durante un largo rato trató de desatarla, después la volvió a atar, pero ahora María estaba muy cerca de la luz y podía ver qué pasaba afuera. Por la noche ella midió con el hilo el diámetro del orificio de la ventanilla. ¡Que bueno! Ella con seguridad podrá pasar. Se necesitaba conocer poca cosa: qué pasaba detrás de la ventanilla. A dónde ir y en qué ropa.

Todo eso correspondía hacer sin esperar mucho. Todavía no estaba claro qué actitud adoptarían los guardianes locales al hecho de haberla trasladado a la otra cama. María comenzó a romper con la aguja la soga en la mano izquierda. Ella lo hacía con mucho cuidado, hilito tras hilito. Al cabo de dos horas ya fue suficiente con dar un tirón, y la soga se rompió en pedazos. Con esa misma aguja empezó a romper en tiras la colchoneta, después con esas tiras mal o bien logró coser una bombacha y una camiseta. El hilo terminó justo en la última puntada de la costura.

En el interior de la barcaza estaba oscuro. El guardián salió de la bodega, seguramente, para ir al baño. Todos alrededor dormían. María rápidamente, sin intercambiar ni una sola palabra con nadie, se levantó, con la mano se arrimó a la ventanilla, giró la traba, y la ventanilla de salvación se abrió hacia afuera. Ella se levantó de puntillas, después con el pie pisó el borde de rollo de las sogas y se salió hasta la cintura por la ventanilla. Le quedaba solamente deslizarse hacia abajo, agarrándose con las manos de la borda áspera y despintada.

5.

Se iniciaba el día Primero de mayo. La fiesta de solidaridad de los trabajadores de todo el planeta. Chisporroteaban los grillos y croaban las ranas, había muchos mosquitos. ¡Qué raro! Allí adentro de la “cloaca”, ella no los oía. Sin embargo, aquí en libertad, los mismos comenzaron a molestar, a zumbar, picar y perseguir.

A la sección policial María Nelídova iba a la ventura, sin saber la dirección, caminaba a través del parque por senderos de grava fina. De tanto en tanto se veían faroles económicos con luces tenues. Los pies descalzos, lastimados con las afiladas piedritas. Aunque no se veía sangre, las plantas de los pies estaban abigarradas de rasgaduras. Todo el cuerpo le dolía. En el parque por donde le tocó caminar, de tanto en tanto se topaba con hombres y mujeres que deambulaban con insólitos ropajes o con capas hechas con plumas de aves tropicales. Llevaban en las manos molinillos de papel color anaranjado. En sus rostros pintarrajeados se leía una indiferencia total. Daba la impresión de que estaban ebrios o dopados. Algunos de ellos directamente en el camino hacían sus necesidades fisiológicas. María que caminaba descalza, muy desaseada, en bombacha y camiseta con franjas, se parecía a una prisionera de un campo de exterminio, y no se distinguía en nada sobre el fondo de ese día festivo Primero de mayo. Los holandeses de estatura alta, parecidos a payasos en zancos, le miraban de arriba abajo. Todos eran totalmente indiferentes a todo.

Cerca del amanecer, detrás de una fila de árboles al fin comenzaban a aparecer casas de ladrillos con techos altos, pasaban unos que otros coches. Justo junto al parque apareció una casa de un piso. Sus ventanas estaban iluminadas con luz amarilla, cerca había muchos coches con largos faroles de señales —instalados

a través de todo el techo— y con la palabra “Politie” en las puertas. María se detuvo. Ella tenía ganas de entrar adentro, caer en el suelo y gritar. Gritar con todas sus fuerzas, golpear con los puños contra el piso. Los últimos árboles del parque no muy grande la separaban aún de la sección policial. Ella ya se aprestaba a salir del escondite, cuando al lado de la entrada, bruscamente frenó el conocido microbús estropeado y destartado. Del mismo salieron tres guardianes en uniformes negros. Seguros, como a su propia casa, entraron en la sección policial. María se puso tensa y se volvió atrás, después se dio vuelta y, con todas las fuerzas de sus pies, se alejó de allí.

El día anterior en Holanda celebraron el cumpleaños de la Reina. Hoy se festejaban el Primero de mayo. ¿Y qué será mañana? En la mente de María predominaba una sola idea: llegar corriendo a un lugar donde haya gente y caer al suelo en algún lado... Aunque fuera en un almacén, aunque fuera...

En Amsterdam en las mañanas de mayo, el día clarea temprano. A esas horas en las periferías de la ciudad casi no hay gente. Es muy raro ver un automóvil pasando el semáforo centellante, un tranvía sin pasajeros yendo silencioso en algún lugar apartado, una bicicleta con un bolso en el portaequipaje corriendo por un sendero especial. Los dueños de pequeños almacenes levantan las pesadas cortinas metálicas para mostrar sus coloridas vitrinas con comestibles, ropas y toda clase de artículos para el hogar, colocados desordenadamente en los estantes iluminados.

Después del primer fracaso con la policía, María Nelídova por mucho tiempo no se podía tranquilizar. Ella se encerró en una cabina con baño cerca de la calle, apagó la luz y, temblando de frío o de miedo, por primera vez sintió con agudeza su desamparo. ¿Qué hacer más adelante? ¿A dónde ir? ¿A casa de quién? Le estaba

claro que era un riesgo llegar a una tienda o a una casa particular. No conocía el idioma, sin documentos, tampoco tenía ropa. Directamente no la entenderían o, lo que sería aún peor, la gente pensaría que se vino así mal vestida para pedir comida. En la policía lógicamente la atenderían, pero con toda seguridad la meterían detrás de las rejas. Luego verían qué hacer, pero también podría ocurrir que la echaran de allí, para no ocuparse con inmigrantes ilegales. O vaya a saber, quizás todos estén atados por una misma soga, cómo ocurrió en aquella sección policial cerca del parque...

Lo más desagradable era que se perdía un tiempo valioso. Esas bestias podrían desaparecer de allí junto con su barcaza. Es que, a los que ella había visto cerca del edificio de la policía, no aparecieron por allí por mera casualidad: de seguro habrán levantado alarma y la estarán buscando por toda la ciudad.

Sólo esa noche, cuando pasaba a través del parque, María comprendió que ella no se encontraba en Polonia e incluso en Alemania, sino en Holanda. Ella no sabía inglés y menos aún ese idioma... graznaban como gansos, que no se entendía nada. ¡Qué bien que no se metió en alguna casa ajena! Le contaron una vez que en Holanda en general no soportaban ningún tipo de infracciones a las normas. Todo lo que difiere de las normas comunes, era contraproducente. En todas partes y en todo. En la manera de conducirse, en el trabajo, incluso en las ventanas sin cortinas de las casas de vivienda.

Pero lo principal era otra cosa. Primero de todo era necesario aplacar el ardiente deseo de castigo inmediato a todos sus ofensores. ¡Esto no se da con rapidez! Y mucho menos en un país ajeno. ¡No era el momento de relajarse! Nada terminó, por ahora. En cualquier momento la podrían encontrar y arrestarla. Entonces, ¿qué hacer? Dejar pasar las cosas. Perderse en algún

lado... Vestirse y luego ir a buscar justicia. Es decir, vestirse... y bañarse. ¿Bañarse? ¡Exacto! ¿Dónde aquí podrá haber saunas?

Habiendo agarrado una botella de un litro, vacía y de color anaranjado, María echó a correr descalza por la calle. Corría rápido y agitaba con la botella de Fanta, procurando parecerse a aquellos hombres y mujeres pintarrajeados que no hacía mucho había visto en el parque.

6.

Después de correr dos o tres cuerdas, en la pared de una casa ella advirtió la conocida palabra “Sauna”. Esa palabra es reconocible en cualquiera de los idiomas.

Todavía era temprano. No obstante, para los “gritones” holandeses todas las cosas no son como acostumbra otra gente —se acordó María—, probablemente a la sauna también iban a cualquier hora y en cualquier día.

Después de atravesar un alto cerco de arbustos espinosos de agracejo, toda rasguñada, se encontró en una plaza bajo cielo abierto, donde en un largo travesaño colgaban barriles de madera con agua. Los mismos se podía volcar con sólo dar un tirón a la soga. Por todas partes, como en un jardín, crecían plantas de jinebro. Los caminitos de piedra plana conducían directamente desde el cerco hasta la sala de dónde, sobre el aire matinal fresco, llegaban blancas nubes de vapor. Era necesario tomar un poco de calor y fijarse dónde estaban colocados los objetos. Hacía falta comprender cuándo fue abierta la sauna, para luego darse cuenta cuándo habría que retirarse. El propio local con las cabinas de saunas estaba separado por una puerta de vidrio. Adentro no se veía nada, todo era un denso vapor. María por fin se quitó las ropitas con franjas, las que le salvaron en su momento, al tacto entró en uno de los compartimientos, resultando al fin en una sauna turca.

Cinco personas, mujeres y hombres, desnudos y en silencio estaban sentados en asientos cálidos de mármol. En el cielo raso alumbraban pequeñas lamparitas azules, como si fuese el cielo estrellado. En la entrada, en ganchos de madera estaban colgadas sábanas blancas y batas de colores distintos. María estaba tentada al comienzo a llevarse una bata calentita de terciopelo... Por primera vez en el último mes ella quería ponerse alguna ropa que no se pareciera a la bombachita y camiseta a rayas que se confeccionó ella misma. ¡Pero no, no era posible! Todavía no era el momento oportuno. Ella se cubrió con una sábana ajena y pasó a otra sala, donde en el centro ardía una chimenea. Alrededor estaban dispuestas las reposaderas con frazadas muy suaves de lana. A lo largo de la pared estaban dispuestos estantes de vidrio con fruta, jugos y distintas ensaladas. Se podía comer todo a gusto. María comió lo suficiente y se acostó a dormir. Las leñas chisporroteaban agradablemente en la chimenea, de la cual se expandía en todas las direcciones el acariciante calor. Ella se durmió en un instante.

Después de unas dos horas, cuando el cerebro exitado se calmó y era posible razonar tranquilamente, María se despertó y bastante rápido imaginó qué era lo que podía hacer en adelante. Robarse la ropa e ir a buscar... a los competidores legales de esa maldita barcaza.

No resultó tan simple llevarse la ropa ajena. Los armarios metálicos, donde guardaban la ropa quitada los usuarios de la sauna, se cerraban con una llave magnética. La misma se parecía a un pequeño reloj pulsera que cada uno llevaba puesto en la mano. No era suficiente con que esa llavecita habría que quitarle a alguno, pues a la salida habría que arrimarla a un dispositivo para que la lea. En ese caso inmediatamente determinarán si el poseedor usó servicios pagos adicionales, por ejemplo, si concurrió al restaurante o se hizo masaje. Si se valió de tales servicios, entonces

habrá que pagarlos. Sin averiguar el conjunto de artificios contra robos, se podría caer en la trampa sin haber iniciado la lucha por el triunfo de la justicia. Naturalmente, también se podría romper con algún objeto la puertita del armario para la ropa, pero entonces habrá que salir por el mismo camino, o sea, a través del cerco con espinas... Pero María eso no deseaba hacer. Quizás porque ella allí gozó del calor y la limpieza. Además, no se justificaba atraer la atención de nadie.

Ella recorrió los pasillos, se fijó en el salón de masajes, en la peluquería, entró en una habitación sin cartelito en la puerta. Resultó ser una sala grande con estanterías a lo largo de la pared, con una sola lamparita de turno en el cielo raso. ¡Era todo un depósito! Allí había de todo, champú, gel, aguas de colonia, cosméticos, batas aterciopeladas de diversos colores... En los rincones estaba colgada en ganchitos metálicos simples la ropa de alguien, probablemente, del personal de la sauna. Detrás de las canastas con sábanas y batas, se veía otra puerta. María Nelídova con cuidado entreabrió esa puerta y vio el vestíbulo de la sauna donde los concurrentes pagaban la entrada, codificaban sus llavecitas magnéticas y donde funcionaban varios butiques con ropa interior y ropas deportivas. Aquí se podría entremezclar con los holandeses tambaleantes que resolvieron lavarse por fin los colores anaranjados de fiesta, tan actuales en el día anterior, que cubrían espesamente sus cuerpos.

Habiéndose puesto ropas ajenas y llevándose un frasco de champú y otro de gel para ducha, María Nelídova se dirigió con paso firme a la salida, abandonó la sauna y salió a buscar el llamado barrio de los faroles rojos. Ella no dudaba ni un instante, a pesar de no saber el idioma local, ni el inglés, que logrará contar toda su historia, y lo principal, que podrá convencer a alguien para ir junto con ella a la policía.

7.

María logró encontrar sin dificultad el más grande prostíbulo en Amsterdam. Todos los turistas extranjeros concurrían solamente a ese lugar. Es así que junto con ellos fue a la calle De Ballen. Allí, a lo largo del primer piso iluminaban varios centenares de ventanas rojas. Aunque por el momento no había nadie en su interior. En el fondo de la cuadra, en una pesada puerta de madera bajo un arca, había un papel pegado con chinchas, en el cual estaba escrito, "Administratie". María entró, la escalera que conducía hacia arriba era tan vertical que, al subir, al mismo tiempo había que apoyarse con las manos en el escalón siguiente. En el segundo piso había una sola puerta totalmente abierta. En una habitación saturada de humo, había tres hombres. Dos de ellos roncaban vestidos y tirados en los divanes. El otro, con gafas y cabellos negros y largos, estaba sentado a la mesa y anotaba algo en un registro. Al lado, en un platillo había un trozo de aromático tocino saladillo cortado en pedacitos y también pan negro fresco.

A esa "oficina" entraban cada día tantas mujeres de todo tipo, que los hombres que se encontraban en ella estaban acostumbrados a toda clase de alteraciones de las normas. Pero esta vez, al ver entrar una maravillosa dama, el muchacho rompió a reír a carcajadas, con lo cual interrumpió los dulces sueños de los otros. Éstos se movieron una y otra vez, expresaron algo ininteligible y volvieron a dormirse.

En la puerta estaba parada una persona joven muy simpática, con pantalones negros muy anchos, parecidos a un pantalón afollado, remangados casi hasta las rodillas, y en la cintura ajustados por un cinturón ancho. Por encima de una camiseta verde, con unas letras torcidas de color anaranjado, llevaba una chaqueta frambuesa de hombre, sin botones y anchísima en los hombros.

En los pies sin medias, llevaba zapatos con tacos gruesos y altos. Un quepis marrón inclinado hacia un costado, como tortilla aplastada, colocado en una cabecita muy simpática con largos cabellos claros. Se podría pensar que vino un payaso de un circo, si no fuera por su rostro agradable con ojos celestes y cabellera brillante que en forma ondulada caía en sus hombros. No obstante, de la mujer llegaba el aroma de un perfume caro. Ella entró segura en la habitación, hizo un gesto con la mano como indicando que el muchacho no se levantara (aunque él ni tenía la intención de levantarse), miró a los costados, vio un sillón roto de cuero en el rincón de la habitación y se sentó cruzándose las piernas.

—Buenos día-a-a-s, —con aplomo y aspecto serio pronunció María, pero para mayor convicción agregó:— Bonjour.

El muchacho de pelos negros se dirigió al gordo que estaba acostado en el diván y lo empezó a empujar.

—¡Eh, Nikolay, maiyshka!

María no esperaba oír su nombre, se sorprendió, señalándose con su dedo a sí misma, un tanto tartamudeando, dijo:

—¡Sí, es cierto! ¡Yo soy Mashka, soy María!...

El de gafas era yugoslavo, por una palabra dedujo que la muchacha era de la ex-URSS y por eso resolvió despertar a su compañero de Ucrania, que hacía dos meses había venido a Holanda. Le dijo en serbio: “Despiértate”, pero a María le pareció que el mencionó su nombre.

Nikolay se despertó, abrió los ojos y de inmediato se largó a reír con sólo ver a la muchacha.

—Vino un clown de Ucrania,— explicó el que estaba sentado a la mesa.

Después de tranquilizarse un poco, Nikolay preguntó en ucraniano:

—¿Usted quién es?

Su voz era tan ronca que María al principio no oyó bien la pregunta.

—Yo soy María. Soy de San Petersburgo —ella de nuevo volvió a hablar, mostrando con la mano al muchacho de gafas, un tanto sorprendida: “¡El sabe quién soy yo!”

—Bueno, eres de San Petersburgo, ¿y qué?, ¿De parte de quién?

—De parte de nadie. Vine por mi misma. No piense que busco trabajo...

—¡Está bien, continúa, no estires!

—Y tú ¿me vas a escuchar? Dame tu palabra de que me escucharás.

—¡Vaya, que atrevida que eres! Mujer, ¿qué es lo que quieres?

—¿Y tú no entendiste? —reaccionó el tercero, por lo visto era también de Ucrania. Acababa de despertarse y ahora procuraba entender, qué podría haber en común entre su compatriota y esa mujer... —No ves que está dopada o quizás habrá aspirado polvo de hongos venenosos.

De pronto Nikolay se acordó de las reglas de la economía de mercado, cayó en la cuenta de que la mujer tal vez ni era ucraniana, y agregó:

—¿Y qué me darás a cambio?

—Primero escúchame, después resolveremos. Pero, qué te cuesta, solamente escúchame.

—¡Qué terca eres! ¡Bueno dale! Pero ten en cuenta, después... vas a trabajar una semana para mí. ¿Estás de acuerdo?

—¡Sin problemas! Pero, ¿por qué sólo una semana? Se puede acordar para mucho más tiempo.

Después de haber acomodado con las dos manos su rubia cabellera, María se puso a pensar en lo monótono que era este mundo, no obstante, con todo su aspecto trató de demostrar que realmente no tenía que acostumbrarse a nada de lo que requería de ella Nikolay.

Al cabo de dos días los competidores ilegales de los faroles rojos fueron descubiertos. A las mujeres las

llevaron al hospital, a la barcaza la sacaron de allí a remolque, a sus dueños los arrestaron: tanto a los nominales, como a los verdaderos. Los guardianes abrieron fuego contra la policía, usando armas neumáticas de fabricación china, pero al final la policía los mató. A los dos choferes del microbús y a tres policías relacionados con los bandidos, los encontraron rápido y metieron en la prisión. Dos de las muchachas que habían viajado junto con María en el tren, aceptaron ser testigas. A la tercera los guardianes ya antes la llevaron vaya saber adónde.

María Nelídova, como la primera denunciante de los delitos, debía seguir un programa de defensa de testigos. A ella le otorgaron un permiso de residencia y le propusieron ocultarse. Pero María rechazó, habiendo resuelto que ella no era una boba y que sabría ocultarse muy bien. ¿Cuál sería el mejor lugar para que nadie se diera cuenta? Precisamente lo de Nikolay... en el palacio de los faroles rojos. ¡Un lugar excelente! Cómo si nada hubiese cambiado. Sólo más confortable, además, pagaban dinero.

Los juicios continuaron más de un año. A las dos testigas que protegían las autoridades, les fue mal. Una de ellas desapareció. Por más que los representantes de los organismos defensores de los derechos la buscaran, todo fue en vano. A la otra los bandidos la encontraron e intentaron de matarla. Pero ella sobrevivió, sus piernas y brazos por mucho tiempo recordarían los golpes recibidos con un caño metálico arrumbrado.

Todo el tiempo María continuaba trabajando en la especialidad, adquirida en la Europa civilizada. Ella pagaba el alquiler de su ventana por tres meses adelantados, arrendó una vivienda, registró su matrimonio con un joven pintor local, quien vendía sus cuadros con motivos de Amsterdam en las proximidades del Museo de Van Gogh. Después todo se enredó, como en un

calidoscopio: recibió la ciudadanía holandesa, tuvo un hijo varón, después se divorció, y cómo madre sola, logró conseguir todas las asistencias sociales correspondientes en esos casos, además luego recibió gratis un excelente apartamento en las cercanías de Amsterdam. Lo obtuvo, como se supone, incluso por indicación de la misma Reina Beatriz.

Las últimas gotas de lluvia

1.

Alrededor todo está oscuro y saturado de estrellas titilantes. Tú estás solo en este mundo fantástico, te mezclas en el mismo, puedes tocar las estrellas, basta solamente con tender la mano... Además, no hay ningún avión, estás solo tú y la música. La misma suena en el corazón, obligando a recordar, a soñar, a pensar sobre lo eterno... Y tan sólo cuando de pronto uno se cae en un pozo de aire, el sonido del motor que ruge forzosamente hace volver a la realidad. Allí, dónde cae un pequeño "cessna", como si fuese en el papel fotográfico, comienzan a revelarse las oscuras siluetas de las cadenas montañosas. La dispersión de los fuegos en los pasos entre montañas y en el fondo de las quebradas, los cuales instantes antes parecían inmóviles, se lanzan al encuentro, y tú entiendes claramente, sientes con cada una de tus neuronas, que no son estrellas.

Pronto se irá la noche, y sobre la bruma matinal aparecerán los agudos contornos del Pico Aiguille de Pecllet y el macizo de Monte Blanco. Aquí todo es distinto. Cada giro y bajada encierran en sí el peligro. La pista de aterrizaje es corta, estrecha, inclinada y comienza muy cerca del peñasco vertical. Para no chocar contra ese cerro, es necesario mirar muy bien y calcular con exactitud. Pero abajo no se ve nada. Las fuertes corrientes de aire arrancan de las laderas el polvo nevado. Éste cubre

densamente el aeropuerto, brilla reflejando los rayos del sol, además se balancea. Se mueve de tal manera como si alguien desconocido se metiera bajo ese enorme manto blanco y durmiera plácidamente, pero que de pronto se despertara y tratara de salirse de allí.

¡Si cada vuelo nos regalaría solamente la alegría por la observación de las cúspides nevadas sobre el fondo claro del cielo azul! Pero no es sólo la alegría que nos tienta a volar. Lo principal es el contraste entre el encanto de la belleza y la aguda percepción del peligro y del riesgo.

Atrás quedaron los Alpes, el vuelo a través de las colinas en el sur de los Pirineos, el aterrizaje en Málaga, y hoy ya es posible descansar en alguno de los pueblitos cercanos.

En Marbella el tardío otoño es nuboso y aburrido, pero el aire sigue siendo cálido y húmedo, al igual que antes. Entre las friables inflorescencias del blanco brezo, que no fue quemado por el calor veraniego, en uno u otro lugar se ven flores ave del paraíso. Tallos de *strelitzia*, como si fueran pájaros fantásticos con largos picos que extendieron sus cabezas con plumaje llamativo —sobresalido a distintos lados— y que miran la lejanía un tanto alarmados cuidando el silencio de la ciudad balnearia.

Sorpresivamente comienza a llover, de las montañas se precipita un torrente de aire que se desplaza hacia abajo, eligiendo el recorrido entre los altos edificios blancos de los hoteles. La costanera en un instante se pone desierta, desaparecen los aromas de todas las flores, la gente que minutos antes se paseaba despreocupada a lo largo del mar, se lanza para resguardarse en los cafés protegidos de los vientos. Esperando a que pase el mal tiempo, con sumo interés observan los chorros de agua de las fuentes. Inesperadamente éstos desaparecen y en su lugar se desplaza en el aire una enorme nube de salpicaduras de agua.

En el último año Antón logró sentir el encanto de ese pueblito y estaba contento de aparecer de nuevo por allí, después de una semana de vuelos diarios de Suiza a España y viceversa. El caminaba por una estrecha y escarpada callecita de la vieja ciudad, su mirada por instantes se dirigía hacia el edificio antiguo de la Capilla Santiago, o se deslizaba con indiferencia sobre los gorritos de diferentes colores, pullóveres y bufandas, expuestos en las vitrinas de numerosas tiendas pequeñas. Las naranjas maduras, arrancadas hace poco por el viento, desordenadamente corrían cuesta abajo por las baldosas con dibujos decorativos, hacia la avenida, a parar bajo las ruedas de los coches que pasaban por allí. Antón caminaba cuesta arriba al encuentro de finos hilos de los arroyitos que dispersaban el brillo plateado de las vitrinas y temía solamente de una cosa: no resbalarse al pisar por descuido algún fruto anaranjado.

De pronto, algo tentó a Antón detenerse frente a una vitrina. Ante él había una cafetería. Antón sintió la sensación de que por sus venas corría la satisfacción de un buen café amarguito, de los manjares que veía, en especial, de los churros calientes. Con la intención de darse un festejón, entró a ese paraíso saturado de dulces y, a su derecha cerca de la ventana vio un grupo de personas reunidas en torno de una mesa grande.

Dos personas de edad considerable discutían algo tratando de convencer uno al otro. Tres damas jóvenes, con iguales mantillas a cuadros tiradas sobre sus hombros, estaban sentadas y conversaban sonriendo agradablemente. Una de ellas, vivamente con su mano corrigió algo en la ropa del juguetón varoncito de unos cinco años. Ese gesto Antón reconocería entre miles...

Era Katia.

2.

Ellos se encontraron por primera vez hacía unos diez años, en la víspera de Año Nuevo, en la casa de campo de unos amigos. Antón de inmediato se enamoró de Katia, a pesar de que ella había venido con su galante amigo del círculo de hombres de negocios, sin embargo, él trataba de no alejarse de ella ni un sólo paso. Ella era esbelta, con finos y bien formados rasgos del rostro, con grandes ojos castaño-claros, impresionaba ser soñadora, pícara y despreocupada al mismo tiempo. Pero no era su belleza evidente, sino otra cosa inexplicable la que atraía a Antón. Tal vez el movimiento de las manos, suave y apenas perceptible como si rechazara alguna atrevida e insistente actitud de alguien, o quizás el tono de su voz, que de tanto en tanto sonaba similar al de los fumadores y las personas resfriadas, inesperado, pero con agradable ronquez aterciopelada. Le agradaba su mirada que centellaba por debajo de sus pestañas levemente caídas, mirada que al mismo tiempo irradiaba un semblante juaguetón, cariñoso e inmodesto.

Los huéspedes se conocieron mutuamente, brindaron varias veces por al Año Viejo e incluso pudieron bailar un rato, pero cuando sonaron las campanas anunciando el Nuevo Año no alcanzaron a destapar la botella de champaña. La primera, porque se rompió el corcho. La segunda botella que enseguida apareció en las manos del dueño, por lo visto, no estaba lo suficiente fría y no quería "dejarse" abrir. Entonces, habiéndose olvidado imaginar un deseo, el grupo de amigos brindó con sus copas de vino tinto común, y enseguida salió de la sala al porche, adornado con guirnaldas y lamparitas tintineantes. Los dueños invitaron a los huéspedes ir al litoral del golfo, congelado no hace mucho, para ver los fuegos artificiales de fabricación casera con motivo de Año Nuevo, y el palacio de hielo hecho por un artesano de la localidad.

Durante todo el último día del año llovió sin parar y únicamente al anochecer empezó a hacer más frío, y bien entrada la noche se largó a nevar. El Palacio de hielo comenzó a derretirse, pero por eso se volvió más bello, se parecía al que construyó Gaudí. Las salvas en honor del Año Nuevo no sorprendió a nadie. Los destellos, el ruido, las luces de colores elevaron al cielo varias estrellitas rojas y verdes, iluminaron el hielo, después lentamente se apagaron y al caer en la nieve chisporrotearon. Con eso como si todo el festejo terminara. Las densas nubes taparon la luz de la luna llena, quedando todo oscuro. Alguien de los invitados prendió y repartió a los presentes luces de Bengala, pero, por alguna curiosidad, los huéspedes bulliciosamente corrieron a buscar cartuchos no quemados de los juegos artificiales.

La siguiente explosión de varios petardos resultó inesperada y muy ruidosa. Los perros que durante largo tiempo jugaban con una pelotita sobre el hielo nevado, comenzaron a mover sus colas y acercarse a Katia, eligiendo precisamente a ella entre los presentes. Los perros asustados, daban vueltas chocando con sus narices las rodillas de Katia, quién, perdiendo el equilibrio, tropezó y se resbaló cayendo en la nieve blanda. Ella gritó, su gorro de piel cayó de su cabeza, sus cabellos se desparramaron en torno de su rostro. Fuego de Bengala, sembrando chispitas frías, se le cayó de las manos, entonces los perros se asustaron aún más, recogieron las colas y huyeron a la casa.

En un instante en la penumbra alguien se inclinó sobre Katia. Como jugando, ella se levantó un poco y tendió sus manos como solicitando ayuda. Ante ella estaba parado Antón. El trató de ayudarle, se inclinó más bajo, la tomó de la cintura, pero resbaló y se desplomó, ella se cayó encima de él. En esta posición sorpresiva, por algunos instantes ambos permanecieron inmóviles. Los largos cabellos con suave aroma de lavanda rozaban agradablemente el rostro de Antón, de arriba le miraban con expectativa

los ojos ampliamente abiertos y con cierta picardía. El oía la respiración profunda, sentía con todo su ser la atractiva cercanía de Katia, de pronto empezó a besarla. Frente al temor de que este casual y dulce instante pudiera finalizar, él la besaba con rapidez en el cuello, en las mejillas, sus ojos... Y por fin sus ardientes besos recibieron la respuesta de los labios de Katia.

Un destello brillante de una nueva explosión de un petardo iluminó todo el entorno e inmediatamente los separó. Transcurrido algún tiempo, después de haber gritado y admirado la belleza del hielo, el grupo de huéspedes retornó al salón para continuar el deleite con la cena. Hasta la misma partida, Antón y Katia no pudieron conversar entre sí. Observando detenidamente a ella, a cada gesto suyo y a su sonrisa, Antón buscaba encontrar alguna señal, entendible solamente para él, pero no la encontraba.

3.

Cuando ellos tenían aproximadamente 20 años a él le atraía el deporte, el club aéreo y le tentaban los riesgos, a ella le agradaba la música, el canto, la armonía en la familia y la tranquilidad espiritual. Quedó atrás la universidad, cada uno de ellos recibió su correspondiente título de economista, por delante les esperaba la carrera científica, parecía que el futuro ya estaba predeterminado. ¡Pero de pronto se derrumbó todo! El país dejó de existir. Como en un calidoscopio, todo se entreveró: la ciencia desapareció, los negocios comenzaban a surgir y al rato se derrumbaban, el dinero aparecía y desaparecía, los socios se traicionaban unos a los otros, los amigos se dispersaban. Ahora se necesitaban solamente dólares y únicamente éxitos.

Vaya saber de dónde apareció un famoso productor musical y arrastró a Katia a una vida totalmente diferente: la música, las canciones en inglés, los admiradores, grandes sumas de dinero provenientes de veladas cor-

porativas muy caras, giras al exterior con conciertos. Los espectadores se volvían locos por Katia, ella tan flexible, tan agradable y atractiva. A todos les embrujaba su voz cálida, saturada, de tono bajo, que en algo se parecía a la voz de Tanita Tikaram. A Katia la escuchaban, la apreciaban, lo cual le daba satisfacciones. Lógicamente, ella comprendía que ese tipo de carrera era casual, mucho dependía de sus relaciones con el productor y, en general, era la ley del show-business: ¡Si miras a otra persona que no corresponde, todo finalizará!

En un determinado momento, Antón también comenzó a sentir que perdía algo verdaderamente importante en la vida. Se le ocurrió incursionar en el remolino de la poesía, comenzó a estudiar el francés, después el lituano, más tarde, como un vacío, le absorbió el cielo. Después, en un accidente automovilístico fallecieron sus progenitores, y él se quedó totalmente solo. Necesitaba dinero, entonces Antón, como verdadero economista, confeccionaba sólidos planes de negocios. Algunos de ellos fueron realizados con éxito, entonces los empresarios le pagaban a su salvador con coches usados y viajes al exterior. De esa veta afortunada el ahorró una suma considerable y por invitación viajó a Austria. Allí una pequeña compañía aérea contrató a Antón porque él tenía el certificado de un centro de estudios de Vilnius, la constancia de que había hecho doscientas horas de vuelos en avión monomotor, pero lo más importante, él conocía al hijo del presidente de la compañía.

4.

Antón y Katia vivían cada uno su propia vida, con frecuencia y por largo tiempo se encontraban muy lejos uno del otro. A pesar de la inesperada forma extraña con que había finalizado su primer encuentro, sin embargo hubo un segundo y tercer encuentros... Ellos

trataban de protegerse de miles de pequeñeces del desabrido modo de vida cotidiano, de todo lo que representaba una carga, distracciones y riesgos, a fin de experimentar más y más sentimientos fuertes, similares al enamoramiento a primera vista.

Toda vez que Antón aparecía en su ciudad natal después de varios meses de ausencia, él caminaba por las calles matinales casi desiertas del centro, pasaba cerca del mercado de herrería, se deleitaba con la capilla restaurada no hacía mucho donde iluminaba una lamparita, después llegaba al patio conocido. En una vieja casa, entre las estrechas ventanas del tercer piso, dos de ellas pertenecían a Katia. Ocultándose detrás de un campo de juegos para los chicos, miraba largo rato a esas ventanas tratando en vano de ver su silueta. ¡Claro está, podría subir al piso de ella y llamar a la puerta! Pero Antón no quería hacer eso. Siempre ella estaba acompañada por los hombres del show-business, músicos, poetas y productores de programas. El lo sabía, más de una vez vio a sus acompañantes, sin embargo, nunca le surgieron sentimientos de celos. Puesto que él también tenía similares relaciones. Estando enfrente de la casa de Katia, siempre esperaba. Esperaba a que, de pronto, se apague la luz en la ventana y ella salga. A que salga sola.

En tal caso, largo rato la seguía desapercibido. Por momentos los árboles o algún trólebus torpemente ocultaban de la vista de Antón la figura de Katia. El temía que ella se perdiera de vista, o que girara por algún pasaje, entonces se apresuraba pasar el obstáculo martirizador y de nuevo, al ver a Katia, se detenía con un suspiro atenuante. Eso sucedía muchas veces, hasta que de pronto se le presentaba la posibilidad de adelantarse a ella de modo ingenioso e imperceptible, encontrándose con ella frente a frente, él fingía estar muy ocupado, y como por casualidad, distraído y deconcertado, expresaba: "¡Katia?! ¿Eres tú? Buenas..."

Ella dejaba todas sus tareas, y los dos se iban en tren suburbano fuera de la ciudad, a la costa de un riachuelo silencioso, oculto por las ramas de cerezos. Otras veces, simplemente paseaban por el bosque. Cierta vez, detrás de un brillante manto de flores, se les abrió un enorme campo amarillo-grisáceo. Después de haber llegado al medio del mismo, Katia y Antón, largo tiempo permanecieron allí acostados sobre el cálido suelo. Para Katia no existía en este mundo nada más que las cariñosas manos de Antón, y para él, la suave cabellera de Katia junto a su rostro.

Después, en silencio miraban al cielo, donde a través de las nubes se veía un tono azul, el cual era atravesado por un largo y fino filamento blanco: el rastro de un avión reactivo. De pronto ese filamento se cortó, y en las alturas del cielo se oyó una explosión... Katia se estremeció, miró preocupada a Antón y apretó fuerte su mano... En los alrededores había solamente un extenso bosque formado por tallos ya amarillos, los que con el suave viento balanceaban las espigas de trigo. Y en forma raleada se lucían azules como el firmamento, las flores de acianos... En el cielo, cortando el filamento blanco habitual, continuaba su vuelo un punto brillante a causa del sol.

5.

Ellos no se vieron casi un año. Katia con su conjunto llegaron para la semana navideña a Vancouver. Allí estuvieron tres días dando conciertos, y tres días más para descanso, después se fueron a Calgary, Toronto y Montreal. Para esa época, ya en el trascurso de medio año, Antón realizaba vuelos charter a lo largo de la costa Atlántica, desde California hasta Vancouver. He aquí que se le presentó una semana de descanso en la nevada Colombia Británica.

Antón, de casualidad, miró la cartelera de espectáculos y vio el nombre del conjunto musical ruso y el apellido conocido. Los incomparables sentimientos de pronto revivieron, lo llenaron, lo acapararon y ya no lo dejaban libre. Supeditándose a ellos, atravesó toda la ciudad a pie hasta el edificio del Teatro de la Reina Elizabeth.

La gira musical ya finalizaba, ese día daba su última actuación. Al dar en la sala, Antón penetró detrás del escenario, largo tiempo deambulaba entre los bastidores, entre portales plegadizos, en espacios arrinconados con decoraciones tiradas desordenadamente, hasta que no entró en un corredor estrecho con salitas para maquillaje y allí, por fin, encontró a Katia. Ella estaba sentada en una silla enfrente de un espejo grande, con marco de madera, decorado con arabescos, y con movimientos de la mano, que únicamente ella podía hacerlos como rechazando a alguien, se quitaba el maquillaje con una servilleta de papel. En la mesa, en el suelo, en el diván junto a la pared, en todas partes había flores...

“¿¡Katia!? ¿Eres tú? ¡Muy buenas!” en voz baja, como santo y seña, pronunció Antón. Ella se estremeció.

Después hubo una noche. Pero esa noche para ellos, era como la primera...

Apenas aclaraba. Katia le miró a Antón. El desobediente copete en su cabeza le daba a sus facciones un aspecto algo infantil, su rostro dormido le parecía tan familiar que la tentaba acariciarlo con la mano sus mejillas no afeitadas, rozarle sus hombros musculosos...

Si, ella se había enamorado de Antón en el mismo momento cuando por primera vez vio sus ojos grises, los que le hacían recordar la lluvia otoñal. ¡Y esas largas pestañas! Las que tan quisquillosamente parpadeaban durante el beso casual. ¡Pero que tímido que era en aquel entonces! Antón, al caer en la nieve junto a Katia, estaba acostado y como si esperara algo. Transcurrió un instante, pero a Katia le pareció una eternidad. Era ex-

traño, pero ella después se olvidó de eso. Ahora lo recordó. Recordó también su pequeña cicatriz casi invisible en la mejilla. Decía que era de un golpe con vidrio roto de la cabina durante un aterrizaje fallido. Katia enseguida notó esa cicatriz e incluso quería rozarla ligeramente con sus labios... ¡Pero los petardos! Pues, con éstos todo comenzó y con los mismos todo terminó.

Katia emergió del torrente de recuerdos, se levantó y, envolviéndose con una frazada, se acercó a la ventana. La densa nieve caía en forma de grandes copos. Los faros de la calle todavía alumbraban con luces amarillas, haciéndole recordar la pasada noche frenética. Este amanecer resultaba ser de un modo muy singular y obsequiaba la esperanza. Parándose en puntas de pies, Katia entreabrió la ventana y, sacando afuera la mano, comenzó a cazar copos de nieve. A ella le parecía que, mientras los copos de nieve se derretieran, ella lograría pensar un deseo. Pero, resultaba que los copos de nieve se derretían rápido en la palma de la cálida mano, transformándose en una gota de agua... ¡Cómo todo transcurre tan rápido! de pronto pensó Katia e inesperadamente las lágrimas comenzaron a correr de sus ojos. Antón se despertó, se acercó a ella y la besó en el cuello, trató de mirarle al rostro, pero ella se dio vuelta, puesto que no deseaba que él viera sus lágrimas. Entonces Antón la tomó por los hombros, le dio vuelta con el rostro hacia él y comenzó a besarla. Sus labios tiernamente quitaban las lágrimas de sus mejillas y pestañas. La liviana manta se corrió y luego cayó, dejando al descubierto el delicado hombro de Katia, su blanco pecho y la piel aterciopelada de las atractivas caderas... Los brazos de Antón rodearon fuertemente la cintura de Katia y él le susurró silenciosamente: "Yo siempre estaré contigo..." Por la calidez de esas palabras, temblaba cada célula del cuerpo de Katia, y para que ese instante durara eternamente, ella deseaba quedarse inmóvil y no respirar... Incluso el paraíso para

ella le parecía precisamente así, nevado, con una enorme luna que no se apagaba en el cielo matinal sombrío. Estar así juntos frente a la ventana y mirar esa nieve.

Dos días ellos no abandonaron la vivienda que él siempre alquilaba cuando llegaba a esa ciudad. Dos días casi no comían, no pensaban en nada, pero ella soñaba...

He aquí que ha llegado su última mañana. Katia por primera vez en su vida volaba dentro de la cabina del avión. ¡Ay, cómo ella deseaba sumergirse en ese inmenso espacio celeste, el cual tan frecuentemente miraba a su Antón! ¡Tocar con las manos sus nubes y ver desde más cerca el sol! El "cessna" de juguete lentamente se elevaba al cielo. Abajo, en la tierra cubierta de nieve se veían los serpenteos de los caminos en forma de finos hilos negros, y de tanto en tanto, las casitas de distintos colores, semejantes a las de las muñecas.

¡Qué cielo, cielito!... El cielo de él, que ahora para ella parecía tan cercano e incluso muy familiar... De pronto se produjo un pozo de aire, y por una fracción de segundo, inconscientemente, se acelera el pulso y el latido del corazón. ¿Le dió miedo? ¡Para nada! Ella sabía que había algo más que los motores y las leyes aerodinámicas. Y ese más era su amor hacia Antón, a su cielo, a su avión y a la propia vida en sí. Ella comprendía que la alegría que buscaba en Antón, no solamente se ocultaba en él, sino que respiraba en torno a él por todas partes, además sentía que el amor entre ellos dos no era una simple sucesión de encuentros casuales...

Esa mañana Antón por primera vez sintió que sin Katia, sin estar todos los días a su lado, no podría vivir. No podría, como antes, volar, soñar, sentir...

El cielo infinito —su única propiedad— con el cual desde su infancia soñaba, lentamente desaparecía, dejándolo a solas con Katia. El comprendía que el amor entre ellos era muy singular y aunque como una fuente pulsante, unas veces surgía y otras veces, desaparecía,

no obstante ese amor era tan limpio y puro como el manantial.

Ese día él percibió cómo en la felicidad de ellos se inmiscuían otras fuerzas, llevándolos a distintos lados. Para Katia, cómo pensaba Antón, la carrera de artista era una pasión temporaria, un trasfondo, en el cual trascurren sus encuentros brevísimos. Para él todo era más complicado. Su trabajo obedecía a una pasión. Le generaba dinero y le permitía conservar el nivel habitual de vida, viajar y amar a Katia... Para Antón, el no poder volar equivaldría a la pérdida de sí mismo. También la vida familiar en plena armonía de sentimientos y tranquilidad espiritual, era totalmente otra cosa de la que le preparaban sus padres. Había, además, otra circunstancia que no se advertía en un comienzo sobre el fondo brillante de su heroica profesión: él no sabía hacer la elección en las situaciones complicadas de la vida. ¡No en su trabajo diario, donde había un riesgo directo! Sino, allí donde tal riesgo no existía.

Para ellos los dos, cada uno de los encuentros se convertía en una fiesta. Pero ese día coincidió con los fuegos artificiales de Navidad. El regolfo se llenaba lentamente con yates y lanchas que entraban por la izquierda de un estrecho como un torrente compacto, parecido al de los automotores que movían por una avenida con mucho tránsito. En la noche se veía sólo la luz roja de los petardos grandes. En el cielo alrededor de la barcaza, desde dónde lanzaban los petardos, en espera del espectáculo, patrullaban pequeños avioncitos.

Estallaron las primeras salvas de los juegos artificiales, sobre la superficie del mar se oyó la música; sus sonidos, como embrujados, comenzaron a penetrar en el alma de Antón, obligándole a ver simultáneamente tanto el pasado como el futuro. Comienza el susurro del campo de trigales iluminado por los rayos del sol y cruzado por líneas finas de aldizas celestes, el ruido de las racimos de cerezo aliso. Después esa música fantástica pe-

netra aún mas profundo, y ya bajo la polifonía oculta de la fuga, la línea de una voz se parte en dos... Luego en lo alto del cielo estallan los globos de diverso colorido. Sus centelleantes luces se dispersan, como pelusas del amargón, de nuevo se agrupan y ya en forma de dos enormes universos, bajo los penetrantes y alarmantes sonidos de los violines se precipitaron hacia distintos lados...

Katia partió el día siguiente.

6.

Continuaban las giras por Canadá. Katia cantaba, bailaba, cambiaba de ciudades, de nuevo volvía a cantar y solamente de noche, cuando finalizaba el efecto narcotizante del escenario, los mismos interrogantes de antes comenzaban a martirizarla impidiéndole dormir. ¿Por qué ellos se encontraron, tan distintos? ¿Por qué se enamoraron? Él en el cielo y ella en la tierra. El solo con sus estrellas; ella, siempre en la espesura de sus espectadores y admiradores. Como si fuera que las partículas cargadas contrapuestas se atrajeron, chocaron casualmente, y después, parecería, que ninguna fuerza podía desunirlas. ¿Pero cómo quitar esa mezcla de tristeza que se acumuló gradualmente en el alma de Katia con la reiteración de encuentros supuestamente felices y despreocupados, pero en realidad, tan desesperanzados? ¿Podrá Antón abandonar el cielo? A ella siempre le martirizaban esas dudas cuando se separaban, pues ella quería comprender qué será después, cómo vivir en el futuro.

Al final de la gira ella tuvo un sueño. Supuestamente, Antón viajaba en coche hacia un determinado lugar y ella bajo una lluvia torrencial, empapada, corría largo tiempo a la par, movía las manos, golpeaba la ventanilla... De pronto el automóvil mermó la velocidad y, al chocar contra un árbol, se detuvo... Ella también se detuvo... El vidrio de la ventanilla no bajaba y la puerta no se abría. Al co-

che no se podía entrar y tampoco nadie salía de adentro... Tampoco se podía ver si había alguien en el auto. Ella seguía de pie inmóvil, pero en un determinado momento entendió que Antón allí no estaba. ¡Falleció, se estrelló, murió! Habiéndose despertado por el propio llanto, Katia sintió un dolor insoportable al comprender que todo había terminado, que ya nunca podrá verlo, no podrá decirle aquello que quería decirle... El dolor que se volcó fuera del alma, le cubría los ojos con lágrimas insoportablemente saladas y por largo rato no pasaba. ¡Pero era un dolor a su vez grato, puesto que Antón estuvo en su vida!

Después del encuentro en Vancouver pasó un año, después dos, después más... Ella tiene un hijo, ella se casó, abandonó el canto, se trasladó a otra ciudad... Cada vez con más frecuencia sus complicados sentimientos hacia Antón eran sustituidos por pensamientos claros. Cada vez más lógicas y convincentes sonaban para ella las viejas argumentaciones de sus padres a favor de otro modo de vida.

“A muchos les gusta la lluvia —se decía a sí misma Katia—. Esa lluvia golpetea en el techo, y ese agradable y tranquilizante ruido, por dentro obliga a soñar y pensar en el futuro, recordar el pasado... ¿Es agradable? Seguramente que sí, es agradable. Pero eso nunca lo aceptaba. En la infancia, cuando llovía, no estaba permitido pasear; cuando tenía una edad mayor, otra vez resultaba desagradable, porque la lluvia dañaba el maquillaje...” Naturalmente, Katia comprendía que la lluvia nutre y purifica la vida. Pasó la lluvia, entonces, por favor, sigue floreciendo, canta y baila. Pero ¿estar todo el tiempo bajo la lluvia? Y si había suficientes razones para querer esa lluvia, entonces sería por el sólo hecho de que esa lluvia, sin embargo, en algún momento finalizaba... o se transformaba en nieve. Al igual que con Antón, con sus ojos grises oscuros, que se parecen a la lluvia otoñal... Alejarse de una persona con la cual te sientes feliz es muy difícil.

Pero toda vez que se separaban, ella sentía y con mayor precisión comprendía que podría llegar el momento de una pérdida real. ¿Y si de pronto todo ese mundo frágil y feliz, en un momento dado se fractura y se dispersa? No habrá una familia, un hogar, hijos... Entonces ningún escenario podrá dar la sensación de equilibrio espiritual.

* * *

Al ver a Katia en la cafetería, Antón no se acercó a ella. El rápidamente se dio vuelta y abandonó la sala. Los pensamientos inhabituales presionaban y, además, quemaban la conciencia. Algo así como el Hombre-anfibio, una vez encontró su amor y después de haberse sumergido en un profundo y hasta ese momento desconocido sentimiento, pero de todas maneras terrenal, Antón ya no podía como antes, deslizarse libremente en el aire, entregándose totalmente a ese estado misterioso del alma. El debía hacer una elección, sin embargo no pudo, o no supo elegir. ¿O ya había hecho esa elección?

El caminaba por las calles de Marbella al encuentro del sol poniente, fijándose en los rostros de la gente que pasaba, memorizando sus sonrisas y sus movimientos casi imperceptibles. A su alrededor seguía la vida corriente, despreocupadamente paseaban los transeúntes, se abrazaban las parejas de enamorados, los niños largaban burbujas de jabón y después saltaban, tratando de agarrar esos globitos que reflejaban todos los colores del arco iris...

7.

Otra vez se vino el tardío otoño. Katia paseaba con el hijo por el parque. Ya oscurecía, de pronto se largó una lluvia torrencial. A su lado, resonó el vagón del tranvía. Tratando de salvarse de la fuerte lluvia, ellos saltaron a la puerta abierta del tranvía y se acomodaron en un asiento

libre. Un hombre ya mayor, vestido con sobretodo, con cabellera canosa y un bastón de madera en la mano, estaba sentado frente a ellos y hojeaba un diario abierto. Los ojos de Katia espontáneamente fijaron su mirada en las extensas páginas. Abajo, a la derecha, casi por debajo de la mano del pasajero, apenas se podía ver una fotografía en blanco y negro. “¡Antón! su rostro...”, en su pecho, en forma acelerada y pesada latía el corazón, todo entorno comenzó a dar vuelta y desaparecer detrás de un fino velo, Katia ya no podía distinguir que era lo que avanzaba: si el tranvía o las siluetas oscuras de la gente en su alrededor, no sabía dónde estaba ella y dónde su hijito... Katia apretó fuertemente su manito, un minuto después, tiernamente le pasó con la palma por el copete en su cabeza y, ocultando el rostro, se volvió hacia la ventana. Katia abrazaba los hombros de su hijito, una y otra vez retornaba imaginativamente a la mañana helada en Vancouver...

El viejo tranvía rechinaba con sus ruedas en las vías de la ciudad. Las hojas se desprendían de las ramas bajo el peso de la primera nieve. El viento las levantaba, las hacía volar y derrumbar del vidrio las últimas gotas resplandecientes de la lluvia.

Cuando todas están en casa

Mañana otoñal. Las olas del mar ya frío golpean la costa, mordiéndola, y lentamente retroceden. La ráfaga de viento dispersa el astringente aroma de la marchitez. En el aire vuelan infinidades de hojas que caen...

Salí de debajo de la frazada y me estiré con satisfacción. Me pareció que ya era tiempo de levantarme y salir a pasear. Hoy está nublado y por eso Borís, seguramente, se irá por el camino más corto del bosque. Pero no importa: también allí conozco muchos lugares bonitos donde es interesante detenerse y mirar alrededor. Por ejemplo, mi pino preferido... Esa especie tiene una suave corteza con dibujos rameados, que da la impresión de que me sonríe. Sólo que desde abajo el tronco recto y alto comienza a cubrirse de moho verde y húmedo. Resulta muy agradable aspirar el aire humedecido por la lluvia, que de modo ameno golpeaba el techo de la casa toda la noche... Allí siempre susurra la hierba marchita, y en la tierra hay muchísimas hojas amarillas y mojadas.

A mí, en general, me gusta pasear por la mañana por ese caminito angosto. En los alrededores hay muchos pinos y pocas plantas de arándano. Éstas son muy desagradables. Después de pasar por lugares donde crecen esas plantas, casi siempre sales de allí con los pies mojados. A mí eso no me gusta. Borís caminaba a la par haciendo llamadas telefónicas. Está ocupado. No tiene

tiempo para atenderme. Bueno, ya que es así, me iré rápidamente a mi preferido lugar. Allí la costa hace un giro brusco, formando un pequeño golfo, donde hay mucha hierba succulenta y juncos. Después de haber llegado en silencio al agua por detrás de los árboles, comencé a inquietar a los cisnes blancos, los cuales con frecuencia vienen aquí para descansar. Largo rato corro a lo largo de la costa tratando de demostrar con todo mi aspecto quién es quién. Bueno, por lo menos este lugar, junto a mi sendero... Los cisnes se retiran hacia un costado, sin ajetreo, sin aleteo, balanceándose suavemente en las olas. Incluso sus largos pescuezos no giraron hacia mi lado. No son como los patos. Estos de inmediato levantan vuelo y se fueron lo más lejos posible. Los cisnes vocean, aletean pero no se van.

Después de restituir la justicia, con sentimiento del deber cumplido, regreso a casa. Borís ya ha preparado la comida y trae los platos a la mesa. Luego de un prolongado paseo con el estómago vacío todos tendrían hambre.

Al sentir la afluencia de alegría, adelantándome a Borís, también me dirigí hacia la mesa. Por cierto echando una mirada para ver si traen precisamente mi plato, o tal vez, hayan cambiado de idea y, peor aún sería que se hayan comido todo solos. Pero por ahora, todo en orden. Comenzamos a comer.

Habitualmente como muy rápido mi porción y espero que Borís recuerde las palabras de cierto doctor y deje la mitad de su desayuno. Espero ese prodigioso instante sentado en el diván, con los pies recogidos y mirando totalmente a otro lado. En el ambiente se siente el aroma de carne cocida y trigo sarraceno. Además, su porción de trigo sarraceno con seguridad tiene bastante sal y suele estar adobada con abundante aceite de oliva, lo cual hace que sea no sólo una simple papilla. La cantidad de lo comido por Borís aumenta, y lo que queda en su plato, para mi desgracia, inevitablemente disminuye.

Se me ocurrió recordarle de alguna manera de mi presencia. Golpeteando ligeramente por la mesa, me puse a cantar algo de lo que le irritaba a Borís. Yo sabía perfectamente qué no le gustaba, qué no soportaba y siempre después comenzaba a regañar. ¡El efecto era nulo! La cosa se ponía mal. Habrá que tener una injerencia directa. Esa era, en general, una variante infalible, pero quedaba en claro también otra cosa: valerse de dicho recurso era posible únicamente en los casos extremos. Esta vez de nuevo triunfé, con satisfacción regresé al diván, me recosté con placer, colocando la cabeza sobre una almohada roja grande.

Habiendo comido lo suficiente, nosotros en silencio mirábamos la televisión. Como siempre, no había nada de interesante: puro ruido y centelleo de imágenes. Pero cuando pasaban la película “Diecisiete instantes de la primavera” o los partidos de fútbol, entonces Borís gritaba a voz en cuello, pero yo me sentía incómodo, temía y sufría por él. Hoy por el contrario. Todo idílico, ningunas emociones. El sueño nos iba cautivando lentamente a los dos.

Un poco después, Borís se levantó para servirse té en una taza grande. Enseguida me levanté para verificar si él no se hacía un sandwich con queso. ¡Incluso también con fiambre! En realidad se sirvió demasiado té... Será difícil que pueda tomarlo todo sin nada. Pero esta vez me equivoqué. Bueno, peor para él. Con un panecito y algún manjar delicioso encima, sería mucho más sabroso.

Él me asombra. Pues sabe que al té endulzado hay que, sin falta, acompañarlo con pan y queso. Yo vi que el té estaba endulzado. ¡Zas, ahí lo tienes! ¿te imaginas, si él se habría hecho un sandwich?: Bien, imaginémonos. ¿Piensas que me daría la mitad? ¿Crees que daría? ¡De ningún modo! De inmediato lo metería entero en su boca y durante largo tiempo lo estaría masticando y de tanto en tanto lo acompañaría con té. ¡Yo sí que le co-

nozco muy bien! Lo haría para no convidar. Es un mezuquino o simplemente un comilón. Por ahora no lo pude entender. Lo observo y comparo con los otros. Para mi es importante aclarar ese hecho para poder aplicar formas más efectivas de influencia sobre mi familiar mayor.

En general, Borís es un buen muchacho y yo lo aprecio mucho. Me gusta abrazarlo y darle besos. Me agrada cuando él me invita ir con él a pasear en coche. Habitualmente yo me siento a su lado, pero cuando él por algún motivo se baja del coche, yo me siento en su lugar frente al volante. La gente que pasa se sorprende que, siendo tan pequeño, ya sabe manejar... También suele ocurrir que, cuando me despierto, corro la frazada a un costado, abro los ojos y por la ventana, que abarca casi toda la pared, miro las hojas amarillas y anaranjadas de los abedules, sobre el fondo de las coníferas que siempre están verdes...Entonces Borís se me acerca, me acaricia, me tapa con la frazada hasta la cabeza y de nuevo se acuesta a dormir. Yo suspiro profundo, muy profundo. En ese sonido siempre se expresan muchísimas notas de lástima, y Borís de nuevo comienza a acariciarme. ¡Qué felicidad cuando todos estamos en casa! Es que algún día esa felicidad de todas maneras finalizará...

Otra situación más, cuando él se va, yo ansío muchísimo que él retorne lo más pronto posible. En esos casos, lo espero con temor de dejarlo pasar. Me acomodo directamente sobre la hierba y durante horas miro hacia el portón, sin distraer la vista. O me voy enseguida a un canto rodado grande que está cerca de la casa. Cuando me siento intranquilo, siempre voy allá. Suele ocurrir que me recuesto, es cálido y tranquilo. Esa piedra ejerce un efecto benéfico. Desde hace mucho está ahí. ¡Muchos, muchos años! Todavía yo no existía en el mundo. Suele suceder que por largo rato permanezco acostada allí. Entonces oigo que la piedra, como si no me aguantara, muy lento susurra: "No trajina-a-a-s...". Pero si ya se hace

tarde y tengo que ir a dormir, entonces, es lógico, me voy a casa, pero de todos modos, una media hora me quedo parado en la puerta con la cabeza inclinada y espero. Y si de pronto... Es que hay una gran diferencia: dormir-se uno solo en el diván en la habitación de la abuela o en una cama grande junto con Borís.

Ayer, para el día de mis cumpleaños, trajeron al miembro de la familia más chico. Es tan pequeño y tan blanquito, con ojitos redondos y oscuros. Idéntico a un conejito. Y corre de manera parecida. Le riño, pues yo soy el principal, sin embargo no se aleja, únicamente da vueltas en torno mío. Aparenta ser inteligente. Debe ser que de entrada se dio cuenta de que yo no le podré alcanzar. ¡Pueda que sea inteligente, pero es maldito! Ya logró quebrar y desgarrar todos mis juguetes que estaban tirados por todas partes en el predio. Sus dientecitos son filosos, le dan comezón, por eso agarra todo lo que está a su alcance, pero lo curioso es que se ingenia asir lo más valioso. El teléfono de Borís ya lo masticó; el mando a distancia del televisor, también; las zapatillas preferidas, recuerdo que siempre le traía, y ese infeliz también...

De entrada le enseñé quién era el dueño en la casa. ¡A Borís no le hace caso! Si él trae algo sabroso, ese animalito ni se acerca, gira el hocico hacia otro lado, como si no viese nada, o como demostrando que no lo necesita. ¡Es lógico, yo estoy cerca! ¡Le quitaré de inmediato! ¡Conmigo no se juega! Otra cosa es cuando yo estoy lejos, acostado, por ejemplo, en el diván con Borís. En ese caso, el guacho se siente en plena libertad. Se lleva lo más rico a algún lugar más distante, cava una fosa en la huerta, pone allí su hallazgo como puede, y después con el hocico cuidadosamente lo tapa, luego retorna como si nada hubiera pasado. Pero, resulta que la nariz está sucia con tierra. ¡Vaya, qué inteligente! Pues, yo veo todo, de inmediato saco mis conclusiones, después observo

y vigilo todos sus movimientos y actitudes posteriores. Aunque “movimientos” y “actitudes”, como decía por televisión un tal Müller, era lo mismo.

Nuestro nuevo amiguito tiene dos particularidades. En esto no me puedo ingeniar cómo influir de alguna manera. En invierno bajo la nieve, seguramente por el olor, encuentra todos mis juguetes que todavía en otoño fueron dejados en el predio. Y además, Borís le dice: “¿Dónde está nuestro patito”? ¡Vaya, pues, “nuestro”! Entonces de inmediato lo encuentra. Incluso puede hallar la “ranita”, muy pequeña, sin embargo igual la encuentra. La saca de debajo de la nieve y corre saltando por el montón de nieve y, lo mas curioso, no se hunde en ella. Yo, no percibo las cosas por el olfato, sino que simplemente recuerdo dónde se encuentran. Y este ¡cómo un cazador!... ¡de lo ajeno! Suele ocurrir, que sale corriendo con mi patito en la boca al caminito hecho en la nieve, y se para muy orgulloso, como insinuando: ¡Miren, vean cómo soy! Orgulloso, inteligente e ingenioso. Le faltaría un quepis en la cabeza y pantaloncitos con tiradores cruzados. Él ni sabe ladrar. Solamente mira en silencio con aspecto del que, se supone, gusta pensar mucho. A veces, cuando Borís barre la nieve o en otoño las hojas, él se desprende de la correa, se tira sobre la pala o rastrillo, chilla, gruñe, maulla como un gato, hace de todo, menos ladra. No se sabe si es porque le gusta ese movimiento de acá para allá, o porque le falta hierro en el organismo, después que logra prenderse del rastrillo, lo lame como desesperado. De lo contrario, puede quedarse sentado frente a la puerta una hora sin lanzar un solo sonido. ¡Incluso en invierno!, ¡Vaya, todo un héroe!

Ahora diré lo principal. La cama en la que duermo con Borís es bastante alta, por ahora sólo puedo subirme en la misma. Pero, lo hago con dificultad y solamente del lado derecho. Sin embargo, este guachito salta primero, se sienta en mi lugar y como si nada pasara. Eso

lo hace no para humillarme. Nada de eso. Lo más probable, es que trata de demostrar un proceso natural del cambio de poder. Yo camino de aquí para allá, le paso a Borís mensajes ultrasónicos, como diciendo que saque del pellejo a ese guachito de mi lugar. ¡Pero, no! Uno ya duerme, el otro se divierte de felicidad. Yo no puedo así, simplemente, de un salto subirme a la cama. Si yo pudiera, y seguro que te darías cuenta, dónde estarías ahora aullando y pidiéndome disculpas.

En breve, después de disfrutar de su grandeza repentina, por si solo, lentamente, a desgano, como haciéndome un gran favor, se pasa por encima de Borís al lado izquierdo de la cama, dejándome libre mi lugar. ¡Bueno, por fin, aunque demuestre ser un maldito en lo particular, pero a escala mayor resulta ser “buena gente”! Esto es lo que alegra, obliga a aguantar sus artimañas, a ir acostumbrándome de a poco, y ya así, en general, me parece que empiezo a quererlo.

Yo por fin me subí a la cama, me recosté sobre la frazada en los pies de Borís, por la satisfacción que experimenté, por costumbre, suspiré sonoramente. El pequeño cachorrito sintió timidez, bajó la cabeza y se me acercó para lamerme. “¡Solo eso ma faltaba! — pensé yo.— Mejor sería que no te pegues a nosotros cuando con Borís salimos a pasear. Siempre se viene pegado, se viene dando vueltas en torno nuestro. Si sigue así, se le ocurrirá también llegarse a los cisnes. Aunque hasta este momento, por decir la verdad, ni una sola vez se le dió por ladrar a los cisnes...”

Capítulo primera

El Escritor miraba por la ventana removiendo el café. La vista panorámica era romántica, se veía un estanque estrecho con las ramas colgantes de hortiga y otras plantas alargadas que gradualmente le cambiaban su anchura y lo transformaban en un aljibe deforme, bordeado por cadillo y cardos. Entre ese verdor, en forma exuberante florecía una hermosa flor azul. Eso hacía recordar los cuadros de Van Gogh y alegraba la vista. Aunque la luz del sol no le encandilaba, el Escritor entornaba los ojos, estaba ensimismado con sus pensameintos. Por la taza con el café, directamente sobre la mesa, corría irreversible una pequeña gota de un líquido marrón. La cucharita producía su propio sonido, de ninguna manera en el ritmo que le proponía la mano del que iba a saborear el café. El Escritor soñaba.

Todo el tiempo soñaba sobre una misma cosa.

Después del desayuno, sin haberse duchado, él ponía sus manos —tal cual lo hacía Van Cliburn— encima de la máquina de escribir y, después de una larga pausa, indefectiblemente escribía sobre una hoja limpia de papel las palabras: “¿De qué, de qué, pues de qué escribir?” Tenía tantas ganas de abigarrar un nuevo texto con modernas ideas axiomáticas, tan agradables para el corazón del Escritor, con palabras multiconjuntivas, con alusiones y reminiscencias...

La Mujer que le preparaba el café y que compartía con el Escritor el techo, le ponía sus manos en los hombros, le besaba en la nuca y repetía: “No es nada, no es nada”,

como si tratara de alentarle. Él, agachaba la cabeza, tomaba su mano, la apretaba entre las suyas y la miraba con sensación de culpabilidad. Ella reiteraba una vez más “¡No es nada!”, y antes de retirarse lanzaba un beso aéreo al Escritor. Después se iba. Él se quedaba solo, a medio girar, en el sillón y fijaba su vista en el suelo, mirando cómo lentamente se secaban los rastros de los pies húmedos.

Merodeando por las habitaciones, el Escritor a veces chocaba con paquetes de diarios que estaban tirados en la puerta de entrada. Allí los acumulaba la Mujer que, a su vez, diariamente los encontraba en el buzón del correo, a ella misma no le interesaban las noticias. El Escritor sacaba del montón un diario, lo abría y hojeaba las páginas sin leerlas. Los folios negro-blancos paulatinamente cubrían toda la mesa. Después el Escritor los tiraba de la mesa y suspiraba profundamente. Sus manos estaban sucias. Ese hecho se repetía bastante tiempo.

El Escritor en cierta época publicó una novela corta, o diríamos más bien, un relato largo. Recordaba muy bien los momentos felices cuando esa obra se iba creando. En aquel entonces, con el gran entusiasmo por su feliz creatividad, él muy agitado agarraba lo primero que hallaba a su paso: trozos de papel, sobres, diarios viejos, etc. y con fino y prolijo carácter de la letra, volcaba en ellos fragmentos de pensamientos que de pronto surgían. La Mujer recortaba prolijamente las creaciones del Escritor y las pegaba con engrudo casero sobre las hojas de papel. Esa tarea la entretenía y al Escritor no le concernía. El escribía, por que le resultaba fácil escribir. Resultó algo así como saturado de acontecimientos. Dichos acontecimientos se entrelazaban como víboras en la cueva, creaban intrigas que despertaban el interés en el lector.

Una sólida revista publicó por partes el relato en sus últimas páginas. La redacción no estaba colmada con cartas de entusiasmo de los lectores, pero cierta firma especial que se dedicaba al estudio de la opinión pública para

la revista, anunció que el relato tuvo “buena aceptación”. El anciano redactor bastante calvo, con gran satisfacción le dio un fuerte apretón de mano al Escritor, diciéndole:

—¡Para los dos siguientes trimestres ya tenemos algunas cosas, pero después, después estaríamos muy gustosos!

El Escritor se alegró como un niño. Sus prosas los lectores las leían, les gustaba y pedían más.

Ahora había que pensar en una nueva obra. Él ya sabía que la misma sería de unas 300 páginas, y también ya tenía idea precisa cuál sería el epígrafe. ¡Incluso, serían dos! Ya tenía una idea aproximada de cuál sería el título. Algo así, cómo “La nieve del año pasado”, de François Villon.

Bien, el Escritor comenzaba la mañana con el desayuno y continuaba con estar sentado detrás del escritorio y escribiendo en la máquina de escribir. La cinta de la máquina a veces se trababa cuando pasaba a la línea siguiente. “¿De qué escribir, de qué escribir?” Hasta el final del trimestre quedaba una semana y el Escritor paulatinamente empezaba a comprender el terrible hecho de que ya nunca más podrá escribir algo, de que no era, de ningún modo, ningún escritor. No era escritor, sino un idiota, al cual le acompañó la suerte: le cautivó la inspiración, por un instante despertó su talento que hasta ese momento no fue estimulado por nadie y que dormía fuertemente, y después una circunstancia favorable le dio la visa. ¡Pero en eso acabó! En tales minutos el Escritor deseaba que su novela hubiese sido encargada no por cualquier redactor calvo, sino por alguna persona con capa negra y sombrero que le tape los ojos, como a Mozart su Réquiem. Se sobreentiende, en ese caso el trabajo marcharía. Es que ¡cuál grande emoción estaría presente en el inicio de la obra!

Pero las ilusiones desaparecían muy rápido, y él se convencía diciendo: “Basta. Ya no podré escribir nada más. ¡Es necesario madurar y sufrir! Cuando resulte, entonces será el momento para escribir algo más. No

hay que afligirse de antemano. Llamaré al redactor y reconoceré que no tengo nada para publicar, y seguiré viviendo como antes. Sería mejor decir que escribí mucho, pero que por ahora no quería publicar: ¡Que el lector todavía no estaba listo!" La Mujer pensaba ingenuamente que apoyaba al Escritor diciéndole: "Tu puedes" —aunque ella misma dudaba de que fuera cierto lo que le decía. Él le preguntaba: "¿Tú piensas que es así?", a lo cual convencida ella movía la cabeza pronunciando algo parecido a un afirmativo mugido. Generalmente, con similar sonido responde una abuela que teje, cuando su nieto le cansa con sus preguntas.

Al tercer día la urna bajo la mesa estaba llena de papeles arrugados, la Mujer comprendió que el trabajo no resultaba. Además le sorprendió, incluso la dejó preocupada, el hecho de que el Escritor trajera de algún comercio muy caro, papel de alta calidad con marcas de agua y también un conjunto de lapiceros. Antes no ocurrían tales cosas. Antes ella misma pegaba los trozos de papel con fragmentos de textos, que luego resultó una novela. Más tarde ella tuvo que acostumbrarse al golpeteo de la máquina de escribir. Ahora también eso quedaría en el pasado. No obstante, los lapiceros desaparecieron en algún lado en el fondo de la mesa e incluso cayeron detrás de los cajones movibles.

La Mujer regresaba de su trabajo al mediodía, preparaba el almuerzo, que el Escritor se lo comía en un estado de profunda depresión, decía algo entendible, habitual, relacionado con la vida, como el ruido del ferrocarril que pasaba detrás del bosque. Ella se iba desapercibidamente, dejaba al Escritor a solas, muy desvanecido, a pesar de haber almorzado muy bien, consciente de que todo se acabó y que debía reconocerlo. Era necesario retornar al trabajo anterior, el cual antes le satisfacía por completo y le gustaba. Allí, en la contaduría de la intendencia municipal, a su lado siempre había personas que hacían determinados

cálculos y los volvían a revisar, cada uno hacía lo suyo. De tanto en tanto levantaban la cabeza y sin falta se sonreían, no mirándote a ti, sino supuestamente a todo el mundo... Pero, por eso, cada minuto del tiempo laboral estaba lleno de acciones totalmente comprensibles. Toda su “creatividad” consistía en reflejar a tiempo, en forma plena y con certeza, la realidad existente. Algo parecido a los escritores, pero aquí era necesario hacerlo con cifras, densamente insertadas en columnas verticales y horizontales de los resúmenes del balance. El Escritor sentía esa metamorfosis e incluso se enorgullecía de que desde hacía mucho se dedicaba a reflejar la realidad. Sin embargo, le agobiaban cualquiera de los recuerdos en relación a esos años.

Tales momentos de reflexión al Escritor le resultaban penosos. Durante horas se paseaba por la casa, habiéndose puesto zapatillas grises sucias con las taloneras hace mucho pisoteadas. Cuando pasaba cerca de los estantes con libros, sin falta tocaba los lomos de libros muy bien encuadernados, luego se limpiaba el dedo sucio con polvo en su bata, también solía prender varias veces la televisión. Estando sentado en el diván, con la almohada del respaldo caída, él vaya saber por qué mantenía la cabeza girada hacia un costado y de reojo miraba la pantalla. En el torbellino de palabras, frases y diálogos, que se volcaban del mundo virtual electrónico, el Escritor buscaba enganchar alguna idea.

“¡Sobre qué, sobre qué puedo escribir, demonios!” —el Escritor retorció el cinto de su bata.— “¡Qué tontería! ¿De dónde saqué que podría escribir? Vaya, si una vez resultó, no significaba que... Una sola vez se pueden hacer muchas cosas... La primera vez siempre resulta bien, sobre todo a aquellos que no saben mucho... No por casualidad dicen en el casino que a los novicios siempre les va bien...”

El reloj en la sala de huéspedes sonaba cada media, también el aire detrás de la ventana se humedecía dando a entender que el día iba pasando, pero pasando en vano.

“El año tiene en total trescientos sesenta y cinco días, aunque a veces, trescientos sesenta y seis. Si la persona vive setenta años, entonces resulta que en total se suman unos veinticinco mil días y un poquito más. ¡Pero cuántos días yo ya me pasé sentado de esta manera!” Al formular estas conclusiones, al Escritor le agarraba una fiebre espantosa. Entonces, se iba al cuarto de baño, se mojaba la cara con agua fría y después largo tiempo se miraba en el espejo que continuaba poniéndose opaco. Con este procedimiento sus preocupaciones lentamente comenzaban a empalidecer y de nuevo se despertaba el intelecto. “¡Carpe diem, carpe diem! ¡Sabios! —entristecido decía el Escritor—. ¿Pero como lo atraparás? ¿Y qué hay para atrapar? ¡Mira cuántos días hay, no hace falta atraparlos.”

En la puerta de entrada se oyó el tintineo de las llaves. Eran las ocho. Algún tiempo se dedicará a la cena, también los pensamientos no serán tan pesados. Después de la comida, la Mujer hace ruido con la vajilla en la cocina. El escritor está sentado a la mesa, escarbando el fondo del frasquito de yogurt.

—¿Cómo sigue nuestra novela? —le aturdí con sus curiosidades la Mujer, limpiando la mesa—, ¿progresas?

El Escritor suspiraba, ponía las manos en el borde de la mesa, como el pianista que acababa de cerrar el piano con las notas sin vida, pero con las teclas que esperaban esas notas, y murmuraba algo en respuesta. La Mujer continuaba concentrada limpiando la mesa. El Escritor en lo profundo de su alma le reprochaba la falta de sensibilidad: “¿Para que hacerlo con tanta energía?” El hubiera deseado que la Mujer le acariciara la cabeza y en susurro le dijera algo así como: “Tú, probablemente, te habrás enfermado”, “Quizás te convendría volver al trabajo anterior”.

A veces, especialmente después de una liviana cena, el Escritor se iba a la ciudad para darse un paseo, ver algunas cosas, permanecer sentado tomando una jarra de cerveza, observando cómo se divertían y derrochaban su

precioso tiempo los frecuentes concurrentes de tales instituciones. A él le encantaban la facilidad de sus relaciones y la franqueza de sus sentimientos. El se compenetraba tanto con el espíritu de despreocupación que predominaba en el bar, que después de despedirse cerca de la media noche con sus nuevos conocidos, entraba volando a su casa y, bailando, exclamaba:

—¡Cuándo tomo cerveza, especialmente sin haber comido antes, me surgen en la mente cualquier cantidad de ideas!

—¿Por qué, entonces, no las anotas? —sorprendida preguntaba la Mujer. El Escritor se encogía de hombros y luego se acostaba en el diván. Se sentía satisfecho consigo mismo, con su inspiración, tenía fe de que mañana la misma se volcará en el papel en forma de obra maestra. Pero el Morfeo lo dominaba, entonces la Mujer con afecto le tapaba con una manta a cuadros.

Al día siguiente todo volvía a ser como antes: el café, una mancha marrón sin forma en la mesa, el ruido de la cuchara, el susurro de los diarios y su rostro odioso agachado sobre el lavabo. “No puedo más, —pronunció el Escritor—. ¿Es suficiente pintar un cuadro, para llamarse Pintor? ¿Una Sonata, para ser Compositor? Pues bien, yo escribí solamente una pequeña novela, pero la escribí con amor, y me sentía feliz por ello, además, experimentaba satisfacción con mi obra. ¡Al final de cuentas, Allain Fournier escribió una sola novela!, ¡Y Griboiedov!”

De manera inesperada empezó a llover. La ventana de inmediato se convirtió en el rostro “lloroso” del Escritor, límite de la desesperación.

“Eso se debe a que a uno lo mataron... en el frente, al otro, lo acuchillaron. ¿Y yo? Sin embargo sigo viviendo...” El Escritor pensó así y pudo recordar sólo sus años felices de infancia. Un fuerte viento sacude las copas de los árboles, gira la veleta, y él por reiterada vez levanta su mano por encima de la cabeza con una cometa atada de

su mano y corre con todas sus fuerzas, a la vista de toda la chiquilinada lugareña. Sofocado, no obstante se detiene y mira hacia arriba... Pero en el cielo no hay nada, excepto una fila de nubes y el arco iris producido por las gotas de sudor prendidas en sus pestañas.

“¡Por Dios! —pensó el Escritor—. ¿Puede ser que ya he dicho todo lo que podía y quería expresar?, ¿puede ser que ya he recibido la porción de felicidad que me correspondía? Pero si es así, entonces ¿en qué consiste ahora el sentido de la vida? ¿Qué hacer ahora?”

De repente se le formó un nudo en la garganta y sus ojos se llenaron de toneladas de lágrimas que no caían, sino que estaban estancadas como el agua en las esclusas. El escritor pasó al cuarto de baño donde había un botiquín, volcó sobre la palma de su mano todo el contenido de una botellita marcada en la etiqueta con signos exclamativos en color rojo, y con dificultad lo tragó tomando un poco de agua del grifo. Desde el espejo le estaba mirando alguien lloroso y despeinado. No pasaba nada. Pero después se sintió un poco aliviado, del mismo modo que ayer, cuando por la tarde estaba por decidirse a guardar en el armario la máquina de escribir, juntar las cosas de su portafolio de contador y lustrarse los zapatos.

Retornó a la habitación, sereno y aliviado. Se paró junto a la ventana con vista al lago. Descubrió que la flor azul se había caído y en su lugar se lucía un fruto raro. La lluvia acababa de finalizar, en las gotas adheridas al cárice se reflejaban miles de pequeños solecitos.

La Mujer llegó tarde al anochecer, después de quitarse el abrigo y las botas, entró en el despacho del Escritor.

El Escritor se encontraba sentado en el sillón de trabajo, con la cabeza agachada y los ojos cerrados. En el suelo estaban tirados los cajones que él había sacado de su mesa. En el medio de la mesa había una hoja blanca de papel de alta calidad con marcas de agua, sobre el cual estaba escrito con lapicero: “CAPÍTULO PRIMERO”.

Борис Фёдорович Корнев

БУХТА ПРОВИДЕНИЯ

Повести и рассказы

(на испанском языке)

Художник А. Спиридонов

Технический редактор О. Орехова

Редактор Е. Шабалова

Фотограф Г. Кургин

Издательство «Историческая иллюстрация»

192019, Санкт-Петербург, ул. Глазурная, 2-89

E-mail: info@ist-il.spb.ru

Тел./факс: (812) 412 0737

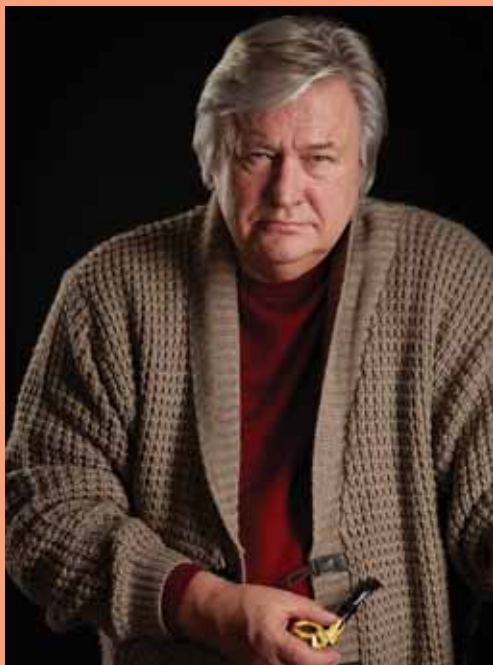
Подписано в печать 30.10.2017. Формат 60 × 90 ¹/₁₆

Бумага офсетная. Гарнитура Book Antiqua

Объем 14,12 п. л. Тираж 1000 экз. Заказ № 26193

Отпечатано в типографии «Арт-экспресс»

199155, Санкт-Петербург, В. О., ул. Уральская, 17, к. 3



BORÍS KÓRNEV (www.boriskornev.com)
nacido en Leningrado — escritor ruso, escritor
en prosa, ensayista; especialista conocido en
el campo de la gestión en tiempos de crisis e
inestabilidad; autor del trabajo sobre los prob-
lemas de economía, psicología y situaciones
de crisis.

Miembro de la Unión de escritores rusos,
miembro del consejo editorial del almanaque
“Fleurs du Nord”; autor de 12 libros de prosa;
galardonado con premios literarios.

Los libros de Boris Kornev están traducidos
al inglés, francés y español; están en bibliotecas
de Rusia, países de Europa, América Latina y
Canadá.